

## **Pero este trabajo yo para qué lo hago**

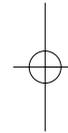
Estudio sociológico sobre los malestares  
ocultos de algunas precarias conscientes.

# **Pero este trabajo yo para qué lo hago**

Estudio sociológico sobre los malestares  
ocultos de algunas precarias conscientes.

Rosario Hernández Catalán  
*charoheca@yahoo.es*

**Federación Mujeres Jóvenes**  
*www.mujeresjovenes.org*



## ÍNDICE

0. Declaración de intenciones.....	
1. Desde dónde, por qué y cómo lo hacemos .....	
2. Introducción ¿Quiénes y qué somos y en dónde nos movemos? .....	
3. Anexo con los itinerarios de las entrevistadas.....	
4. Anexo con el cuestionario .....	
5. Para qué y por qué trabajamos Por la vivienda, la vocación y la ética del trabajo.....	
6. No es el látigo, es el reloj Las hambrunas de tiempo de las jóvenes trabajadoras .....	
7. Permanentemente concursando Polivalentes, cursillistas, voluntarias.....	
8. ¿Amas de casa? No queremos, pero tampoco podemos .....	
9. Dar una imagen, cueste lo que cueste El cansancio de la comparecencia .....	
10. Comidas nerviosas y comidas droga Cuando la sombra del trabajo anida en el estómago .....	
11. Enfermas de cuerpo y mente por presión laboral Tapando los mensajes del cuerpo para rendir más .....	
12. La empresa es tu familia y debes mimarla Los recursos humanos invaden la vida privada .....	
13. Violencia de género laboral El espacio de trabajo se hace opaco como alcoba.....	
14. Conclusiones. De Fragel Rock a la utopía El decrecimiento colectivo.....	
15. Bibliografía .....	

**Ilustraciones:** Jesús Matos. *Artista polifacético. Asturiano precario consciente y libre.*

**Autora:** Rosario Hernández Catalán. *Pensadora polifacética porque es feminista. Precaria consciente y libre.*

**Edita:** Federación Mujeres Jóvenes.

**Produce:** AFP Gestión del color

Licencia Creative Commons



Subvencionado por:

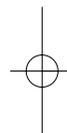


## 0. Declaración de intenciones

Voy a hablar muy claro. Queremos que este estudio te sea útil y arroje un poco de luz a esos días tuyos de veinticuatro horas que necesitarían cuarenta. Queremos que le pongas nombre, razones y contexto a esos malestares tuyos que no sabes muy bien de dónde vienen. A esa desazón, a esa ansiedad, a ese nudo en la garganta, a esa tensión con que afrontas cada jornada laboral y con que afrontas la vida. No es un problema tuyo, individual, no eres tú que no vales lo suficiente, porque no eres lo bastante versátil, lista, preparada, no es que no sepas los idiomas necesarios... No es cosa tuya, es cosa colectiva, es cosa de eso que a veces llaman sistema, a veces llaman capitalismo posfordista (ya explicaremos qué es eso), que otras llaman patriarcado y que aquí entre tú y yo vamos a llamar Patrix. Seguro que has visto Matrix y sabes un poco lo que significa un sistema opresivo a veces dulce que está en todas partes. No es justo llamarlo Matrix, de *matriz*, de *madre*, conviene más llamarlo Patrix, porque si hay algo que está en todo el planeta, que encontramos en la economía, en la religión, en el arte, en el lenguaje, en la política, la ciencia y los gestos, ese algo es el patriarcado, que no es sólo el sistema que rige la cultura gitana, sino también este mundo nuestro payo en el que la mujer ha sido siempre el segundo sexo. Sin ir más lejos, en tiempos de Franco, hace poco más de treinta años, una mujer no podía tener su propia cuenta en el banco, debía constar también su marido, su padre, su hermano, cualquier tutor varón que la vigilase. Piensa en la violencia de género, en el sexismo del lenguaje, en las mujeres como objeto de consumo en la publicidad, piensa en la desigualdad salarial, abre el periódico y cuenta cuántas fotos de mujeres aparecen en la sección de política y economía y cuántas en la sección de anuncios de prostitución y sucesos como víctimas.

Y sí, las cosas están cambiando, sólo faltaba, pero queda tanto... Piensa si no en la violación de mujeres como práctica de guerra, en la trata de blancas, en la lapidación de las adúlteras (que por cierto, por no irnos lejos, en tiempos de Franco, hace poco más de treinta años, ya digo, una mujer adúltera podía ir a la cárcel). Pues esto, y mucho más que callo por no tener suficiente espacio, es el patriarcado, algo que está en todos los países, en todas las bocas, las mentes, las conductas... porque algo que lleva funcionando unos cinco mil años no desaparece de golpe. Y por eso existimos las feministas y existimos con la ilusión de poder algún día dejar de serlo.

Las ideologías pesan, no somos feministas como quien colecciona sellos, somos feministas y nos fastidia tener que serlo a estas alturas de la Historia. Es hermoso porque te da lucidez y energías, pero también es duro. Porque a Patrix se le derrota por un lado pero revive por el otro como Ave Fénix, como cabeza de Hidra. Él se levanta remozado, diferente y disfrazado después de cada conquista nuestra. Pero no importa, nosotras también sabemos adaptarnos a sus nuevas vestiduras. Y así seguiremos como perra y gata, por los siglos de los siglos.



Quiero que disfrutes leyendo y te sientas identificada con los casos estudiados para que con suerte cierres el libro con un poquito más de conciencia de clase y conciencia de género. Estas dos conciencias te hacen saber que si para vivir necesitas trabajar y si además eres mujer, la vida no te va a ir tan de perlas como a Manuel Fernández, director del Banco BBVA, o a Ana Koplowitz, propietaria de montones de empresas que ni siquiera imaginas. Eres hija de quien eres, trabajas y vives donde vives y además eres mujer. No se te olvide. Si además eres negra, lesbiana, inmigrante o tienes una discapacidad... Ya sabes cómo va este teatro del mundo, ya sabes cómo irá la función dependiendo del personaje que te haya tocado.

Sigamos con la claridad: buena parte de los estudios y ensayos que abordan el tema de trabajo están escritos para la élite. Hay gente muy lúcida y honesta, militantes en el feminismo, el anarquismo, el ecologismo o el marxismo cuyas reflexiones dan mucha luz a esta vida nuestra sin preguntas, a esta vida nuestra de pagar hipoteca, buscar trabajo y poco más, pero esa gente, ciertamente, escribe para la academia, escribe para iniciadas, para gente que ya entiende la jerga, para sociólogas, filósofas o economistas, y tú no tienes por qué cumplir estos requisitos. Escriben para cuatro incluso aquellas personas que adquieren un compromiso social, un compromiso rebelde. Si incluso las editoriales alternativas y autogestionadas, las editoriales que difunden sus libros no en El Corte Inglés, sino en locales sociales echados a andar por gente comprometida con todas las causas nobles, editan libros que para entenderlos hay que hacer un master en género, o en marxismo o en cábala... Luego los descifras y si es cierto que entre esas trescientas páginas escritas en clave sacas unas cuantas ideas que te ayudan a entender mejor a Patrix y, con un poco de suerte, a salirte de él de vez en cuando. Pero para descifrar esos libros hay que echarle sudor, esa es la verdad.

Una feminista muy potente, una luchadora a quien debemos agradecer en parte muchas de las libertades que ahora disfrutamos, Lidia Falcón, decía: “expertas en lenguaje y no hay Dios quien las entienda”. Se refería a ciertas teóricas feministas, muchas de ellas lingüistas, que cuando escribían ensayos para abordar la situación de las mujeres acababan hablando a su ombligo. Sólo unas pocas podían entenderlas y eso no es legítimo. Si las ideas son buenas, si sirven para movilizar y liberar, han de ser entendidas por todas. Si no, no son grandes ideas. La verdad es siempre muy sencilla. Pienso así sinceramente, no es demagogia.

Me he preguntado cómo es que cierta gente a la que admiro intelectualmente, gente que me ha dado muchas claves para la rebeldía, para entender que este sistema apesta, me he preguntado, digo, por qué razón esta gente insiste una y otra vez en escribir tan oscuro. Creo que sé la razón, pese al compromiso político, esta gente viene o incluso trabaja en la Universidad. Conozco un poquito este medio, sé algo de sus reglas, de sus exigencias a la hora de hablar y escribir. Aunque esta gente a la que admiro sea crítica con el Estado, el capital y el patriarcado, a la hora de escribir no puede evitar usar un estilo que, consciente o inconscientemente, está

destinado a seducir a sus iguales académicos. En el fondo escriben para un imaginario tribunal de sabios (pocas veces de sabias), escriben para que esta o aquel compañero también marxista o feminista se dé cuenta de lo mucho que valen sus teorías y de lo muy a la última que está (también en el pensamiento existen modas y alardes, conviene no ser hortera, conviene ser *cool*). Es por el ego, por la autoestima intelectual, por dejar con la boca abierta a todo el congreso, a todo el seminario, a todo el público de las jornadas. Es como si yo fuera peluquera y me empeñara sólo en hacer recogidos de novia para demostrar a las compañeras y compañeros lo mucho que valgo. Es como si, para enseñarles mi valía, me empeñase en hacerle recogidos de novia incluso a la señora mayor que viene para que le carde y le tiña sus cuatro pelos, sería ridículo, ¿no?, pues al haber interiorizado las normas de la academia, al pensar que tienen que enseñarle al mundo lo mucho y difícil que han leído, muchas de estas gentes intelectuales comprometidas se pasan la vida haciendo recogidos de novia que no vienen a cuento. E imagínate cómo serán entonces las intelectuales y los intelectuales que no se comprometen, el personal erudito sin más.

Eso, que tú no tienes que conocer a Michel Foucault, Gilles Deleuze, Toni Negri, Michael Hardt, Pierre Bourdieu, Donna Haraway, Marilyn Waring, Judith Butler, Simone de Beauvoir, Rosa Luxemburgo, Federico Engels, Vandana Shiva, Nico Hirtt, Lewis Mumford, Cristina Carrasco, Zygmunt Bauman, Paolo Virno, María Ángeles Durán, Betty Friedan... no tienes por qué haber leído los *Grundrisse* de Carlos Marx y ni si quiera el *Manifiesto Comunista*. Si es que tampoco tienes por qué tener muy claro quién era Marx. Y es normal que también pienses que eso del feminismo es cosa del pasado. Toda esta gente que cito y mucha otra que encontrarás en la bibliografía es en general bastante densa. Reconozco que a mí me encantan, pero yo no soy la medida de todas las mentes. Mientras yo estaba leyendo a esa gente, porque pese a ser de clase humilde he tenido la oportunidad de llenar mi cabeza de ideas liberadoras, tú quizás hayas estado poniendo copas, peinando cabezas, cuidando enfermas, vendiendo ropa, recibiendo llamadas, haciendo bocatas, buscando trabajo, cuidando a tu padre, limpiando casas, repartiendo publicidad, rellenando informes, justificando subvenciones, estudiando leyes, dando clases de inglés, dirigiendo obras, investigando genes... yo que sé. Lo que te digo, que cada una ha dedicado su vida a lo que ha querido y ha podido. Y entre ese querer y ese poder, no tienen por qué estar ni Serge Latouche ni María Mies. “Cada loca con su tema”, dice el refrán. Permíteme entonces que acerque mis locuras a las tuyas para ver si entre todas hacemos más y mejor camino.

## **1. Desde dónde, por qué y cómo lo hacemos**



## 1.1. De dónde partimos

Estamos tal vez mejor, pero alguien puede preguntarse si somos más felices que nuestras madres y abuelas. Y esa pregunta no es del todo pertinente, no viene al caso. Porque no hay que medir felicidades sino libertades. Una vez que tengamos bien conquistadas las libertades ya veremos qué hacemos nosotras para procurarnos la felicidad. Pero este estudio no va a cantar las bonanzas de la mayor libertad que hoy disfrutamos las mujeres (libertad que ha de ir necesariamente siempre unida a igualdad de género y de clase), no hay absolutamente nada de autocomplacencia, para eso ya están el rosado bipartidismo, la rosada publicidad, las rosadas ficciones de los medios de comunicación masivos. Pero tampoco vamos a denunciar acosos sexuales en el trabajo, ni desigualdades salariales, ni las atroces condiciones de las trabajadoras inmigrantes, para denuncias de esa gravedad puedes consultar otras fuentes que cuentan con más medios, puedes acudir a los diversos informes elaborados por los sindicatos, por Fundación Mujeres o por nosotras mismas que desde la Federación Mujeres Jóvenes hemos elaborado la guía *Mujer joven busca... Un empleo digno* que puedes descargar en [www.mujeresjovenes.org](http://www.mujeresjovenes.org) y que te ayudará a conocer y proteger tus derechos como trabajadora. Y en esta línea de reconocer nuestra precariedad para luego poder así reivindicar, reconozco que siento especial debilidad por el *Precarias a la deriva. Por los circuitos de la precariedad femenina* del colectivo feminista Eskalera Karakola. Lo puedes conseguir en [www.sindominio.net/karakola](http://www.sindominio.net/karakola). Es pionero, denso, variado, profundo, erudito y militante. Tal vez con pasajes un poco densos para la mayoría, pero que me emocionó por su verdadera “calidad” desde que lo abrí por primera vez en el 2003. Si las Karakola no hubieran hecho el *Precarias a la deriva* estoy completamente segura de que ahora no podrías leer este estudio. Y por supuesto, que de no ser por la Federación Mujeres Jóvenes y en especial en su día por Mujeres Jóvenes de Asturias, justo es reconocerlo, yo me hubiera perdido tantas reflexiones, tantos conocimientos, tantos encuentros mágicos con jóvenes activas (hiperactivas) y sabias... Me enorgullece como feminista estar en deuda con las jóvenes, con las mujeres de mi edad o incluso menores. Tengo treinta años y si quien me ilumina es una socia de la vida de dieciocho, veinte y veintitantos años, como me tiene sucedido en estos encuentros nuestros tan intensos, entonces ya segrego el doble de endorfinas. Siempre reconozco a las madres, pero disfruto mucho más reconociendo a las hermanas. Son más divertidas. Las madres gruñen más.

Y como es de mal nacidas ser desagradecidas, también es justo reconocerle algo a los padres. Este estudio, como todo estudio crítico, es fruto no sólo del feminismo, sino del marxismo, del anarquismo, del ecologismo, del pacifismo... de movimientos liberadores cuyos pensadores también son hombres. Son muchos los *ismos* que nos vertebran, libertariamente en mi caso. A estos referentes masculinos, que procuro que sean actuales, los encontrarás espigados por todo el texto. Apareciendo en la bibliografía final tienen ya suficiente reconocimiento.



Y me reconozco a mí misma: este estudio parte de la ponencia «Cognitariado femenino en España: cuando el verbo hace a la carne», pronunciada en el *XI Forum for Iberian Studies: Queer, queerer, queerest: evolving gender identities in Portugal and Spain* que tuvo lugar en junio del 2007 en el Exeter Collage de Universidad de Oxford. El foro pretendía abordar los cambios de género que en los últimos años se han vivido en la Península Ibérica. Era un foro de estudios culturales donde se valoraron dichos cambios a través del cine y la literatura. Pues bien, pese a yo ser filóloga me tuve que salir de mi gremio, porque para abordar los cambios de género, si a la raíz vamos a ir, más que al cine conviene acudir al mercado laboral y a la economía. Gustó mucho, sobre todo a las jóvenes investigadoras y profesoras que pese a trabajar hoy en Oxford, mañana en la Complutense de Madrid y pasado en Stanford, vieron muy bien plasmada las precariedades de sus vidas móviles y flexibles. Y a partir de ahí, de ese texto más académico de unas doce páginas nació este estudio. Y por cierto, en Oxford no encontré a nadie que tuviera dos cabezas ni que pensará mucho más profundo que la mayoría de las chicas entrevistadas. Como decía Thoreau, en las grandes universidades se estudian muchas ramas del conocimiento pero muy pocas raíces.

## 1.2. Por qué lo hacemos

Por un deseo de alcanzar verdades, por un deseo nacido de la indignación de verme rodeada de jóvenes *superwomen* llenas de dolores, nudos en la garganta y faltas de reconocimiento. Este estudio va plagado de agobios, incertidumbres, zozobras, quejas y gritos por esta vida nuestra de jóvenes incorporadas a un mercado laboral posfordista de sonrisa de Joker y hambrunas de tiempo. Va plagado de mujeres jóvenes que acuden demasiado a las consultas médicas confundiendo lo social y lo económico con lo psicológico. Mujeres que se deprimen individualmente, que se autoinculpan, que eligen prácticas autodestructivas como pidiendo perdón por no estar a la altura. Mujeres de *carrera* de fondo y velocidad a la vez porque algo continuamente las persigue y las persigue con saña. Mujeres que se piensan que la culpa es de ellas por no ser lo suficientemente listas, guapas, trabajadoras... por no tener suficiente *curriculum*, mujeres que olvidan que la raíces de sus males son colectivas y políticas. Que vienen de un sistema que apesta en el que ellas simplemente intentan nadar con la cabeza fuera del agua. Es el género y es la clase. No estés sola porque no estás sola. No hay tiranía más pegajosa, más difícil de eliminar que la que llevamos interiorizada, que la que nos viene de dentro (porque alguien nos la ha metido poco a poco, eso sí). Reconocer cómo interiorizamos obligaciones extrañas a nuestro bienestar y cómo las confundimos con necesidades y deseos propios es posiblemente mi principal interés. Verle la cara oculta al capitalismo patriarcal que sigilosamente se nos cuele hasta los genes.

## 1.3. Cómo lo hicimos

Me he servido de entrevistas muy relajadas en las que dejaba que las trabajadoras relatasen todo lo que consideraban oportuno, mucho más allá de las preguntas, por ello se puede decir que son relatos de vida dirigidos por inquietudes más previas que puedes consultar en el anexo. Quería profundizar. Bucear y rastrear pistas nuevas, más que acumular más datos a lo que ya otras investigadoras habían hecho. No pretendíamos denunciar las desigualdades salariales o los impedimentos que tiene que afrontar una mujer para evolucionar en su carrera, quería más bien buscar malestares difusos, quejas menos evidentes, nuevos cansancios, presiones laborales más sibilinas que no tienen nombre y mucho menos correlato sindical. La sociología, como el feminismo, da problemas porque revela cosas ocultas a menudo reprimidas. Y ésta ha sido mi intención, revelar lo silenciado, lo profundo, lo cualitativo y no tanto cuantitativo. Y para profundizar en nuestra psique de trabajadoras es más eficaz el relato de vida dirigido que las entrevistas más cerradas o que las encuestas. Ésta es una de las razones del método elegido, pero también hay otra, la razón expresiva. Como ya dije en la declaración de intenciones, quiero que este estudio te sea útil, te ayude a visibilizar tu desasosiego, a ponerle raíz, causa y contexto. Y para conseguir esto sin duda es mucho mejor el relato de vida. Es más fácil enganchar con un relato que con gráficas y estadísticas. Como este estudio no está destinado a ninguna institución en concreto, sino a nosotras mismas, a las propias trabajadoras, había que buscar la forma más atractiva. Además, puesto que la voz de las mujeres ha sido muchas veces usurpada y hemos sido durante demasiado tiempo objetos de estudio y de discurso y no sujetos, es decir, han hablado de todo de nosotras y nos han estudiado mucho, pero muy pocas veces hemos podido tomar nosotras la palabra (éramos como muñecas y los hombres ventrílocuos que nos metían mano y nos ponían voz), por eso mismo, por ética discursiva, es mejor que seamos nosotras mismas, las jóvenes trabajadoras, las que tomemos la palabra. Y qué palabra, cuánta lucidez, cuánta belleza, cuánta hondura, cuánta simpatía me he encontrado en las veinticinco entrevistadas. Han sido tan ricas y profundas las horas dedicadas a estas jóvenes trabajadoras, que de las veinticinco entrevistadas por el momento en este estudio sólo analizo doce. Ciertas entrevistas a teleoperadoras, trabajadoras de supermercado y de ONGs aportaban semejante cantidad de datos que exigían prácticamente un estudio nuevo. Lo mismo sucede con las entrevistas que he realizado a las llamadas trabajadoras del *netariado* (trabajadoras en y sobre Internet, redes sociales, programación, ciberformación...) y a las trabajadoras autónomas o *freelance* cuyas peculiaridades exigen más espacio que el que podíamos permitirnos hasta el momento. Me he quedado también con las ganas de profundizar sobre las relaciones intergeneracionales dentro de un mismo centro de trabajo, es decir, sobre las relaciones a veces tensas entre trabajadoras precarias jóvenes y las trabajadoras y trabajadores de ya cierta edad con otra cultura laboral y con contratos más decentes. Es un contraste muy grande, no es lo mismo tener un contrato indefinido con la empresa que tener un contrato fin de obra a través de subcontrata, o no es lo mismo ser funcionaria en un organismo público que trabajar como falsa autónoma para dicho organismo realizando jornadas mucho más

intensas sin apenas derechos laborales, como le sucede hoy a muchas jóvenes que trabajan “para” y no “en”. Porque hasta el Estado precariza a sus trabajadoras. Cada vez más. Todo esto tendrá que esperar.

Mi tarea ha sido, tras elegir y hablar con las chicas, seleccionar y analizar partes de los relatos de vida que me parecían más relevantes e iluminadores de malestares nuevos y poco hablados. A cada chica podrás identificarla en el anexo con los itinerarios biográficos. Por la confidencialidad que me han rogado algunas, sólo podrás conocer sus iniciales y a lo largo del estudio me referiré a ellas con seudónimos que ellas mismas han elegido. Como quiero que lo disfrutes, he procurado evitar todo aquello que pudiera entorpecerte la lectura, así que nada de gráficas, estadísticas o excesivas referencias bibliográficas. Pero recuerda que es un estudio sociológico, no soy una novelista que toma apuntes del natural para crear ficciones, ten muy en cuenta que los fragmentos seleccionados no son la voz de ningún personaje, son personas. Son mujeres reales, lo digo por si a la hora de leer te dejas llevar por la intriga y por la trama que toda vida real tiene, y te piensas que lees una ficción.

Son por el momento doce mujeres de entre veintitrés y trentaisiete años, hay brillantes académicas, camareras, prostitutas<sup>1</sup>, cocineras, limpiadoras, profesoras, asistentes domésticas, paradas, cajeras, teleoperadoras... las hay de Madrid, de Asturias, de Navarra y de Bilbao. El título, *Pero este trabajo yo para qué lo hago*, es expresión de una de las entrevistadas, pues nada mejor que las palabras de las propias trabajadoras, en este caso Griselda, para resumir el estudio. Al fin y al cabo, yo sólo recolecto sus propias lucideces. Poco o nada descubro yo que no hayan ellas ya pensado, aunque sí es cierto que al hacerles ciertas preguntas, descubren dentro de sí inquietudes hasta el momento dormidas. Es como la práctica de Sócrates, la mayéutica, ellas ya sabían, yo sólo las incitaba a pensar y repensar, a revivir y recordar detalles cotidianos que las estaban dañando (aquí es cuando la sociología se convierte casi en psicología clínica, cuando la entrevistada llora o me dice que le ha venido muy bien charlar, que se ha quitado un peso de encima). No podemos subestimar la lucidez de las trabajadoras, viven sus miserias con los ojos bien abiertos, otra cosa es que tengan herramientas políticas y sindicales para salir de esa situación. En la práctica del trabajo surge la idea, un clásico del marxismo. Y ellas mismas tienen las palabras más adecuadas para hablar de su malestar, las trabajadoras de hoy no somos analfabetas (bien pensado nunca lo fuimos a la hora de reivindicar, al estar doblemente oprimidas llegamos a ser doblemente revolucionarias), somos capaces de verbalizar nuestros males con bastante profundidad. Así que con un poco de tiempo y unas orejas abiertas sale todo pronto. Son ellas las que mejor reconocen las trampas de sus vidas y sus tiempos. Espero que con sus pensamientos en voz alta y con mis reflexiones podamos ayudarte a que veas más claro que no es tanto la depresión como la opresión la que daña nuestro cuerpo y nuestra mente de trabajadoras.

---

1. Por propio deseo de la entrevistada no se autodenomina *trabajadora del sexo*, prefiere *prostituta*.

## 2. Introducción

### ¿Quiénes y qué somos y en dónde nos movemos?

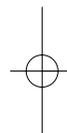
## 2.1. En qué clase vivimos

### Precariado, feminariado, cognitariado

Somos mujeres con clase. Somos la clase que vive del trabajo, del trabajo propio se entiende, no del trabajo de otros seres humanos. Podemos llamarnos obreras, trabajadoras, mano de obra, asalariadas, currantas, población activa, proletarias, precarias, cognitarias... Como quieran etiquetarnos, pero lo claro es que para tirar para adelante necesitamos trabajar. No vivimos de rentas, ni de grandes herencias, ni de especulaciones, ni de la Bolsa, ni de una familia con apellido, luego tenemos que trabajar, tenemos que conseguir ingresos todos los meses para poder comer, habitar un espacio, vestirnos, disfrutar del tiempo libre y consumir como nos han enseñado. A cambio de ese dinero damos parte de nuestra vida, mucho de cada día, entre ocho o diez horas con sus eternos desplazamientos. Luego tu tiempo, que es la vida, no te pertenece, tienes que ponerlo en venta para poder comprar, alquilar, desplazarte... Esto está claro. Pero, ¿cómo llamamos a esa gente, a esos miles de millones de personas que tenemos que trabajar para poder vivir?, antes a toda esta clase nuestra se la llamaba proletariado o clase obrera. Eran sobre todo gentes que trabajaban en fábricas o en minas. Gentes que fabricaban objetos concretos. Pero tú que te dedicas a servir copas, a dar clases de inglés, o a ser dependienta del El Corte Inglés va a ser difícil que te puedas considerar a ti misma como parte del movimiento obrero o como proletaria. La economía española no es ya productiva sino de servicios, es decir, hablando muy clarito, aquí se produce, se fabrica, se elaboran muy pocos bienes, el *made in Spain* brilla por su ausencia, la fábricas se han deslocalizado a Marruecos, China, Tailandia o México, de tal manera que no trabajamos haciendo camisetas sino vendiéndolas. Producen otras y otros y vendemos nosotras. Este mercado laboral globalizado exige a las asalariadas españolas no ya productos materiales sino servicios, informaciones, conocimientos, cuidados, actuaciones, ejecuciones... bienes inmateriales, en definitiva, que son generados por contables, informáticas, profesoras, prostitutas, monitoras, enfermeras... siempre móviles, flexibles y polivalentes.

Tampoco podemos llamarnos proletarias por razones etimológicas, *proletariado* viene de *prole*, hace referencia a la clase cuya única riqueza era una numerosa descendencia que luego se ponía al servicio del Estado y del capital. Hoy nosotras, descendencia, poca, ya no producimos así como así carne para explotar, así que ya no nos queda muy bien eso de llamarnos proletarias.

Clase trabajadora, sí, clase que vive del trabajo, también. Y lo que más nos define como jóvenes y como mujeres, afinando ya los términos, es llamarnos precarias. Somos parte de eso que ahora se llama el precariado, que como puedes suponer, es esta clase trabajadora actual que vive un poco de milagro, que cambia incesantemente de trabajo, que ve cómo sus derechos laborales se recortan obscenamente, que no sabe muy bien qué le puede pedir a un futuro cuando ve



que en su presente cada vez va quedando menos de eso que llaman *Welfare* o Estado de Bienestar. Que ya no hay trabajo para toda la vida, y si me apuras, ya empieza a no haberlo ni para media vida, y sin embargo, somos la generación con más gastos, más consumistas, que más precisa de maquinitas para mantener a su vez los trabajos: ¿cómo sin móvil, sin portátil, sin coche, sin conexión a Internet se puede nadar sin hundir la cabeza en este mercado laboral nuestro tan exigente y cambiante? Y esta precariedad laboral conlleva necesariamente precariedad existencial. Sin sumar la especulación con el derecho constitucional a una vivienda digna. No podemos hacer planes, la incertidumbre nos enerva y nuestra salud física, mental y emocional acaba resintiéndose.

Ya en los años noventa la feminista socialista Donna Haraway avisó de la feminización del trabajo en el seno del capitalismo posfordista, feminización del trabajo que hoy llamamos precarización, pues sería de mal gusto que al precariado se le llamase algo así como *feminariado*. Esta feminización o precarización de la clase trabajadora posee las siguientes características: los hombres cobran cada vez más igual salario que las mujeres, igual de bajo; aumenta la condición de trabajador de reserva también del varón, condición hasta ahora más propia de mujeres; la flexibilidad, lejos de ser un derecho, se convierte en una peligrosa obligación, y la polivalencia propia de la ama de casa se exporta ya a toda la clase asalariada, por eso las ofertas de empleo buscan *personas*, no tanto ya trabajadoras y trabajadores, con habilidades consideradas tradicionalmente propias de las amas de casa: disponibilidad total, responsabilidad, entrega, don de gentes, habilidades emocionales, resolución de conflictos...

Vamos añadiéndonos más conceptos: somos la clase trabajadora, las que viven del trabajo, las precariado, las feminariado... y somos también muchas de nosotras las *cognitarias*. Esto por añadir etiquetas, elige la que prefieras, pero yo, por no llamarme a engaños y por saber bien por dónde piso, me denominaría a mí misma *precaria* antes de *cognitaria*. Por si te interesa, yo suelo usar *cognitariado* en su sentido más amplio, hablo de *cognitariado* como equivalente a precariado, hablo de esa cada vez más abundante economía posmoderna, o Nueva Economía<sup>2</sup>, economía del sector servicios que, como ya dije, en vez de producir de objetos nos exige generar información, cuidados, relaciones, sonrisas, comparecencias... Y la fábrica

2. La llamada Nueva Economía pretende racionalizar las empresas y racionalizar una empresa significa reducir el empleo, comprimir los salarios, aumentar los ritmos y deslocalizar. Quedan entonces lo que se llaman empresas “enjutas” o “líoñilizadas”, es decir empresas que con veinte trabajadoras hacen el trabajo de cien, y empresas que, ya a lo grande, gastan hasta un setentaicinco por ciento más en *marketing* que en la producción de la mercancía. Pienso en Benetton. Porque la mercancía se produce a muy bajo coste prácticamente esclavizando a trabajadoras de países sin derechos laborales y porque el *marketing*, al ser producido hasta el momento por *cognitariado* europeo que disfruta de mejores condiciones y tener que distribuirse en los caros medios de comunicación, acaba saliendo el triple de caro. De tal manera que como consumidora tú pagas por unas metáforas generadas por el departamento de *marketing* y no tanto por la lana, el tintado, el tejido y el cosido.

de todos estos nuevos requerimientos está principalmente en la mente de las trabajadoras, en el aparato cognitivo, de ahí lo de *cognitariado* frente a por ejemplo *mano de obra*, donde queda claro que ahí lo que se pide a la asalariada es más cuerpo, fuerza física y destrezas manuales que mentales o emocionales.

Según Carlos Marx hay dos tipos de trabajo no material: por un lado la actividad inmaterial de la que se obtienen mercancías como libros, cuadros u objetos de arte, y por el otro, las actividades cuyo producto es el mismo acto, las actividades que no producen ninguna obra que las sobrepase. Ejemplo actual del primer tipo de trabajo no material: una investigadora produce un estudio de trescientas páginas sobre los efectos cancerígenos del consumo de alimentos transgénicos. Su trabajo intelectual ha generado un estudio, un libro que podrá consultarse varias veces. Y como ejemplo del segundo tipo de trabajo Marx proponía a los oradores, pianistas, sacerdotes, maestros y médicos cuyo trabajo era intelectual y además no producía obra alguna material como cuadros o libros. El trabajo de un pianista era tocar una pieza, acabada la actuación nada material quedaba de su trabajo. Todos estos trabajos siempre necesitan de un público. Pues bien, a esta lista de Marx hoy añadiríamos a dependientas, mediadoras, monitoras, psicólogas, teleoperadoras... a cuyo necesario público llamamos clientes, pacientes o alumnado. Hoy muchas de nosotras trabajamos y no producimos bienes materiales completos sino sensaciones, bienestares, relaciones... Si vendes una camiseta no la produces, sino que creas una relación entre la mercancía y el cliente. A diferencia de la china que ha fabricado la camiseta (en condiciones de esclavitud, todo sea dicho), tú no produces, sino que pones relaciones a través de tu don de gentes, de tu sonrisa, de tu saber estar y de tu presencia física adecuada. El esfuerzo físico de una campesina y de una obrera son más visibles. Los malestares y las reivindicaciones del campo y de la fábrica son más fáciles de destacar. Ya son muchos años que la humanidad trabajadora ha aguantado la explotación en estos medios y tenemos las cosas más claras. Hay más tradición de lucha obrera y campesina, aunque insistan en hacérmolo olvidar. Pero qué pasa con los nuevos trabajos aparentemente tan cómodos. Nuestra abuela, nuestro padre seguramente consideran que su nieta y su hija que trabaja como teleoperadora tiene mucha suerte porque no tiene que soportar las inclemencias del tiempo ni se tiene que deslomar levantando pesos. Es cierto, ¿pero supone eso que nuestro trabajo de teleoperadora carece de peligros y sufrimientos?, ¿qué le pasa a nuestra mente, a nuestra sonrisa, a nuestra voz y nuestro sueño? Eso lo intentaremos averiguar a lo largo del estudio.

## 2.2. En que economía nadamos Fordismo y posfordismo

Somos *cognitariado* o precariado y no proletariado porque vivimos en la llamada economía *posfordista*. Es decir en la economía posterior a la *fordista*. Y qué era la economía fordista. Pues muy sencillito: el sistema económico que ordenaba la vida de tus abuelos y abuelas y aún de tu madre y tu padre, una economía en la que el

varón trabajaba generalmente cerca de casa en una fábrica o mina o en un oficio de los que acaban en *-ero* y son para toda la vida (panadero, carpintero, camionero...) y era quien llevaba el dinero a casa. Tu madre y tu abuela por su parte se dedicaban a “sus labores”, es decir a criar a una familia numerosa y, sobre todo, tenlo muy en cuenta, a cuidar que su marido el obrero estuviera bien comido, aseado y sano para poder seguir siendo explotado en su trabajo de toda la vida. “Ella para él, él para el Estado”, decía Hobbes, entendiendo Estado como intercambiable con Capital. El felpudo era la ama de casa y allí se podía limpiar el obrero de las vejaciones sufridas en la fábrica, ella vivía doblemente oprimida en tanto que mujer y en tanto que clase baja. Era la “maruja”, la eterna niña, la tontita que no sabía de política, que al no trabajar en el espacio público se perdía las cosas verdaderamente importantes, las “cosas de hombres”. Y de trabajar en algunos de los trabajos escasamente remunerados a los que podían acceder las mujeres, era considerada muchas veces mujer dudosa, machuna, sabihonda, marisabidilla y algo casquivana sobre todo si entraba y salía a su antojo sin rendir cuentas a nadie.

Y a esto se llama, si le añadimos entre tres y quince criaturas, la familia nuclear fordista. ¿Por qué *fordista*? Por el coche, sí por Ford, que fue quien decidió un día que los obreros de sus fábricas empezasen a cobrar un poquito más para, después de abaratar también el precio de los coches, meterles en la cabeza que no hay hombría sin motor entre las piernas y sintieran así deseos irrefrenables de comprarse uno. Y desde entonces los obreros fabrican objetos de escaso coste de producción por los que luego dedican buena parte de sus sueldos durante años. El ejemplo más actual: el del obrero de la construcción que puede llegar a construir cientos de pisos durante su larga vida laboral pero que necesitará de treinta años y de casi la mitad de su sueldo para poder acceder a uno de esos pisos. La lógica capitalista es bien sencillita de entender). A la familia nuclear fordista si no le añades un coche conducido siempre por el papá y no le añades una buena televisión que cante las bonanzas de los detergentes, la Nocilla y los frigoríficos Zanussi es como si le faltase algo.

Y bien, ahora estamos en algo viscoso que llaman *posfordismo*, donde todavía quedan muchas familias y trabajos de la anterior etapa (los modelos económicos no desaparecen por completo cuando surgen otros nuevos, sino que coexisten, piensa que todavía pervive uno de los más antiguos que es el esclavismo) y que se caracteriza por esta vida nuestra en la que el trabajo para toda la vida es sólo privilegio del funcionariado, en la que los cambios continuos de residencia por motivos laborales son cada vez más habituales, en las que las parejas viven en pecado, sin el sagrado vínculo del matrimonio, en las que esas parejas no se acaban de animar a tener una buena prole y en las que la chica muy pocas veces quiere ni puede ser ama de casa. Porque tampoco con el sueldo del chico se puede ir muy lejos y, o se unen los dos salarios, o no hay forma de sacar a adelante las deudas. Las deudas... ésa es otra característica del posfordismo que ya se inició en el fordismo

con la compra a plazos. Hoy el dinero real escasea y la clase trabajadora, el precariado, vive de una especie de partida de póker que juega con los bancos. No tenemos un euro pero si lo que llama nuestra “capacidad de endeudamiento es alta” podemos acceder a préstamos e hipotecas de miles de euros que nos permitan seguir jugando al consumismo. No hay dinero en los bolsillos, no hay matrimonio, hay pocos hijos y los trabajos son flor de un día. A todas éstas, las mujeres, qué, pues en líneas generales tal vez mejor. Nos vamos a ver agobiadas, enfermas y saturadas, este estudio precisamente se dedica a visibilizar este dolor nuestro actual, pero nos vamos a ver algo más libres. No tanto con respecto al mercado y al capital, pero por lo menos más libres con respecto a los padres, los maridos y la Iglesia. Libertad que a algunas de nosotras nos cuesta la muerte, pues si hoy más terroristas machistas asesinan a las mujeres es también porque ahora ya no sufrimos en silencio la paliza diaria. Ahora nos vamos, y en ese momento justo de la huida es cuando corremos el peligro de la última estocada. Por cierto, que esto iba a pasar ya hace tiempo que lo anunció Lidia Falcón.

### 2.3. Y más concretamente: qué somos El trabajo ya no nutre identidades

Griselda: *yo soy mi nombre, Griselda.*

Liber: *que qué soy (piensa) yo creo que exploradora... mujer, niña, ni siquiera lingüista, pon “exploradora”, me gusta. Yo creo que es lo que más me define.*

Marina: *no sé... ¿una mujer?*

Vero: *no sé... yo soy Vero*

Noelia: *soy... soy una madre, una mujer... una mujer trabajadora, no sé.*

Luz: *qué soy... ah, pues no sé, (ríe) ¿Aries?*

Debemos visibilizar el dolor del trabajo actual, debemos señalar que ya no es tanto la fuerza del cuerpo, sino la resistencia de nuestras mentes y nuestras habilidades sociales y comunicativas las que se ponen a producir beneficios (plusvalía). Y cuando es la mente y el alma lo que se exprime diez horas al día los malestares son diferentes. Además de ser diferentes, al ser malestares, enfermedades y reivindicaciones salidas de sectores laborales altamente feminizados, ten por seguro compañera que van a ser considerados problemas de segunda fila.

Y debemos visibilizar también qué exigencias del mercado laboral actual están contribuyendo a generar nuevas identidades, a veces liberadoras, y otras muchas, identidades hormadas por las necesidades de una economía capitalista en continuo cambio. No es por quitarte mérito, pero eres así de cambiante, poliédrica, flexible

y resistente porque el mercado laboral te quiere así. Hoy se habla mucho de las identidades múltiples, de que la gente, gracias en buena medida a las tecnologías de la información, dicen, puede cambiar a lo largo de su vida su identidad. Pero lo cierto es que esa variedad de identidades, mascarada posmoderna se ha llamado a esto, le debe mucho, si no todo, al vaivén del mercado laboral. Lo que deseamos es fruto de lo que ya tenemos, ninguna de las chicas entrevistadas se plantea preparar oposiciones por el momento para establecerse con un trabajo definitivo, pues prefieren seguir probando de acá para allá todavía unos años. A muchas de nosotras nos asustaría tener ya un trabajo fijo para toda la vida, ni siquiera nos imaginamos que dentro de diez años estemos haciendo lo mismo. Nos hemos acostumbrado a la movilidad laboral, cierto es, pero, mucha atención, esto no significa que nos hayamos acostumbrado a la precariedad. Podemos decir que ansiamos *flexiseguridad*, un sistema de derechos laborales que no implique volver a los trabajos para toda la vida, con su disciplina y con su invasión casi total de la vida, si no que garantice nuevas formas de seguridad y protección para una vida laboral flexible cuyo control estaría en manos de las propias trabajadoras, y no por completo entregado como sucede ahora al capital.

Por ello, por ese interés en abordar el tema de la identidad laboral, a cada una de las veinticinco chicas entrevistadas les he preguntado al principio qué son. Sólo una de ellas, Ronin, ha contestado rotundamente con su profesión, cocinera. Hay que tener en cuenta que Ronin es de todas las entrevistadas la de mayor edad, tiene treinta y siete años. De las veinticuatro restantes, ninguna ha elegido su trabajo como fuente de identidad. Probemos a hacer esta misma pregunta a nuestros padres y abuelos mineros, carteros, camioneros o profesores y obtendremos fácilmente como respuesta la profesión: “yo soy panadero”, “yo, carpintero”. El trabajo ha sido fuente de identidad, pero en la actualidad, dada la polivalencia y la movilidad de las jóvenes trabajadoras, es muy difícil obtener una respuesta clara ante la pregunta “¿y tú qué eres?” o incluso ante la pregunta más concreta “¿y tú a qué te dedicas?”. Unida esta pregunta del principio a una que se hace al final de la entrevista, “¿en qué te imaginas trabajando con cuarenta años?”, lo que se obtiene es otra vez una incertidumbre y una escasa identificación con el trabajo. No saben muy bien qué quieren ser de mayor, los proyectos no son claros, como no sea seguir más o menos tirando del carro como hasta ahora o, eso así, con algo más de estabilidad aprobando algunas oposiciones futuras que les permitan sentar un poco la cabeza y hacer planes. Y en torno a este tema de las oposiciones tengo que contar una anécdota: Marta Fernández González, una de las ganadoras del concurso “Precarias conscientes”, promovido por la Asociación Mujeres Jóvenes de Asturias en mayo de 2006, presentó un juego de sobremesa similar al de la oca en el que si la ficha caía en la casilla de oposiciones te quedabas varias tiradas sin jugar, si caía en trabajo para la empresa privada retrocedías varias casillas y si caía en “cursillismo” debías permanecer una ronda sin jugar. Pues bien, la meta del juego era el trabajo fijo, el trabajo de funcionaria. Por que en la actualidad elegir una carrera laboral

coherente y bien estructurada ya no está al alcance de todas las trabajadoras es por lo que vemos nuestra vida laboral como un veleidoso juego de la oca lleno de vaivenes. Pocas mujeres jóvenes se pueden ya definir en función del trabajo que desempeñan. El trabajo para toda la vida es excepción, hemos variado ya tanto de dedicación a lo largo de nuestra corta vida laboral (y eso que somos todavía jóvenes y nos hemos incorporado al mercado hace diez años como mucho), que pretender construir una identidad para toda la vida basándonos en la profesión es prácticamente imposible. Mi padre siempre tuvo muy claro que era cartero, yo veo imposible definirme a través de mis variados trabajos, ¿soy socióloga, profesora de Literatura, monitora de los más variados talleres, escritora, columnista, divulgadora científica, investigadora, educadora para la salud, guía de jardín botánico...? o ¿soy más bien precaria, así sin más, y por resumir críticamente? Tenemos entonces que entender la broma de Luz, “qué soy... ah, pues no sé, ¿Aries?”, bajo esta explicación, pues permanente, hoy por hoy, lo que tenemos que pueda definirnos para el resto de nuestra vida es el horóscopo, ya que por el momento nadie va a cambiar nuestra fecha de nacimiento. No eres la enfermera, la carterera, la socióloga, la profesora, la camarera. Ya no eres la de la tienda de toda la vida, ya no *eres*, sino que *estás* o trabajas temporalmente como X. Das clases de inglés en una academia, ¿pero te puedes identificar con la etiqueta de profesora?, ¿tus vecinas te ven como la profesora del quinto o como la chica “que trabaja en no sé qué” del quinto? Que trabaja y ha trabajado en tantas cosas distintas que no puede ser señalada, etiquetada como profesora.

### **3. Anexo con los itinerarios de las entrevistada**



Están por orden alfabético del seudónimo que ha sido elegido por ellas mismas. Se han hecho veinticinco entrevistas, pero por el momento sólo se utilizarán doce.

“Blanca”, M.G.M, 30 años. Iruña, Navarra. Licenciada en Pedagogía, Master en Prevención de Riesgos Laborales. Vive en pareja desde hace cuatro años y trabaja como ama de casa. Tienen una hipoteca considerable al haber comprado piso en el centro. Busca trabajo.

“Eva”, L. P., 29 años. Oviedo, Baleares, Cádiz, Madrid, Sevilla, Bilbao... Prostituta<sup>3</sup>, brasileña, con problemas para legalizar su estancia en España y recientemente divorciada. Ha estudiado un equivalente a Ayudante Técnica Sanitaria en Brasil pero no se lo convalidan. Tiene dos hijas de diez y siete años en su tierra. Vino a España para procurarles una mejor educación, entre otras razones porque van a colegios privados bastante caros porque Eva considera que la educación pública en su país es nefasta. Cuando tiene tiempo busca un trabajo que le permita dejar la prostitución. Vive en los pisos en los que trabaja por toda la península.

“Griselda”, G. P. M, 29 años. Entre Gijón y Madrid. Le quedan unas pocas asignaturas para acabar Filosofía. Lleva trabajando desde los veinticuatro años. Ha trabajado en un bingo, en un McDonald´s, ha sido vendedora en un mercado al aire libre, dependienta en Carrefour, *merchandiser*, contadora de personas a la puerta de un centro comercial, teleoperadora de DHL y teleoperadora de El Corte Inglés. Lleva seis años compartiendo piso con varias personas, tanto en Gijón como en Madrid. Actualmente busca trabajo.

“Kus”, N. G. S, 26 años. Actualmente en Madrid, pero es de Oviedo, Asturias. Ha terminado el bachillerato. Desde que se incorporó al mercado laboral ha trabajado siempre en la hostelería, aunque en ocasiones ha limpiado en casas. Acaba de dejar una relación de cinco años. Tenían una hipoteca. Él se ha quedado con todo, incluso con las deudas.

“Leire”, G.R.A., 33 años. Iruña, Navarra. Licenciada en Ciencias del Trabajo, Master en Dirección de Recursos Humanos. Casada desde hace dos años. Viven de alquiler en el centro. Trabaja como ama de casa. Busca trabajo.

“Liber”, M.F.U., 29 años. Oviedo, Asturias. Profesora ayudante de Lingüística en la Universidad de Oviedo. Vive sola en un piso a medio minuto caminando de su trabajo. Ya hace un año que acabó de pagar la hipoteca. No ha querido elegir su seudónimo, así que he sido yo la que le ha puesto “Liber”, de Libertad. Con el deseo de que muy pronto se halle a la altura de él. Es un pequeño acto de psicomagia.

“Luz”, V. G.S, 28 años. La Felguera, Asturias. Ha terminado el bachillerato. En el momento de la entrevista está al paro descansando, no buscando trabajo. Ha pasado por varios trabajos: limpieza, limpieza de obras, peona de la construcción, cajera de



---

3. Como ya dije, por su propia elección prefiere denominarse *prostituta* a *trabajadora del sexo*.

supermercado, camarera, comercial, cuidadora de ancianos... Vive en pareja en un piso de alquiler bastante barato.

“Marina”, R. G. B, 33 años, Iruña, Navarra. Licenciada en Derecho, Posgrado en la Escuela de Prácticas Jurídicas, Master en Dirección de Recursos Humanos, Master en China en Comercio Exterior y Estudios de chino mandarín en la Universidad de Pekín. Vive sola y de alquiler. Busca trabajo.

“Noelia”, M.S.R., 34 años. Oviedo, Asturias. Ha estudiado hasta COU. Actualmente trabaja como limpiadora en un hospital. Lleva desde los veinticuatro trabajando en limpieza con algún período en hostelería. Hace siete años que se divorció y vive con su hija de diez años en un piso cuya hipoteca todavía durará al menos quince años.

“Patricia”, F.C.G., 30 años. Vive en Madrid, pero es de Bilbao. Ha estudiado hasta COU y ha hecho diversos cursos. Ha trabajado como buzoneadora, limpiadora, dependienta y *telemarketing* pero lleva unos años trabajando de cocinera. Comparte piso con cuatro personas.

“Ronin”, S.L.J, 37 años. Oviedo. Jefa de cocina. Le faltan un par de años para acabar Filología Española. Se ha centrado en su carrera autodidacta de cocinera. En este terreno ha conseguido varios premios. Ha trabajado en limpieza y ha tenido un pequeño restaurante en el centro de la ciudad. Vive sola en un piso antiguo del centro de la ciudad de alquiler bastante proporcionado. *Ronin* significa en japonés “hombre que cabalga libre al viento, samurai libre de amo”.

“Vero”, V.M.F, 29 años, Sama de Langreo, Asturias. Diplomada en Relaciones Laborales, Master en Dirección de Recursos Humanos, está buscando trabajo. Ha trabajado como asesora laboral para varias empresas. Vive con su madre, padre y hermanas.

## 4. Anexo con el cuestionario

Las entrevistas se realizaron a lo largo de los meses de marzo, abril y mayo. Generalmente en sus propias casas y a chicas de Iruña, Oviedo, Gijón, Langreo (Asturias), Madrid, Bilbao y Extremadura. Tuvieron una duración de dos o dos horas y media. Evidentemente no están todas las preguntas que he realizado, sino las más habituales, pues a medida que la chica iba hablando ya se sondeaba según sus vivencias. Cada entrevista por tanto acabó siendo muy diferente al resto.

La cuestión número veintitrés sobre las tensiones en el puesto de trabajo entre el personal fijo y el temporal no ha sido desarrollada en el estudio por cuestiones de espacio. Pero es muy interesante y suele reflejar conflictos intergeneracionales, conflictos entre dos formas de ver y vivir el trabajo. Esto tendrá que esperar a una posible ampliación del estudio.

1. Elige pseudónimo
2. Edad, domicilio actual.
3. ¿Vives sola o en compañía?
4. ¿Es de alquiler o es piso propio?, ¿es muy cruel tu hipoteca, cuánto destinas de tu salario?
5. ¿Qué eres?
6. Listado de formación y de trabajos
7. ¿Por qué elegiste esa formación o ese trabajo?
8. Vocación que tenías al estudiar
9. ¿Tu trabajo de hoy tiene que ver con lo que estudiaste?
10. ¿Ves una línea ascendente en tu carrera, es lineal o más bien en zig-zag?, ¿tienes la sensación de progreso?, ¿y de progreso en el salario?
11. ¿Cómo experimentas el momento en que tienes que redactar tu *curriculum*?, ¿te agobia tener que ponerlo al día o por el contrario te gusta revisarlo?
12. ¿Te consideras sobrecualificada para el trabajo que ejerces?
13. ¿Has pensado algún día que el ser mujer te haya podido cerrar alguna puerta?
14. ¿Qué habilidades requiere tu actual trabajo?
15. ¿Dónde y cuándo las aprendiste?
16. ¿Desconectas fácilmente?, ¿cómo?
17. ¿Qué tal duermes?, ¿cuántas horas?

18. ¿Cómo son tus comidas?, ¿comes sano y respetas un horario? ¿Qué tipo de alimentos te pide con más frecuencia el cuerpo? ¿Comes en casa, en el puesto de trabajo o en un restaurante?, ¿comes el menú del día?
19. ¿Tienes que dar una imagen en tu trabajo?, ¿te molesta, te supone algún gasto extra de dinero y de tiempo?
20. ¿Te cansa trabajar cara al público?, ¿te has sentido en algún momento falsa?, ¿te molesta tener que tratar tanta gente a lo largo del día?
21. Cuando buscas trabajo, ¿el “exponerte y venderte” reiteradamente te acaba molestando?
22. ¿Vives algún tipo de conflictos con la jefatura o con las compañeras y compañeros?
23. ¿Notas algún tipo de tensión entre el personal fijo y el temporal?
24. En el caso de amas de casa: ¿socializas igual?, es decir, ¿tu tiempo libre ha cambiado con respecto a cuando trabajabas?, ¿te ves con más o meno gente?
25. ¿Por qué y para que trabajas?
26. ¿Cómo vives tu tiempo libre?, ¿te has llegado a sentir culpable?, ¿gastas mucho dinero en él?
27. Si te tocara un premio gordo de lotería, ¿seguirías trabajando?
28. ¿En qué crees que estarás trabajando a los cuarenta?, ¿y en qué te gustaría?
29. ¿Eres libre?
30. ¿Eres feliz?



**5. Para qué y por qué trabajamos**  
**Por la vivienda, la vocación y la ética del trabajo**

## 5.1. “Si no fuera por la hipoteca, claro está, yo, todo el mundo viviríamos más a gusto”<sup>4</sup>

*Kus: un sueldo casi se nos iba en hipoteca, en arreglos para la casa que nos subió a más de tres millones... y bueno la hipoteca tenía unos intereses enormes, porque era una financiera, de esas que te dan la hipoteca casi sin mirar, pero que luego te clavan a intereses. Bueno, y los coches, ya te dije. En fin, que yo firmé cuando nos separamos y se quedó él con todo. Mejor, ¿oíste? Todo deudas y más deudas...*

*Noelia: si no fuera por la hipoteca, claro está, yo, todo el mundo viviríamos más a gusto. Pero yo no me puedo permitir dejar un trabajo, aunque esté pachucha, como hoy, o decir que no voy y quedar mal, no... con una hipoteca de 500 euros y una cría... y una cría... fíjate, y un sueldo sólo, no puedo, no puedo... Tengo la pensión del padre y a mis padres, pero no puedo, es igual, no puedo, porque además de la hipoteca es la comunidad, y la luz, y el teléfono, y el gas... ya me entiendes.*

*Luz: yo porque pago muy poco de alquiler, pero tengo a todas las amigas hipotecadas hasta las cejas, sí, por pisos aquí en este pueblo de mierda, quinientos, seiscientos euros de hipoteca al mes durante veinte, veinticinco años, treinta... Y luego lo que se gastan en muebles, y bueno, tienen cocinas que igual les valen dos millones... con todo el mármol nuevo, que no les valía el que venía con el piso, no... y neveras de esas enormes plateadas y la de mi madre... Fíjate que las hay que ya sienten ese rollo del instinto maternal y tal, y que se están cortando de tener hijos porque no pueden dejar el trabajo porque, si no, con sólo el sueldo de él se quedan en la calle, tía, es que si sólo les queda el sueldo de él, qué, a dónde van. La hipoteca, la hipoteca, la hipoteca... y luego, que quedabas con ellas, y no te creas, eh, que cuando estaban mirando para comprar el piso, hace un par de años ya de esto, era imposible... se pasaban la cena hablando de los pisos que construye fulano, mengano, que Cadenas hacía los pisos de mejor calidad, que si Cadenas, que tiene ese hotel y el geriátrico a la entrada de La Felguera, te echaba del curro, si eras camarera o tal, si se enteraba de que le comprabas el piso a otra constructora. Flipa... Un chorvo que conozco yo, que estoy por negarle el saludo por mongolo, compró el piso a otro constructor pero a nombre de la hermana para que el tal Cadenas no se enterara y no lo echara del hotel, un camarero... si llega a ser un curro decente, no sé... Y bueno, y van y le*



4. A continuación se aborda el tema de la vivienda porque todo estudio que trate el mundo del trabajo de una manera un poco amplia, hoy por hoy dada y la envergadura del problema, no puede pasarlo por alto. Nosotras, la Federación Mujeres Jóvenes, tratamos este problema en unas hermosas jornadas realizadas en Marinaleda (Sevilla) llamadas “Marinaleda versus Marina D´Or. Formas alternativas de emancipación”. En Marinaleda la vivienda es un derecho y por lo tanto no cabe especulación alguna con ella. Te recomiendo que averigües sobre esta “utopía hacia la paz” que es Marinaleda. En esas jornadas presenté la charla “Mujer y vivienda. Problemática específica por sectores. De cómo el Patrix constructor roe los presentes y futuros de las mujeres más variopintas”. Ahí encontrarás más desarrollado cómo afecta este problema a las mujeres jóvenes, a las familias monomarentales, a las mujeres viudas, a las mujeres inmigrantes, a las trabajadoras del sexo y a las mujeres víctimas de terrorismo machista.

*compran el piso a ese mafioso, tía, ¡en la Cuenca!, que no estamos en Marbella, y además a todos éstos, había que pagarles dos o tres millones en negro, “en B”, que decían ellas, y creo que lo hacían hasta en pisos de protección oficial, y yo les decía: “Pero me cago en la puta, ¿que sois imbéciles?” (Pone voz) “Ay Luz, mira, es lo que hay, tiene cola para comprarle los pisos, si quieres uno tienes que pagar en negro. Son de muy buena calidad”. ¿Te lo puedes creer? Esto hace dos o tres años cuando el boom... pagaban un plus de dos millones en negro para que esos mafiosos les vendiesen el piso... ¿entiendes lo que te estoy diciendo? Había montón de pisos de segunda mano, casinas por los alrededores, bien baratas, ¿me entiendes?, que aquí había opciones, no como en Madrid... pero la gente es imbécil, la mayoría de las sogas nos las ponemos nosotros. (Pone voz): “Los pisos de Cadenas son de mucha calidad”. Para su puta madre, y ahora todos agobiados porque el curro peligra con el rollo este de crisis, que ésa es otra, y tienen miedo a no poder pagar la hipoteca y la de mi madre, pero que se jodan, ¿oíste?. Que hubieran pensado antes... flipados... Yo, la verdad, qué quieres que te diga.*

*Griselda: el trabajo es eso, trabajo única y exclusivamente para pagar el alquiler. Y cuanto menos, mejor, siempre que pueda cubrir lo básico. Y desde luego no estoy a favor como política de comprar, de manera colectiva el comprar piso creo que sustenta una serie de cosas que no se debe, pero bueno... en la medida en la que podemos... tampoco me gustan los bancos y tengo que tener uno... es difícil. Por otro lado a nivel individual no siento esa necesidad de poseer algo, y alquilar sola... en Madrid no puedo plantearme la posibilidad de alquilar yo sola, en Madrid, no, en Asturias me lo hubiera planteado, sí... no me disgusta. Pero bueno, el compartir piso, si das con gente afín a ti, son una familia hasta cierto punto... hasta cierto punto es tu familia y eso está bien, vale, yo soy muy independiente y a veces me cruzo y me gusta estar sola, pero si la gente con la que compartes piso está bien, vamos, una experiencia maravillosa, no sé si a los cuarenta y cinco se puede sostener, pero sí, por ahora está bien.*

Al preguntarnos hoy por qué trabajamos es inevitable abordar el tema de la vivienda. Un sueldo, si vivimos en pareja se destinará a la hipoteca, y si no vivimos en pareja entonces alquilaremos, porque en soledad es prácticamente imposible que una joven trabajadora pueda comprarse un piso. De las veinte chicas entrevistadas sólo estaban hipotecadas las que vivían en pareja y en una ciudad barata (dos chicas que vivían en pareja en Madrid, pese a los dos sueldos, seguían viviendo de alquiler). Una mujer que acuda a pedir una hipoteca en solitario lo tendrá siempre más difícil que un hombre porque comparativamente las mujeres tenemos trabajos más inestables y menos remunerados y poseemos una vida laboral más corta (los chicos de media se incorporan antes al mercado laboral), requisitos todos ellos que serán revisados cuidadosamente por el banco. Por tanto, llevar una pareja masculina es de incalculable valor a la hora de conseguir una hipoteca y a la hora de, una vez concedida, seguir afrontando el resto de los gastos. Kus recuerda que uno de los dos sueldos<sup>5</sup> se destinaba a una hipoteca de fuertes intereses y a

gastos de arreglos de la casa. Habla en pasado porque fue en buena medida por los problemas económicos por lo que fracasó su relación (lo veremos mejor en el capítulo dedicado a las amas de casa). Ahora comparte piso de alquiler con una amiga y sostiene en otro momento de la entrevista que tardará mucho en volver a meterse en líos de hipotecas. Su situación actual es la más habitual en las chicas jóvenes: alquila y comparte. Porque las mujeres alquilamos más que los hombres en general<sup>6</sup> y las personas jóvenes, por razones obvias, más que las de cierta edad.

El caso de Noelia es diferente, ella constituye una familia monomarental por ser una mujer que cría en solitario a su hija. Tras el divorcio se ha quedado con la niña y con el piso, o más bien con la hipoteca, pues llevaban menos de cinco años amortizados. Noelia no está en la categoría de Kus, en la de “mujer joven comparte piso de alquiler”, sino que está en una más frágil desde el punto de vista de la libertad laboral, la categoría que podríamos llamar “monomarental intenta continuar hipoteca”. Por no perder lo avanzado, porque ese piso con otros quince años de esfuerzo podrá llegar a ser verdaderamente suyo, Noelia sabe que no puede jugarse su empleo. Aunque se encuentre enferma (la veremos otra vez en el capítulo dedicado a salud) no puede faltar al trabajo, porque si lo pierde, ¿cómo va a afrontar esos dos sumideros de sueldo que son su hija y su hipoteca? Ella misma reconoce que de no ser por la hipoteca viviría mucho mejor, tanto ella como todo el mundo. En este caso estamos hablando de algo muy serio, de hijas, de salud y de cómo de un sólo sueldo la mitad se dedica en exclusiva a una vivienda que es un derecho recogido en la Constitución.

Luz alquila un piso bastante barato con su pareja y por ello no siente excesiva presión por el tema de la vivienda. Más adelante veremos que esto, junto con el apoyo de su pareja, le permitirá cambiar sin miedo de trabajo cuando no se siente a gusto. En este caso su testimonio, más que por sus propias vivencias, interesa por el análisis que hace de su entorno. Lejos de un discurso victimizador, Luz considera que muchas de sus amigas están enfangadas con cuantiosas hipotecas por su propia inconsciencia. Valora negativamente el gasto en muebles y electrodomésticos que elevan aún más las deudas y considera que en su pueblo, La Felguera, sí existían

5. A la hora de distribuir los gastos sucede algo muy significativo, según ha detectado la socióloga Sandra Dema Moreno: se da más relevancia al salario de los varones haciendo que de ese salario se paguen los gastos más importantes para la familia que son la letra del coche y la hipoteca. Mientras, el dinero de las mujeres generalmente sirve para afrontar los gastos cotidianos en bienes fungibles que una vez consumidos desaparecen. Ellos pagan lo que da prestigio, lo que da estatus: el piso y el coche, y nosotras, el pan nuestro de cada día. [Dema 2005]

6. Según el estudio de Jordi Bosch Meda, *El problema de la vivienda en España desde una perspectiva de género*, el porcentaje de residentes en viviendas familiares de alquiler llega al 10,36% cuando la persona de referencia es una mujer, y baja al 6,92% si es un hombre. Lo mismo sucede si la persona de referencia tiene entre treinta y cinco y sesenta y cinco años, pues entonces dicho porcentaje de alquiler llega al 11,70% cuando el hogar está encabezado por una mujer, y disminuye al 8,83% si el cabeza de familia es un hombre.

otras opciones más baratas a la de la compra de piso nuevo de “calidad”. Asume que en otras ciudades como Madrid tal vez no haya opciones, pero muchas veces son las propias mujeres las que “se ponen ellas mismas la soga” de las hipotecas asfixiantes. Diagnostica la falta de mesura y de espíritu crítico de la gente de su entorno (el ejemplo del camarero chantajeado por su jefe constructor es bien llamativo), e introduce una variable más que en los últimos años ha complicado la vida de la clase trabajadora: la especulación con el derecho a la vivienda y los delitos cometidos por unos constructores que incluso cobraban en negro en los tiempos del auge inmobiliario. Dos años después Luz nos cuenta que algunas de sus amigas albergan temores, pues la crisis económica y el aumento del paro hace peligrar el pago de sus hipotecas. Descaradamente llega a plantear que se lo tienen merecido porque han actuado sin el más mínimo criterio económico. No han sabido preveer, pensaban que iban a poder mantener semejante nivel de gasto de por vida sin valorar un posible aumento masivo del desempleo. Pero lo que más interesa de su testimonio es el hecho de que algunas de sus iguales sienten la necesidad de ser madres pero lo aplazan por no poder prescindir de uno de los sueldos que permite seguir afrontando la hipoteca y demás facturas. La incorporación de las mujeres al mercado laboral no sólo es debida a cambios en la mentalidad y al aumento de la igualdad de oportunidades, también hemos de tener en cuenta que en el caso de las parejas heterosexuales que se van a vivir juntas, hoy por hoy, si la chica se plantea tener hijos ha de pensárselo dos veces, pues uno de los sueldos se dedica casi íntegro a la hipoteca y otros préstamos. De tal manera que muchas veces trabajamos asalariadamente y posponemos o pasamos por alto la maternidad porque no podemos prescindir de un sueldo. Aquí está una de las razones, junto con la inestabilidad laboral, de supuesto “declinar de la familia” por el que tanto claman las derechas. Es más la economía que la ideología la que guía nuestros comportamientos. O pagamos hipotecas o mantenemos criaturas, pero las dos cosas a la vez resulta complicado. Y ya sólo hablando desde el punto de vista económico, sin abordar cuestiones de conciliación, corresponsabilidad y tiempos. Ya sólo por dinero, las amigas de Luz se plantean aplazar la maternidad.

El último testimonio de este epígrafe es el de Griselda. En este caso, la trabajadora no tiene necesidad alguna (ni posibilidad) de comprar piso e hipotecarse. Lleva varios años compartiendo alquiler y lo considera una buena experiencia. Está en contra del hábito de comprar vivienda, y mucho menos como forma de inversión, porque esto da lugar a la especulación que luego sufrimos en nuestras carnes. Al margen de esta visión, muy certera pero que no podemos abordar en este estudio como se merece, interesa su visión del compartir piso como una forma alternativa de convivencia familiar. Sus experiencias han sido buenas, sus compañeras de piso han sido siempre amigas, y por ello Griselda defiende un modelo de familia muy interesante, porque ella misma habla de “familia” cuando se refiere a sus convivencias. Puesto que no se plantea vivir en pareja y no precisa estar sola, nutre sus necesidades afectivas con esas amigas con las que comparte piso, esa familia

alternativa que ha venido dada por la necesidad. No puede permitirse vivir sola, pero a cambio ha descubierto algo muy hermoso: que la convivencia con gente en un principio extraña puede llegar a ser muy positiva. Lo cierto es que si bien las parejas van y vienen, recordemos si no el ejemplo de Kus y Noelia en este mismo epígrafe, por lo general las amistades son más duraderas y puede resultar que a la larga estas nuevas forma de convivencia se implanten y generen más cobijo emocional que la típica familia nuclear de madre, padre e hijo. Puede que el planteamiento de Griselda esté motivado por su juventud, ella misma cree que quizá a los cuarenta y cinco cambie de parecer, pero por el momento ésa es su verdad y así se construye su hogar. Con afectos que no tienen que ir siempre dirigidos a la pareja.

## 5.2 “La felicidad en el trabajo te aporta un treintatrés por ciento más de felicidad en la vida, en general”

*Liber: no es sensación de trabajo, es poder hacer lo que te gusta... hombre sí, ayer cuando salí del despacho a las nueve y pico de la noche, pues sí, como que me parecía trabajo, trabajo. [...] Hoy le pides a tu trabajo que sea interesante, te dé experiencias, por qué... ¿sabes por qué? porque te pasas la vida trabajando.*

*Ronin: sólo se le puede pedir dignidad y esperar que te den el resto. Le pido sobre todo ser feliz, más allá del dinero. Bueno hombre, partiendo de un mínimo, básicamente lo que le pido es que me haga feliz y si no me hace feliz y no me divierte, me voy. Por eso llevo este año buscando el sitio donde ser feliz trabajando, el trabajo son ocho horas diarias, eso representa un treintatrés por ciento de la vida y teniendo en cuenta que otro treintatrés por ciento duermes y un veinte por ciento lo dedicas a ducharte y a comer, queda un diez por ciento para ser feliz, lo tengo calculado. La estadística es correcta, no, es cierto, yo he hecho la estadística, con lo cual la felicidad en el trabajo te aporta un treintatrés por ciento más de felicidad en la vida en general. Antes le pedía al curro básicamente dinero, ahora que ya tengo el dinero y el prestigio en el trabajo, ahora quiero calidad de vida. Además, que muchos años en hostelería lo que te hacen ver es que la felicidad no te la da el dinero sino el sitio donde trabajes y, sobre todo, la gente y el equipo que tengas. Claro, no el dinero... bueno a partir de un mínimo, hay que vivir, claro, y además hay que vivir bien porque para eso trabajas tanto.*

*Griselda: pero yo sigo, obstinada, insistiendo sobre el mismo perfil de trabajos, porque si algo bueno tienen este tipo de trabajos es que, aunque mal pagados, te dejan tiempo para ti. Y, si aprendes a vivir con lo básico, te permiten sobrevivir. Supongo que es un problema de ambición, pero yo nunca he pretendido tener un trabajo en el que desarrollarme o sentirme realizada. Eso es una utopía. Al final siempre acabas presa de un jefe, o de ti misma cuando eres tu propia jefa, que eso es casi peor, o te acaban fastidiando las condiciones... y al final te frustras, a mí que no me cuenten... porque no puedes cambiar el mundo, no puedes hacer las cosas como tú quieres, por mucho que tengas un curro super creativo o solidario o*

*de ayudar a los demás. Oye, que igual me estoy engañando a mí misma, pero creo que algo de razón no me falta... Si no esperas más de tu trabajo que un sueldo a final de mes, pocas decepciones tendrás, vale que también pocas satisfacciones... Supongo que en los trabajos que una elige se refleja nuestra forma de sentir y comportarnos, nuestro juego en la vida. Unos juegan para ganar, otros sólo por divertirse y otros para no perder o que la derrota no les destruya del todo... pues eso, yo ni trabajo para ganar, para demostrar nada, ni trabajo para divertirme... más bien trabajo porque no me queda otro remedio, para no acabar destruida o en plan homeless (ríe) Buf, qué trágica me estoy poniendo (ríe)... no pero es verdad, joder, es así... Tú a mí lo que me tienes que dar es tiempo, tú dame tiempo y ya me encargaré yo de ser feliz. Eso sí, para esto hay que tener muy claro lo que quieres y no perderlo nunca de vista.*

Obviamente trabajamos para ganar un dinero que gastamos en buena medida en alquileres e hipotecas, acabamos de verlo. Pero una no sólo se mueve por el vil metal, el mundo del trabajo es complejo y en él, además de factores económicos, intervienen factores psicológicos. Trabajamos para conseguir dinero, para mantener nuestras necesidades básicas y nuestros deseos de consumo. Ya lo dijimos, somos la clase que vive del trabajo. Pero además trabajamos por contrapartidas emocionales e intelectuales, trabajamos por estatus, por mantener sana la autoestima, trabajamos como forma de socialización, trabajamos por cumplir sueños y vocaciones... Y a veces nuestro trabajo es nuestro *hobby*, nuestra afición más preciada. Liber, profesora de Lingüística, sostiene que la mayoría de las veces no tiene la sensación de estar trabajando, pues siente que está haciendo lo que le gusta. En casos como ella, en casos de chicas con carreras bien definidas y con un claro componente vocacional (haber estudiado Filología Española como Liber es una elección guiada por los gustos personales y no por las expectativas laborales), el trabajo es fuente de realización, es una forma de rentabilizar una pasión en este caso por la investigación y por el lenguaje. Pero un poquito después ella misma descubre la trampa psicológica o refugio que nos autoimponemos las trabajadoras: “Hoy le pides a tu trabajo que sea interesante, te dé experiencias, porque... ¿sabes por qué? porque te pasas la vida trabajando”. Es, como suele decirse, hacer de la necesidad virtud. Más nos vale vivir experiencias, desarrollarnos y apasionarnos, puesto que cada vez invertimos más y más horas en el trabajo; contemos si no la formación continua, los desplazamientos, los cambios de residencia incluso al extranjero, las horas extras que se ha tomado por costumbre no pagar o pagar como horas normales... Nos conviene disfrutar y vivir al menos de vez en cuando el trabajo como fuente de realización porque de lo contrario nos podemos encontrar ante la penosa situación de sentir que no tenemos vida. Por ello, hacer del trabajo nuestra vida supone un mecanismo de supervivencia psicológica. El trabajo ha de ser fuente de felicidad. Los cálculos de Ronin son acertados, afinan el análisis de Liber, y puesto que un tercio de su vida lo va a pasar trabajando, procura entonces que ese tiempo le aporte felicidad. Ya ha alcanzado cierto prestigio y un buen salario

lo tiene garantizado, por tanto lo que busca ahora es un buen equipo de cocina, bueno sobre todo en el sentido psicológico, pues como nos comenta en otro momento de la entrevista, en los dos últimos años ha cambiado más de seis veces de restaurante casi siempre por necesidades que podríamos llamar emocionales: si había mal clima con sus ayudantes, si no se divertía o no había buen trato por parte de la dirección, Ronin dudaba poco en irse. Sus cálculos le sirven de guía para valorar si quedarse o no en un trabajo. Ha sido eso, y no tanto el dinero o el prestigio, lo que la han movido en estos últimos años. Contraria a Ronin y a Liber es Griselda. En este caso ha desistido de buscar la felicidad en el trabajo. Puesto que sabe que pasamos buena parte de nuestra vida trabajando, en vez de buscar cierta plenitud en el trabajo, ha optado por reducir lo máximo posible las horas en el mismo. Su testimonio es denso y muy valioso. No cree en la realización a través del trabajo, ella se nutre mental y afectivamente de lo que le pasa justo cuando abandona su puesto. Tiene muy clara la diferencia entre trabajo y vida. Para ella son espacios separados, muy bien delimitados y, como es natural, prefiere la vida al trabajo. Por tanto lo que le pide al trabajo es que le deje mucho tiempo libre para poder vivir: “tú dame tiempo y ya me encargaré yo de ser feliz”. Considera utópico el anhelo de disfrutar en el trabajo, cree que por muy vocacional, creativo o solidario que sea siempre va a chocar con los problemas propios del mundo del trabajo<sup>7</sup>. Sabe que con su actitud desencantada puede estar perdiéndose muchas de las satisfacciones que aporta la vida laboral, pero Griselda se protege así de los disgustos. Podríamos decir según su visión que existe más “queme postvocacional” que postvacacional. Encarar el trabajo como una vocación implica riesgos emocionales. Si nuestra vocación es el periodismo o lo social, cuando descubrimos la realidad del trabajo más allá de la facultad, nos desencantamos. Se intenta resucitar la pasión por el trabajo, se intenta que toda la clase trabajadora sienta pasión por su carrera, pero Griselda sabe por su larga experiencia que ésa es una idea con trampa. Pues en realidad muy pocas personas podrán alcanzar ese ansiado nirvana laboral<sup>8</sup>. Fríamente reconoce que sólo trabaja para no acabar en la mendicidad, trabaja porque hay que pagar para vivir y comer. Es muy extraño encontrarse chicas jóvenes que hagan análisis tan descarnados del mundo del trabajo, sobre todo cuando se trata de chicas con una formación intelectual como la suya, le quedan pocas para acabar Filosofía y tiene una amplia formación cultural, que las inclinaría hacia proyectos profesionales más ambiciosos.

7. Puede parecer un poco cínica pero razón no le falta sobre todo después de haber escuchado el testimonio de varias trabajadoras de lo social donde se constata que el *burnout*, término con el que se denomina al “queme”, es muy habitual en unas trabajadoras que casi sin llegar a los treinta años ya sienten que la realidad del trabajo “solidario” está bastante mercantilizada, manipulada y precarizada. Algunas de ellas reconocen incluso que, de haber sabido cuando tenían dieciocho años cuál era la realidad de mundo de lo social, hubieran elegido otras formaciones, no hubieran estudiado Trabajo Social, Pedagogía, Psicología, Educación Social... El análisis de dichas entrevistas tendrá que esperar a una posible ampliación del estudio. Por el momento, por cuestiones de espacio, no podemos incluir un capítulo dedicado a este sector profesional.

A nuestros padres y abuelos les hemos oído decir muchas veces que lo más importante de un trabajo es que sea honrado. Hoy ninguna de las entrevistadas apela a esa honradez a la hora de elegir un trabajo, suena antiguo. Hoy lo que se busca de un trabajo es que sea interesante y que aporte experiencias, recordemos las palabras de Liber. Antes la clase trabajadora sentía placer por el mero hecho del deber cumplido, hoy necesitamos más bien que el trabajo nos “realice”. Muchas de nosotras consideramos aburrido el trabajo de nuestros padres y madres. Buena parte de las jóvenes trabajadoras han puesto muchas esperanzas de desarrollo personal en el trabajo. Las expectativas en la vida laboral son altas, sobre todo al principio, y el sueño de alcanzar un trabajo gratificante ha hecho mucha mella en las mujeres. Esto puede deberse a nuestra mayor elección de carreras que suelen considerarse “vocacionales” y a que las mujeres jóvenes nos hemos tomado la profesión como un alto deber moral. Aunque no se consideren feministas, la mayoría de las jóvenes creen que deben alcanzar la autosuficiencia económica, pues cada vez es más difícil encontrarse a una joven que sueña con ser ama de casa y madre en exclusivo. Además, nos volcamos mucho en el trabajo porque vivimos en una economía posfordista que exige a su clase trabajadora una mayor implicación emocional e intelectual de lo que exige una economía fordista a su proletariado. Ya lo dijimos: al proletariado, mayoritariamente masculino, se le exige esfuerzos diferentes de los exigidos al cognitariado, mayoritariamente femenino y que en vez de producir objetos produce servicios inmateriales. Al cognitariado se le exigen pasiones, compromisos, afectos, palabras, sonrisas, entrega... vocación, en definitiva. Y la vocación así es más vulnerable.

### 5.3. “No, aunque fuera una lotería gorda, yo seguiría investigando, no, y ahora que estoy aquí ya”

Ronin: *porque tengo que pagar el piso, el alquiler y comer, si no, no trabajaría, me dedicaría a cocinar igual pero no trabajaría, cocinaría de otra manera, pero me realizaría... Dejaría de trabajar si me tocara la lotería, sí, por supuesto, bueno, cuidado, ¿dejaría de trabajar...? no, no dejaría de trabajar, pero trabajaría posiblemente de otra manera, pondría un restaurante de otra forma, para llevarlo desde otro lado y haciendo*

8. Griselda defiende similar tesis que el prestigioso sociólogo Zygmunt Bauman: “El trabajo rico en experiencias gratificantes, el trabajo como realización personal, el trabajo como sentido de la vida, el trabajo como centro y eje de todo lo que importa, como fuente de orgullo, autoestima, honor, respeto, notoriedad... En síntesis el trabajo como *vocación* se ha convertido en privilegio de unos pocos, en marca distintiva de la élite, en un modo de vida que la mayoría observa, admira y contempla a la distancia, pero experimenta en forma vicaria a través de la literatura barata y la realidad virtual de las telenovelas. A la mayoría se le niega la oportunidad de vivir su trabajo como una vocación [...] Las exhortaciones a la diligencia y la dedicación suenan a falsas y huecas, y la gente razonable haría bien en percibir las como tales y no caer en la trampa de la aparente vocación, entrando en el juego de sus jefes y patrones” [Bauman 2005, 60].

*menos horas. Pero sí, sí seguiría desarrollando la cocina pero muchísimo más cómoda, obviamente. Montaría algo. Yo no valgo para estar en casa sin hacer nada... y que me gusta lo que hago. Me gusta lo que hago, lo haría de otra manera y me permitiría el lujo de hacer cosas que ahora no puedo hacer, abriría una taberna japonesa para hacer sushi, haría cosas que ahora mismo no puedo hacer por la rentabilidad, pero pudiendo hacerlas, claro que me embarcaría en algo diferente y que me gustase. Al margen de que luego fuera rentable o no.*

Liber: *no lo sé, igual sí, seguiría trabajando, sí, ahora con las clases y con todo, sí que lo haría. Pero me daría... simplemente tendría a alguien que me ayudase a limpiar en casa y... sí me gustaría poder tener un piso con terraza y con vistas, por lo menos. No, aunque fuera una lotería gorda, yo seguiría investigando, no y ahora que estoy aquí ya, jolín, que sí, pudiendo vivir superbien, sin problemas de casa. Si se me estropea algo llamo, que iba a tener tiempo libre porque no iba a tener que dedicar mi tiempo libre a lavar las bragas, pues sí, estaría más tranquila, no sé, seguir leyendo, seguir investigando, si a mí es que me gusta mucho estar donde estoy.*

Marina: *no, no podría dejar de trabajar, me dedicaría... a lo mejor montaría una Fundación, una movida para ayudar a la gente que no tiene recursos y trabajaría y me implicaría en eso en ayudar a... sí, sí trabajaría igual.*

Griselda: *no trabajaría, pero sí es posible que montase algo que me gustara de verdad, que me pudiera dar algo de dinero, pero sobre todo que creyera en el proyecto.*

A excepción de Luz, Eva y Noelia, cuyos itinerarios biográficos puedes consultar en el anexo, todas las chicas entrevistadas seguirían trabajando aunque les tocara un premio de lotería de los grandes. Les insistí en la entrevista, les dije que se trataba de una lotería de las que permite dejar de trabajar para el resto de la vida, y veintidós de veinticinco persistieron en la idea de trabajar<sup>9</sup>. Estamos hablando en este caso de que un ochentaiocho por ciento seguiría trabajando y sólo un doce lo dejaría por completo. En los últimos años se ha incentivado mucho la llamada cultura emprendedora, muchas mujeres han estudiado Ciencias Empresariales, Gestión y Administración de Empresas, Economía... Así mismo desde las instituciones se insisten mucho en fomentar, al menos simbólicamente, la figura del emprendedor o emprendedora, que no es otra cosa que decir, empresaria, pero empresaria en pequeño, la mayoría de las veces muy en pequeño y en peores condiciones que cuando se trabaja por cuenta ajena<sup>10</sup>. Pues bien, parece que todos estos esfuerzos tienen su fruto y cuando le preguntamos a veinticinco jóvenes trabajadoras o en paro qué harían con una buena lotería, casi un noventa por ciento responde con la idea del “montaría algo”, es decir, se convertiría en empresaria y

9. Añado otras cifras que parecen confirmar esta mayor vocación por el trabajo de las chicas frente a los chicos: al recoger lo que haría cada género si le tocara la lotería, una investigación promovida por el Instituto Asturiano de la Juventud, muestra que un 30,6 de los chicos dejaría de trabajar frente a un 16, 8 de las chicas. [Novo Vázquez 2006, 239].

seguiría trabajando. Estas respuestas no por habituales dejan de ser sorprendentes. Si hiciéramos esta pregunta hace unos años la respuesta hubiera sido más lúdica, pero hoy, entre el fomento ideológico de lo emprendedor y entre que las mujeres no vamos a dejar así como así de desarrollarnos en el espacio público a través de nuestras carreras, es muy difícil que contestemos lo de retirarnos a una isla paradisíaca a beber piña colada. Ni siquiera por pasarnos el resto de nuestra vida disfrutando de una fortuna vamos las mujeres a abandonar lo conquistado en materia de igualdad de oportunidades. La felicidad de las chicas entrevistadas se mide en proyectos en el espacio público, pues incluso Griselda, a quien hemos visto hacer un cáustico análisis de la búsqueda de felicidad en el trabajo, hasta ella misma reconoce que “montaría algo”. Ninguna piensa dedicarse al *dolce fare niente*. Ninguna, a excepción de Eva, Luz y Noelia que en los tres casos respondieron que se dedicarían a viajar a sitios soleados y a vivir en unas vacaciones perpetuas. Y no es extraño porque ellas hasta el momento han tenido una vida laboral bastante dura, carecen de formación académica específica y nunca, ni siquiera de niñas, tuvieron especiales aspiraciones profesionales. Sólo trabajan por dinero, por tanto, de tener mucho dinero no trabajarían. Pero con las respuestas de la mayoría se constata una vez más que en el trabajo interfieren muchos factores emocionales e intelectuales que no podemos sustituir fácilmente por dinero. Fijémonos en la respuesta de Liber, que de todas las entrevistadas es posiblemente la que ha alcanzado mejor estatus laboral: “No, aunque fuera una lotería gorda, yo seguiría investigando, no, y ahora que estoy aquí ya”. Ese “estoy aquí ya” no hace referencia al salario, pues con la lotería quedaría superado, sino que supone más bien una posición social, un

10. Deberíamos incluir todo un capítulo dedicado a la “emprendedoras”, pero por el momento valga la siguiente reflexión: las autónomas, *freelance* o pequeñas, pequeñísimas empresarias interiorizan la opresión de la producción y se convierten a sí mismas en sus propias jefas. El caramelo envenenado de la autonomía laboral, alternativa a la que cada vez más mujeres se acogen, no supone la supresión de las exigencias, sino la interiorización de éstas veinticuatro horas, hasta hacer imposible distinguir tiempo de trabajo de tiempo de ocio. A las cada vez más abundantes autónomas y psuedoempresarias vinculadas al mundo de la edición, la estética, el comercio o la formación se les ha inoculado el virus de la especulación pero sin fichas ni tablero para poder jugar en igualdad de condiciones con la clase empresarial más poderosa y arraigada desde décadas. Son las emprendedoras cuya empresa sólo sirve para que la gran empresa contratante, y cada vez más el sector público, ahorre Seguridad Social y demás hormas de convenios laborales. La autónoma asume más producción, asume más burocracia, asume más incertidumbre y asume reinventarse a sí misma para el próximo encargo, si es que lo consigue. Como reconoce la *freelance* feminista Sandra Araújo en su reflexión “La vida en 30m ” la misma trabajadora aporta los medios de producción (casa, ordenador, Internet, teléfonos, impresiones) asume casi sin darse cuenta la merma de tiempo (“hoy ya no sé quién me ha robado mis vacaciones”), pues invierte parte del tiempo no remunerado en encontrar trabajo remunerado, y asume por completo cuidar su marca porque ella es su eslogan viviente [Escalera Karakola 2004,185]. Esta cada vez más abundante autonomía se traduce en más soledad e insolidaridad porque es imposible por el momento reconocer a quienes están como una, dado que cada vez se coincide menos espacialmente con otras trabajadoras del sector, y dado que la entrevista personal se hace a solas frente a las personas encargadas de recursos humanos que por lo general suelen ser gente encantadora, empática y con grandes habilidades sociales para llevar a su terreno a la solitaria aspirante al puesto.

progreso, un éxito, un placer por las metas alcanzadas, un gozo en la investigación. Por lo tanto podemos llegar a decir que en buena medida el trabajo cubre necesidades psíquicas que parece ya no podemos o no queremos o no sabemos saciar en otros ámbitos. Cuando instaba a las chicas a que se imaginasen una vida de opulencia y sin necesidad de trabajar, a muchas de ellas les costaba plantearse una vida muy diferente a la que ya llevaban. Les insistí en que podían echar a volar su imaginación, pero lo máximo que proyectaron fue el convertirse en empresarias, en montar restaurantes, en contratar asistencia doméstica, en montar librerías... Tan sólo Marina aventuró un proyecto un poco más ambicioso, el de la Fundación con fines sociales pero, eso sí, sin dejar de trabajar. He de reconocer que me llamó la atención el apego a la vida real de las chicas. Pensaba encontrarme más fantasías, proyectos más locos, más aventuras, viajes, ideales... pensaba que poniendo varios millones de euros sobre la mesa iba a revivir al Quijote que todas llevamos dentro, pero insistieron en quedarse en Sancho Panza “emprendedor”.

#### 5.4 “Porque para tener derecho a comer en mi familia había que tener que trabajar en la tienda o donde fuera”

Liber: *me sentía culpable cuando me decían “qué bien vives”, como si no me lo hubiera ganado yo... Vengo de una familia donde siempre me han dado la oportunidad de estudiar, siempre he tenido todo, no he tenido que trabajar para estudiar y por ello se me hacía sentir como que eres... de hecho es un privilegio yo lo sé, pero hasta puntos... pero a mí siempre se me hizo sentir que tenía que pagar por eso. Yo estuve trabajando en la tienda de mis padres hasta los doce, trece, catorce... ayudando en la tienda en verano, lo que pasa que luego cuando empecé con los caballos iba al picadero y trabajaba allí para montar gratis, con lo cual ya no ayudaba tanto en la tienda, y que no ayudes en la tienda no se ve bien, y no tanto por mis padres que decían “bueno, déjala que viva, es una niña, que esté con los caballos y tal”, sino por el resto de mi familia... porque para tener derecho a comer en mi familia había que tener que trabajar en la tienda o donde fuera, más estudiar, más tal... un poco familia de estas tradicionales explotadoras, ¿sabes?, que también mi abuela se quedó viuda muy pronto, no tenía ni cuarenta años y sacó a la familia adelante ella sola, y joder ya lo sé, era la posguerra, lo pasaron mal... pero joder, esa mentalidad del “hemos venido a sufrir”, pues quieras que no, cuando eres pequeña que no tienes filtros para distinguir, quieras que no, todo eso te marca, y me lo repitieron tantas veces, tantas veces “no sabes qué suerte tienes, no sabes qué suerte tienes, no sabes qué suerte tienes, los padres que tienes, las oportunidades que te están dando, aprovéchalas, aprovéchalas” que yo ya no sabía qué hacer, porque sacaba todo sobresalientes, trabajaba en la tienda en verano, luego encima con lo de los caballos, y no sólo eso, sino que curraba también y luego si iba a una competición me ponía las pilas... y yo no sabía qué hacer porque me seguían diciendo lo mismo y pensaba “¿será que no hago bastante...?” esto llegó hasta la beca... y siempre metiéndome miedo “y cuando*

*no esté tu madre cómo te vas a hacer cargo de la casa tú sola”, “qué vas a hacer tú sola para llevar la casa y estudiar al mismo tiempo”... mi madre muchas veces... como que la vida era algo super difícil y super duro y que, claro, y qué iba a hacer cuando no tuviese a nadie que me echase una mano... y sufres más que ellos, porque a las carencias te adaptas, joder, pero al sufrimiento psicológico interno, a eso, no, y encima es una amenaza permanente... Una vez lo hablaba yo con mi padre a propósito de una persona que decía mi padre: “tiene un trabajo muy digno, muy sacrificado” porque mi padre identificaba trabajo sacrificado con digno y yo le dije, “¿cómo que sacrificado?, es digno independientemente de que sea sacrificado o no, ¿sabes? No hay que sufrir para dignificarse”. Eso lo tienen super asumido, super asumido.*

Somos hijas de la opulencia y de la democracia, y parece ser, según el testimonio de Liber, que tenemos que sentirnos culpables por no haber sufrido. Tenemos que ocultar el bienestar y sentimos como una ofensa el “qué bien vives”, cuando deberíamos sentirnos orgullosas de ello. ¿Hay algo de digno en vivir mal, hay algo que deba causar admiración en el sufrimiento? Las raíces de este culto a la debilidad que implica que las personas, sobre todo las mujeres de cierta edad, compitan entre sí por ver quién tiene más enfermedades y problemas, son cristianas. Entre las mujeres cierto aire de debilidad ha sido siempre aplaudido. Si nuestro referente religioso es un hombre torturado en la cruz no es extraño que durante siglos hayamos insistido en experimentar la vida como un “valle de lágrimas”<sup>11</sup>. Y todo ello llega también a la vida de Liber que se siente una privilegiada frente a su desgraciada abuela de posguerra. Pero hemos de reconocer que los privilegios de Liber los hemos tenido millones de jóvenes en la España de los últimos años: no hemos pasado hambre, no hemos vivido excesivas represiones, hemos podido estudiar, sólo faltaba...Y por haber vivido materialmente mejor que nuestras abuelas no deberíamos sentir mal alguno, sin embargo, como ella misma cuenta, a Liber la hicieron sentirse siempre culpable por esos privilegios que no sólo eran individuales sino colectivos, propios de buena parte de su generación. La llamada ética del trabajo estaba muy implantada en su familia. “Hay que trabajar”, “hay que sufrir”, “qué suerte tienes que puedes estudiar”... Liber escuchó constantemente estas palabras de “ánimo” y así, poquito a poco, fue generando una especie de fantasma psicológico que hasta hace bien poco la estuvo persiguiendo, volveremos a ello en el capítulo dedicado a la comida. Y el colmo de la ignorancia psicológica, por no llamarla directamente maldad o envidia, ya es atemorizarla desde niña con la muerte de su madre. A ella, una hija única, el resto de la familia la atemoriza con el fantasma de la Cenicienta. “No vas a poder estudiar, ni tendrás tiempo libre, ni

11. No podemos extendernos en este tema. Friedrich Nietzsche, Carlos Marx, Thomas Szasz y la misma madre filosófica del feminismo, Simone de Beauvoir, por poner unos pocos ejemplos, han dedicado esfuerzos a explicar este sinsentido vital. Concretamente, la fragilidad bien vista entre las mujeres es abordada indirectamente por Beauvoir en el tomo dos del *Segundo sexo*, por ejemplo en los capítulos “La infancia” y “Situación y carácter de la mujer”. Pese a haberse publicado en 1949, esta Biblia del feminismo puede seguir siendo, por desgracia, uno de nuestros libros de cabecera.

podrás hacer tu vida porque si tu madre se muere vas a tener tú que ocuparte de todo”. Y por cierto, que según nos confesó una vez apagada la grabadora, la madre de Liber nunca estuvo enferma, a día de hoy, cuando Liber ya cuenta con treinta años, su madre disfruta de una salud normal. Por tanto, los temores que le inculcaron eran más estúpidos aún. Por un lado se la hacía sentir una privilegiada por poder dedicarse a los estudios, lo cual le generaba, pese a sus extraordinarios resultados (premio al mejor bachillerato en Cantabria, diversos premios literarios, impartición de charlas culturales desde niña, competiciones hípcas...), la sensación de no estar cumpliendo del todo, y por el otro, se la atemorizaba con el fantasma de la ama de casa de por vida que tendrá que cuidar a su padre y mantener pulcro el hogar. Moral de sacrificio exagerada y mutiladora por un lado, y moral sexista por el otro, pues si Liber hubiese nacido chico seguramente su familia no la hubiera atemorizado con tener que llevar la casa él solo cuando se muriese su madre. Se le hubiera dejado desarrollar su carrera sin tantos temores ni exigencias de dedicación exhaustiva al cuidado de la casa. Y todo ello, que visto desde la etapa adulta pueden parecer extravagancias a olvidar, en la mente de la Liber niña supuso todo un trauma porque en aquel entonces carecía de los “filtros críticos” adecuados para poder poner en su sitio las impertinencias de su familia. Como niña que era atribuía valores de verdad a lo salido por boca de sus mayores y, por tanto, iban creciendo sus fantasmas. Porque a las carencias se adapta una, pero al “sufrimiento psicológico interno, no”. En este caso vemos cómo el miedo a no ser lo bastante buena en el trabajo y el miedo a no alcanzar lo suficiente es motivado no tanto por las privaciones materiales (imaginemos por ejemplo que Liber ha sufrido toda su vida miserias y al crecer ansía superarse por temor a repetir las), sino por las privaciones psicológicas fomentadas por una familia que ha interiorizado por completo el discurso de la vida como sufrimiento, como constante lucha en la que una no puede relajarse. Pese a venir de una familia de clase acomodada y no haber sentido privación alguna, ha sentido mucha inseguridad porque si con una mano nos dan bienes materiales pero con la otra nos introducen miedos, como perras amaestradas acabaremos por revivir esos miedos el resto de nuestras vidas. Y esta moral del sacrificio y del trabajo constante, junto con un trabajo intelectual excesivo, condujeron a Liber a una grave enfermedad nerviosa de la que afortunadamente ya ha logrado salir. El caso de Liber, aunque extremo, no deja de repetirse en mayor o menor intensidad en la vida de todas nosotras. Esta ética de trabajo llevamos toda la vida oyéndola en boca de nuestras madres, abuelos, profesoras, amigos: “quien no trabaja no come”, “esta vida es una lucha”, “quien no se prepara fracasa”, “hay que estar a la altura del mercado laboral”, “hay que reciclarse”, “hay que ponerse las pilas”, “nadie regala nada”, “nada es gratis”, “no hay que dormirse en los laureles”, “el tiempo es oro”, “hay que ser hormiguitas y no cigarras”, “el trabajo dignifica”, “el trabajo os hará libres”... A todas nos suenan estas expresiones y nosotras mismas las tenemos bien interiorizadas. También está mal visto que no cuides tu carrera, que no estés siempre alerta para aprovechar el tiempo en formación o con contratos que si bien te aportan poco dinero, harán mejorar tu

carrera. No damos muchos pasos que no puedan incluirse en el *currículum*, aprovechamos bien el tiempo y las oportunidades. Si descansamos ha de ser para reponer fuerzas y rendir mejor en el trabajo y la formación. Queremos siempre subir, ascender, mejorar, acumular, escalar, medrar... trepar. Es de gente necia conformarse con poco, hay que avanzar. Evolucionar, mejorar el piso, el coche, las ropas... aumentar el precio de nuestros objetos. También la cantidad. Hasta que tengamos que mudarnos a un piso más grande porque ya no tenemos sitio para todo lo que acumulamos. Porque además de la ética del trabajo hay otra ética que nos moldea aún más: la ética del consumo. No voy a extenderme sobre este tema. Por el momento sólo quiero insistir en cómo el trabajo es algo sagrado, algo incuestionable. Pondré un ejemplo: seguro que sabes de alguna fábrica de armas situada en tu región, pues bien, si en algún momento plantean reducir plantilla o cerrarla, los sindicatos se movilizarán para defender esos puestos de trabajo. Esos mismos sindicatos acudirán a las manifestaciones en contra de la guerra de turno. Como si las guerras se hicieran con tomates y no con armas fabricadas en Europa y en España, en fábricas cuyos puestos de trabajo tanto defienden. Y no se te ocurra hacerles ver a esos sindicalistas lo ponzoñoso de su postura, te dirán que si cierra la fábrica muchas familias quedarán sin sustento, que los puestos de trabajo son lo primero, que hay que defender los intereses de los trabajadores, etc. Aunque con lo producido en esas fábricas se bombardeen colegios. Da lo mismo, el puesto de trabajo es sagrado. Te parecerá un ejemplo exagerado, pero creo que es muy luminoso. De hecho la economía estadounidense se basa principalmente en la carrera armamentística, varios cientos de miles de personas, si no millones, tienen trabajo porque se bombardean países. Decía un filósofo al que suelo acudir a menudo, Theodor Adorno, que en la exageración está la verdad. Este capitalismo nuestro es racional, saben mucho de ciencias y números, pero no razonable.

Y por cierto, *trabajo* viene del latín *tripalium*, que significa “yugo”, lo que se le ponía a los burros y a los bueyes para arar la tierra.

## 5.5 “Es ridículo, ridículo... Pero este trabajo yo para qué lo hago”

Griselda: *merchandiser es una cosa muy rara, es como colocar la mercancía pero alguien por el medio se lleva la mitad de tu sueldo, es una subcontrata... merchandiser, todo en inglés. Tienes un lugar de trabajo que no es la empresa para la que trabajas, en ese sitio de trabajo tienes que colocar mercancía de la gente que te paga, yo trabajaba sobre todo en cultura y tenía que colocar cosas de Warner, Disney... yo trabajaba para esa gente y había una empresa mediadora que se llevaba la mitad del sueldo, lo que pasa es que era un horario muy guay y dije: “un tiempo aquí, total...” y aguanté, luego ya vi que pagaban fatal y curraba muy poco y para poder cobrar más tenía que hacer horas extras, fuera de contrato como una cerda porque las horas extras las pagaban normales, tenía que pasar un tope que era una cosa exagerada para que te las pagasen como extras, eran cuarenta*

*horas semanales. Y bueno, para empezar, que el curro era una imbecilidad, colocar pelis de Disney ... Tenía a parte que coger cosas sueltas porque con este curro no me daba para vivir y tenía que coger cosas sueltas que pudiera hacer, pues eso, un par de días, cuando me saliera... para poder compaginar... y encontré un trabajo de ponerte en un centro comercial en una puerta e ir contando cuánta gente entra desde tal hora a tal hora... y con eso se hacen estudios de mercado, se cogen todos los accesos posibles a ese centro, desde el parking, absolutamente todos, todas las puertas, los subterráneos, todo lo que fuera posible.*

*Te sientes completamente inútil y yo por lo menos lo que hacía era buscar motivaciones para aguantar porque eso eran dos días a la semana seis horas, solía ser cada dos meses, y era... buf, y eran dos días a la semana, pero si lo tengo que hacer toda la semana... ni aunque te paguen un buen sueldo, no se puede, es insoportable porque es completamente alienante, no haces absolutamente nada, más que estar en una puerta esperando a que pase algo y tú hacer así (Hace seña) porque tú tenías un aparatito para contar, es... ridículo, ridículo, luego además te daba tiempo a pensar muchísimo, veías que dejaban una puerta descubierta, “pero este trabajo yo para qué lo hago”, y... es ridículo, de verdad, te parece completamente ridículo, y esto es en centros tipo El Corte Inglés, Hipercor... Y bueno, curros de éstos, tengo un colega que curraba para una subcontrata, cómo no, trabajaba yendo a las jugueterías vigilando que las cajas de los Play Movil, sí, las cajas de los muñequinos, estuvieran bien colocaditas en las estanterías... (Ríe) Era vigilante de Play Movils... oye, a un crío igual le hace hasta ilusión (ríe), pero mi colega ya andaba cerca de los treinta. Joder, pero esto de qué va, para qué hacemos esa mierda de curros, por la pasta, pero... Dios, no tiene sentido, nos reímos, pero es jodido, muy jodido. Eso tiene que ser malo para el karma, seguro.*

Hay que trabajar porque hemos venido a eso, a luchar. Hay que trabajar aunque nuestro trabajo carezca de utilidad alguna. Muchas trabajadoras se van para la cama con las tensiones propias de un trabajo intelectual o de un trabajo con mucha responsabilidades (lo veremos más adelante), pero en este mercado laboral que nos ha tocado vivir, tan variado, cambiante y extraño, sucede también que muchas de nosotras tenemos que afrontar trabajos ridículos, absurdos, trabajos sin sentido. Son trabajos supuestamente para estar de paso, para estudiantes que tienen espacios de realización al margen, pero de hacerse más tiempo como le sucede a menudo a Griselda, provocan insatisfacción, ansiedad, angustia... Provocan preguntas inconvenientes: “pero este trabajo yo para qué lo hago”. Cuando Griselda cuenta personas a la puerta de El Corte Inglés, el sinsentido es más evidente, pero hay otros trabajos aparentemente más normales cuyo sentido también hemos de plantearnos: el *telemarketing* qué utilidad tiene cuando incesantemente llamamos a personas que nos cuelgan el teléfono, y qué utilidad tiene la construcción de edificios que destrozan la tierra y sólo sirven para especular... y así un largo etcétera. Ya vimos que el mundo del trabajo es complejo, no sólo trabajamos por dinero sino también por vocación, por inquietudes sociales, por cultivo del ego... Si vamos a

invertir un tercio de nuestro día trabajando, recordemos los cálculos de Ronin, conviene que sea en algo útil, pues de no ser así, nuestra psique puede resentirse. Porque las trabajadoras tenemos todavía la sana costumbre de pensar, como hace Griselda, y no nos limitamos como máquinas a cumplir un trabajo que nos reporte un salario. Y a veces al pensar nos invade el sinsentido. Sinsentido que a la larga puede general malestares psicológicos y físicos. Depresión, por ejemplo.

## **6. No es el látigo, es el reloj**

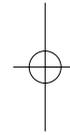
### **Las hambrunas de tiempo de las jóvenes trabajadoras**

## 6.1. “Cuando tienes mucho tiempo libre gastas mucho, y entonces claro con el paro no puedes gastar más”

*Kus: cuando estoy al paro lo que más me agobia es que no puedo hacer nada... bueno, y si cobras el paro todavía, pero cuando se te acaba qué haces, ahí todo el día agobiada en casa porque no puedes salir, no tienes pasta, a dónde vas... a mí me encanta viajar, pero cuando tengo tiempo no tengo dinero y cuando tengo dinero no tengo tiempo... (Ríe) Sí, yo creo que ahora que no tengo que pagar alquiler ni hipotecas ni rollos de éstos, el dinero me da la libertad de poder comprarme lo que me apetece, bueno lo que necesito, ¿no?, poder cenar de vez en cuando por ahí, tomar algo, el cine, un fin de semana de cabaña rural... me encantan las ciudades europeas... ahora es un chollo... Lo malo es que como trabajo mucho los fines de semana, si quiero salir o hacer algún viajecito con alguna amiga, cuando tengo pasta, lo tengo jodido porque es cuando estoy trabajando. Pero es mejor, porque el no tener curro me agobia, al no tener pela es que no puedes hacer nada, nada, y no voy a andar pidiéndoselo a mi madre a estas alturas.*

*Ronin: pero ¿sabes qué pasa también?, y esto es inevitable, cuando tienes mucho tiempo libre gastas mucho, y entonces claro, con el paro no puedes gastar más, cuando tienes un sueldo trabajando no tienes tiempo para salir tanto, pero claro en el paro se gasta mucho porque tienes todo el día libre y yo como y ceno en el trabajo, que es una renta. Tiempo libre sin gastar lo hago en casa, eso se hace en casa, puedo ir a pasear al parque de Rosas pero no es lo mío. No hombre, puedes tener planes alternativos de más o menos gasto, como coger la moto e irme a Llanes y comer un bocadillo o simplemente cogermela moto para ir y volver, o ir y comer en un restaurante... siempre puedes... pero quieres ir al cine, cualquier cosa, el tiempo libre sin dinero es un utopía, en realidad te puedes quedar en casa pero estás gastando gasoil de la calefacción, estás gastando televisión, luz, teléfono, al final estás gastando un montón de cosas, más luego los vicios aparte... que también los puedes hacer en casa, pero valen su pasta.*

*Griselda: es verdad que muchas veces no tienes pasta para hacer muchas cosas y te jode, pero también es verdad que aprendes a disfrutar de otras cosas que no cuestan dinero, que la gente aquí parece que lo que no cuesta dinero lo desprecian... (pone voz) “No es que esas Fundaciones de Museos no son muy buenas”, bueno, pues igual no son las mejores pero es mejor que estar viendo la televisión y hay exposiciones que son mejores que las de algunos museos, como eso hay montones de cosas para hacer en Madrid, pasear que es gratis, por donde quieras, conocer la ciudad es gratis, es más barato que ir en transporte público, pero no sé, sobre todo en Madrid, la gente lo de no tener dinero no lo concibe... yo lo llevo bien, no puedo viajar, me jode mucho, pero simplemente es eso, minimizar los gastos. No como fuera, un día sales por ahí y todo el mundo va a picar, pues bueno, pero a mí me fastidia y no suelo hacerlo, antes bebía, ahora bebo poco, me viene de puta madre... pero es que a ver, a mí el dinero no me da la felicidad, yo cuando mejor estoy es cuando tengo tiempo, es que es una cuestión práctica, es que esa gente probablemente por la razón que sea, yo en eso no me meto, sean más felices cuando tienen dinero y por eso buscan esa felicidad.*



Conviene revisar qué hacemos las jóvenes con nuestro tiempo libre para valorar mejor la amplitud de facetas que cubre el trabajo asalariado. Dicen que el tiempo es oro, en este caso habría que añadir por un lado que lo que resulta caro como el oro es el tiempo libre y, por el otro, que o se tiene oro o se tiene tiempo. Cuando Kus está al paro, las vacaciones del precariado, tiene tiempo, pero entonces no tiene dinero para poder disfrutar de ese tiempo. No puede viajar, ir al cine, cenar y disfrutar del ocio porque eso cuesta dinero. Es muy claro: cuando tiene dinero no tiene tiempo y cuando tiene tiempo no tiene dinero. De similar parecer es Ronin y ante mi insistencia en poder disfrutar de un ocio “desmonetarizado”, es decir, de un ocio gratuito y libre de gastos, plantea que es una utopía, que todo tiempo libre implica dinero aunque se permanezca en casa pues la casa por sí sola y con una persona dentro ya genera diversos gastos. Para ella no hay posibilidad de ocio libre de dinero porque también reconoce que lo de pasear sin más no es lo suyo. Tanto ella como Kus precisan de dinero para salir de copas, de restaurantes, de turismo, al cine... De tal manera que la idea de la inactividad laboral no les agrada mucho porque, entre otras razones, eso las privaría del disfrute y la socialización en el tiempo libre que tanto dinero requieren.

El caso de Griselda es diferente y hay que reconocer que escaso. Ella valora por encima de todo el tiempo libre y en consecuencia tiene que sacrificar el dinero. Por tanto le quedan un montón de horas libres para disfrutar pero poco dinero. Hace malabarismo y llega a disfrutar de una ciudad tan cara como Madrid donde, según ella, nadie sabe disfrutar si no es gastando. Griselda pasea, aprovecha la oferta cultural gratuita y procura no salir a cenar. Hace de la necesidad virtud, como ya la vimos hacer cuando disfrutaba de compartir piso, y aprovecha para beber menos. A menos dinero más frugalidad y mejor salud. Le apena un poco no poder viajar pero sabe que si quiere más dinero va a tener que trabajar más horas y entonces eso le robará libertad y tiempo libre, sus bienes más preciados. Su testimonio interesa sobre todo por su oposición a Ronin y Kus, por su oposición a la mayoría de una clase trabajadora que es compulsivamente consumista. Saber elegir el mejor restaurante, la mejor música, la mejor sala de cine, la mejor ropa, los viajes más interesantes se ha convertido en nuestra carta de presentación. La principal forma de mostrar creatividad y libertad es eligiendo en el gran mercado. A falta de otras fuentes de identidad, que vimos que el trabajo ya no aportaba, hoy los objetos de consumo vienen con identidad incluida y si no nos los podemos permitir, sean viajes, ropas o copas, quedaremos aisladas de nuestro grupo. Zygmunt Bauman en *Vida de consumo* se refiere al ser humano actual como un *homo eligens* orgulloso de su capacidad de elección en el consumo. Y ese *homo eligens* se desarrolla sobre todo en un tiempo libre pleno de deportes que hay que pagar, como el esquí que pasó de práctica de élite a deporte cada vez más practicado por una clase trabajadora gracias a su fomento en las escuelas incluso públicas con la llamada “semana blanca”<sup>12</sup>, de viajes a paraísos tropicales que nos permitan a la vuelta aturdir al personal con nuestras fotos, de cenas en restaurantes *cool* y de tardes en el centro comercial que

transmitan la idea de que una tiene una vida muy ocupada e intensa. El tiempo libre ha sido mercantilizado casi por completo, de momento de las horas de sueño poco negocio se puede hacer como no sea vendiendo colchones y somníferos. Incluso el disfrute de la naturaleza requiere que contratemos el fin de semana una cabaña rural, como nos recuerda Kus. Y pondré un ejemplo para finalizar: las baratas vacaciones en el pueblo de la abuela ya no son suficientes, necesitamos vivir nuevas (¿nuevas?) experiencias viajando fuera del país, y esto, al margen de las consecuencias ecológicas, de la enorme huella que deja en la Naturaleza, deja invisibilizadas huellas en nuestra vida, pues al monetarizar todo nuestro tiempo quedamos por completo entregadas a un mercado laboral en el que conseguir dinero para poder disfrutar de la vida.

## 6.2. “Me resulta complicadísimo desconectar, con el ordenador yo creo, buscando información.... para temas de curro, joder, es que al final no desconecto”

Ronin: *me pillas en un momento de cambio, la verdad es que no tengo mucha vida social, ¿tiempo libre?... podemos decir que la mitad lo dedico al trabajo también. He puesto un cartel en la cocina “Cocina I+D”, investigación y desarrollo. Entonces muchas veces me quedo allí haciendo pinchos y esas cosas. O incluso haciendo los menús del día y todo ese rollo, o miro recetas o dvds de cocina o cosas así. Para desconectar básicamente lo que hago es jugar a la play. Los porros me relajan un poco, tengo la cabeza siempre... la play sí me desconecta, me meto en otro mundo y entonces ahora sí que me olvido. Ni la tele ni nada, me concentro muy mal últimamente para leer, me cuesta muchísimo, tengo ahí unas referencias para unos libros pero no me puedo centrar, estoy leyendo y estoy pensando, y cuando me doy cuenta tengo que leer la página entera porque no me he enterado de lo que he leído. Antes desconectaba con la literatura, pero es que antes tenía un trabajo de menos responsabilidad, antes tenía más trabajo en el trabajo, ahora tengo más trabajo fuera de él.*

12. Durante la semana blanca miles de escuelas paran la actividad para llevar a las criaturas a esquiar. Cara y antiecológica práctica cuyo fomento en la escuela pública es de dudoso interés pedagógico. Pero fomentar en las niñas y niños un tiempo libre que exija por completo gastar dinero es una de las principales tareas de un *marketing* cada vez más invasivo. Naomi Klein en el valiosísimo *No logo. El poder de las marcas* recoge la idea del “síndrome del pequeño emperador” que Laurie Klein y Just Kid Inc, una empresa estadounidense encargada de elaborar estudios sobre adolescentes de China, supo muy bien captar a la hora de encontrar un nuevo nicho de voraces consumidores. Este “síndrome” consiste en que las madres y los padres chinos llegan a prescindir de todo con tal de satisfacer las necesidades educativas y, más aún, los caprichos veleidosos de una nueva generación que prefiere la Coca-cola al té, las Nike a las sandalias, los McNuggets al arroz, la MTV a los libros y las tarjetas de crédito al dinero. Ganándose al público joven, el *marketing* se gana a toda la familia y se asegura así el mercado del futuro [2004, 154-155].

Leire: *me resulta complicadísimo desconectar, con el ordenador yo creo, buscando información.... para temas de curro, joder, es que al final no desconecto, me cuesta muchísimo desconectar, muchísimo, no me relajo, entonces la televisión... siempre odié la televisión, de hecho cuando conocí a Germán le dije que yo no quería tener tele en casa y me dijo que él tampoco, pero acabó entrando una tele en casa... Ahora la estoy usando para desconectar, esa puta mierda de Fama, es todo publicidad, no les veo bailar nada, esa es mi válvula de escape y me digo “pero qué mierda me estoy metiendo yo en la cabeza...” si es que me pongo a leer y no me concentro... Yo antes no veía mierdas de éstas pero...*

Liber: *pues a última hora de la tarde, yo cojo, me pongo las mallas, las playeras, el ipod, me voy al gimnasio, me pillo una sudada escuchando música y montándome mis coreografías, haciéndome un punteo con ACDC, je, y luego pues no sé... ahora por semana no tengo tiempo, pero si no, tengo aquí dosificados los Caballeros del Zodíaco, tengo la serie entera que me la he comprado (Ríe). He vuelto a la adolescencia con los Caballeros del Zodíaco... pelis, me encanta ver pelis, es que soy feliz, feliz, en el universo de la película, últimamente tengo mucha vida interior con el universo de la ficción, que hacía mucho que no... y la música la vivo superintensa, que tuve una temporada que no disfrutaba ni de la música...*

Griselda: *hombre, yo algo que intento siempre es hacer otra cosa que me reporte placer antes de acostarme, veo una película, escribo algo, leo algo, algo que me haga olvidar... después de tanto tiempo hago así (chisca los dedos) y me limpio. Yo, la verdad, que desconecto bien, yo creo... hay días que no, tengo un disgusto enorme en el trabajo, discuto con un compañero, tengo un montón de curro para el día siguiente... y digo “Dios, Dios mañana qué horror”, pero generalmente desconecto muy bien, pero yo tengo siempre presente que el curro no es mi vida, que es un trabajo... con el que peor lo pasé fue en DHL porque era un trabajo en el que sí me hubiera gustado estar un poco más de tiempo, y ahí sí que me costaba igual un poco más desconectar porque además era una trabajo en que tenía un poco más de responsabilidad y ya te requería más cosas, pero quitando eso, en general desconecto con bastante facilidad. Desconecto saliendo a tomar algo o incluso por Internet buscando información... yo cuanto más alienada estoy yo noto que más información necesito absorber, si estoy más o menos satisfecha con mi trabajo me vale con tomar dos cañas, pero si no, necesito... a veces hago collages... cosas creativas y que tampoco me requieran... pues recortar... cosas manuales.*

Y pese a la variada oferta de ocio del que disponemos actualmente, lo cierto es que a las trabajadoras nos cuesta desconectar, delimitar claramente en nuestra mente cuándo ha acabado nuestra jornada laboral. Puesto que la mayoría de nosotras trabajamos con la mente y los afectos, no nos cansaremos de repetirlo, resulta más difícil decirle a esas ideas y a esas emociones que se apaguen una vez abandonamos el puesto de trabajo. Nos vamos a nuestra casa y a nuestras vidas plagadas de restos mentales del trabajo. Quien trabaje especialmente con los músculos puede descansarlos más fácilmente una vez terminada la jornada: se

acabó acarrear agua, picar carbón, subir andamios, hacer pasta, cavar la tierra... los músculos, aunque doloridos, son fáciles de desconectar. Se le dice a la espalda que deje de agacharse y soportar peso, y ésta de inmediato responde, pero el cerebro es un músculo rebelde que no se apaga fácilmente. Él sigue obstinado en pensar y repensar en ese problema del portátil, en ese mal gesto de la jefa, en ese capítulo de la tesis imposible de resumir, en ese curso del sábado, en esa paciente de vida deshecha... Por tanto, aunque consumamos los más variados servicios u objetos para disfrutar de nuestro tiempo libre, la desconexión no llega tan fácil. Barrer al trabajo de nuestra vida libre hoy no es sencillo. De tal manera que puede darse la situación de que trabajemos las veinticuatro horas, de que soñemos incluso con el curso de inglés, con el taller que hemos impartido o con el alumno que nos desasosiega. Y esta incapacidad para desasirnos del trabajo en nuestra vida dejará cicatrices en nuestros hábitos alimentarios, en nuestro sueño e incluso en nuestras relaciones humanas. Lo veremos más claro en los capítulos dedicados a la comida y a la salud.

Ronin dedica parte de su tiempo libre a seguir investigando y a pensar los menús de los próximos días. Reconoce que desconecta muy mal, recurre a los porros y sobre todo a jugar a la *play*. Ni siquiera la televisión la consigue apartar del trabajo. Antes era una gran lectora, de hecho estudió casi cuatro años de Filología Española y obtuvo buenas notas gracias a su afición a los clásicos, y, sin embargo, ahora es incapaz de leer, debe repetir la página entera porque su cabeza sigue en el trabajo. Sólo los juegos virtuales le permiten desconectar al ofrecerle un mundo paralelo. Mundos que antes le ofrecía un literatura que hoy ya no le sirve. Todo ello porque “antes tenía un trabajo de menos responsabilidad, antes tenía más trabajo en el trabajo ahora tengo más trabajo fuera de él”.

A Leire le sucede algo parecido, está enganchada a un concurso de telerrealidad porque sólo así desconecta. También se queja de que es incapaz de concentrarse en la lectura, necesita estímulos más agresivos y coloristas que el sencillo libro. La televisión con sus signos sonoros y visuales le permite mayor desconexión que la lectura, pues ésta siempre exigirá de nuestra parte mayor esfuerzo, mayor capacidad de concentración y de visualización. Se dice que la tele frente al libro lo da todo mascado y por tanto, para una mente como la de Leire tan ocupada en temas del trabajo, siempre será más digerible. Por mucho que se haya negado a tenerla, al final la tele es lo que más la relaja. Pero lo cierto es que Leire está al paro, por tanto los temas del trabajo que a ella la invaden en su largo tiempo libre son precisamente por la ausencia de ese trabajo. Para desconectar, además de Fama, se sirve de Internet para buscar información sobre trabajo. Por tanto no desconecta de ese trabajo no remunerado y enervante que supone para ella y para millones de paradas la búsqueda de empleo. No desconecta del trabajo porque no tiene trabajo. Volveremos a Leire en el capítulo dedicado a las amas de casa forzadas.

Liber consigue a través del deporte y la música segregar las endorfinas necesarias que la aparten de un trabajo intelectual que llega a veces a invadir sus sueños. Los fines de semana acude a los *Caballeros del Zodíaco* que le hacen revivir su adolescencia. Liber tiene treinta años y ya tiene poder adquisitivo suficiente como para poder invertir en objetos que le recuerden a su infancia y adolescencia. Cuando una generación llega a los treinta comienzan a bombardearla con ropas, chapas, películas, músicas y demás objetos que estaban de moda en su infancia. Y como la infancia, mal que bien, es un paraíso por el que al final siempre acabamos sintiendo cierta nostalgia, nos sorprenderemos con treinta años viendo dibujos animados de cuando teníamos doce, descargándonos de Internet *El equipo A*, *Candy Candy*, *Barrio Sésamo*, *Verano Azul* (otra vez)... Y así sí logramos desconectar, revisitando el pasado. Reivindicando las modas de los ochenta y ya pronto de los noventa. ¿Por qué? Porque la gente que se dedica a abrir mercado sabe que la nostalgia vende y que llegadas a los treinta ya podemos permitirnos gastarnos algún dinero en lo que se nos antoje.

Los mundos de ficción que genera el cine también consiguen desconectar a Liber. Una vez más es la pantalla la que ayuda a las trabajadoras a serenar sus mentes. Y reconocamos un hecho: tanto el cine, como la televisión, como los juegos virtuales y la literatura son vidas y aventuras que le suceden a otras personas, personajes en este caso. Por tanto hay que ser claras: pasamos parte de nuestra vida, de nuestro tiempo libre consumiendo vidas ajenas. Como forma de evasión, de relajación o incluso de conocimiento, pero son vidas ajenas. Y ésta es la verdad de las ficciones literarias, cinematográficas o televisivas que vemos siempre a través de rectángulos (tanto las pantallas como los libros abiertos dibujan rectángulos). Vemos, leemos o cotilleamos vidas ajenas para permitirnos desconectar del trabajo. No es tampoco nada nuevo, por otra parte. Luego el tiempo para la vida propia, dado que el día sigue teniendo las mismas escasas veinticuatro horas, se va reduciendo. Y lo que más riza el rizo es cuando queremos ver vidas ajenas que ya vimos cuando éramos niñas. Porque así somos capaces por un lado de meternos en ese mundo de ficción de los *Caballeros del Zodíaco*, y a la vez de meternos en ese mundo de ficción que no dejan de ser los recuerdos de la infancia.

Incluso a Griselda, que suele mantener una interesante higiene mental laboral, también le cuesta desconectar si ha tenido algún problema en el trabajo. Volvemos a la idea ya expuesta que: al trabajar cara al público y con más gente, es decir, al relacionarse con más seres humanos la trabajadora de hoy puede llevarse para casa restos mentales y emocionales de los que es difícil desprenderse. Del sudor de un esfuerzo físico se libra una con la ducha, pero para las contaminaciones psíquicas todavía no existe un agua. Griselda suele tener trabajos que requieren poca responsabilidad y por ello conoce la diferencia mental que supone llegar a un puesto que exige más de una como persona. Reconoce por tanto que del trabajo de DHL le costaba más desconectar porque precisamente le interesaba más. Cuando realiza

trabajos menos cualificados que anulan por completo su creatividad, lo trataremos mejor en el capítulo de la empresa como familia, Griselda busca nutrirse de información en su tiempo libre. Porque sus trabajos han sido muy mecánicos y sin exigencias intelectuales es por lo que Griselda precisamente necesita lo contrario para su tiempo libre: información, conocimiento, tareas creativas. “Yo cuanto más alienada estoy, yo noto que más información necesito absorber”, le sucede lo contrario que a Liber, cuyo trabajo intelectual la incita a buscar en el tiempo libre la desconexión intelectual con el deporte y los dibujos animados. Griselda por el contrario necesita nutrir su mente incluso visitando museos como la vimos hacer en el anterior epígrafe. Las trabajadoras procuran buscar el equilibrio, si los trabajos exigen responsabilidad y esfuerzos intelectuales, se buscará una desconexión de la mente racional, del hemisferio izquierdo concretamente, si por el contrario los trabajos exigen poco esfuerzo mental, la trabajadora buscará en ese tiempo libre nutrir ese mismo hemisferio. Al menos en este caso, pues hay que reconocer que muchas chicas cuyos trabajos no exigen excesivos esfuerzos intelectual no dedican su tiempo libre a contrarrestar esa carencia como hace Griselda. Lo cierto es que trabajadoras y trabajadores como Hommer Simpson son legión.

### 6.3. “Vivía el tiempo libre con cierta culpabilidad y mira que yo cogí el paro porque quise”

*Ronin: cuando estaba al paro vivía el tiempo libre con sobre todo culpabilidad, más que con agobios de dinero, porque yo cobraba bien, tampoco... además, si cobro dos mil euros al mes no llego a fin de mes, y si cobro mil, tampoco... Y llego en cualquier caso de los dos, o sea que me da igual lo del dinero. Pero vivía el tiempo libre con cierta culpabilidad y mira que yo cogí el paro porque quise. Porque quería descansar, pero bueno, con un poquito de... no me sentía muy útil, en realidad estaba todo el día... cuidado me lo pasé muy bien, descansé mucho, salía a tomar un vinón, pin, pin, sin estrés, pero bueno tampoco... No es nada tampoco que traumático porque de hecho estuve ocho meses, pero hice muchos extras, en realidad tampoco estuve parada, parada del todo. Trabajé un mes aquí otro mes allí, en realidad de los ocho meses estaría sin hacer nada tres o cuatro.*

*Liber: antes vivía el tiempo libre como una pérdida de tiempo, no podía estar tirada veinte minutos en el sofá viendo una peli, era horrible, me ponía nerviosa, sentía que estaba perdiendo el tiempo, que estaba perdiendo el tiempo, que tenía que seguir trabajando (silencio). Ahora ya no siento que estoy perdiendo el tiempo, antes sí. Ahora cuando lo tengo es como, “jo, qué bien”. Tengo muy poco tiempo libre, muy poco. Por ejemplo el fin de semana pasado que he estado con la regla en la cama hecha puré el tiempo libre fue recuperarme. Pero bueno lo viví superfeliz... poder estar en el sofá y: “ahora no, ahora no me pongo al ordenador porque no puedo y no me da la gana”... me tumbé aquí, feliz en el sofá. [...] Antes era horrible porque estaba todo el rato con la angustia en el*

*pecho todo el rato con pensamiento negativos y con un miedo a todo lo que pudiese pasar, sí, todo el rato. Me acuerdo mucho de que si por ejemplo iba a pilates estaba super estresada porque llegaba y ya tenía prisa, hacía todo con prisa, porque quería salir para estar con Enma y porque tenía que preparar no sé qué y poner la lavadora y no me daba tiempo para trabajar, porque... o sea, quería tenerlo siempre todo listo y siempre tenía la cabeza en lo siguiente y era superangustioso.*

Hasta el momento hemos visto que a las trabajadoras les cuesta desconectar y que además les cuesta disfrutar de su tiempo libre si no tienen dinero. Lo que nos encontramos ahora es algo muy habitual entre las mujeres: el sentimiento de culpa ante ese tiempo libre. Hemos sido durante milenios educadas para entregarnos al mundo, a los hijos, a las hijas, a los padres, a la madre, a los novios, al marido, al trabajo, al Estado, a la empresa... Por tanto, cuando nos dedicamos a nosotras mismas, sobre todo si es a algo improductivo desde el punto de vista laboral o doméstico, no acabamos de relajarnos porque un Pepito Grillo nos dice que eso de matar el tiempo es un sacrilegio. Sobre todo hoy, que debemos también entregar nuestros fines de semana a la formación continua como también abordaremos después. Ronin decidió acogerse al paro para poder descansar, su trabajo como jefa de cocina es agotador y sentía que su cuerpo le pedía unas vacaciones. Pues bien, pese a ser una decisión propia, Ronin se sentía culpable por estar perdiendo el tiempo. Y eso que de los ocho meses que estuvo en paro, reconoce haber llenado casi la mitad cubriendo extras en diferentes restaurantes. Descansó, se lo pasó muy bien, pero se sentía inútil. Y es comprensible porque, acostumbrada al ritmo frenético de la hostelería, cuando de pronto Ronin o cualquier trabajadora, afronta varios meses de días libres por completo puede llegar a sufrir de inercia, que es aquel principio físico que dice “todo cuerpo tiende a permanecer en su estado de reposo o de movimiento si no hay ningún agente que actúe sobre él”. Pues bien, en este caso Ronin es como una pelota que rueda y rueda y se niega a abandonar su estado de movimiento. Las intensas jornadas de la hostelería cuando se frenan en seco pueden dejar vacíos demasiado grandes.

Liber acentúa aún más esa culpabilidad ante el tiempo libre. Si estaba en pilates sentía que debía estar con su pareja, con Enma, si estaba con Enma pensaba en la lavadora y todo lo que le quedaba por hacer, si se tumbaba en el sofá más de veinte minutos se sentía nerviosa por no estar trabajando. No podía vivir el presente ni disfrutar de cada acto porque su mente ya estaba en lo siguiente, en la inaplazable tarea que tenía que realizar cuanto antes. “Quería tenerlo siempre todo listo”, esta frase de Liber resume muy bien la actitud de la *superwoman* que intenta desarrollar una carrera brillante, ser una madre tierna, una amante apasionada, una mujer comprensiva, una hija cariñosa, una celulitis a raya y una amiga divertida. Pero como la vida no da para tanto, entonces la *superwoman*, que está también controlada por Patrix como la ama de casa enclaustrada, no nos engañemos, se siente culpable y no disfruta de su tiempo libre. Que es cierto que en ese tiempo libre debería

aprovechar para depilarse que ya hace dos meses que no se pasa el láser y limpiar los azulejos, que ya no reflejan su rostro.

Con los testimonios de Ronin y Liber sacamos a la luz algo serio: las trabajadoras estresadas con jornadas plenas en demasiadas ocasiones no sabemos muy bien qué hacer con una vida libre. O hacemos de nuestra vida libre una vida llena de ocupaciones estúpidas que no nos liberan. Es una realidad psicológica que no podemos negar: muchas trabajadoras y trabajadores no sabrían qué hacer con su vida de no estar sujetos ocho, diez o doce horas al día a su trabajo. Lo cual es tanto colectiva como individualmente muy triste, pues si como seres humanos no sabemos llenarlo o sentimos culpabilidad por poseer libre el día entero, es que hemos interiorizado ya por completo el yugo del trabajo asalariado. Porque tener el día libre de trabajo no implica tumbarse en el sofá, podemos llenar nuestra vida de actividad sin necesidad de trabajar. El ser humano es inquieto y laborioso por naturaleza, si no depende para subsistir de un dinero que recibe al entregar media vida al trabajo, no por ello va a dejar de cocinar, cuidar, crear, criar, labrar, construir, investigar, diseñar y sanar según las necesidades de su comunidad.

#### 6.4. “Y la vida iba lenta y es que ahora a lo sumo tienes tiempo para freírte un huevo”

*Ronin: los horarios partidos, la cantidad de horas que al final hay que hacer... Con el horario partido sobre todo es que no puedes hacer muchas cosas porque luego tienes que volver, ya no puedes plantearte voy a comer, vamos al cine o... Nada que te lleve más de dos horas seguidas, en realidad, porque luego tienes que dejarlo todo a medias. Entonces ese rato por la tarde en realidad no sirve para nada. No puedes hacer planes y por eso siempre que cojo los horarios, intento negociar aunque libre menos horas por la tarde salir antes por la noche. Porque a esa hora sí, si sales a las once, ya puedes ... yo siempre lo digo, a la nueve de la mañana duermo, pero a las once de la noche vivo. Por eso yo prefiero quitarme horas de dormir que de vivir, que no tengo tantas. Entonces realmente, la hora que descansas es siempre cuando acabas y no tienes que volver hasta el día siguiente y ya puedes manejar un poco tu tiempo como tú quieres, como si quieres ir a la cama.*

*Liber: antes tenías un rato, el tiempo iba despacio y te podías parar a hablar con el vecino, incluso cuando ya no tenías nada que hacer muchas veces salías al poyo de la puerta y te sentabas ahí y estabas en la calle, en el pueblo, joder, yo de pequeña todavía tuve la suerte de tener unos años de salir a la calle a jugar, y la vida iba lenta y es que ahora a lo sumo tienes tiempo para freírte un huevo (se enfada), ¿sabes?, y comer atragantada, y todavía tengo la puta lavadora sin poner, la casa que, que tengo los azulejos de la cocina que hace un año y pico que los quiero limpiar y no me apetece joder, (ríe) un año y pico, bua. Y luego las cosas que se te acumulan, que se te acumulan... que no quiero tirar para no dañar el medio ambiente (Ríe)*

*Yo de repente, pues eso, me meto en un proyecto que no sabía dónde me estaba metiendo y veo que tengo que hacer frente a un montón de materias y de disciplinas en las que no tenía ninguna formación previa, tenía que tener un universo conceptual completamente distinto, muy arduo, y yo veía que los demás iban avanzando con sus cosas y yo con la mía, no, y tenía ahí una patología frente al folio en blanco porque no... porque no sabía qué escribir realmente, porque no me había dado tiempo, porque en un tiempo normal si yo hubiese seguido con mis temas más de la carrera hubiese avanzado, pero mi tiempo pasaba y yo no avanzaba porque me pasó Paco un montón de libros que sí Introducción al procesamiento en paralelo, Psicología cognitiva, Neurociencia y conducta... y yo era como... que no sabía cómo casar una cosa con otra... hasta que eso sedimenta y hasta que vas viendo relaciones profundas y ves que eso lo puedes relacionar con lo tuyo y todo lo que te dice, es un proceso de elaboración de años y claro intentarlo comprimir en un proyecto de dos años, pues no. Como tenía una sensación de tanta pérdida de control intelectual, yo que siempre he sido super segura en ese terreno, tuve de repente la sensación de que no controlaba nada. Nada. O sea, perdí la sensación de control intelectual y de repente el resto de mi vida fue un caos. Horroroso.*

Nos sentimos culpables cuando tenemos tiempo libre pero nos quejamos de que las veinticuatro horas no son suficientes. Ronin sabe que el horario partido de la hostelería, trabaja desde las once hasta las cuatro y de las ocho a las once, le impide aprovechar como se merece sus horas libre. Esas cuatro horas a la mitad del día no le sirven de mucho, no tanto por ser escasas, sino porque sabiendo que luego se tiene que reincorporar al trabajo esas cuatro horas libres son menos libres. Se proyecta demasiado sobre ellas la sombra del trabajo al que pronto se tiene que volver. De tal manera que para ella la libertad, la vida empieza a partir de las once de la noche porque a partir de ahí las horas libres, aunque debieren ser de sueño, son más abundantes. Y a partir de las once reconoce que vive, aunque tenga que reducir su descanso: “yo prefiero quitarme horas de dormir que de vivir, que no tengo tantas”. O se vive o se duerme, y muchas de nosotras, haciendo caso omiso a las necesidades del cuerpo, prolongamos el día artificialmente, nos hacemos vampiras con tal de sentir que tenemos más tiempo libre. Si pudiéramos calcular cuánto dormimos ahora las mujeres (y las criaturas y todo el mundo en general), veríamos que la nuestra es una sociedad cada vez más vampírica en buena medida debido a que las jornadas laborales con sus exigencias colaterales (desplazamientos y formación continua) cada vez son más grandes y entonces optamos por recortarle el tiempo al descanso. Y por las noches en vez de dormir, la *superwoman* o bien aprovecha para alternar y tener vida social o bien se cuelga de la lámpara y aprovecha para limpiarla y de paso llevar toda la sangre a la cabeza para favorecer el riego del cerebro y así ser más lista, y el riego en el cutis y así ser más guapa. Las consecuencias para nuestra salud física, mental y aún moral de esta merma del sueño están por evaluar seriamente. Recuerda que la falta de sueño es una tortura que se aplica cuando queremos que alguien deje a un lado sus principios morales y delate a sus iguales.

Liber evoca la infancia, el tiempo de jugar en la calle, el tiempo en que había tiempo para matar el tiempo, el tiempo en que la gente salía a la puerta a charlar con cualquiera que pasase. Liber resume cómo es ahora su vida, la vida de la mayoría: “y la vida iba lenta y es que ahora a lo sumo tienes tiempo para freírte un huevo”. Parece un verso, pero no lo dijo con ánimo poético sino con ánimo de grito. Oigo su enfado en la grabadora como poniendo una reclamación al cielo por fraude vital. Porque ya lo dijimos, Liber como buena y obediente hija de las ideas de su tiempo, tiene que cumplir con el papel de *superwoman*, y además de ser una gran profesional, debe tener la casa perfecta, digna de revista de decoración. Y reciclar todos los objetos que acumula hoy un ser humano en perpetua compra. Porque si no, no cumplimos con las expectativas puestas sobre nosotras. Esas expectativas que nos lanzan la familia, la tele, el *Cosmpolitán*, el cine... Y si no cumplimos, nos sentimos culpables, y si cumplimos nos sentimos saturadas. Y a ver por dónde le entramos, por dónde rompemos ese círculo eterno de perra que se persigue la cola.

Y además Liber siente que el tiempo va rápido y se ha contraído porque ha hecho el esfuerzo de comprimir en dos años un trabajo intelectual que debería haberle llevado unos cuantos años más. Al acabar la carrera de Filología se decidió por un campo de investigación lingüística vinculado a las neurociencias que exigió de ella partir de cero. Por tanto en poco tiempo se tuvo que poner al día de mucho. Liber comprobaba que otras compañeras avanzaban con sus investigaciones, mientras que ella por haber elegido un camino más denso y novedoso no acababa de llenar la página blanca. Otra vez el tiempo y el cerebro que intenta adaptarse a jornadas laborales interminables. Porque si bien su contrato de investigación y docencia era de treintaicinco horas semanales, la realidad le impedía permitirse parar si quería asimilar mínimamente el amplio universo neurocientífico. Eso era “un proceso de elaboración de años, y claro, intentarlo comprimir en un proyecto de dos años, pues no”. Su caso puede parecer excepcional pero los trabajos intensos, que precisarían de muchos años y se intentan saldar con contratos de unos pocos años o incluso meses, son cada vez más habituales. La prisa define nuestros trabajos, la famosa expresión “¿Para cuándo tiene que estar esto? Para ayer” define muy bien ese estado de emergencia en el que trabajamos muchas mujeres. Prisa para producir investigaciones, servicios u objetos la mayoría de las veces de escasa utilidad y calidad<sup>13</sup>, porque se intenta, como veremos más adelante, sacar la misma cantidad de trabajo con cada vez menos trabajadoras. Hay que ser cautas cuando pedimos colectivamente reducción de jornada (aunque en realidad muy poca gente la pide, ya los sindicatos dejaron para la utopía la jornada de treintaicinco horas semanales), pues puede darse el caso de que la patronal, o como quiera que llamemos a quienes encargan nuestros trabajos, exija más intensidad aún a nuestras jornadas, es decir, que felizmente acepte contratarnos a cuatro, cinco, seis y siete horas diarias para hacer el trabajo que antes hacíamos en ocho o nueve. Optimizar lo llaman. Intensificar, estrujar, exprimir más la mente y los cuerpos de las trabajadoras pagando menos horas lo llamo yo. Conseguir que en una hora de trabajo se cumpla

el trabajo que antes se hacía en dos. Otro clásico de capitalismo. Por eso la vivencia de Liber que comprimió en dos años el trabajo de muchos, lo cual la ayudó a desarrollar un enfermedad nerviosa, es muy representativa de lo que el mundo del trabajo hace con el tiempo. De cómo estira hasta el máximo la capacidad de producción de las trabajadoras. Por tanto, que el día siga teniendo veinticuatro horas como hace treinta años no significa nada porque hoy el número de tareas que debemos cumplir en esas veinticuatro horas, tareas muchas de ellas autoimpuestas, se ha multiplicado. El tiempo es relativo, ya se sabe, y hoy el huevo ya no tiene tiempo de que lo fríen.

## 6.5. “Es como si nuestra vida siempre fuese a pasar luego”

*Liber: yo he llegado a la conclusión de que quiero ser persona y tener vida, tener vida, un rato para desconectar, para estar normal, para estar con la gente y no pasarme la vida encerrada, ¿sabes? Yo lo tengo super interiorizado, sí si yo soy mi tirana, sí, yo creo que la más tirana que hay soy yo. Tú sabes la envidia que me da cuando veo a los chavales al sol fumándose un peta y bebiendo cervezas... me acuerdo de antes que decían “aprovecha, aprovecha” tenían razón, quiero un ritmo de vida que pueda llevar.*

*El tiempo, las horas son insuficientes, son insuficientes pero al mismo tiempo son muchas, es decir, me encantaría pues eso que tuviese muchas horas el día para poder irme como anoche con el día que hacía me di una ducha y cené casi a las doce, me hubiera gustado salir a tomarme una caña, pero al mismo tiempo el cuerpo es que no me lo da de lo cansada que estoy. Son muy pocas para el placer pero demasiadas para estar trabajando todo el rato que es lo que nos suele pasar. (Silencio) Muy pocas para la vida y demasiadas para el trabajo, yo es que a veces lo pienso mucho, digo, “pero qué coño, si es que estamos todo el rato trabajando y*

*es como si nuestra vida siempre fuese a pasar luego (Silencio), supongo que soy una mujer, pero siento que soy una adolescente todavía, una niña, porque no termino de ... esa promesa que me hicieron de que “tú estudia, tú estudia que luego ya verás, qué buen trabajo vas a tener y vas a vivir bien” es mentira (se le hace un nudo en la garganta) o sea... y es que es triste que me emocione todavía pensando en esto ... porque es una cosa que nos hicieron creer (Llora). De una manera que todavía con treinta años me siento engañada, porque preferiría que me hubiesen dicho, “no, mira, esto va a ser así siempre” y lo asumes, pero para qué coño te dicen... ¡esto no se acaba nunca!*

*Me gustaría poder trabajar las horas que trabajo pero luego jolín tener... tres horas libres, para poder estar con la gente, ¿sabes? que me encantaría eso, poder tener tres horas libres por la tarde para estar con la gente, ir a ver no sé, como hacíamos cuando éramos más jóvenes, irte una tarde de compras o tomarte un batido, chorradas... para vivir, para lo que se... no, entre la docencia y la investigación no puedes, siempre tengo más que hacer, luego no hay... yo por eso te digo, intento ser consciente de esto... una cosa que ya no me importa tanto... todo el rato las movidas, a una compañera de arte que dice que el trabajo está muy mal yo le digo: “no, si a mí me ha dicho mi director que la beca tiene continuidad” y de cualquier forma y si no, que más da, yo estoy feliz con lo que tengo y disfrutando y si no, hago otra cosa. Yo tengo claro que quiero tener vida, no quiero ser rectora, ni la mejor investigadora... Es super difícil, si ves a la que está en el Día de tendera, es que tengo una suerte del copón, porque tiene lo justo dos horas para comer, pasa el día entero allí metida, cobra una mierda y encima el trabajo no es nada pleno. Y tiempo libre tiene igual que yo. Y es que todavía te sientes afortunada. Y yo sé que lo del tiempo libre no es sólo una cosa mía. Estamos enfermos.*

Continuamos con Liber porque de todas las entrevistadas es la que más ha experimentado la total invasión del tiempo de trabajo en el tiempo de vida. Y el suyo, pese a ser minoritario, es un trabajo que marca tendencia. Como en su día marcó tendencia el trabajo en la fábrica de coches (recuerda al fordismo), lo que marca hoy tendencia es el trabajo intelectual, comunicativo y siempre atento a nuevas informaciones y conocimientos como el de Liber<sup>14</sup>. Es el reloj, y no la máquina de vapor como nos hacían ver en los libros de texto, el verdadero motor del capitalismo. Es la máquina que nos permite a todos los seres humanos coordinarnos para poder trabajar más y más. El reloj es la máquina de la autodisciplina. Mucho antes que el móvil o el portátil que permiten convertir cualquier tiempo y espacio en tiempos y espacios para el trabajo. Es el reloj y no el látigo el que pone en guardia, tensa y exprime a la trabajadora que por lo general tiene otro reloj en el hogar esperándola para que cumpla con coladas, criaturas y demás cuidaderas.

13. Estarás harta de escuchar en los últimos años la cantinela ésa de la “calidad total”. Una falacia, pues precisamente en tiempos en los que se fabrican y se generan objetos y servicios de muy baja calidad (piensa cuánto duraba antes una lavadora, un ordenador o unos zapatos) es cuando las empresas y las instituciones más se vanaglorian de su “calidad”. Hay que invertir más en I+D+I para salir de la crisis, se dice. Esto ayudará a las empresas a ser más competitivas, a alcanzar la llamada “calidad total”. La calidad depende de la investigación. En la empresa actual el departamento de investigación innova constantemente el producto, y así cada año sale uno nuevo que cada vez tiene más prestaciones y es por tanto de más calidad, según este pensar. Para que cada año la multitud consumidora cambie sus productos se los fabrica con muchas prestaciones pero muy poca resistencia. Todo se produce para que dure lo mínimo. Por tanto la calidad de nuestras máquinas ha disminuido atrozmente y el destino de la tecnología es llegar al vertedero lo antes posible. Sin embargo, en los departamentos de investigación dicen trabajar constantemente para mejorar la calidad del producto. Llamam calidad a una investigación que cada temporada deja obsoleto un producto anterior que ya se había diseñado para que durara lo menos posible. Es una investigación enemiga de la durabilidad. Decrece y decrece el valor de uso de las mercancías: ésta es una de las claves del capitalismo destructivo arropado por la ciencia. Se insiste en la calidad porque merma, porque, además, trabajadoras de acá para allá, subcontratadas y becarias en perpetuo movimiento no pueden producir calidad alguna, porque la calidad exige tiempo.

14. Hemos entrevistado a más chicas cuyo perfil se adecua al de Liber, sobre todo a chicas del llamado *netariado* que trabajan con información vertida en la Red, pero dada la envergadura y las peculiaridades de sus esfuerzos físicos y mentales preferimos dejar su análisis para otra ocasión.

El testimonio de Liber es largo pero hermosamente triste. Merecía la pena no cortarlo. Es un testimonio con lágrimas porque no somos capaces de soportar nuestros ritmos de vida, vamos descompasadas, torpes, como bailarinas inexpertas llevando un ritmo que nos supera. Incluso a las de trabajos menos precarios la vida parece que no nos acaba de llegar, tan sumidas como estamos en la carrera. Y no es que Liber pida tiempo para estar con su pareja o para cuidar a sus criaturas, no, Liber no tiene ni lo uno ni lo otro, y en otro momento de la entrevista declara que no los necesita. Ella quiere tiempo para la vida estrictamente personal, no para la familiar que tanto se reclama cuando hablamos de conciliación. Son jóvenes, ninguna de las entrevistadas a excepción de Noelia tiene cargas familiares (“cargas” llamamos muy significativamente a la pareja y a las criaturas), y sólo reclaman tiempo para disfrutar, para pasar la tarde tomando cañas, para pasear, tomar el sol... para poder disfrutar de los presentes con todo nuestro ser, sin estar planificando la próxima tarea, el próximo contrato o la próxima entrevista de trabajo. Eso ahora, ¿qué pasará cuándo con los años nos animemos a tener descendencia muchas veces por llenar no sé qué huecos?, ¿cómo llevaremos entonces el ritmo del baile ruidoso desafinado que está siendo la vida de muchas jóvenes trabajadoras? “Estamos enfermos”, reconoce Liber, sabe que el suyo no es un problema individual sino colectivo. E insisto que ella no quiere decrecer por retirarse hacia el hogar y la maternidad, ella sólo quiere bajar el ritmo para respirar, para ver llegar esa vida que le habían prometido iba a llegar algún día si se esforzaba de niña y estudiaba mucho. Pero no llega y siente que la han defraudado, que si vivir era esto mejor no la hubiesen vendido sueños de tranquilidad. Se ve a sí misma como niña engañada a la que prometieron que si hacía bien los deberes, incluso los cuadernos de Santillana para el verano, iba a poder ir de excursión con sus amigas a la playa. Y luego resulta que no hubo tiempo para ir de excursión, pese a todos los cuadernillos de matemáticas, todas las cartillas Rubio y todos los ejercicios de inglés acabados religiosamente.

Antes, mucho antes, el paso del tiempo lo marcaban orgánicamente las menstruaciones, las lunas, los embarazos o los tonos del cereal. El reloj con sus horas, minutos y segundos que microdividen matemáticamente nuestras vidas, no estuvo siempre ahí, tiene un origen y una razón. Nacieron los relojes y los *horarios* por dividir el día en franjas para *orar* a Dios. Quita la *h* y se verá la relación entre la cuantificación de la vida que es el horario y la oración. Lewis Mumford lo explica muy bien en *Técnica y Civilización*. Y a partir de ahí ya la matemática invadió nuestras vidas, sobre todo a partir del Renacimiento y las primeras industrializaciones en la Europa central y del norte. Y nació la Banca y el trabajo asalariado, y desde entonces las vidas de las personas han estado demasiado vinculadas a esos números látigo que son los salarios y los horarios. Y desde entonces quien más y quien menos siente, como Liber y todas las entrevistadas, constantes hambrunas de tiempo.

## Te recomiendo vivamente los siguientes textos para profundizar más sobre cuestiones abordadas en éste y en el anterior capítulo

*Manifiesto de los parados felices* (disponible en Internet)

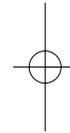
*Manifiesto contra el trabajo* del grupo Krisis (disponible en Internet)

*Trabajo, consumismo y nuevos pobres* de Zygmunt Bauman

*El derecho a la pereza* de Paul Lafargue

Sé perfectamente que estos textos son muy interesantes, sobre todo los dos primeros, pero muy difíciles de poner en práctica. Seguimos necesitando dinero para vivir en este mundo y seguimos necesitando trabajar para conseguir dicho dinero, es decir, que somos la clase que vive del trabajo propio, no del trabajo de otras y otros. Pero quizás estos textos te ayuden a no sentirte tan culpable cuando estés tumbada en el sofá, perdiendo el tiempo, matando el tiempo, hurgándote el ombligo... ¿De verdad debes aprovechar los fines de semana para hacer cursos, aprovechar el verano para mejorar tu nivel de inglés y aprovechar la noche para ver películas constructivas?

**7. Permanentemente concursando  
Polivalentes, cursillistas, voluntarias**



## 7.1. “Constantemente como un salto de obstáculos, constantemente demostrando, demostrando, demostrando...”

Liber: *la incertidumbre profesional, quieras que no... que constantemente, sobre todo ahora con los nuevos sistemas de acreditación de la ANECA es como... constantemente como un salto de obstáculos, constantemente demostrando, demostrando, demostrando... ah, y nunca sabes si vas a tener continuidad o no, porque hasta que te haces titular y te haces con la plaza... yo antes de los cuarentaitantos, si sigo adelante y voy bien y continua, yo hasta los cuarentaitantos no pienso ser titular de nada. Cada paso profesional que das está detrás la sombra de la ANECA, la verdad, ya no me estreso... la tesis, acreditar para ser doctor y todo el papeleo de compulsas [...] Estrés de no abarcar, estrés intelectual de no abarcar todo el universo científico, ni siquiera el tuyo, el que te compete, porque hay un hiperproducción por todas partes y te da la sensación de que... bueno, no te da la sensación, es que es verdad, que por más que leas no llegas a dominarlo todo y tienes que estar constantemente actualizándote, constantemente haciendo méritos, y permanentemente concursando sobre todo ahora que estás empezando. Tener vida fácil no es, con la ANECA y con lo de Bolonia y tal, menos mal que luego la gente en el día a día... menos mal que somos seres humanos y agilizamos la burocracia y las movidas... entonces bueno... ratas burócratas y freakis siempre hay pero la gente se va relajando, no se trata de ver lo que hace Bolonia, sino el resto. Yo veo a gente que tiene vida y que compagina, gente normal... pero si siguiéramos estrictamente lo que pide Bolonia no sé dónde quedaría la vida, porque es que si ves cómo se multiplican las horas de trabajo del profesor, con grupos, con micro grupos, con grupos medianos... es que en Bolonia, tienes que programar para la asignatura hasta las horas que tiene que estudiar el alumno en su casa.... (silencio).*

*Durante mucho tiempo, pues, casi me muero, una depresión del copón, un sentimiento de angustia, ansiedad, inseguridad total... ahora lo gestiono bien y por eso hoy cuando llego al límite de mis posibilidades: descansar, dormir... y pun. Sitúas la cabeza otra vez y no pasa nada, relativizas, eh, que somos humanos, no pasa nada, pero jolín, hay veces todavía cuando estoy cansada y me viene mogollón de información y mogollón de cosas que hacer todas al mismo tiempo... jo, jo... me agobio.*

Liber con treinta años acaba de conseguir un contrato de cinco años como profesora ayudante de Lingüística en la Universidad de Oviedo. Al poco tiempo de acabar la carrera ya había conseguido una beca en condiciones bastante buenas para realizar la tesis y dar clases, se puede decir por tanto que es una investigadora afortunada<sup>15</sup>, es una trabajadora con horario flexible, buen sueldo, pagas extras, derechos laborales y óptima relación con sus superiores... además vive a medio minuto caminando de su centro de trabajo y no tiene que pagar hipoteca... Pero existe la *miseria de posición*, concepto acuñado en los años noventa por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, que no es otra cosa que el malestar vivido dentro de un microcosmos que desde fuera,



desde el macrocosmos, parece perfecto. Por ejemplo, en la obra colectiva dirigida por Bourdieu *La miseria del mundo*, se entrevista a un magistrado francés cuyo trabajo desde el exterior, visto por ejemplo desde la óptica de otros entrevistados como ciertos jóvenes de los barrios marginados parisinos, es idílico; pero una vez que observamos más de cerca su mundo, nos damos cuenta de que en su *campo* de trabajo existen unas reglas de juego que le angustian sobremanera. Podemos decirle a Liber desde afuera, desde el macrocosmos: “no sé de qué te quejas, otra gente está mucho peor”, “eres una afortunada”, pero elegir la gran miseria (dentro de este estudio, por ejemplo Eva, prostituta, inmigrante sin papeles, recientemente divorciada, con serios problemas económicos) como medida de todas las vivencias impediría uno de los objetivos humanistas y feministas de este estudio, poder empatizar a través del conocimiento con todo tipo de jóvenes trabajadoras, desde las mejor posicionadas a las más precarias. Pues el sufrimiento psicológico generado por las nuevas formas de explotación capitalista afecta a unas y a otras, y, sin olvidar nunca la perspectiva de clase, lo cierto es que los dolores de la mente muchas veces entienden poco de estatus. En definitiva, si sólo aspiramos a comprender la angustia psicológica de las mujeres que ocupan las escalas sociales más bajas, caeremos en el reduccionismo, es decir, olvidaremos numerosas variables que hacen del mundo del trabajo un sistema complejo y no un sistema binario, un sistema de blancos y negros.

Por ello conviene que nos adentremos en las reglas de juego del buen trabajo de Liber, pues a lo largo del estudio veremos muy claro que todo mundo laboral, por exquisito que sea, puede generar enormes cantidades de dolor. En este caso abordamos la tensión del estar “constantemente concursando”. Liber siente que vive en una prueba constante, que los ojos de la ANECA (Agencia Nacional para la Evaluación de la Calidad) la acechan a cada paso profesional que da. Y por supuesto que esos pasos han de ser muchos, y más que pasos, son saltos. Esta muestra constante de valía lo que genera en esta trabajadora es nada más y nada menos que la merma de la vida, de lo que pasa fuera del trabajo. Sobre todo, tras los nuevos requerimientos del Plan Bolonia, Liber siente que “tener vida fácil no es”. Y a continuación establece un matiz interesantísimo: no se trata tanto de hacer lo que piden Bolonia y la ANECA sino de estar al tanto de lo que hace el resto, porque los baremos y las opciones de plaza vendrán marcados no

15. Sobre todo si la comparamos con las miles de becarias precarias del país. Así se expresa “Paula Precariedad” en el artículo «I+D+I: Investigación/Formación y precariedad»: “Creo que estoy inmersa en una maquinaria que lo que necesita es producir, se trabaja con subvenciones de las administraciones y proyectos de corta duración, con lo cual la mayoría de las personas no conoce su futuro laboral cuando termine su vinculación a sus proyectos específicos (que aunque en el mejor de los casos son anuales, en general tienen una duración bastante más corta, con el agravante de que abundan las jornadas cortas: medias, o incluso cuartos de jornada, que obligan a la gente a simultanear trabajos). En la práctica, esto supone trabajar en la investigación presente y simultáneamente pensar y dedicar tiempo a la preparación y venta de próximos proyectos, así como ir desarrollando artículos, libros y otros productos de las investigaciones anteriores. Todo va muy rápido y es difícil cumplir con los objetivos”. Bonet, J, Balasch, M. Alfama, E., Callén, B., Montenegro, M. y Ribera M. Colectivo FIC: Fractalidades en Investigación Crítica (2007), en [www.seneca.uab.es/fic](http://www.seneca.uab.es/fic)

tanto por los requisitos de estas leyes e instituciones sino por lo que hagan otras compañeras y compañeros. Es decir, la ANECA puede pedir ochenta requisitos, pero si la mayoría sólo cumple sesenta, la aspirante puede conformarse con hacer sesenta y dos para conseguir la plaza. Afortunadamente, observa Liber, somos humanos y “ratas burócratas y freakis” que cumplan al cien por cien los objetivos marcados por instancias superiores escasean. Afortunadamente en la carrera académica hay seres humanos con necesidades vitales. Llama la atención cómo Liber establece esa diferencia entre lo humano y lo sobrehumano o robotizado que parecen exigir las nuevas directrices europeas. Resisten los humanos y hay gente que puede tener vida, reconoce Liber. Hay que señalar que estas gentes que puede “tener vida” son observadas casi como resistentes o militantes que se rebelan a la ANECA, cuando en realidad no se trata de rebeldía sino de normalidad, de tener vida. Lo normal comienza a verse como extraordinario, como núcleo de resistencia. Y otro dato preocupante, que a primera vista parece relajante, es el de que los objetivos mentales de la carrera se coloquen más sobre el trabajo del resto que sobre los requisitos legalmente establecidos. Al ser el resto de compañeras y compañeros (concurstantes) quienes marquen el ritmo, lo que se puede generar es un clima de desconfianza, vigilancia, insolidaridad y competencia que hacen flaco favor a los intereses colectivos del gremio de Liber, de cualquier gremio. No es el caso de Liber, nos consta por el resto de la entrevista que ella compite sólo consigo misma y que mantiene una sana relación con sus colegas, pero no siempre es así. El camino del ascenso académico está muchas veces empedrado de malas voluntades, mezquindades, envidias y otras miserias ególatras. Porque de lo que haga “el resto” depende tu puesto de trabajo.

Este concurso constante acabó generándole una depresión (lo veremos más desarrollado en los capítulos dedicados a la salud y la comida), pero actualmente Liber ha aprendido que tiene que dormir, descansar y parar la mente. Reconoce que somos humanos. Pero cuando tiene que llegar al punto de reconocer que es humana, es porque Liber previamente ha coqueteado a través de los sobreesfuerzos con la idea de que somos sobrehumanas, máquinas o *superwoman*. El cuidado de nuestras carreras (*¿carrera?*, *¿quién nos persigue?* nos persigue “el resto”) puede generar enfermedades físicas y mentales. Y a Liber más que “el resto” la persigue una señora con guadaña que es la ANECA que ciertamente es la muerte, pues según su propia expresión y por expresiones que veremos más adelante, está acabando con su vida. Eso que pasa cuando no trabajamos.

## 7.2. “Me estoy planteando rebajar el currículum”

Marina: *me estoy planteando rebajar el currículum, quitar cosas, estoy pensando en ello, tomada la decisión no está tomada, cuando tome la decisión... la toma de decisión vendrá dentro de un mes y medio y lo haré... pues depende de que me vaya al Reino Unido y entonces allí veré si realmente mi currículum sirve para algo*

*qué. Estoy empezando a explorar a través de la Red si buscan gente como yo, si veo que me sale, no quitaré del curriculum. Pero tengo un plazo de dos o tres meses para ya, para reaccionar. Lo que no voy a hacer es buscar un trabajo con mi curriculum y que me estén dando siempre para atrás porque estoy sobrecualificada. Cuando hice el master de Comercio Exterior ya un profesor de Recursos Humanos, que tenía muy buen concepto de mí, que siempre me decía que yo era un diez, me decía: “no te puedes permitir ni hacer un curso más, no te puedes permitir ni hacer un curso más porque ya estás sobrecualificada”. Entonces cuando yo estoy entregando mi curriculum en mano a los sitios y lo ven. Dicen: “ah, pero hablas Chino, ah, pero, ah, vale, vale, pero es que de tu perfil no tenemos porque nosotros demandamos perfiles más bajos, lo tuyo está muy especializado”. Yo por un lado pienso “no estoy tan especializada, lo que estoy demostrando es que puedo abarcar distintas áreas y que tengo más bien un perfil generalista y que me puedo adaptar a muchos tipos de trabajos”, lo que necesito es que alguien apueste por mí. Invierta, confíe, apueste y a partir de ahí empezar a crecer y ofrecer mis servicios a la empresa a cambio del sueldo. Que le he metido muchas horas, mucho esfuerzo, mucho curso, mucho master, mucha preparación. Ahora estoy empezando a pensar sobre eso, sobre parar, porque claro, el nivel de autoexigencia me da una ansiedad que no sé hasta que punto te merece la pena porque no te lo agradece nadie y a ti no te da los frutos tan buenos... no me merece la pena. Que quiero ser zorola, pues qué pasa, pues voy a tumbarme... Lo que pasa que tienes que luchar contra el ego y eso es muy duro porque siempre estás pendiente de las expectativas de los demás, que siempre te miren hasta dónde vas a llegar y te digan que vas a llegar muy alto. Sobre todo los profesores: “Ay Marina, qué pena de ti, con lo que tú vales, con la capacidad que tienes,” Pero ya, chico, pero es que no sólo hay que tener capacidad, también hay que tener inteligencia emocional, también hay que tener apoyos, hay que tener una serie de cosas, suerte, si naces de pie... pues sí.*

Marina tiene treintatré años, es Licenciada en Derecho, Posgrado en la Escuela de Prácticas Jurídicas, Master en Dirección de Recursos Humanos, Master en China en Comercio Exterior y Estudios de chino mandarín en la Universidad de Pekín. Luego tiene decenas de cursos de lo más variado y un alto nivel de inglés, francés e informática. Vive sola y busca trabajo. Antes vimos que Liber tenía que estar demostrando y concursando constantemente y en este caso Marina tiene que hacer casi lo contrario, ocultar lo que sabe por no caer en el pecado laboral de la sobrecualificación. Pecado que cuando es cometido por una chica es mucho más grave<sup>16</sup>. En este caso la llamada flexibilidad laboral llega al extremo de la ocultación de habilidades y conocimientos. Servimos para mucho y nos diversificamos tanto que llegamos incluso a rebajar nuestro *curriculum*. Esto es flexibilidad en estado puro, flexibilidad hasta el punto de la negación de nuestra valía. Marina sabe que está capacitada para muchas tareas, que al tener un perfil “más bien generalista” cumple con la exigencia de la flexibilidad<sup>17</sup> y la polivalencia que hoy tanto se demanda en las empresas. Pero eso no es suficiente, debe ocultar lo que sabe porque en ese momento las empresas a las que acude no necesitan sus amplios y

especializados conocimientos. Marina pensaba que el chino le iba a abrir muchas puertas, se trataba de una demanda del mercado laboral de última hora que ella supo atender, pero justo cuando ha adquirido esos conocimientos se encuentra con que, tal vez por la crisis, ya las empresas no pueden permitirse ese lujo. Es porque el mercado cambia incesantemente por lo que muchas trabajadoras hacen algo diferente a lo que en su día aprendieron y deben por tanto reinventarse de continuo: si has estudiado chino puede que lo que necesiten de ti sea el italiano. Como también nos recuerda el colectivo feminista Eskalera Karakola en su documental *A la deriva, por los circuitos de la precariedad femenina*, la trabajadora debe actualizar, cambiar, transformar, adaptar, mentir incluso en su *curriculum* escondiendo lo que sabe, para que en la tienda de Zara en la que busca empleo no piensen que, por “lista”, puede llegar a exigir demasiado. Esto mismo es lo que le sucede a Marina y a demasiadas jóvenes españolas cuyas carreras más que seguir una clara trayectoria de ascenso, siguen itinerarios en zig-zag. De las veinticinco chicas entrevistadas sólo cuatro, es decir un dieciséis por ciento, reconocieron un ascenso en su carrera: Liber y Ronin y otras dos cuyos testimonios por el momento no analizaremos. El resto se ven o bien estancadas o bien en descenso, como está a punto de ocurrirle a la sobrecualificada Marina. La sobrecualificación de muchas jóvenes españolas consiste en que sólo pueden acceder a puestos de trabajo muy por debajo de su formación. Por ejemplo, trabajos antes realizados por administrativas hoy están siendo ocupados por licenciadas en economía que llegan incluso a tener un master. Hay muchas expectativas puestas sobre Marina, sus mayores, en este caso profesores, pensaban que iba a llegar muy lejos y cuando ven que después de tanto tiempo sigue sin encontrar trabajo, más de un año, sienten compasión. Esto la hace sentir peor, pero este sentimiento de sus profesores es el sentimiento común de unas generaciones anteriores que pensaban que la nuestra iba a ser una generación exitosa, opulenta y sin problemas gracias a nuestra amplísima formación. La abuela piensa siempre que su nieta, con esa carrera de cinco años, ese master, ese manejo de los ordenadores y esos viajes a Inglaterra es la más preparada del mundo y merece un sueldo de mínimo dos mil euros. Porque en tiempos de la abuela quienes llegaban a poseer semejante nivel de formación sí era

16. Piensa si no en cuántas veces a los hombres brillantes se les ha denominado genios o sabios y cómo a las mujeres de igual valía se las ha llamado sabihondas, listillas o incluso locas. Piensa cuántos “genios” nacidos mujer se han perdido a lo largo de la historia. Estamos en proceso de cambio, pero falta mucho todavía para llegar a la meta del total reconocimiento de las valías de las mujeres de todo el mundo.

17. Para profundizar en esta idea de la trabajadora flexible, disponible y desplazable, entre otros muchas, la siguiente cita: “Los nuevos procedimientos de empleo, denominados flexibles, tratan de movilizar a trabajadores educados, capaces de someterse a diferentes tareas, de desplazarse en automóvil de una punta a otra de la región y de plegarse a las constricciones y ritmos propios de cada empresa[...] en efecto, la individualización de los empleos significa también la desvinculación del empleador, que no se preocupa ya por organizar la vida de trabajo de sus empleados, sino que abandona a la potencia pública la responsabilidad de mantenerlos durante los periodos de paro, así como de educarlos nuevamente de cara a futuros empleos” [Rolle 2005,203].

cierto que llegaban muy lejos, pero hoy, como su nieta hay miles. Y pese al talento de Marina y de todas nosotras, lo cierto es que no somos “raras perlas”. Somos la generación de las sobradamente preparadas, pero sucede, y volvemos al tema de “el resto”, que si todas estamos sobradamente preparadas entonces no es suficiente, porque los puestos de trabajo siempre son bastante menos que el número de trabajadoras que pretenden conseguirlos (otro clásico del capitalismo). Debemos estar sobradamente preparadas con respecto al resto, es decir, que si todo el mundo tiene una licenciatura, nosotras debemos tener eso, más el Master, y si demasiada gente ya tiene ese Master, nosotras debemos además tener un posgrado en China y, por si acaso, un intensivo de alemán. Pero después de esta competición debemos dar marcha atrás porque entonces nuestro perfil asusta de tan valioso y diverso como es. Corremos por exigencias del guión y nos paramos en seco y llegamos a retroceder por exigencias de ese mismo guión: “no puedes permitirte hacer ni un curso más”, “estoy empezando a plantearme rebajar el *curriculum*”. Y no se trata tampoco de tener contactos o suerte, como piensa Marina, pues no es una cuestión personal, sino colectiva. El sistema educativo está diseñado, o al menos eso se intenta, para que produzca trabajadoras como ella, para que de trabajadoras y trabajadores de todo tipo siempre haya cierta abundancia, pues de no ser así, de haber una sola Marina, pongamos que para siete puestos de su perfil, entonces Marina podría llegar a exigir, a negociar con la empresa al modo de estrella del fútbol. Y en realidad no es ella como trabajadora la que exige un salario y unas condiciones, sino que es al revés, son las empresas las que imponen a las trabajadoras sus condiciones. Porque trabajo siempre hay menos que trabajadoras y trabajadores. En resumen: la patronal necesita muchas Marinas bien formadas para que no le salgan caras.

Marina y toda trabajadora que ansíe formar parte del actual mercado laboral ha de ser plástica, flexible siempre capaz de reinventarse a sí misma para encontrar a alguien que apueste por ella. Marina considera además que se puede “adaptar a muchos tipos de trabajos” y que tiene “un perfil generalista”. Está reconociendo su polivalencia, otro requisito que las trabajadoras de hoy debemos asumir si no queremos engrosar la cola del paro, que supone que la misma persona puede ser utilizada en un conjunto creciente de puestos y cada puesto pueda ser ocupado por una cantidad más grande de personas. Pondré un ejemplo, Paloma es pedagoga y ha hecho varios cursos de informática y gestión de asociaciones sin ánimo de lucro, además de un Master en Intervención Social, puede por tanto trabajar en una empresa u ONG en recursos humanos impartiendo talleres, diseñando programas de intervención social, cumpliendo las funciones de coordinadora, atendiendo individualmente a las personas usuarias o a la clientela... Así mismo, puede llevar todo lo relacionado con las subvenciones y la contabilidad. Todo al precio de una. Este tipo de trabajadoras como Marina, que por cierto también podría realizar todos los trabajos de Paloma, deben abundar, porque de escasear, de convertirse en “raras perlas” podrían exigir mejores sueldos y derechos. Sucede entonces que el “ejército

de reserva” de trabajadoras disponibles para un puesto aumenta aún más gracias a esa condición de chicle que asume una clase trabajadora en la que las mujeres, como recuerda el pensamiento feminista, son más reserva que los hombres<sup>18</sup>. Si para nuestra empresa lo mismo nos sirve una pedagoga, que una logopeda, que una psicóloga, que una socióloga, lo que tenemos sobre la mesa a la hora de contratar serán cien *curricula* en vez de diez. Si cada candidata tiene el típico perfil polivalente que ya empieza abundar en los últimos años, si puede ser chicle que se estira y se encoge según las necesidades de la empresa, lo que tenemos es que además de que en los últimos años abundan las chicas preparadas, es que su preparación las hace disponibles para diversos tipos de trabajo. Con una podemos cubrir muchos puestos. Donde antes sólo nos servían diez, ahora nos sirven cien gracias a esa maravilla de la polivalencia. ¿Pero cómo adquieren esa polivalencia las jóvenes trabajadoras de hoy? Marina misma nos contesta: “Que le he metido muchas horas, mucho esfuerzo, mucho curso, mucho Master, mucha preparación”. La flexibilidad y la polivalencia se nos supone a las trabajadoras, pero no hemos nacido con ella, para adquirirlas nos vemos obligadas a vivir en una formación continua, adornada como el hermoso derecho de aprender durante toda la vida, que no es sino una cadena de cursos perpetuos que nos despoja a las trabajadoras de nuestro escaso tiempo libre y que nos obliga a estar siempre moldeables, siempre preparadas para el próximo cambio, para el próximo idioma, para la próxima moda, para la próxima ocurrencia de los departamentos de recurso humanos.

En un informe redactado por la Comisión Europea se insta incluso a la escuela europea a que mejore esa polivalencia de sus estudiantes para que puedan cumplir con las necesidades empresariales. No voy a ahorrarme la cita: “Caracterizada como está por una competencia cada vez más feroz y por una extraordinaria flexibilidad profesional, nuestra sociedad necesita trabajadores más adaptables y cada vez más capaces de desempeñar diferentes tipos de tareas [...] Ahora más que nunca se debe fomentar la creatividad, la flexibilidad, la adaptabilidad, la capacidad de aprender y de resolver problemas a lo largo de toda la vida. Gracias a estas condiciones es como evitaremos la obsolescencia cada vez más rápida de las cualificaciones”<sup>19</sup>. Lo dicho, a aprender de por vida. A adaptarse hasta la jubilación (o la muerte) a los más diversos trabajos, aunque ello suponga que los días libres los tengamos que invertir en el “derecho” a la formación continua. Formación que muchas veces pagamos nosotras mismas.

18. El clásico feminista *La mística de la feminidad* de Betty Friedan dejan clara esta condición de “ejército de reserva” de las mujeres cuando relata la vuelta al hogar de las estadounidenses que durante la Segunda Guerra Mundial habían asumido trabajos hasta entonces realizados por hombres que tuvieron que partir al frente. A la vuelta de éstos, el ejército de reserva de trabajadoras que constituyen siempre las mujeres tuvo que replegarse hacia un hogar idealizado para dejar sus puestos a los hombres [Friedan, 1965]. Volveremos a este libro en el capítulo de las amas de casa.

19. *Pour une Europe de la connaissance*. Comunicación de la Comisión Europea, COM (97)563 final. Cit. [Hirtt, 2003, 49-50].

### 7.3. “Pon mucho el voluntary work, porque es muy importante para ellos saber lo que has hecho en voluntariado”

Marina: *es una cosa curiosa, vivo mi curriculum fatal porque es como un gigante sin movilidad, me siento a veces para hacer mi curriculum en español... le pedí opinión a una amiga, y eso que hice un master de recursos humanos, me he chupado un montón de opiniones, conferencias, jornadas, seminarios, joder, hacer un curriculum creo que sé, ¿sabes?... pues una inseguridad brutal. No sabes cómo lo vas a hacer bien y ando siempre pidiendo opinión a los de afuera, tengo una amiga que lleva estos temas en un Consorcio: “Cristinica, mírame el curriculum a ver qué te parece”, y ella en un segundo lo ve, como yo, que lo hice con una amiga que vino este domingo a que le viera el curriculum, y en un segundo le digo: “mira esto lo cambias, lo pones así, o aquí...” pero el mío soy incapaz, porque tengo tantas cosas que me gustaría reflejar que no puedo reflejar... porque mi curriculum, a parte, por la cantidad de cosas que he hecho sería de cinco o seis hojas, he trabajado en millones de sitios, he hecho montones de cosas sociales... que no sé por dónde tirar, porque luego a parte una cosa muy curiosa... que tengo una amiga en Barcelona que me está asesorando para enviar mi curriculum al Reino Unido porque ella estuvo allí siete años, me decía ella: “pon mucho el voluntary work, porque es muy importante para ellos saber lo que has hecho en voluntariado”, no es la misma mentalidad que aquí en España, las actividades sociales en que has participado, o si has sido representante de alumnos por decir algo, esa iniciativa que la reflejes de alguna manera, entonces todas esas cosas en mi curriculum están omitidas.*

Marina siente su *curriculum* como un “gigante sin movilidad”, la metáfora es muy acertada. Ella, que tiene un Master en Dirección de Recursos Humanos, aconseja al resto pero cuando afronta su *curriculum* se bloquea. Ha hecho “millones de cosas” y ahora gracias al consejo de una amiga se está planteando incluir también su experiencia en el voluntariado. De momento en España no se valora mucho esa experiencia, pero como Marina se está planteando buscar trabajo en el Reino Unido, va a tener que reformar su *curriculum* para incluir los trabajos de militancia y de voluntariado. El Consejo de la Juventud de España ha publicado un estudio, *El movimiento asociativo juvenil: escuela de ciudadanía. La valoración social de los aprendizajes en las organizaciones juveniles*, que coincide con el consejo que Cristinica le ha dado a Marina. Dicho estudio insiste a lo largo de sus más de doscientas páginas en que las empresas deben valorar la educación informal recibida en las asociaciones. La empresa quiere personas completas, de cuerpo y alma que, resumo el estudio: sean polivalentes, trabajen en equipo, sepan escuchar, aportar y compartir ideas, se identifiquen con el proyecto empresarial, sepan gestionar el tiempo, sean capaces de adaptarse a cualquier circunstancia, con capacidad de relación, con iniciativa, maduras, responsables y comunicativas [Vidal 2006, 123-130] Y por lo visto, la experiencia asociativa, según comentarios de personas del departamento de recursos humanos de distintas empresas, es buena

formación para adquirir estas cualidades más humanas que técnicas<sup>20</sup>. Este perfil maleable y adaptable coincide además con las supuestas características de las mujeres que son, por otra parte, el fundamento voluntario de las ONGS, si bien los cargos directivos son mayoritariamente masculinos. A la empresa de hoy ya le empieza a gustar que en nuestro *curriculum* aparezca la experiencia asociativa, pues valoran más las cualidades humanas que las técnicas. Valoran la entrega a una causa, a un objetivo, el trabajo en equipo, la gestión de proyectos, la empatía... Y no seamos ingenuas: si has dedicado un montón de horas de tu vida a esa ONG, ¿quién dice que no puedas hacer un poquito lo mismo por la empresa? Que te entregues, que te identifiques con la marca, que te vayas los fines de semana de convivencia con el equipo, que las horas extras que no te paguen las interiorices como voluntariado... Si te has entregado en cuerpo y alma a una asociación con un poco de suerte tal vezagas lo mismo con la empresa. Si has dedicado un montón de tiempo a trabajar gratis en ONGS por qué, llegado el momento, si la empresa pasa por un bache, no te vas a sacrificar un poquito por ella<sup>21</sup>. Si te has sacrificado por un proyecto solidario, si podemos venderte el proyecto empresarial también como un proyecto en común (lo veremos más adelante en el capítulo de la empresa como familia) puede que entregues tus horas extras gratis. No es seguro, cierto es, pero siempre será más fácil conseguir esta entrega de una trabajadora que ya lo ha hecho en otro momento que de otra que ha sido una “avara” de su tiempo. No sólo por habilidades, sino por debilidades de clase, es por lo que se valora el *voluntary work*. No sólo por lo que sabes hacer que has aprendido en la ONG, sino por lo que puedes llegar a hacer gratis. Y esto el citado estudio del Consejo de la Juventud no se atreve a reconocerlo.

Por otro lado, el de la figura de la voluntaria que aspira a conseguir uno de los escasos contratos remunerados que ofrecen las ONGs gracias a subvenciones estatales y privadas, es un tema que requiere decenas de páginas. Trabajan en Organizaciones No Gubernamentales que en el fondo sí dependen del Gobierno o de

20. Como avisa Nico Hirtt no es que ahora la patronal se preocupe por el desarrollo integral del ser humano, como a veces pretende hacernos creer a través de ciertos informes, si no que ahora lo que sucede es que en tiempos de cambios constantes “la búsqueda de competencias generales, fácilmente extrapolables de una situación a otra, constituye la forma misma de la adecuación escuela-empresa” [2003,73-74]

21. Un apunte a tener en cuenta: ya es habitual desde las gerencias generar un clima de crisis, hacer ver que la empresa pasa por un estado de emergencia para persuadir a los empleados y empleadas de que se “apreten el cinturón”, se esfuercen por sacar a flote la empresa y trabajen gratis más horas extras. Generando esta atmósfera de excepción continua y falsa la gerencia fortalece su autoridad y puede permitirse constantes excesos [Bauman 2007 132-133]. Este falso estado de emergencia que sirve para que en una empresa se reduzcan drásticamente los derechos de las trabajadoras y trabajadores, de fomentarse colectivamente a través de globos sondas mediáticos, pongamos por ejemplo, aturdiendo a la ciudadanía con la idea de una grave crisis económica, sirve para que desde el Estado mismo se lleguen a recortar drásticamente los derechos sociales, cosa que no se permitiría en tiempos de bonanza. Pero saber cuánto tiene de real y cuánto de ficticio una crisis económica requiere mucha astucia y de todos modos, a la larga poco importa, porque las consecuencias acaban siendo reales.

alguna empresa privada si quieren contar con personal suficiente, con sede, con material de oficina, con conexión a Internet, con ordenadores... Son como subcontratas de servicios a la comunidad en las que las trabajadoras en vez de ser funcionarias son “funcionarioides”, trabajadoras satélite del Estado que carecen de los derechos de las funcionarias. Hemos entrevistado a varias chicas que trabajan en ONGs realizando labores de las que el Estado se desentiende. Estos trabajos penden de un hilo, de la posibilidad de volver a conseguir la ansiada subvención, y se llega a veces al extremo de que una vez acabada ésta, la trabajadora sigue trabajando gratis porque no puede dejar “colgadas” a las personas que antes estaba asistiendo (gentes de la calle, trabajadoras del sexo, inmigrantes sin recursos...). Además, el trabajo remunerado escasea porque en buena medida lo hacen otras chicas gratis, no siempre por puro espíritu solidario, sino por ir cogiendo experiencia y capital humano (contactos) que las permitan en un futuro poder trabajar remuneradamente en ese sector. Otro de los temas a abordar sería el de la delgada línea entre voluntariado, militancia (no son para nada lo mismo) y trabajo. Línea desdibujada que genera extrañas y precarias situaciones como la de la trabajadora de ONG además militante que no puede desconectar ni siquiera los fines de semana, porque cuando no comparece en calidad de trabajadora, comparece en calidad de militante en su tiempo libre. Diferenciar lo elegido de lo exigido en muchos de los trabajos que hacemos hoy las chicas jóvenes es difícilísimo. El trabajo lo invade todo bajo extrañas máscaras de militancia o voluntariado con el consecuente “queme” de los ideales ante este tipo de jornadas interminables plagadas muchas veces de reuniones redundantes y de reiteradas burocracias. También es interesante afrontar la relación de las trabajadoras de las ONGs con sus jefas y jefes que en muchos casos son personal voluntario, ¿qué tipo de tensiones se pueden llegar a generar entonces entre la jefa voluntaria y la trabajadora asalariada en espacios que por tradición militante no deberían asumir ese tipo de jerarquías? Como puedes ver, abordar estos trabajos exige mucho espacio. Te dejamos con las ganas, deberás esperar a una ampliación de este estudio.

### **Te recomiendo vivamente**

*Los nuevos amos de la Escuela. El negocio de la enseñanza* de Nico Hirtt

Para que establezcas las relaciones entre educación y exigencias patronales ya desde antiguo. Para que te vayas preparando para una vida en eterna formación y en eterno pago de esa formación. Para que sepas que cada vez hay más capitales europeos invertidos en formación privada y que por tanto tú acabarás consumiendo algunas de sus variadas ofertas. Europa como gran escuela ladrona del escaso tiempo libre de sus trabajadoras y trabajadores.

## **8. ¿Amas de casa? No queremos, pero tampoco podemos**

## 8.1. “Me estoy planteando obviar lo del estado civil, obviar que estoy casada”

Leire: *lo sé por intuición que yo confío mucho en ella, desde entrevistas de trabajo que te preguntan si estás casada y ya... eso ya me ha pasado en Mediamarkt, para un puesto de técnico de recursos humanos me preguntaron si estaba casada, yo creo que la entrevista salió bastante bien, pero en el momento en que salió esa pregunta le dije que sí y ya me preguntó si quería tener hijos y el tipo me pareció que era el típico tío.... pues bueno: “yo traigo el dinero a casa...”, en fin. El caso es que cuando le dije que no quería tener hijos no me creyó. (Ríe) Me di cuenta, pensé “en este punto de la entrevista la cagué porque piensa que estoy mintiendo”... o si se lo creyó, piensa que soy una “mujer desnaturalizada” que no quiere tener hijos... o mentirosa o mala mujer (Ríe). Por ahí va el tema. Entonces yo tengo la intuición de que por ahí caí. Me estoy planteando obviar lo del estado civil, obviar que estoy casada, además que no procede, cuando estaba haciendo el master el director de [no podemos decir el nombre de la empresa] dijo que él nunca enviaría a una mujer casada de expatriada. Claro, yo salté: “y eso por qué”, “porque es que las mujeres siempre, siempre, siempre van a primar por tirar por la familia” (Ríe). Me pareció de una necedad absoluta, joder, no todas las mujeres son iguales, pero bueno. Decía “las mujeres siempre van a tirar por la familia, si el marido está en no sé dónde al final van a estar siempre más pendiente de la relación que tienen que regar o de los hijos que tienen que criar que de su trabajo, el nivel de concentración en su trabajo nunca es el mismo”. Claro yo monté en cólera, no públicamente, pero sí sabía cuál era mi opinión porque sí que se la dije. Luego otras profesoras nos decían que el estado civil... bueno, los tíos nos decían que el estado civil no había problema en ponerlo, pero las profesoras nos decían que no, las directoras nos decían que no lo pusiéramos, tanto si estábamos casadas como si no, si estás casada ni se te ocurra ponerlo... hablando con una amiga sobre su curriculum, ella es soltera, le dije, mira Julia, aunque sólo sea por solidaridad con otras mujeres, no lo pongas (Ríe).*

Vero: *luego los “duponitas”, los que trabajan en la Dupont, que yo tuve un... rollo, ligue, llámalo como quieras, bueno pues me contaba que si estás soltero intentan presentarte a alguien del mundo así, sobre todo si estás bien posicionado, en plan pijo, es lo que les mola porque dicen que la gente casada, con ataduras, como que es más responsable, que rinde mejor, sobre todo cuando tienen hipotecas y cosas de este tipo. Y, claro, una persona soltera que vive con sus padres, que bueno... que ni importa si un lunes no va a trabajar... Sí, sí los preferían casados, responsables, yo iba a ir un día a una cena con él con gente de su curro, pero cuando me contó el percal así en plan de broma, pero me lo contó, pasé de ir con él, anda hombre, esa gente que te miran a ver si eres la novia buena para su trabajador... lo que me faltaba. Y bueno, de mujeres que trabajen ahí no sé nada, no sé si a ellas también les exigían que estuvieran casadas... eso no, eso yo lo sé por los hombres, por el tío éste, ya te digo.*



La masiva incorporación de las mujeres al trabajo asalariado de los últimos años, así como la demostración constante de nuestras capacidades intelectuales y laborales no son suficientes para romper inercias patriarcales de miles de años. El caso de Leire es buena muestra de ello, su licenciatura en Ciencias del Trabajo con un expediente altísimo, su Master en Dirección de Recursos Humanos, su alto nivel de francés, italiano y alemán, su experiencia ya de años en el mercado laboral y sus habilidades intelectuales y sociales (puedo dar cierta fe de su aplomo, frescura y pasión serena a través de la entrevista) no son suficientes para conseguir trabajo. Lleva meses angustiada buscando y presiente que su estado civil le cierra muchas puertas. Por prejuicios, porque demasiados habitantes de este mundo nuestro siguen pensando en mayor o menor medida, de manera más o menos encubierta, que la casada casa quiere, que las mujeres siempre queremos tener descendencia y antepone nuestro desarrollo maternal y de pareja a nuestro desarrollo profesional. A Leire o bien no le creyeron que no quisiera tener hijos, o bien, de crearla, la consideraron una “mala mujer desnaturalizada”. De tal modo que o por mentirosas o por malas, las mujeres tenemos bastante difícil optar a ese puesto de recursos humanos. El hombre que le hizo la entrevista sigue anclado en viejas ideologías, podría resultar anecdótico y sin importancia de no ser que personas con esa mentalidad son legión. Seguramente él se crió en una familia nuclear de tipo fordista que ya explicamos, una familia en la que papá traía dinero y mamá era la guardiana del hogar, una familia de tiempos en los que el espacio público laboral y el privado del hogar estaban férreamente divididos y la que se dedicaba al hogar, porque así había sido educada durante años, no iba a traspasar así como así al mercado laboral, y el que había sido entrenado para traer dinero a casa tampoco se iba a convertir en amo de casa. Pero ya lo primero lo hemos roto, ya nos hemos incorporado nosotras al espacio público, falta ver cómo ellos se incorporan al privado, pues todavía los hombres no han hecho el movimiento equivalente al hogar que nosotras hemos hecho a lo público. Muy pocos humanos del sexo masculino nos han cogido el relevo en el hogar, de tal manera que se sigue pensando que un hombre casado no pondrá obstáculos a su carrera profesional, no evitará las horas extras o los viajes al extranjero por cuidar de sus criaturas o por cuidar al abuelo. Éste es un tema sobre el que se ha hablado mucho en los últimos años: la corresponsabilidad. No podemos extendernos aquí sobre ello. Tampoco vamos a detenernos mucho en ese “techo de cristal” o “suelo pegajoso” que se encuentra Leire para avanzar en su carrera. Pero imagínatela saltando para progresar en sus trabajos e imagínate que el suelo de su oficina está lleno de pegamento, de ese que se le ponía a los pajaritos antiguamente para cazarlos. O imagínate a Leire entrenando una y otra vez para saltar más alto y pegándose contra un techo de cristal que también tiene su oficina y del que nadie habla. Sólo ella y sus compañeras notan ese techo, para los chicos el techo de cristal tiene unos sensores y se abre a poco que ellos brinquen. Estas metáforas sirven para que nos hagamos una idea de lo que nos pasa a muchas mujeres, sobre todo si trabajamos en la empresa privada, que acumulamos experiencias, formación y brillantes expedientes

y que sin embargo no acabamos de promocionar. En buena medida porque el sistema no acaba de creer en nosotras y nos siguen imaginando con un portátil en una mano y con un bebé en la otra, mientras que a los hombres, trabajadores asalariados por definición, se les imagina con las dos manos bien centradas en agarrar el portátil. Y esto tampoco son delirios patronales, tampoco es que los hombres a los que se refiere Leire estén chiflados, es cierto que nosotras todavía tenemos un pie en cada espacio y la empresa quiere cada vez más dedicación exclusiva. Las profesoras de recursos humanos de Leire le recomiendan que no ponga el estado civil, saben por experiencia lo que se valora en un *curriculum* de mujer y lo que se pasa por alto en uno de hombre. Leire sabe en carne propia que su estado civil le cierra puertas, por eso recomienda a su amiga que por *sororidad* (solidaridad entre mujeres, *sor* es “hermana” en latín) no ponga que está soltera. Poner el estado civil en nuestro *curriculum* sería como poner nuestro horóscopo, es un dato personal no relevante. Pero, ¿qué pasa si en la entrevista nos lo preguntan? por honestidad con nosotras mismas deberíamos decir algo así como: “no creo que sea relevante para el puesto”, pero sabemos que si lo decimos ya nos hemos ganado la enemistad de quien nos entrevista. Estamos atrapadas, es un hecho. Y si ya tenemos cierta edad nos imaginarán no sólo casada o emparejadas, sino con barriga de siete meses. No podemos quitarnos de encima el peso de la especie, nos siguen viendo como paridoras y cuidadoras. Lo cual no está del todo mal si y sólo si, si podemos ver a los hombres de la misma manera, no sólo como trabajadores asalariados y productores de plusvalía, sino como cuidadores de sus ancianos, de sus niñas, de sus hogares. Todos y todas debemos asumir la responsabilidad del cuidado. Por nuestro propio bienestar, por nuestro desarrollo integral, pues hombres brillantes y feroces en sus carreras profesionales son a menudo analfabetos emocionales en su escasa vida personal. Están tan cercenados como las mujeres que sólo se preocupan del hogar y carecen de interés por lo que sucede en la *polis*, en el espacio público. Igual de triste son unos como otras. La llamada división sexual del trabajo produce seres humanos mutilados en los dos géneros.

El siguiente testimonio, el de Vero, sirve para confirmar las experiencias de Leire, cuenta que en la multinacional francesa prefieren trabajadores casados, con cargas, presionados por hipotecas y criaturas que mantener. Así parecen asegurarse que el trabajador va a cuidar su puesto, que como suele decirse, va a “cuidar más los garbanzos”. De las mujeres no sabe pero es bastante seguro que a las mujeres se las prefiera solteras y a los hombres casados, para combinar las exigencias de dedicación exclusiva según el género. Pongámonos en las cabezas de esta gente: las mujeres, para dedicarse por completo a su trabajo, vale más que no tengan ataduras familiares, porque si no antepondrán el cuidado del hogar al cuidado de su carrera, como pensaban en las empresas referidas por Leire; y los hombres, por el contrario, es mejor que tengan ataduras económicas como hipoteca y descendencia para que así no se les pase por la cabeza perder su fuente de ingresos. Ellas son hembras cuidadoras, ellos machos proveedores. Lo que cuenta Vero

supone una visión de los hombres también muy triste, se les quiere endeudados y preocupados por mantener a su familia, se les quiere con bastante descendencia para que trabajen duro a fin de conseguir el dinero suficiente. Es una vieja visión del capitalismo que acaba reduciendo al hombre, reduciendo al padre, a un ser que se desloma ocho, diez, doce, catorce horas diarias en el trabajo a cambio de un salario que permita afrontar todos los gastos de la familia. Ella para él y él para la empresa. En todo caso la libertad y el humanismo brillan por su ausencia. Quieren al chico casado y si tienen que forzar cenas donde llevar a otras solteras (que no sean trabajadoras útiles de la empresa, es de suponer), pues las fuerzan. Si pudieran también les prohibirían el uso de preservativos o se los pincharían, para que así, con muchos hijos, más la hipoteca del chalet adosado, asegurarse un trabajador fiel y aterrorizado ante posibles recortes de plantilla. El capitalismo patriarcal (o el capitalismo patriarcal de Estado que ha sido el comunismo soviético) no sólo oprime a sus mujeres, también quiere tener bien amaestrados a sus hombres.

## 8.2. “Lo de ser ama de casa lo llevo como el culo”

*Leire: lo de ser ama de casa lo llevo como el culo. Ése es un claro ejemplo de mi situación en línea descendente, porque joder, te estás formando, estás trabajando en cosas que también aprendes y resulta que meterte en casa es lo más duro que puede pasarle a una mujer con inquietud, con curiosidad y con ganas de desarrollarse como persona y como profesional, porque como persona también en desarrollo pierdes un montón porque te desacostumbra a un montón de cosas y te acostumbras a otras nuevas, entonces hay un montón de cosas a las que te acostumbras que no son necesariamente buenas, y entre ellas, por ejemplo, el vivir en la zona cómoda. La zona cómoda mentalmente me refiero. Todo cambio a mejora implica salirse de la zona cómoda, hay una primera fase que tienes que pelear, que tienes que aprender, joderte con el Access un rato y luego ya mejorarás y lo aprenderás, pues esto es igual, cuando entras en una zona así entras en un cierto estado de comodidad, pero es un retraso, no estás mejorando, no estás enfrentándote a dificultades, no estás creciendo y ante las dificultades yo creo que es cuando tú vas a crecer, que crecer duele, joder, entonces cuando estás así de cómoda es como una especie de autosedación, de anestesia de la vida, que dejas de crecer y entonces por un lado dices “tiene sus ventajas”, pero la persona, como te decía, si tiene inquietud se resiente mucho, se resiente muchísimo, sobre todo si no encajas con ese perfil de ama de casa como es mi caso. No me identifico para nada, mira, me siento encasillada en un rol que no me corresponde. Tengo que coger el carrito de la compra, mira tú que tontería simplemente para evitar el peso, la carga en la espalda... solamente con eso, y no tengo absolutamente nada en contra de las amas de casa, pero simplemente con eso es que a mí ya me produce malestar. Entonces busco a alguien con el coche que venga conmigo a comprar que me ayude, mi hermana, un amigo...*

Volvemos a Leire. Para ella no encontrar trabajo y dedicarse a ser ama de casa está suponiendo un suplicio. Sus palabras son bien claras. Con toda su formación e inquietudes ella ha sido educada y se ha educado a sí misma para desarrollarse en el espacio público, para invertir su energía en un proyecto profesional. Llevar un hogar se le queda corto. Llevar el carrito de la compra le hace una herida simbólica. No puede desarrollarse como quisiera, “la persona si tiene inquietud se resiente muchísimo”. Nota que se está atrofiando, que la falta de retos, y la comodidad mental la están haciendo involucionar. En el capítulo dedicado a la comida veremos cómo este desasosiego con que afronta Leire el estar parada y ser ama de casa conduce a Blanca, en similar situación, a una bulimia. Lo llevan muy mal, son chicas jóvenes que llevan toda su vida formándose para sumergirse en el mercado laboral. A diferencia de sus madres o abuelas, ellas no han sido educadas para gestionar un hogar, no han estado todo este tiempo preparando un ajuar, sino un *curriculum*. El movimiento feminista, como supondrás, he reflexionado y se ha movilizado mucho en torno a este tema. El libro que mejor ha visibilizado este malestar de las amas de casa es *La mística de la feminidad* de Betty Friedan que ya en 1963 afrontó el “problema sin nombre” de millones de mujeres estadounidenses que teniendo teóricamente de todo (grandes casas con jardín, honrados maridos con trabajos seguros, electrodomésticos que convertían el hogar en un paraíso, niños fuertes, sanos y rubios, teleseries edificantes...) no acababan de sentirse bien o, en palabras más directas de Leire, se sentían como “el puto culo”<sup>22</sup>. Estas mujeres de los años cincuenta y sesenta a las que se refiere Friedan sentían ese malestar porque en los años cuarenta habían sido llamadas a ocupar los espacios que los varones estadounidenses que acudían al frente de la Segunda Guerra Mundial dejaban vacíos. Estudiaron y trabajaron, llevaron el país prácticamente solas mientras los hombres iban a la guerra. Saborearon las mieles de la autonomía y del desarrollo intelectual y profesional, pero al acabar la guerra los hombres volvieron a sus puestos de trabajo y las mujeres tuvieron que volver a sus nidos, a unos hogares que gracias por ejemplo a la publicidad y a Hollywood, se intentaron convertir en paraísos. “Volved al hogar que es donde mejor se está, pues con lavadora, televisor, sandwichera, nevera y lavaplatos vuestra vida será coser y cantar”. Se inicia la industria del electrodoméstico (con sobrantes de materiales, por cierto, de la industria militar tan desarrollada con la guerra) y los anuncios muestran a mujeres extasiadas con su nueva lavadora centrifugadora. Si observas las mujeres protagonistas del Hollywood de los cuarenta, por ejemplo Lauren Bacall o Catherine Hepburn, con las de los cincuenta como la feliz Doris Day, te darás cuenta de la

22. Incluyo también las palabras de Betty Friedan: “El problema yace oculto y silenciado hace muchos años en la mente de las mujeres americanas. Se trata de una extraña agitación, un sentimiento de insatisfacción, una ansiedad que las mujeres están padeciendo en esta mitad del siglo XX en los Estados Unidos. Cada mujer lucha contra ello en soledad. Mientras hace la compra, hace las camas, elige una colcha que combine, come con sus hijos sandwiches de manteca de cacahuete, hornea pasteles o se acuesta con su marido por las noches, teme preguntarse, incluso a sí misma, la cuestión silenciada: “Esto es todo?” [1974, 11].

involución. Los primeros papeles eran de abogadas, periodistas, *vedettes* autónomas e irónicas con mucho traje pantalón y luego llegan los papeles de felices amas de casa que reprimen sus poderes y que marcan sus anchas caderas de matronas, la serie *Embrujada* con Doris Day es un buen ejemplo. Bueno, pues todo esto que Friedan supo detectar en las amas de casa de los años sesenta estadounidenses es similar a lo que le sucede a Leire o Blanca: no soportan el cambio, no aguantan ser amas de casa porque ellas han sido educadas para el mercado laboral como las estadounidenses educadas en los años cuarenta que ven que en los cincuenta y en los sesenta tienen que retroceder y olvidar todo lo aprendido. Afortunadamente el malestar de Leire y Blanca no es tan colectivo como el estudiado por Friedan, pero ahí va un aviso: de aumentar la tasa de paro de una manera alarmante es muy posible que los escasos puestos de trabajo sean ocupados primero por los hombres y entonces las mujeres tengamos que volver al hogar. Somos en términos marxistas “ejército de reserva de mano de obra”. De escasear el trabajo es bastante probable que las primeras en volver a casa seamos nostras y entonces, educadas como estamos para desarrollarnos en el espacio público, podemos llegar a sufrir colectivamente el mal de Leire, Blanca y Betty Friedan. El camino hacia la libertad y la igualdad no siempre es lineal, por condiciones económicas la mayoría de las veces, se pueden retroceder muchos pasos. Nada está completamente conquistado en el terreno de la igualdad y la libertad. La Historia es más de zig-zags que de líneas rectas.

### 8.3. “Yo me he preocupado mucho por la carrera de Luis, he sido su coach. Pero yo no tengo coach”

*Blanca: yo me he preocupado mucho por la carrera de Luis, he sido su coach. Pero yo no tengo coach, no tengo un coach que aparece cada tres meses, un buen amigo... el caso... yo lo llevo como la mierda, de hecho quiero tener una persona que me couchee a mí o si no autocoucharme yo, pero no couchear a nadie más. Nadie me lo pide pero yo me implico en el desarrollo de las personas que tengo a mi alrededor de una manera que a veces digo, yo, es que, lo que me decía este amigo: “tú te enmadras enseguida, pero es que la maternidad no es eso, no es eso” (Ríe). No, es que no puedes caer en eso, en seguida sobreprotejo... no sobreprotejo, pero enseguida quiero que las personas que estén a mi lado, que todo el mundo esté bien. Tengo una tendencia brutal a eso, efectivamente, pero yo luego me abandono, ahora estoy peleando por mejorar eso en mí, que tengo que no abandonarme.*

*He pensado varias veces en ponerme por mi cuenta, pero yo creo que me ha faltado el apoyo de mi pareja, no desde el punto de vista de la palabra, sino de los hechos, “sí, sí muy bien”, pero luego no se implica, entonces me cuesta porque yo tengo mis inseguridades y luego no quiero estafar a nadie tampoco, quiero hacer las cosas honradamente.*

Blanca, a pesar de su formación, es Licenciada en Pedagogía, Master en Prevención de Riesgos y ha realizado diversos cursos, no encuentra trabajo. Vive en pareja y es ama de casa. Como ella misma reconoce se ha esforzado más en cuidar la carrera de su chico que la suya. “Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer” dice un refrán que lo que nos enseña es que el hombre triunfador en el espacio público lo es la mayoría de las veces porque tiene detrás de sí a una mujer que se encarga de darle apoyo material, emocional y psicológico. Grandes hombres, políticos, empresarios y artistas que tienen seis, siete hijos y que cuando llegan a casa pueden disfrutar del llamado “descanso del guerrero” donde una aplicada ama de casa escucha sus problemas, plancha sus camisas, cuida a sus hijos y atiende a sus necesidades sexuales. Es otro clásico del patriarcado denunciado por varias clásicas del feminismo, no podemos extendernos. Lo que nos interesa ver ahora es cómo Luis, sin necesidad de llegar a los extremos de otras viejas glorias, ha tenido la atención psicológica y a toda una *coach* (entrenadora para la vida, alguien que te incentiva constantemente para que superes metas) en Blanca, ¿pero a Blanca quién la *couchea*? Ella reconoce que Luis sólo la apoya de palabra, como para quitársela de encima, pero que nunca se ha interesado de verdad por su carrera. Y ella tiene inseguridades, lo cual es normal dado que a ella ningún Luis la refuerza psicológicamente. Es comprensible que su autoestima laboral esté baja, no existen tantos modelos femeninos de triunfo profesional y además se dedica a apoyar a quien tiene a su alrededor, a hacer de madre, pero ¿quién hace de madre de la gran madre que es Blanca? Luis está muy ocupado con su carrera (así nos lo confirmó en otro momento de la entrevista). Y éste, como todos los que abordamos en este libro, no es un problema exclusivo de Blanca y Luis, no son cosas de pareja propias de cada casa que es un mundo, no, éste es un problema colectivo, problema personal que es político y que en este caso podemos resumir con las mismas palabras de Blanca: nosotras somos *coach* de todo el mundo, nos preocupamos por el bienestar de quienes nos rodean, ejercemos de gran útero cuidador, pero en ese papel nuestro de gigantes Atlas aguantando el mundo, falta una pieza: ¿quién nos aguanta a nosotras?

### 8.4. “Las conversaciones reducen siempre a cómo está el tiempo, a cómo me gustan estas galletas o el programa de televisión que he visto hoy”

*Blanca: socializo menos y el nivel de la socialización es de menos interés. Es mucho más bajo porque las conversaciones son siempre A o B. Se reducen siempre, cayendo en tópicos, a cómo está el tiempo, a cómo me gustan estas galletas o el programa de televisión que he visto hoy. Porque claro, como no dedicas ocho horas de tu día a estar haciendo cosas que te exijan un esfuerzo mayor al que estás acostumbrada como ama de casa, pues no tienes retos, desafíos, y si es cierto que la curiosidad se va como desapareciendo y si es cierto que cultivar eso, mantener vivo eso es un trabajo que hay mujeres que lo consiguen, pero a día de hoy puedo decir que no es mi caso, porque yo me cultivo más por los proyectos profesionales,*

*necesito implicarme. Entonces como no tengo nada para implicarme entonces qué hago, pues me implico en mi pareja: “voy a desarrollar a esta persona, voy a darle fuerza, a coucharle...” ¿y las conversaciones al final?, pues ni yo puedo seguir sus conversaciones porque él está a un nivel que yo no puedo alcanzar porque él conoce el mundo de la empresa por dentro, está ya a un nivel laboral que yo desconozco por más que yo tenga tanta formación... que me falta experiencia y no entiendo de sus cosas, ni tampoco él puede bajar a donde estoy, a la vida ésta que haces que es mucho menos exigente... no es más frívola pero sí es menor, no sé, más básica, más típica, aburrida, y yo te digo que este relajo de ama de casa, buf, me enerva, como tigre enjaulado me siento (hace gestos)*

*Vero: yo es lo que digo, a ver, no sólo el hecho de estar trabajando para conseguir dinero, yo no quiero desvincularme, me conecto mucho a Internet, ayer estuve en la Tesorería, pues ya cogí el libro de cotización, las nuevas cosas que van saliendo porque al final... no quiero tener un paro muy grande... ahora los cursos formativos están parados hasta septiembre, porque yo digo, “bueno por lo menos te formas, te estás formando, te hace cursillista” (Ríe), pero por lo menos no te desvinculas... pero al final no tengo tanto tiempo libre porque al final en mi casa, es un poco especial, soy la que lleva la casa a mí lo de ser maruja me gusta, pero una parcela, estoy harta de limpiar y recoger, yo necesito tener un planing. Igual ahora voy más al gimnasio, pero necesito no estar tan desvinculada del mundo laboral, pero sí es verdad que me conecto, voy al INEM, leo la prensa... y vamos a ver, dedico tiempo a buscar empleo... necesito mantenerme ocupada, en mi trabajo es... el dinero es importante, pero el cultivarme... yo por ejemplo... el padre de Manolo me ofreció cuando aquello: “tú si no quieres trabajar yo te pago x dinero sólo por el hecho de estar con Manolo, de que lo cuides y eso”, pero yo ya no era por el dinero, yo jolín, tengo unos estudios, es una cosa que me gusta, y yo quiero seguir trabajando en ello.*

Abordar en qué gastamos nuestro tiempo de ocio las trabajadoras es fundamental para alumbrar mejor qué supone el trabajo en nuestras vidas, ya lo vimos. Pues bien, cuando entrevistamos a chicas que están siendo amas de casa porque no encuentran trabajo, debemos volver a abordar el mismo tema. Porque partimos de una hipótesis: la pérdida de la ciudadanía económica es la pérdida de la ciudadanía social. O lo que es lo mismo quien no lleva dinero a casa tendrá por lo general una vida social menos interesante y prolífica, menos interesada en los asuntos de la *polis* que quienes ya están en ese trozo del espacio público que supone el trabajo. Traducido: que las amas de casa tienen menos capital humano, llevan una vida cultural y social menos intensa que las trabajadoras asalariadas. El hogar aísla, buena parte de las amistades de una mujer se consiguen en la vida estudiantil y en la laboral, y si nos alejamos de esos dos espacios el nivel de socialización, como reconoce la propia Blanca es mucho más bajo. Justa o injustamente consideramos que las conversaciones sobre temas del trabajo son siempre más interesantes que las conversaciones sobre temas del hogar: las galletas, el programa de televisión... Los tópicos conversacionales propios de las amas de casa a los que se refiere Blanca

carecen de interés, aunque para ser justas la calidad de nuestros alimentos, de nuestras galletas, puede ser más importante que ciertos asuntos políticos que mueven pasiones. Las mujeres activas laboralmente tienen una agenda de ocio más social y dedican más tiempo a la amistad y a actividades culturales una vez que ya participan de esa parte de la vida pública que es el trabajo remunerado. El aislamiento de la vida laboral se convierte en aislamiento de la vida social y cultural, pues el trabajo, junto con los estudios, es la entrada principal para la vida pública. La merma de la ciudadanía económica se ve seguida de una merma de la ciudadanía social. Blanca siente su energía estancada, siente que el tiempo libre de las amas de casa se reduce demasiado a ver la tele y se ve así misma como una tigresa enjaulada, lo cual la conducirá como veremos más adelante a un trastorno de la alimentación. Siente además que no está a la altura de las conversaciones de Luis porque él trabaja y tiene experiencia y ella, por mucha formación que tenga, considera que no está a su altura, que lo que él diga está muy por encima de su nivel. Y él no “va a bajar” a los niveles de Leire porque se considera que los temas del hogar siempre serán más humildes e incluso ridículos que los de la gran empresa. Él ha de bajar a su precario nivel intelectual de ama de casa. Al menos así lo vive Blanca. Un tiempo libre improductivo con demasiadas horas de televisión y conversaciones sobre nimiedades están convirtiendo a Blanca en una “maruja”, el mezquino apelativo con el que el sistema patriarcal paga el cuidado de la vida que llevan a cabo millones de mujeres en el planeta. Blanca siente que puede llegar un momento en el que no entienda lo que pasa en el mundo, ya nota cierta barrera con Luis. Es tenue comparada con esas parejas más tradicionales en las que él le dice a ella “tú, mujer, qué sabrás de política”. No es ese extremo, pero empieza a parecerse y Blanca se preocupa.

Vero es Diplomada en Relaciones Laborales, Master en Dirección de Recursos Humanos y también está buscando trabajo. Aunque su perfil laboral es similar al de Blanca o Leire, al vivir todavía con su madre y su padre en un pueblo y no en una ciudad, las presiones son distintas. Ella también combina la búsqueda de empleo con las tareas de ama de casa. Aunque se podría decir que es la gestora principal de su familia (padre, madre, dos hermanas y una hermano), no vive el hogar de la misma manera que Leire y Blanca. Más que ama de casa es “hermana de casa”. Busca trabajo e intenta mantenerse al día porque, al margen del dinero, ella no quiere olvidar lo que supone la vida laboral y quiere seguir aprendiendo y desarrollándose como trabajadora. Reconoce que no tiene tanto tiempo libre porque lleva la casa, que es algo que no le disgusta del todo, como veremos después, pero en lo que tampoco quiere sumergirse por completo. Para ella la experiencia del hogar no es tan traumática como para Leire y Blanca, pero tampoco piensa dedicarse nunca en exclusiva a ello. De hecho el padre de su anterior novio le ofreció un sueldo a cambio de que ella se dedicara a cuidarlo dado que tuvo un grave accidente laboral que le provocó graves minusvalías físicas y psíquicas, pero Vero, muy volcada en la recuperación del chico, supo anteponer su desarrollo profesional al cuidado. Ella

tiene unos estudios, le gusta su trabajo de asesora laboral y no piensa tirar toda su formación por la borda por mucho dinero que le ofrezcan. El caso de Vero es interesante, pues aunque más adelante reconoce que le gusta ser ama de casa y que por ello prefiere una media jornada, tampoco está dispuesta a sacrificar su desarrollo profesional por completo. Necesita estar conectada y al tanto de lo que pasa en el mundo. Una vez más observamos que las mujeres jóvenes viven el hogar como una trampa que las puede dejar apartadas por completo del espacio público y toman por ello medidas, hacen cursos, se conectan diariamente, intentan tener una vida social más intensa, se dan cuenta de que se están estancando, demandan ayuda... Perciben el hogar de manera muy amenazante, como Leire o Blanca, o de manera más ambivalente, como en el caso de Vero. Pero siempre están pendientes de no caer por completo en un espacio privado que es visto como sumidero de energías e inteligencia.

### 8.5. “Y cuando estuve al paro, que tardé un poco en encontrar trabajo, no paraba de recordármelo, que vivíamos de él, que tardaba mucho en encontrar curro”

*Eva: él quería que yo no trabajase más en el piso, que nada de volver a eso, decía que hiciera algún curso de coser o de ordenadores y que ya encontraría trabajo. Fui a Cruz Roja y a otra asociación que ayudaban a gente de afuera como yo, pero no encontraba trabajo... y él se quejaba un montón que no daba nada para los gastos de nevera, para hipoteca, para coche... yo miraba mucho y no encontraba nada... me decía que no quería que volviera a puta, pero seguido me decía que tenía que traer dinero a casa, que eran muchos gastos y él solo no podía... y cuando me quedé embarazada me dijo que tenía que abortar porque era mucho gasto un hijo... tampoco podía enviar dinero a mi familia, ni de lo que yo tenía en mi libreta... tenía que darle todos los meses la mitad de los gastos y yo no tenía trabajo... no encontraba, entonces, vino su madre... y bueno, me echó de casa, o me fui yo también... quería dinero y yo no tenía trabajo... quería en el fondo que volviese a puta, pero no quería, quería pero no quería, ¿entiendes?... ahora me anda llamando, quiere venir al piso, pero yo no pienso ir con él... nada, para mí Óscar está muerto...*

*Kus: joder, yo ganaba unos 1300 y él 1500 y medía todo lo que gastábamos, que tenía que poner la mitad, luego él se creía más por cobrar más, no te lo pierdas... estaba obsesionado con el dinero, todo iba medido... Yo tenía que llevar dinero, si bajaba de 1300 parecía poco y me decía “Kus, a ver si buscas algo mejor, que con eso no llegamos” aunque a mí me molará el curro acababa por dejarlo porque me daba todo el día la brasa para que buscara algo que pagaran mejor aunque me explotaran. Un puto pesetero. Y luego todo lo de la casa lo tenía que hacer yo, y cuando estuve al paro, que tardé un poco en encontrar trabajo, no paraba de recordármelo, que vivíamos de él, que tardaba mucho en encontrar curro, que*

*había unos gastos... que no se me ocurriera hacer ningún curso, yo quería estudiar un FP, pero ni de coña, hostia... cómo iba a mantenerme, aunque yo tuviera un currillo de media jornada que me permitiera estudiar, cómo iba a mantenerme si cuando subíamos al coche, cuando me iba a buscar al curro siempre me hacía la broma del el taxista, que él era el taxistas y que a los taxistas no sólo hay que pagarles la gasolina, sino el servicio. Siempre la misma puta broma, joder, que quería que le pagara por buscarme al curro... si para colmo las letras de los coches, que no acababa de pagar uno cuando ya lo estrellaba y compraba otro, con sus mierdas de tuning y todo, las pagábamos a medias... yo también pagaba coche y gasolina.*

Hasta ahora hemos visto mujeres jóvenes que se niegan a ser amas de casa, ahora lo que vemos es a dos mujeres jóvenes que no pueden permitírselo. Eva, en tanto que prostituta extranjera y recientemente divorciada es un caso más extremo, pero refleja muy bien la tensión entre el modelo ideológico tradicional y el actual modelo económico que no permite mantener al primero. Es decir, su pareja quiere que deje de trabajar, pero los gastos de la casa impiden ese deseo. En todo caso, él actúa como empleador, como jefe, como socio capitalista preferente de una empresa que necesita de dos capitales. Quiere que deje la prostitución pero quiere el dinero, echa cuentas y le exige a Eva una cantidad que llega a impedirle enviar dinero a su familia, motivo por el que se vino a España. Obliga incluso a abortar a Eva por cuestiones económicas. Óscar actúa como el dueño de una empresa que exige a sus trabajadoras un rendimiento a cambio del salario. El mito del amor romántico, de la *Pretty Woman* que es rescatada por un príncipe que consigue alejarla de la prostitución queda aquí en evidencia.

Con Kus se repite la situación. Otra vez es el chico el que echa cuentas y echa en cara. Él es el patrón. Como él cobra algo más le reprocha a ella su poca valía laboral. La incita a buscar trabajos mejor pagados aunque ello suponga que Kus esté en peores condiciones. Se planteó estudiar y buscar un empleo de media jornada, pero no pude porque él llegaba incluso a presionarla cuando tardaba un poco en encontrar trabajo. El chiste del taxista evidencia la obsesión por el dinero de un chico que, entre burlas y veras, pretende cobrarle por ir a buscarla al trabajo. Y aparece una cuestión que es pilar a la hora de abordar las economías de pareja: el coche. Kus se queja de que gastan en *tuning* y en un par de coches que él ha estrellado antes de acabar de pagar. Para demasiados chicos el coche es su herramienta de poder, su reserva de autoestima y por ello plantearles que usen más el transporte público, que adquieran coches de segunda mano, que conduzcan con menos velocidad o que dejen de gastar en *tunning* sería como despojarles de una parte de su cuerpo. Es vergonzoso pero perfectamente comprensible dado un modelo económico como el nuestro que invierte parte del dinero público, sin ir más lejos, en subvencionar incesantemente la compra de vehículos nuevos. El chico de Kus es resultado de unas condiciones económicas que no han sido filtradas por una mente crítica. Para la élite, la pareja de Kus es el ideal de trabajador y consumidor.

En estos dos casos la pareja, más que unida por lazos de amor, compromiso y apoyo mutuo, deja ver su cara más mezquinamente realista, su cara más contable. Son dos personas que unen los sueldos más que las vidas. La figura del hombre proveedor capaz de mantener a su mujer y a su descendencia es cada vez más lejana, la merma de los salarios y el aumento vergonzoso del precio de la vivienda, unido a los miles de gastos que hoy se le exige a la clase trabajadora-consumidora (móviles, Internet, portátil, coche, ropa, formación, alternar...) pone en peligro de extinción al príncipe azul rescatador de doncellas desvalidas. Hoy sin el sueldo de la doncella, ni el príncipe puede afrontar sus gastos. O lo que es lo mismo, las jóvenes de hoy no son amas de casa porque su sueldo es tan necesario como el de hombres. No sólo no queremos, como ya vimos con Leire, Blanca y Vero, ahora es que no podemos, como vemos con Eva y Kus. Si una de las dos personas falla esa empresa que es la mayoría de las veces la pareja puede quebrar. Si nos preguntamos hasta dónde llega el amor y hasta dónde la contabilidad en las actuales parejas, o en las antiguas, obtendremos respuestas que sonrojan a idealistas. He aquí otro clásico del feminismo, del marxismo, de la antropología, de la economía: la pareja y la familia como principal célula económica. Pero tampoco hay que alarmarse, pues qué cosa sea eso del amor y el apoyo mutuo no es algo que esté completamente claro ni que sea eterno.

## 8.6. “Nos apoyamos, si no curro yo curra él, y al revés, así no tenemos que aguantar curros de mierda”

*Luz: él, mi mozo, me apoya ¿La otra gente? Las otras callan, yo no tengo cargas, ni hipoteca, ni hijos, mi pareja me apoya... otras dicen, “ye lo que hay, si no lo quieres hay treinta detrás de ti esperando”. Ya, el ejército de reserva, ¿no?. No, pero yo con Fernando... es diferente, nos apoyamos, si no curro yo curra él, y al revés, así no tenemos que aguantar curros de mierda... yo muchas veces lo he animado para que dejara curros de mierda y él a mí... porque nos apañamos, jodido, pero nos apañamos con el sueldo de uno y así nos cubrimos las espaldas y por eso pude dejar ese curro... porque también, que pagamos muy poco de alquiler, no tenemos hijos, ni coche, ni Internet, ni muebles pijos y tal... ni estoy todo el día metida en Zara o tomando sidras como muchos pijos de aquí, que tú vas por la tarde por aquí por la Felguera y yo no sé, todos los bares llenos y luego no sé que dicen de la crisis, pero bueno, tienen padres prejubilados que les pagan todo (Ríe)... Eso nosotros, no, ni gastamos ni nos dan, ni falta que hace, y no somos esclavos del trabajo, anda que le den por el puto culo al puto trabajo (Ríe).*

*Vero: que quizás, yo prefiero tener una media jornada o seis horas, para tener esa parcela y ser ama de casa, pero para dar un paseo, para disfrutar de mi familia, quizás no tengo los ingresos de 1200 euros o 1500 pero me amoldaré a los 800... y a saber vivir con 800 pero me merece la pena... hay gente que tiene una jornada completa pero a lo mejor está gastando pila de euros en guardería o en una persona que viene a hacer las cosas de las cosas. Es mejor una jornada de cuatro, cinco o seis horas... luego la gente dice que no tiene tiempo a nada...*

Luz es una trabajadora con conciencia de clase, en el capítulo dedicado a la comida veremos mejor su discurso, y ha pasado por numerosos trabajos porque no tolera que se vulneren sus derechos. Cuando le pregunto si no tiene miedo de andar cambiando tantas veces de trabajo responde lo que acabamos de leer. Y entonces nos regala una valiosísima visión de la pareja que nada tiene que ver con lo vivido por Leire, Blanca, Kus y Eva. Sus compañeras de trabajo aguantan las injusticias porque temen al paro, consideran que el trabajo es un bien escaso (“hay treinta detrás”) que hay que conservar cueste lo que cueste. Luz sabe que esto es un clásico del capitalismo, el llamado “ejército de reserva”, que no es otra cosa que conseguir mano de obra sobrante a través de diversos métodos, que no podemos valorar ahora, que permitan que cada trabajador y trabajadora tras ser explotados ocho, diez, doce y hasta catorce horas diarias sienta además agradecimiento hacia la patronal. Luz lo sabe, conoce los perversos mecanismos de la economía y del mercado de trabajo, y al menos, si bien no puede cambiarlos, sí que intenta que no le afecten a su salud y dignidad humanas. Esto es gracias a su pareja y a su frugalidad, es decir, al no tener una serie de gastos que tiene la mayoría de la clase trabajadora y al contar con el apoyo de su chico puede permitirse dejar trabajos de condiciones indignas. Su testimonio es hermoso (y escaso) porque ella y Fernando hacen una pareja digna de Nobel de Economía, saben cómo funciona el mercado, saben la trampa para la vida que supone el consumismo y actúan en consecuencia: decreciendo, reduciendo sus gastos y aprendiendo a vivir con un solo sueldo por si uno de los dos tiene problemas en el trabajo. Es una pareja que lejos de consumir y trabajar a lo loco, sin cuestionarse un sistema que roba tiempo, salud y compañerismo, ha aprendido a hacer frente común contra un mercado laboral que a menudo enferma mental y psíquicamente a las trabajadoras y trabajadores, sobre todo si sólo se puede optar a trabajos de escasa remuneración y cualificación como le sucede a Luz: “no somos esclavos del trabajo, anda que le den por el puto culo al puto trabajo”. Por otra parte, el análisis que hace Luz de la gente de su pueblo, La Felguera, es muy incisivo. Se trata de una antigua comarca minera que con la reconversión industrial vio cómo desaparecían los trabajos a cambio de unas prejubilaciones a veces extremas. En otro momento de la entrevista Luz dice que se compró al movimiento obrero por unos cuantos millones y que por ello sus hijas e hijos mantienen un estilo de vida muy por encima de sus posibilidades, pues en realidad “tiene unos curros de mierda pero sus papás les pagan todo, son como Paquirrín, gordos inútiles y horteras mantenidos por viejas glorias”.

El siguiente testimonio, el de Vero, también nos ofrece una visión de las relaciones entre el trabajo asalariado y el trabajo en el hogar menos crispada que la vista en anteriores epígrafes. Vero había dicho que para ella el trabajo no servía sólo para ganar dinero sino que era fuente también de desarrollo personal e intelectual. Pero ahora vemos que si bien no piensa dedicarse en exclusiva al cuidado, recordemos la oferta del padre de su anterior novio, tampoco piensa dedicarse en exclusiva a su carrera. Prefiere ganar menos con una media jornada y poder tener “esa parcela de

ama de casa”. Porque además sus cálculos le dicen que aunque gane menos gastará menos pues, por ejemplo, se ahorraría el gasto en guardería. Pretende adaptarse económicamente y llevar una vida con un pie en cada espacio, uno en el laboral y otro en el hogar. Suena razonable pero debemos preguntarnos: ¿su pareja, en este caso un chico, piensa también recortar su jornada para conciliar vida laboral, personal y doméstica?, ¿van a decrecer los dos o sólo Vero?, ¿algún día los hombres sentirán esa necesidad que siente Vero de no entregar por completo su día al trabajo y sentirán que tienen que partirse en dos para ser humanos más completos? Y otra pregunta crucial, ¿de reducir Vero su jornada, pongamos que a cinco horas, podrá evolucionar profesionalmente?, ¿podrá promocionar, podrá afrontar los “techos de cristal” igual que otra mujer que dedica ochos o diez horas diarias a su carrera o, mejor aún, que otro hombre a jornada completa o completísima? Si en su empresa hay posibilidad de ascenso, ¿será Vero la elegida? Es ideal combinar al cincuenta por cien los dos espacios, pero por el momento tenemos que saber, que de elegir esta opción que es muy digna, ya será muy difícil que nuestra carrera mejore. Hay que volver al hogar, cierto eso, pero o vuelven ellos en igual medida o en vez de volver al hogar lo que haremos las mujeres será volver a una trampa. Recordemos siempre a Betty Friedan. Si bien como decisión individual puede parecer muy acertada, que nos acojamos siempre a medias jornadas, colectivamente, a las mujeres puede suponernos un retroceso considerable en nuestro camino hacia la igualdad. Pero como vimos con Eva y Kus, los gastos son tan grandes debido sobre todo a la especulación con el derecho a la vivienda, que no serán muchas las mujeres que pueden acogerse a estas reducciones de jornada<sup>23</sup>.

También hay que recordar que tanto Luz como Vero son mujeres que viven en pueblos asturianos, La Felguera y Sama de Langreo, respectivamente, donde el precio de la vivienda y la posibilidad de promoción profesional no pueden compararse a los de una ciudad como Barcelona o Madrid. Por tanto, puesto que ninguna de las dos se plantea emigrar a Madrid para encontrar trabajo y promocionar, su proyecto de vida es necesariamente mucho más pausado que el de chicas que, por un lado no pueden permitirse llevar una vida laboral menos intensa

23. Aventuremos posibles panoramas: las mujeres que pueden acogerse a medias jornadas serán aquellas que puedan permitírselo económicamente, serán por tanto las de clase media y clase alta, aquellas cuya formación y vocación si les permitiría un desarrollo ascendente de su carrera. Las que no pueden permitirse ese lujo, como Eva y Kus, son las trabajadoras precisamente de sectores menos vocacionales, las que trabajan casi exclusivamente por ganar dinero y no por desarrollos vocacionales. Las que tienen menos posibilidades de ascenso no podrán permitirse económicamente la media jornada y las más formadas, que sí pueden permitirse reducir su jornada porque a su vez suelen estar emparejadas con personas de más altos ingresos (de familias monomarentales no tratamos), sí tendrían posibilidades de ascenso si la dedicación fuera completa. Por tanto, entramos en una peligrosa paradoja: las que pueden ascender sí pueden acogerse a la media jornada y posiblemente ello les frene ese ascenso y las que de todos modos tiene más difícil ascender y que sí podrían acogerse a la media jornada porque poco iba a variar sus posibilidades de mejora profesional, no pueden hacerlo porque sus economías no se lo permiten.

por las presión económica que una gran ciudad siempre ejerce sobre sus habitantes, y que por el otro se animan a esforzarse más profesionalmente porque sí tienen opciones a mejoras y ascensos dada la diversidad de puestos a los que sí pueden optar en la gran ciudad y que en un pueblo de una región deprimida como Asturias ni siquiera existen. Luz y Vero se plantean vidas más pausadas porque viven en mundos, en ciudades y economías, para bien o para mal, más pausadas. Cómo afecta esto a la calidad de sus vidas es algo que excede con mucho a este estudio, pues no podemos hacer una confrontación más exhaustiva entre la vida en la gran urbe y la vida en ciudades pequeñas y pueblos.

## Te recomiendo vivamente

*La mística de la feminidad* de Betty Friedan

*Si las mujeres contasen* de Marilyn Waring

El primero ya sabes de qué va. El segundo visibiliza todos aquellos trabajos no remunerados de las mujeres y todos aquellos suministros que nos aporta la naturaleza que hasta el momento de Waring, premio Nobel de Economía, nadie se había parado a contar porque los sistemas de contabilidad sólo saben apreciar lo que tiene traducción salarial. Sólo el número se ve, lo que no lleva a su lado un precio no existe. ¿Cuánto vale un bosque que purifica el aire, cuánto un río limpio y cuánto la labor de tantos millones de mujeres de todo el planeta que trabajan todo el día sin salario alguno? En esta misma línea ya se ha investigado mucho en España, sobre todo las sociólogas M<sup>a</sup> Ángeles Durán y la economista Cristina Carrasco.

**9. Dar una imagen, cueste lo que cueste  
El cansancio de la comparecencia**



## 9.1. “Me estás tratando como no tratarías a un tío”

Marina: *yo antes de que me dieran la beca estaba llevando un proyecto de recursos humanos para el Ayuntamiento de Iruña y tenía que asesorar a pequeñas y medianas empresas en temas de recursos humanos: “Pues tenemos un problema de comunicación interna, pues... espera que hago un plan de comunicación”. Entonces en la oficina éramos tres personas, el jefe era un tío, y mi compañera, y luego venían de las asociaciones de jóvenes empresarios, las asociaciones tenían sus juntas, pasaban por allí, venían todos a la oficina y entonces siempre tenías que soportar: “ay, qué guapa estás”, un rollo de “date una vuelta”, pero bueno, se me está notando en la cara que no me va este rollo, que no me hace gracia que me estés tratando como no tratarías a un tío; que no sacas la mala hostia, intentas ser lo más educada posible, pero tampoco caer en eso... caer en la aquiescencia.*

Si vas guapa, si ese día algo te favorece, los chicos de la empresa te van a piropear espontáneamente, ¿qué hay de malo en ello? Esta Marina es una paranoica, además de que la piropean, de qué se queja... Puedes pensar eso, pero tal vez Marina quiere que se la valore por su valía profesional, no por su estilo o su peinado. No es grato pelear por hacerse un hueco laboral y que vengan los jóvenes empresarios a fijarse en tu falda. La estética se valora demasiado en las mujeres<sup>24</sup>, demasiadas veces al hablar de una profesional en seguida preguntamos, tanto hombres como mujeres: “¿y es guapa?”, pregunta que obviamos al hablar de un chico. Esto en términos feministas se llama micromachismos, pequeñas miserias cotidianas muy difíciles de neutralizar porque van envueltas en bromas, sonrisas, piropos y paternalismos bien intencionados. Demasiadas veces nos saludan con: “qué guapa, ¿has adelgazado?, ¿has engordado?” Raro sería que dos colegas varones se encontraran después de un tiempo y se dijeran: “Hostia, Alfonso, que guapísimo te veo, ¿estás a dieta?”

Además, hoy te piropean porque te sienta bien la ropa, como le pasó a Marina, pero mañana te descartan de una entrevista por tener unos kilos de más, como presiente Blanca...

## 9.2. “Y eso a un tío no le pasa, cago en...”

Blanca: *el tema de la gordura, eso es tela, en una entrevista que me hicieron, que como me mordía las uñas, me dijeron: “puede que por eso no te cojamos”. Bueno, es que oyes*

24. Muchos ríos de tinta feminista han corrido explicando esto, el porqué a las mujeres se les exige belleza y juventud y a los hombres poder y cualidades más intelectuales. Hay razones económicas, antropológicas, filosóficas... Para estas cuestiones generales te recomendaré otra vez el tomo segundo del *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir. En este caso el capítulo de “La joven”. Fue escrito en 1949, puede parecerse un poco exagerado para hoy, pero el patriarcado, que lleva existiendo varios miles de años, no se va a esfumar de un día para otro. También puede servirte *El mito de la belleza* de Naomi Wolf.



*cada cosa, que ya la peña dice cada chorrada, que si la forma de la cabeza quiere decir no sé qué... Luego dicen: “la gente que está gorda es que no se cuida a sí misma, si no se cuida a sí misma cómo va a cuidar el curro”. Yo ahí con el tema del peso, siempre pienso: “ya verás, cuando vean que estoy gorda me van a frenar” y eso a un tío no le pasa, cago en... porque a ver, mi gordura es gordura, no es una obesidad mórbida... y yo soy una abandonada, así que imagínate... y a un tío no le pasa, vaya hombre, no le pasa...*

Blanca sabe perfectamente lo que significan unos kilos de más a la hora de conseguir un empleo, lleva meses buscando y la gordura le genera inseguridad. El tópico de que las chicas gordas son unas desdichadas puede cerrarle muchas puertas. En la *Deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, las Escalera Karakola comprueban incesantemente que muchas de las ofertas laborales a las que puede presentarse una mujer repiten: “Se valorará la buena imagen y el don de gentes”. La buena imagen presupone la delgadez, se llega a pensar que las personas gordas sudan y huelen más, tienden a enfermar más a menudo y, sobre todo, rompen la imagen de la empresa, imagen perfecta, limpia y brillante. Demasiados trabajos de la actualidad exigen comparecer ante una clientela o ante un público, y demasiados exigen por ello que las trabajadoras transmitamos con nuestro cuerpo y nuestro estilo el espíritu de la marca. Blanca no es obesa, simplemente tiene unos kilos de más y eso ya la inquieta, pero, imagínate que en vez de ser Blanca fuera Alfredo, ¿con ese *curriculum* iba a preocuparse por su panza o por su calva? Seguro que no mucho. Blanca lo intuye: “y eso a un tío no le pasa”. Estamos acostumbradas a ver que los hombres bien situados profesionalmente tienen sus barriguita y su calvita, pensemos en los políticos, ¿deberían sentirse inseguros? Casi que un poquito de sobrepeso y cierta calva hace ver que el chico ya es más maduro, ya es una señor respetable, casi que le da cierto aroma a experiencia y a persona responsable.

### 9.3. “Mi físico es así, ¿por qué tengo que andar ocultándolo?”

*Marina: para elegir la ropa, empiezas a pensar, pues tengo que ir... los colores, tengo que ir con un peinado lo más serio posible, si eres seria el pelo tiene que ir serio... pues es verdad, todas las mujeres que veo que son respetadas o conocidas son personas que salvo que vengan ya de una familia... son mujeres que encajan en un rol desfeminizado totalmente de estética.*

*Pues eso, tener que mirar mucho cómo te vistes porque en el momento en que te pones una camiseta un poco más baja, y yo tengo escote, porque tengo pecho de toda la vida grande, pues, si se lo pone otra... pues yo tengo que andar siempre cuidando... que si no, todo son ojos. Es muy incómodo porque mi naturaleza es así, mi físico es así, ¿por qué tengo que andar ocultándolo? Eso por un lado, pero bueno, me voy a una entrevista de trabajo y me voy lo más neutra posible... pero todas las he pasado siempre, pero bueno, vas insegura.*

*Griselda: yo en todos los trabajos estoy acostumbrada a tener que cortarme un poco a la hora de vestirme, pero por dos razones: una, por la política de la empresa, y dos,*

*por las reacciones de mis compañeros. Por todo, por el pecho, porque lleve minifalda, porque mi manera de vestir es muy llamativa y a mucha gente le gusta y a mucha no, y es una manera de vestir que yo creo que a la gente le choca y eso yo creo que a la gente le hace ponerse a la defensiva... sobre todo a chicas así un poco más pijas, entonces yo es algo que modero aunque la política de la empresa te diga que puedes llevar lo que quieras, pero yo voy a evitar llevar unas medias naranjas...*

Podemos pensar: si a Marina no le gusta que la piropeen, que vaya lo más discreta posible, que sea neutra, que lleve trajes negros, cuellos altos, nada de colores ni adornos... Si no quiere oír comentarios, que no los provoque... ya sabes, esa idea, tan perversa de que en el fondo somos las mujeres las que vamos provocando. Lo que pasa es que a Marina le gustan las ropas bonitas y tiene bastante pecho y ha observado que en su mundo las mujeres que triunfan visten muy neutro, ella dice “rol desfeminizado totalmente de estética”. Seguramente las mujeres a las que se refiere Marina han elegido este estilo para evitar comentarios y para generar más respeto entre colegas, pero ¿es justo que cada mañana te preocupes de elegir ropa que esconda tu pecho? Es suyo y es grande, ¿por qué ha de ocultarlo? porque si no lo hace siente que le miran al escote: “todo son ojos”. Escondemos el cuerpo, nos avergonzamos, no lo vivimos con alegría y naturalidad porque siempre habrá alguna mirada que te dice que te tapes porque de lo contrario puedes tener problemas. Y muchas veces esas miradas ya las llevamos nosotras interiorizadas. No hace falta que vengan de afuera.

Griselda ya no precisa llevar un traje negro y usar una voz grave para triunfar en sus trabajos<sup>25</sup>, pues en ellos, como reconoce en otro momento no hay mucha competitividad. Griselda evita prendas que marquen su pecho y minifaldas sólo por no incomodar, se modera para no provocar reacciones defensivas entre sus compañeras. Porque lo de comentar escotes y minifaldas no es exclusiva de los hombres, las mujeres también juzgamos a otras mujeres por su estética. Es muy habitual, hijas del patriarcado somos todas y todas. También nosotras, incluso las más concienciadas, tenemos gestos machistas. Son miles de años respirando Patrix<sup>26</sup>.

25. De hecho en Japón algunas mujeres que quieren triunfar en el mundo de los negocios, cuando ven que llegada a cierta altura ya no pueden subir más, optan por operarse las cuerdas vocales para conseguir una voz más grave. Es decir, que cambian su voz suave y femenina por una voz más masculina porque creen, y no les falta cierta razón, que así serán más respetadas. Esto sería llevar el rol *desfeminizado* del que hablaba Marina a sus últimas consecuencias, en este caso no se trata sólo de llevar ropa seria y varonil sino de cambiar incluso nuestra fisiología.

26. Nosotras también somos correas de transmisión de la misma ideología patriarcal que tanto daño nos hace, somos también “perras guardianas” del sistema... es un tema complejo. Pero tampoco sirve decir: “las mujeres somos lo peor entre nosotras”, éste es un topicazo mezquino que sirve para fomentar la rivalidad entre mujeres. Nadie va a negar que nos criticamos entre nosotras, no somos santas, pero no podemos olvidar las toneladas de solidaridad que vertemos las unas sobre las otras y que siempre se han procurado invisibilizar. Por otra parte, los mayores dolores, las mayores agresiones que sufren las mujeres, hoy por hoy, cuantitativa y cualitativamente, vienen de ciertos varones. Te recomiendo el libro *Malas* de Carmen Alborch, fácil de conseguir y de leer. Ahí verás más claro a través de este enmarañado tópico de la rivalidad entre mujeres.

#### 9.4. “Tienes que cuidarte, hay muchas chicas más jóvenes y guapas”

EVA: *es un dinero y yo creo que a veces otras chicas se pasan, yo procuro no engordar, maquillarme, teñirme bien y lo de la ropa, y, y el rollo de depilarte bien el coño (ríe), pero casi todas las del piso tienen las tetas operadas y se ponen labios, mira Yasmina... se hinchan todos y luego pagarlo... 3000 euros por aquí, 2000 por allá, yo ya no sé, ahora con la crisis, que se nota mucho, hay más chicas, españolas también, menos dinero... eso tiene que ser malo, sobre todo las trans... antes Yasmina, cuando yo la conocí, de recién operada, era impresionante... ahora está gorda, hinchada, todo lo que se puso se le pudrió, no sé... tienes que cuidarte, hay muchas chicas más jóvenes y guapas, pero a mí tampoco me hace gracia gastarme el dinero en el gimnasio y menos en cirugía, ni ir por ahí... todavía no tengo bien los papeles.. y tampoco tengo mucho tiempo... Son muy burras, cuando engordan las hay que quieren que les saque la grasa el cirujano, van mucho a Barcelona... están locas, tiene que ser malísimo... pero a los tíos les gustan operadas, dicen ellas, pero, chica, yo nunca tuve un cliente que me dijera que tenía que operarme las tetas (ríe).*

En el trabajo de Eva la presión estética es enorme. Es evidente, pero no por ello debemos pasar por alto ciertos detalles, detalles que muy bien podríamos comentar en el capítulo dedicado a salud. La cirugía estética según su brillante expresión acaba por “pudrirse” en los cuerpos de las chicas, y eso tiene que “ser malísimo”. Observa que muchas compañeras gastan miles de euros en ponerse pecho por exigencias de la clientela. También observa las consecuencias para la salud de estas operaciones. Pero “hay chicas más jóvenes y más guapas” y la crisis las hace competir incluso con cada vez más chicas españolas. El mismo dinero, o menos, para cada vez más chicas. La competitividad es enorme, el cuerpo ha de estar a punto como muy bien intenta Yasmina<sup>27</sup>.

Griselda y Marina evitaban los escotes y las colegas de Eva se operan para tener pechos exuberantes. Es una paradoja. Dos extremos que muestran como el cuerpo es un campo de batalla, un objeto que mostrar, que potenciar, que esculpir o que esconder según criterio de clientes, empleadores y compañeros. Eva también sugiere algo interesante: niega que los clientes pidan más pecho, más bien parece que son las propias chicas las que interiorizan el mensaje. No es preciso decirlo, ya en seguida nos ponemos en guardia, interiorizamos órdenes a veces nunca explicitadas. Griselda, aunque no se lo digan, procura moderar su estilo. Sucede que a veces nadie en concreto las controla y son más bien las propias trabajadoras las que anticipan lo que se debe y no se debe hacer. Aunque

27. Abordar cómo las transexuales prostitutas operan incesantemente su cuerpo y tienen por ello problemas de salud excede a nuestro estudio. Tampoco podemos entrar en otros debates. Tratar el tema de la prostitución puede parecer excesivo, pero sirve como espejo amplificador de los problemas de otros gremios. Malos modos de vida asociados al trabajo (mala alimentación, presión estética, excesiva movilidad, falta de seguridad, estrés, problemas de salud...) se encuentran todos reunidos en la vida de muchas prostitutas o trabajadoras del sexo. Trabajo exagerado, si se quiere, pero que sirve para iluminar mediante los paralelismos las miserias de otros gremios. Veremos esto más claro cuando abordemos el tema de la menstruación en el capítulo dedicado a la salud

no esté escrito, aunque nadie lo haya exigido. Éstas son ya presiones más difusas, más difíciles de detectar, pero entresacar lo más libre de lo menos libre, lo que hacemos porque realmente queremos de lo que hacemos porque creemos que queremos es requisito necesario en el camino hacia la libertad. La peor tiranía es la interiorizada, la que ya parece formar parte de tu ADN. Reconocer cómo interiorizamos discursos y normas extrañas a nuestro bienestar y cómo las confundimos con necesidades y deseos propios, recuerda que ya dijimos, es uno de los objetivos de este estudio.

La moda, la estética, el mostrar u ocultar el cuerpo puede no ser tan malo. Da alegrías, es divertido: elegir modelo, ir de compras, dejarte llevar por el colorido de los escaparates... Nuestro estilo, nuestras prendas, nuestros peinados son muchas veces creatividades cotidianas, son siempre comunicación, son una forma de enviar mensajes a quienes nos ven, pero a veces el mensaje no lo elegimos en libertad. Y hay mucha contradicción. A unas nos exigen recato y a otras sensualidad... *nos exigen...* y no sabemos entonces hasta qué punto es nuestro ese recato y esa sensualidad. No sabemos hasta dónde llegamos nosotras y hasta dónde los requerimientos de un patriarcado que no sólo reina en las relaciones de pareja sino también en las laborales.

#### 9.5. “No hace falta que la ropa sea de Carolina Herrera, pero bueno...”

Griselda: *Sonia, que trabaja en Cuatrecasas tiene prohibido llevar estampados. Estampados, es verdad, que a veces Sonia lleva estampados, que es una ley como si dijéramos... es política de las secretarías, me imagino que los abogados... que es una medida que se saltan a veces, pero es como si dijéramos preventiva para que la gente no vaya con flores fucsias, que a lo mejor tú vas con esto de rayas y no te dicen nada, pero es profiláctica la norma, y si alguien va con una cosa rosa: “mira en el reglamento está que no puedes...” Es más, Sonia me dijo: “no sé si queda un puesto libre en no sé donde, pero si vas te tendré que dejar ropa yo...” le dije, ah, vale, vale, que voy ahora para ya... (Ríe)*

Vero: *donde trabajé en el otro sitio me dijeron que no podía ir en vaqueros, me dijeron, (pone voz): “No hace falta que la ropa sea de Carolina Herrera, pero bueno...” Pero si yo con unos vaqueros voy a estar más guapa y más a gusto que tú con ese traje de mil euros, pero bueno... ropa de cierto... buena, pija. Diferente cada día y no del mercadillo, precisamente, ¿entiendes?*

Los términos que utiliza Griselda para hablar de las normas estéticas del despacho de abogados son *preventiva* y *profiláctica*. Son muy significativos, son términos sanitarios. Entonces la hortera, la estafalaria, la descuidada, la gorda... supondrán enfermedades que enturbian la salud, el buen funcionamiento simbólico de la empresa. No es que no quieran estampados concretamente, lo que no quieren es que se desentone con la imagen de la empresa. Quieren evitar enfermedades coloristas, virus estéticos, bacterias pasadas de moda porque los despachos tienen que dar

una imagen de seriedad, de limpieza y de coherencia, y si algo desentona en su universo aséptico y neutro, la clientela puede llegar a pensar que está dejando su dinero en manos de incompetentes. O al menos eso cree la dirección. Esto es también una obviedad, no se debe vestir igual si se trabaja como tatuadora a si se trabaja como abogada. La ropa es mensaje de clase, de estatus profesional y cada gremio cuida mucho de no confundir a sus clientes. Tampoco es tan grave. Como trabajadora no tiene por qué suponer demasiado esfuerzo seguir las pautas estéticas, pero observa que todo eso vale dinero y tiempo, y que Sonia llega a ofrecerle su ropa a Griselda puesto que tardaría meses en costearse un armario a la altura del despacho. Y si además es sólo para cubrir una baja, no compensa. No hay que ir de Carolina Herrera, cuenta Vero, pero sí, a ser posible sí, les encantaría, pero en su defecto, como mínimo, debes variar cada día el modelo y que no sea de mercadillo, aunque cobres quinientos euros como era su caso. Nunca se remuneran la ropa y las horas de depilaciones y peluquería, pero tampoco nos lo planteamos. Y si en algunas empresas se paga algún plus estético no te quepa la menor duda de que será, tarde o temprano, por recortar el salario base.

Jóvenes, sobradamente preparadas, guapas y estrosas. Falta ver cómo llegamos a fin de mes, las deudas que tenemos con el banco o lo vacías que tenemos las neveras. Somos la generación más *cool* pero también la más endeudada.

## 9.6. “A un chico le llamaron la atención por ir en chándal”

*Griselda: Te dejaban ir más o menos como querías, pero a un chico le llamaron la atención por ir en chándal y había gente que decía que sí, que era normal que le llamaran la atención... a mí me parecía normal que fuera en chándal, como si quieres venir con un loro en la cabeza, aquí no te ve nadie, ningún cliente... encima es que es El Corte Inglés, que lo tienen como muy...*

Vimos al inicio de este capítulo que la estética se valora demasiado en las mujeres, llegamos a decir que un poquito de sobrepeso y cierta calva hacen ver que el chico ya es más maduro y responsable para el cargo. Y es cierto, pero el último comentario de Griselda nos pone tras la pista de algo que debemos explicar para no caer en análisis simplistas: a los chicos también se les está valorando cada vez más la imagen.

Lo de ir en chándal a trabajar es considerado por el resto de la plantilla como algo reprochable, pero es que el chico del que habla Griselda es teleoperador<sup>28</sup>. Los clientes no lo ven, por eso dice Griselda que como si quiere “venir con un loro en

28. Volveremos a tratar este trabajo en el capítulo de la empresa como familia. Pero una visión más amplia de las reivindicaciones y resistencias de las teleoperadoras la encontrarás en el *Precarias a la deriva* de Eskalera Karakola. El capítulo en cuestión se llama “Sin el mute. Relato de una deriva con teleoperadoras rebeldes”. Si trabajas o va a trabajar en este gremio te vendrá muy bien leerlo. Son sólo seis páginas y está disponible en Internet.

la cabeza”. La pregunta es, ¿tienen los teléfonos ojos?, ¿por qué se ha de cuidar tanto la ropa si no se trabaja cara al público? Porque no se trata tanto de que hagas bien tu trabajo, como que cumplas las normas. No es rendir sino obedecer. Las relaciones laborales son complejas, no son un mero toma y daca de trabajo y salario, tras ellas hay muchas contrapartidas psicológicas. La mansedumbre se suele valorar más que la eficacia, pues sirve para halagar la autoestima de quienes están por encima. Es muy habitual. La empresa quiere controlar, no sólo ganar. Esto quedará más claro unos capítulos más adelante.

Pero volviendo al tema de la imagen de los chicos, es conveniente dejar una cosa clara: no podemos seguir pensando que la tiranía de la belleza persigue en exclusiva a las chicas. Ya no. No podemos continuar creyendo que las chicas estamos obsesionadas con el cuerpo porque deseamos atraer a los chicos. Hay mucho más detrás. Vayamos por partes. Ya vimos que la mayoría de nosotras trabajamos en el sector servicios, en el sector terciario. Ya no es tanto nuestra fuerza física, sino nuestras habilidades emocionales e intelectuales las que ponemos en venta en el mercado laboral. Ahora no se precisa tanto nuestra fuerza de tracción, nuestra fuerza de carga o nuestra fuerza de producción, sino más bien se precisa nuestra fuerza de representación, fuerza no remunerada cuyo desgaste debemos visibilizar. Existe lo que yo llamo el “cansancio de la comparecencia”, el cansancio de la ejecución en público, el cansancio de la máscara sonriente, del cuerpo aséptico que es la imagen de la empresa. Recordemos que Carlos Marx ya reconocía que hay una categoría de trabajo intelectual que precisa de un público ante el que ejecutar la pieza, pues bien, hoy se demuestra en el cuerpo de las mujeres que esa comparecencia ante ese público (clientela, pacientes, alumnado...) genera en el cuerpo un cansancio y una batalla. Eres la imagen de la empresa y no debes generar ruido visual, es decir, no debes dar la nota, sólo debes transmitir con tu estilo mensajes apropiados a la marca, a la “filosofía” de la empresa. Se produce entonces el cansancio de la comparecencia, pues el ser la imagen de la empresa exige a las trabajadoras una puesta a punto estética constante que nos resta tiempo, dinero e incluso salud. Seas camarera, abogada, prostituta, dependienta, comercial o política no puedes ir sin un botón, con acné sin maquillar, con ropa de temporadas lejanas o con manchitas del desayuno. No huelas, no engordes, combina bien los colores, cuida los accesorios, las cejas y el peinado.

Ya no sólo la conquista del chico merece nuestra limpieza de cutis, no podemos ir a una entrevista laboral hechas unas proletarias de cartucheras impactantes o cabellos canos. Y por cierto que en esta medida las revistas femeninas cobran más utilidad que nunca, pues nos enseñan cómo maquillarnos, cómo vestir a la última y cómo combatir grasas cutáneas y corporales, no sólo por conquistarlo a *Él*, sino también para mantener una mínima calidad estética de cara a la vida profesional en el sector servicios. El auge de la industria estética, donde a su vez más mujeres conseguimos trabajo, se explica también por estas mismas razones de mercado

laboral. Para encontrar trabajo debemos cumplir una mínima calidad de estilo, ser algo guapas, o por lo menos no ser muy desastres. Imagina que vas mal conjuntada, con una raíz de haberte teñido hace seis meses, con el pelo algo graso por habértelo lavado hace tres días... Imagina que se te ven un poco las piernas y que no te has depilado, que el bolso que llevas es de demasiado plástico para no dañar la vista e imagínate que tus gafas están pasadas de moda... ¿Crees que te van dar ese trabajo en el departamento de Recursos Humanos de la empresa X, ese trabajo de *telemarketing*, de dependienta en el centro comercial, o de monitora en la empresa de formación? Pues vas lista, porque además, imagínate que te sobran diez kilos. No es tanto por ligar chico, sino por ligar trabajo por lo que tenemos que cumplir unos mínimos estéticos. Mínimos que cada vez son más máximos.

Las chicas gordas, con acné, con excesivas caderas, con pelo rebelde o de estética e higiene poco convencionales se verán privadas de una serie de puestos de trabajo, demasiados, habida cuenta de que aquellos trabajos que no exigirían una presencia aceptable por no estar de cara al público, fábrica y campo, por ejemplo, apenas son fuente de empleo en una economía española cada vez más terciarizada y que lleva años en un proceso continuo de desmantelamiento industrial y rural. Tu abuela pudo trabajar en una fábrica, limpiando casas, en el campo o de ama de casa, y allí rara vez se iban a fijar en su estilo, sólo les interesaba que fuera recia y hacendosa, porque al campesinado y al proletariado, es decir al sector primario y al secundario, nunca se les exigió calidad estética. Para picar carbón, fundir hierro, cuidar vacas o ir a la aceituna no hace falta Carolina Herrera, ni siquiera Zara. Tampoco para gestionar un hogar. Pero fíjate que estos trabajos en Europa escasean tanto para mujeres, algo de siempre habitual, como para hombres. Es la llamada reconversión. La llamada Nueva Economía.

Así que, o es cara al público ofreciendo un servicio y por tanto compareciendo ante la clientela, o no es. Y llegamos entonces a los chicos: pocos hombres encontrarán ya trabajo en los sectores primario y secundario, ellos también se deben al sector servicios, por tanto han de también comparecer ante el público consumidor, comparecer como comerciales, como camareros, como teleoperadores, como docentes, como informáticos... y aquí ya vamos entendiendo porqué a ellos también se les exige una imagen y porqué hay cada vez más chicos preocupados por su físico, chicos que hace unos años llamaban metrosexuales. Es por poder venderse en el mercado laboral por lo que ellos también tienen que dar cierta talla estética. No tanto todavía como nosotras, cierto es, pero bastante más que antes. Hay que “dar una imagen”. Y la damos, la entregamos más bien, tanto hombres como mujeres. Decir que los chicos ahora se cuidan más porque ahora hay más igualdad es poner el carro delante de los bueyes. Explica poco. Es la economía, son las exigencias del mercado laboral las que están detrás de muchos cambios de mentalidad. Sin negar lo que hayan podido influir las reivindicaciones feministas en esto de equalizar a mujeres y hombres... Otro tema complejo.

## Te recomiendo vivamente

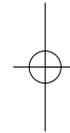
*El mito de la belleza* de Naomi Wolf

*Malas* de Carmen Alborch

*Mujeres de portada. Estudio de revistas femeninas juveniles con perspectiva de género* de la Asociación Mujeres Jóvenes de Asturias.

Los dos primero ya los he comentado, el tercero, entre cuyas autoras me incluyo, puede venirte bien sobre todo si eres de las que compras revistas tipo Cosmopolitán. Tú ya sabes lo que te venden este tipo de revistas, es más que evidente, pero para que no se te pase nada por alto te recomiendo el *Mujeres de portada*, disponible en [www.mujoas.org](http://www.mujoas.org). Hay mucho más de lo que te imaginas.

**10. Comidas nerviosas y comidas droga**  
**Cuando la sombra del trabajo anida en el estómago**



## 10.1. “¡Por Dios, unos garbanzos... algo cocinado!”

Griselda: *en los primeros trabajos que tuve tenía horarios más inestables, entonces no tienes un horario de comida regular porque a lo mejor trabajas a la hora de la comida, unos días trabajas por la mañana, otros trabajas por la tarde, otro por la noche y eso es un caos, eso es horrible, entonces comes cuando tienes tiempo, cuando tienes ganas y entonces comes normalmente algo rápido, y ya había veces que lo que me pedía mi cuerpo era comida, comida de verdad, porque había veces que de estar con dos trabajos no tenía tiempo de comer bien y llegaba el tiempo que decía: “¡Por Dios, unos garbanzos... algo cocinado!”*

Ronin: *como mal, muy desordenadamente, como la mayoría de los cocineros. Sí, empezando porque tengo que probarlo todo y acabo harta. Como, pero no a las horas regulares. Por ejemplo una de las cosas que hago el día libre es comer, básicamente, porque ya el cuerpo me lo pide “tienes que comer” y el día que libero como seis veces al día. Como sano, carnes a la plancha, yo soy muy austera para comer, hombre, también llamo al chino y a Telepizza... básicamente lo que hago es comer. Básicamente, de verdad, porque entre semana... yo creo que el lunes como para toda la semana. Yo por ejemplo ahora, hoy no comí todavía, a ver... me comí un bocadillo por la mañana, después me comí medio chorizo criollo, luego una carrillera para ver cómo estaba, entonces, ahora no, pero a las siete y media o las ocho tengo un hambre que me como un búfalo. Entonces antes de trabajar en el servicio de la noche siempre cenó, a las siete o siete y media cenó, voy un poco antes, como, y luego ya tiro, creo que es la única comida que hago en serio, pero claro la hago a las siete de la tarde.*

Luz: *joder, yo antes no lo valoraba, pero cómo me acuerdo de los cocidinos de mi madre, del puré de verduras, de la salsa de tomate que ella hacía (Ríe) A mí, cuchara, cuchara... pero tampoco voy a andar todo el día de arriba para abajo con el tupper. Luego, joder, siempre se me olvida devolverlos y toda la casa llena de tuppens, como para montar un centros cien (Ríe). Y no, nosotros no tenemos tiempo para cocinar... aunque a veces sí, si uno de los dos no curra... Pero tampoco es eso, que no tengamos tiempo para cocinar, no, en realidad no es eso, es, ¿sabes qué es?, que nunca podemos volver a comer a casa... si trabajas a 20 ó 30 kilómetros de casa, qué coño vas a volver. Es eso. Si yo pudiera volver todos los días ya tenía yo una olla preparada para toda la semana, pero ¿de qué?, si no puedo... Mira, yo llegaba a casa antes y mi madre siempre me tenía la comida, pero ahora... no sé, echo mucho en falta eso, la cuchara, los potajes... comer a mantel puesto, relajada...*

Griselda: *si tienes un trabajo basura no puedes comer bien, comer de plato y los menús del día, y eso ya es comer bien, pero son una mierda, y es lo mejor, pero no te los puedes permitir.*

La irregularidad, el desorden, el trabajo a turnos, el comer con prisas algo rápido, el picotear todo el día cuando se trabaja en hostelería, el sentir la necesidad de algo cocinado, el aprovechar el día libre para comer todo lo que no se ha comido durante



la semana... Los testimonios de Griselda y Ronin reflejan muy bien cómo las trabajadoras de hoy afrontamos el momento de la comida. Las dos se ganan la vida en sectores muy habituales, sus trabajos son bastante representativos del trabajo medio de las españolas de hoy, recuerda, *telemarketing* y hostelería. Se pica, se come rápido, se echa de menos los cocidos de toda la vida. No se come “en serio”. Al menos ellas así lo sienten. Y la regularidad y la calidad de las comidas son directamente proporcionales a nuestra salud y bienestar físico y mental. “Que tu alimento sea tu medicina” decía Hipócrates de Cos, el padre de la medicina. Comiendo un sólo día como para el resto de la semana, comiendo desordenadamente y rápido como Griselda y Ronin reconocen que comen, no es extraño que a la corta o a la larga surjan problemas de salud. Incluso si se come con prisas algo muy sano, ese algo dejará de ser tan sano. El testimonio de Luz es muy valioso. Ella misma, a medida que habla, va dando con las claves de lo que podríamos llamar sus inquietudes gastronómicas. Añora la cuchara, que es sinónimo de comida de antes, de cocidos, de legumbres, de alimentos más sanos que eran cocinados por su madre. Desaparece de nuestras vidas esa figura de la madre ama de casa y empezamos a valorar el trabajo que nunca hasta ahora habíamos valorado: “cómo me acuerdo de los cocidinos de mi madre”. El *tupper ware* tampoco es solución, pues como al final del extracto reconoce, no sólo es la comida en cuestión, sino el que puedas llegar y comer “a mantel puesto, relajada”. Además del *tupper* hay que encargarse: “no vas a andar arriba y abajo” ni vas a tener la casa “llena de *tuppers*, como para montar un centro cien”. Cocinar tampoco es la solución porque: “no tenemos tiempo”. Es de reconocer que hable en plural. Todavía muchas chicas emparejadas dirían no “tengo tiempo” asumiendo en exclusiva la tarea. Pero pronto se da cuenta de que la presión temporal no sólo se ejerce a la hora de cocinar, sino que se ejerce en el momento más importante, en el momento justo de comer. De tal manera que no es tanto que no haya tiempo para cocinar (podría prepararse una olla un día y guardarse en el congelador, como insinúa ella misma), sino que no hay tiempo para comer en casa: “si yo pudiera volver”. El que muchas trabajadoras y trabajadores tengan su puesto a varios kilómetros de sus casas es la razón principal de que se coma de mala manera. Y ésta es una cuestión ambiciosa, para abordarla debemos tener en cuenta la planificación de las ciudades, la ubicación de las zonas de trabajo, la movilidad laboral, la deslocalización, el consumo en grandes superficies... factores todos ellos generados en los últimos años por el modelo económico de la Globalización<sup>29</sup>. No es tanto que las jornadas laborales sean irregulares o que trabajemos más horas, que también, sino el tiempo que gastamos diariamente en desplazamientos cada vez más grandes lo que nos impide muchas veces comer tranquilas en casa.

El último comentario de Griselda ya es más directo, requiere poco análisis. Aborda directamente un tema que en un principio puede parecer lejano a las sociedades opulentas como la nuestra. Muchas trabajadoras no pueden permitirse siquiera pagar el menú del día, que no supone tampoco comer muy bien, como reconoce

Griselda, pero que por lo menos es cocinado. No hay dinero para afrontar como merecemos nuestra alimentación. Si este estudio suele dedicarse a cuestiones difíciles de detectar, más profundas y ambiguas, en este caso ya hablamos de temas bien sencillos y vergonzosos: se obliga a las personas a tener que trabajar lejos de sus casas y luego sus sueldos demasiadas veces no les permiten comer el menú del día en un restaurante. Esto es serio. Estamos hablando de chicas con trabajos precarios de media jornada, chicas que han de pagar altísimos alquileres en Madrid, como es el caso de Griselda, chicas que tienen que aparentar un estilo e invertir dinero en buena presencia, como también es a veces el caso de Griselda, y que son por tanto chicas que no pueden permitirse el lujo del menú del día. O suben los sueldos o bajan los alquileres y las hipotecas o creamos una economía localizada que evite desplazamientos y nos permita comer en nuestro hogar... Y aquí no se trata sólo de una cuestión de clase social, sino también de género, las mujeres tenemos un poder adquisitivo bastante más bajo que los hombres. El menú del día sobrepasa nuestro desigual salario y además, frente a los chicos que por ejemplo trabajan en la construcción, nosotras sentimos que es excesivo. El siguiente testimonio de Luz vuelve a ponernos tras la pista de cuestiones cruciales:

*Luz: cuando trabajaba en la construcción sí que muchas veces iba a comer el menú del día con los de la obra, íbamos a un restaurante en frente mismo, pero ahí no te ponían medio menú, que yo lo prefería no por el dinero, porque ahí en la obra aunque te deslomes, ves unes perruques, era que a mí el menú entero me parecía muy grasoso, es siempre todo fritanga, de esa aceite que comes carne y te sabe a pescado de tanto como la reutilizan, ya sabes, con esas freidoronas que va todo para dentro y venga, allí churros con bacalao y lo que haga falta (Ríe). Ellos ni se inmutaban, todo para dentro. (Ríe). Y venga ardores de estomago y luego el café para espabilar y seguir currando... yo no sé como los paisanos aguantan eso uno y otro día... luego claro, se quejan de la úlcera (Ríe). A mí me prestaba ir con ellos, por la compañía, que eran buena gente, pero el menú que suelen poner por ahí, sobre todo cerca de las obras, en bares de éstos que viven mucho de dar menú a los obreros, buf, yo, yo esos menús me parecen bestiales. A veces, cuando ya estaba saturada llevaba yo un tupper que preparaba la noche antes con algo más ligero y comía en el tajo yo sola, luego, si eso, iba a tomar el cafetín con ellos.*

29. Por ejemplo, ¿dónde estaba el puesto de trabajo de tu abuelo o tu padre y dónde el tuyo? Muchas veces tiene que ver con cambios en la producción y el consumo. Si comprásemos en las tiendas del barrio y no en los grandes centros comerciales de las afueras a su vez nuestros puestos de trabajo estarían también en el barrio, pues muchas de nosotras trabajamos como dependientas. Pero esto este modo de consumo está ya hoy perdido. Esto también está directamente relacionado con el uso masivo del vehículo. Muchas personas trabajan en buena medida para pagar y mantener un coche y una gasolina que les sirven a su vez para llegar a sus puestos de trabajo. Sin trabajo no hay coche y sin coche no hay trabajo. Círculo perverso que podríamos abordar en todo un capítulo. No lo hacemos por cuestiones de espacio y porque este sinsentido económico y ecológico (que muy pocas personas quieren reconocer) afecta más a los varones. Y a su vez el control del coche en el seno de la pareja heterosexual puede ser fuente de poder para el chico, como vimos le sucedía a Kus.

En este caso dinero para el menú tiene, como el resto de sus compañeros. Trabajar de peona de la construcción aunque sea sacrificado le permite tener más dinero (*perruques*). Pero para ella es excesivo en cantidad, pues prefiere medio menú, y excesivo en “fritangas”. Ella reconoce la mala calidad de los alimentos. Calidad que a sus compañeros no parece importarles mucho: “ellos ni se inmutaban”. Hay que tener en cuenta que las mujeres solemos preocuparnos más de la nutrición que los hombres, estamos entrenadas aunque sólo sea por las numerosas dietas que hacemos a lo largo de la vida, y sabemos de proteínas, de hidratos, de calorías... Y en este caso vemos que el dinero no es obstáculo para comer el menú sino unos contenidos excesivos para el estómago de la trabajadora. También hay que tener en cuenta que el restaurante está enfocado para alimentar a obreros de la construcción que prefieren comidas copiosas y contundentes. Si pudiese acercarse al centro donde están los restaurantes dirigidos más a gente que trabaja en oficinas o cara al público, tal vez encontraría menús más apropiados. Pero al buscar la compañía y al tener sólo una hora para comer sería ridículo intentar acercarse al centro. Sobre todo teniendo en cuenta las pintas que llevaría Luz al salir de la obra (con esto volveríamos al tema de la estética). Por tanto, cuando se plantea comer algo más sano prefiere comer sola en la obra del *tupper* que se prepara la noche antes. Ningún compañero hace lo mismo, podemos aventurar las razones: los hombres ni se plantean prepararse la comida porque prefieren pagar un menú que no les produce malestar alguno como a Luz, o porque carecen del hábito de cocinar la noche antes. Puede que les encante hacerlo los domingos en plan Adriá, pero cocinar cada noche y cansados eso es algo que ya tiene muy poco que ver con el arte de la restauración y muy mucho con las rutinas de fogón que las mujeres solemos tener más interiorizadas.

## 10.2. “Comer en el lugar de trabajo, para mí eso es horrible”

*Griselda: luego a veces tienes que comer en el lugar de trabajo, para mí eso es horrible, eso es horrible, yo allí como sin hambre, y la ansiedad me la llevo yo luego después a mi casa, yo como sin hambre... yo bajo al comedor... yo soy super nerviosa y bajo sin hambre... se me cierra el estómago. Yo no desconecto, tener que comer en el comedor de la empresa para mí no es desconectar, con tus compañeros de la empresa, con tus jefes de la empresa a veces... no es desconectar, hablando de trabajo... no es tiempo libre y hablando de trabajo ese tiempo, y aunque no hables de trabajo es tiempo, es igual, es una hora más, estás siendo juzgada igualmente en esa hora.*

*Luz: cuando trabajé de comercial, nada una semana, no creas, eso era engañar a la gente... enciclopedias, hoy en día, teniendo Internet... tú imagínate, además eran carísimas. Pues eso, allí lo que más me agotaba era la hora de comer, quedábamos todos con el jefe a comer por ahí el menú del día. Joder, las dos horas, ahí contándole al jefe cómo te había ido, riéndole las gracias, echando pitinos<sup>30</sup>, tomando chupitos... joder, qué pila alcoholicos a cuenta del menú del día, que como te lo pagaban ellos,*

*pero tenía una trampa, hombre bueno, nadie da duros a cuatro pesetas, y era que esas dos horas no te las pagaban, eran horas libres, pero tú estabas igual trabajando, vamos hombre, estás dándole explicaciones al jefe, y luego, el resto de los compañeros que te estudiaban como si fueras un conejillo de Indias, eso... Dos horas para comer, joder, si en veinte minutos ya te sobra, pero no, y no comes tranquila, estás hablando, hablando y venga a hablar... y risitas y vaciles y a ver quién era más guay. Y otro chupitín, y venga, y así todos los días. (Ríe). Era como una familia de ésas de antes numerosas que se reúnen a la hora de comer y bendicen la mesa... pues igual, pero en plan fartón<sup>31</sup> y creyéndose cada uno premio Nobel, coño, que vendían enciclopedias, no las escribían. Muy cutre, pero creyéndose así mucho, entiendes. Y hablando y comiendo y fumando y bebiendo. Y ya dice mi padre: “oveja que berra, boca que pierde”. O hablas o comes, pero todo a la vez no puede ser. A mí lo de (pone voz): “¿quedamos para comer para hablar?” parezme muy de Sexo en Nueva York, muy de flipadas. No lo hago con las amigas, voy a hacerlo con los brasas del curro... Nada, lo dejé. Pillaba unos ardores, unos gases (ríe) y bueno, no vendí una enciclopedia. Aquello no era un curro de verdad, joder, vender humo y comer y beber mucho, eso sí. (Ríe)*

La calidad de los alimentos es importante, ya vimos como a Luz las fritangas le disgustan. Pero la calidad de nuestro estado psíquico cuando nos acercamos al plato también lo es. Antes vimos que Griselda y Ronin comían desordenadamente y con prisas, ahora lo que pasa es que se come con nervios, observada, se come sin tranquilidad. La presión ahora no es temporal pues Luz tiene dos horas para comer. La presión ahora es humana: la mirada de jefes y compañeros es lo que enturbia la digestión de Griselda y Luz. “Es horrible”, repite Griselda, tener que comer ante la presencia escrutadora del resto de la empresa. Griselda no desconecta, vive esa hora de la comida como una hora no libre. Como una hora de trabajo en la que está siendo juzgada por el resto. No le gusta hablar cuando come y mucho menos de trabajo. Su estómago se cierra y entonces se queja de tener que llevarse la ansiedad para casa. Imaginemos esta situación durante meses o durante años, imaginemos las consecuencias que esos nervios de Griselda a la hora de comer le pueden provocar en su proceso digestivo, en su estómago y en la asimilación de los nutrientes. Hay que insistir en ello: no sólo importa la calidad de los alimentos sino la tranquilidad y la alegría con que los comamos. Éste no es espacio para hacer un estudio médico, pero es evidente que a la larga este tipo de presiones pueden provocar malestares físicos o lo que es peor, malestares psicológicos. Deberíamos comer en libertad o al menos en tiempo libre.

30. Cigarrillos.

31. Término asturiano usado para referirse a aquellas personas cuya vida transcurre en los chigres (bares) y restaurantes, y que presumen de lo mucho que saben de gastronomía y sidras. Es algo más que “tragones”, se usa también para referirse a políticos y sindicalistas varones de cierta edad y barriga cuya honradez e inteligencia dejan mucho que desear. No lo traduzco porque el testimonio perdería fuerza expresiva.

El caso de Luz es más revelador aún. La ironía con que describe sus trabajos no impide que sea una fuente de datos muy útiles para esta investigación. Le sucede lo mismo que a Griselda, pero explica el proceso con más detalles críticos. Tiene dos horas libres para comer pero ella deja bien claro que en realidad no son libres, sino que sirven para la labor de control por parte del jefe. La supervisan mientras come de manera más evidente que en el caso de Griselda. Luz sabe ver que este hábito diario, mezcla extraña de fiesta y de trabajo, puede derivar incluso en alcoholismo<sup>32</sup>. Describe el ambiente como si de una cena de sábado se tratase: tabaco, chupitos, risitas, bromas... pero, obviamente ni es sábado ni se está de tiempo libre ni se está con las amigas y amigos. Es trabajo. Observa también como la competitividad surge en unas conversaciones en las que cada comercial intenta demostrar lo “guay” que es, sobre todo de cara al jefe<sup>33</sup>. Describe la comida como una reunión de personas vanidosas que intentan seducir al jefe. Y da con una de las claves fisiológicas de las comidas de trabajo: ardores y gases. Y resume cómica pero maravillosamente bien este tipo de hábito: comer para hablar es propio de “*Sexo en Nueva York*, de flipadas”. Ella cree, porque así lo ha aprendido de su padre, que el comer y el hablar son contradictorios. Cree que este hábito tan arraigado en la cultura laboral e incluso en la cultura de ocio obedece a modas propias de la élite. Siente que es ridículo y evoca para ello las numerosas comidas de las protagonistas de *Sexo en Nueva York*. Si para colmo esto no se hace con amigas, sino con el jefe, considera que no es nada bueno para su estómago. Luz no necesita que nadie le haga ver los problemas ocultos de los trabajos de hoy, su perspicacia y su capacidad para oír a su cuerpo son sus mejores guías. Sabe ver la relación entre su ardor de estómago y sus gases con el comer sin tranquilidad y hablando, y lo cierto es que no todo el mundo es capaz de establecer la relación causa efecto en sus problemas de salud. Podríamos resumir las quejas de Griselda y Luz de la siguiente manera: el acto de comer requiere tiempo libre. Y el tiempo libre es el tiempo en el que, no sólo dejamos de trabajar, sino el tiempo también en el que las trabajadoras estamos también libres de la presencia escrutadora de la empresa.

### 10.3. “Comemos muy mal, tenemos un horario muy malo y no podemos usar mucho la cocina...”

*Eva: comemos muy mal, tenemos un horario muy malo y no podemos usar mucho la cocina... duermo cuando puedo, de día, por la noche hay muchos clientes sobre todo el fin de semana, aunque a veces por la mañana también, sobre todo a la hora de comer, aprovechan la hora de comer para venir al piso a que les hagamos*

32. En el capítulo dedicado a salud veremos como el alcoholismo y el consumo de cocaína son dos de los riesgos laborales asociados a trabajos que exigen ciertas dotes de relaciones públicas.

33. Aquí, más allá del tema de la comida se abordan ya cuestiones de competitividad entre colegas que veremos más desarrolladas en el capítulo de la empresa como familia.

*un servicio... y salir relajaditos...(Ríe) No sé... yo no sé cuándo como, nunca a una hora fija, en cualquier momento tienes que hacer un servicio.*

*Luz: lo que más me jodía era que el tío se pensaba que yo estaba ahí disponible las veinticuatro horas, reventé un día en que después de haber hecho las cinco horas, que ya te digo que mi contrato era sólo de cuatro, va y me dice: “venga píllate un pincho que nos vamos a Lugones [a unos treinta kilómetros] y no volvemos hasta la noche”. Ala, pues no me salió de los cojones. “Cógete un pincho”, “cógete un pincho<sup>34</sup>”... si mi jornada ya había acabado hace una hora... y quería el tío que hiciera seis o siete horas más... Si me hubiera avisado el día antes por lo menos... no sé, igual, pero yo tenía planes, yo tengo vida. No como ellos que su vida es la empresa y acumular pasta explotando a la gente para hacerse chaletazos horteras. Yo tengo vida, entiendes, no como ellos, con su mierda del sacrificio constante... Con curros y gentuza de este tipo no puedes hacer planes, estás siempre disponible... “Cógete un pincho”, vamos a ver, que yo como de cuchara, que me niego a alimentarme a pinchos... Y lo mandé a la mierda... pues claro.*

A Eva la disponibilidad total, el tener que estar preparada para trabajar las veinticuatro horas del día le impide incluso saber cuándo come: “no sé, yo no sé”. Además, cuando los demás comen en su hora o dos horas libres, ella suele tener trabajo pues es cuando muchos clientes aprovechan para relajarse con sus servicios sexuales. Si el estrés mental persigue hoy a buena parte de los trabajadores, el *servicio* de Eva a la hora de las comidas tiene como objetivo eliminar ese estrés, dejarles “relajaditos”. Falta por ver de qué manera consigue liberarse Eva del suyo, de qué manera y sobre todo cuándo, pues ella está disponible las veinticuatro horas.

Esta disponibilidad que afecta a las comidas volvemos a verla en Luz. El testimonio se refiere a una temporada en la que estuvo en una empresa de limpieza de una pequeña ciudad asturiana. Hay que decir para entender mejor el enfado de Luz que estaba bajo un contrato de cuatro horas pero que cada día hacía una media de seis, con lo cual la empresa la estaba defraudando a ella y a la Seguridad Social. Las horas por encima del contrato, como es habitual, no se las pagaban como extras sino como normales y a veces si podían se las escamoteaban. El incidente que la obliga a acabar con ese trabajo es que su jefe considere que puede despachar la comida de Luz con un pequeño bocadillo. Se enfada, se siente pisoteada, insiste en que tiene vida y en que no se puede disponer de ella sin más. La anécdota del pincho es para ella dolorosa. Frente al pincho, la cuchara, esa cuchara que Luz no cesa de añorar. Esa cuchara que simboliza un tiempo para comer calmado, un tiempo de cuidado completamente opuesto al “cógete un pincho” que le exige su jefe. Ella tiene vida, sus jefes puede que no, porque según sus propias palabras están “acumulando pasta explotando a la gente para construirse chaletazos horteras”. Ella prefiere comer tranquila y tener tiempo para sus planes vitales. Pero quizás lo más

34. Bocatas pequeños que hay en casi todos los bares de Asturias. Su precio suele ser de un euro.

interesante de Luz es ver cómo cuida su alimentación. Que su jefe considerara que podía pasar la comida con un pincho le sirvió de resorte para dejar un trabajo que ya llevaba tiempo queriendo abandonar. La falta de respeto a la comida es la gota que colma el vaso, es el detalle que la ayuda a dar el paso: “que yo como de cuchara, que me niego a alimentarme a pinchos”. Luz es una mujer privilegiada en el plano ideológico, tiene una clara conciencia de clase y hace una clara reivindicación de su vida al margen del trabajo. Le exaspera que se considere que está disponible las veinticuatro horas y que no tiene más cosas que hacer que trabajar. Antes que trabajadora es persona con proyectos vitales. Pero el precio que tiene que pagar por respetarse a sí misma, pues de eso le sirve su conciencia, es la precariedad laboral, la constante movilidad y el tener que estar constantemente buscando trabajo y empezando de nuevo. Así reconocerá en otro momento de la entrevista.

#### 10.4. “Me ponía delante del plato de lentejas, daba una cucharada y me daba un asco... y se me caían las lágrimas”

Eva: *yo como cuando tengo hambre... café con leche, galletas... cocinamos poco, a veces compro unos pinchos en la cafetería de abajo, yo procuro comer fruta, pero me entra una ansiedad por las tardes, que es más de chocolates, bollos, ya sabes... (Ríe) yo antes comía más sano... pero luego también te pones muchas temporadas a dieta, porque si engordas Yasmina no te quiere en el piso, te llama la atención (pone voz) “Eva, Eva, te estás poniendo como una foca”. Y ella que está toda hinchada... quiere chicas buenas, bonitas, no focas. Cuando hago la dieta procuro comer poco eso sí fumo más y tomo más café para espabilar. Café con doble de azúcar... (ríe) pero bueno. Sí, la verdad que tomamos muchos cafés para despertar, como dormimos de esa manera... Yo por eso prefiero no vivir aquí en el piso, nada más que pueda alquilo para tener mi cocina y mi cama. Bueno, hay pisos en los que te preparan la comida y comemos todas juntas pero aquí hay mucho lío.*

Blanca: *porque joder, a mí este rollo, a mí no me produce más paz... pero para nada. Es más, me ha quitado mucha paz y la prueba de ello es que para mí un síntoma de esto es el sobrepeso, que yo cuando conocí a Luis pesaba 67 kilos y medía 1,60, es decir estaba algo gordita, pero bien, y hasta hace cinco meses pesaba 85 kilos, y mira esta amiga mía de Barcelona me decía: “el problema no es que te fumes un porro todo los días, el problema es, el problema es qué estás tapando cuando te fumas ese porro”. Y con la comida es igual, el problema no es que tú comas mucho, el problema es qué estás tapando con la comida, entonces tienes que ir a la causa, a la raíz. Eso es lo que me pasó, que me he dejado absolutamente, he estado cumpliendo con un papel que conmigo no va, que no quiero ser así, que no es mi rollo, que no me va a mí el rollo éste, y entonces me lo he comido todo, me lo he comido, me lo he comido... Me desesperé, acabé yendo a un rollo de comedores compulsivos y bueno, yo bulimia nerviosa no vomitiva he tenido. No se puede pensar tanto (Ríe). Y yo sé que es fruto de eso, de no encontrar*

*la paz, de estar haciendo una vida que es a lo mejor la que otros quieren que tú vivas y no la que prefieres vivir tú. Te quedas anestesiada total, te quedas tonta con la comida, yo me anestesié más con la comida cuando estoy de ama de casa, más que cuando estoy trabajando... yo como mal por no tener trabajo y no por el trabajo, como sobre todo pan, pasta, galleta, hidratos de carbono...*

Liber: *dormía fatal, poco a poco fui entrando como en un círculo nervioso, claro, delante de la página en blanco... no duermes, iba a dormir pero no descansas, te despiertas antes, desvelada, como ahora que tengo un mogollón de trabajo, también me despierto pero ahora bien, pero entonces no descansaba y cuando no duermes y no descansas luego ya ni comes, ya no tienes hambre, te vas consumiendo con nervios, nervios, nervios y claro, evidentemente, una tristeza, una tristeza, una tristeza y al final no puedes ya ni respirar, tienes un nudo aquí en el cuello, pues eso, ansiedad y depresión, que yo no sabía lo que era, era una anorexia nerviosa, pero que yo no sabía que era así. Además es que yo no sé si incluso había alguna relación, sin que yo me diese cuenta, luego yo eso lo he pensado, que cuando a mí me decían de pequeña que quien no trabaja no come, que quien no cumplía con sus obligaciones no tenía derecho a comer... (Silencio). Y yo tenía tal sentimiento de culpa, que como... me acuerdo además que me ponía delante del plato de lentejas, daba una cucharada y me daba un asco... y se me caían las lágrimas (Silencio).*

Ya vimos que Eva no sabe cuándo come debido a su caos horario, ahora interesa que veamos cómo su trabajo, que le exige como pocos tener un cuerpo a gusto de la clientela, la obliga a ponerse a menudo a dieta. Y esta vez no es una obligación que ella se autoimponga sin que nadie le diga nada, como vimos hacían sus compañeras poniéndose pecho. No, no es autoimposición, ahora la dueña del piso, Yasmina, es la que le llama la atención cuando gana sobrepeso. Yasmina quiere chicas bonitas, “no focas”. Y entonces Eva hace dieta que consiste en comer poco, sin ningún control sobre la calidad y la regularidad de sus comidas. Para compensar la merma de la energía y la ansiedad provocada por su insalubre dieta, Eva aumenta el consumo de tabaco y de cafés. Café con doble de azúcar para conseguir el “subidón” propio de esta mala práctica alimentaria. Lo que hace entonces, en vez de nutrirse, es acelerarse con esa droga que no dejan de ser los cafés y el azúcar. Hábito que no es exclusivo de sus períodos de dieta, sino que, como ella misma señala, repiten también todas las chicas para aguantar despiertas tras noches de mucho trabajo. Tampoco podemos ver en este estudio qué consecuencias tienen para la salud estas dietas y este consumo de estimulantes, pero sobra decir que son hábitos peligrosos no sólo para su cuerpo sino para su mente. La lucha contra la gordura es para ella de vital importancia si quiere seguir teniendo clientes. Por ello las dietas ya no se siguen por alcanzar un bienestar, sino por exigencias estrictamente laborales. El cuerpo se convierte en un campo de batalla, como ya vimos en el capítulo de la estética, por exclusivas presiones laborales. Eva no llega a padecer necesariamente anorexia nerviosa, pero su relación con la comida es de todo menos sana.

En el siguiente caso, en el de Blanca, la insalubre relación con la comida ya tiene una etiqueta concreta: bulimia nerviosa no vomitiva. Y siguen siendo las presiones laborales las desencadenantes de este problema. Blanca está siendo en este momento ama de casa y es precisamente por ello, por esa ausencia de trabajo asalariado y reconocido en el espacio público, por lo que se refugia y se “anestesia” con la comida. O por estar dentro o por estar fuera del mercado laboral esperando ansiosa entrar, pero entre las chicas encuestadas la mala relación con la comida va siempre relacionada con el trabajo. “A mí este rollo, a mí no me produce más paz” el “rollo” al que se refiere es su estado de confinamiento en el espacio privado por no encontrar trabajo y por haberse implicado demasiado en el desarrollo profesional de su pareja. Necesita trabajar, invertir su energía en un proyecto concreto, ya lo vimos en el capítulo dedicado a las amas de casa, de no ser así Blanca necesitará calmarse, anestesiarse y buscar la paz que no le produce su vida a través de la ingesta desmedida de hidratos de carbono. Sedación, búsqueda de la paz, aplacamiento de una energía que siente que está malgastando siendo ama de casa... Y ella lo sabe, sabe que tiene que ir a la raíz de su adicción a la comida, como su amiga sabiamente le ha recomendado.

El tercer testimonio de este epígrafe, el de Liber, es el más conmovedor. Hablamos ya de una anorexia nerviosa en toda regla, de una bajada de peso de hasta veinte kilos en los peores momentos. El trabajo intelectual de Liber, recordemos que es profesora de Lingüística en la Universidad y tiene una tesis doctoral sin acabar sobre sus espaldas, es el desencadenante de una tristeza que empaña en lágrimas las lentejas. El miedo a la hoja en blanco y la incapacidad inicial de asumir una cantidad enorme de conocimiento provocan el nudo en el cuello, somatización típica de una ansiedad que impide comer. Eso, unido al mensaje que desde niña ha tenido que escuchar “quien no trabaja no come”, ya comentado en su momento, le impide comer felizmente las lentejas. Liber siente que no trabaja, que no rinde y que no llena la hoja en blanco, y por eso y por la saturación intelectual, llega un momento en que cierra su estómago. Es la primera vez que reconoce a alguien con términos tan claros, anorexia nerviosa, el calvario que ha vivido. El testimonio continúa pero dada su densidad he preferido seccionarlo y llevarlo al capítulo de salud. Sólo quiero señalar un detalle, a medida que Liber va recordando esos dos primeros años de becaria se va emocionando. Está todavía fresco y lo ha pasado muy mal, y al hablar sobre sus lágrimas pasadas le caen lágrimas en el presente.

Quien piense que los trastornos alimenticios se deben sobre todo a la presión de la Pasarela Cibeles piensa poco. El mercado laboral guarda muchas pistas que deberían valorarse a la hora de analizar seriamente nuestras saludes. Aún reconociendo que la etiología de los trastornos alimenticios es variada, no deberíamos pasar por alto la presión laboral, y no sólo la sentimental, pues no es tanto por agrandar a los chicos por lo que ahora las chicas nos ponemos a dieta manteniendo una relación de amor-odio con la comida, ahora es también el puesto

de trabajo, por humilde que sea, el que exige cierta delgadez. Esto, que ya valoramos en el capítulo de la estética, unido al descontrol horario, a la disponibilidad total, a la lejanía del trabajo de nuestro hogar y al estrés mental provocado por la falta de seguridad provoca en las trabajadoras malos hábitos alimentarios que demasiadas veces derivan en trastornos psicológicos en los que la comida sirve a las trabajadoras más como droga que como sustento. Enferma el cuerpo con úlceras, gases, malas digestiones y demás problemas derivados de la mala nutrición, y enferma el alma de la trabajadora con bulimias, anorexias y demás trastornos alimenticios. Hay que repetir la máxima de Hipócrates: “que tu alimento sea tu medicina”. Falla el alimento por todas las razones enumeradas y entonces falla nuestra medicina.



**11. Enfermas de cuerpo y mente por presión laboral  
Tapando los mensajes del cuerpo para rendir más**

### 11.1. “Tienes que estar comiéndole la oreja a todo el mundo, tienes que estar alegre, dar una imagen de ¡fua, gua, guaaa!”

Griselda: *yo a veces pienso, si me veo desde fuera digo: “ésta no soy yo, no soy yo”, me veo como una extraña, porque es una exageración de la amabilidad, es una exageración de mi cara más social, no es exactamente una exageración de mí misma, porque hay otras cosas muy más que tengo que reprimir, es exageración de la cara más social. Genera estrés, cansancio genera, porque tú estás reprimiendo durante montón de horas, durante un montón de días, estás reprimiendo la mala leche, porque muchas veces te apetece decir: “mira vete a la puta mierda”, inmediatamente. Pero no, tienes que sonreír, entonces eso muchas veces lo pagas cuando llegas a tu casa o con tus amigos... sí que hay que dejarlo un poco fuera, yo lo intento pero no siempre...*

Ronin: *riesgos en la hostelería, el primero el alcohol, el primero y el básico. La gente de la hostelería bebemos muchísimo todos, sobre todo los cocineros, sobre todo. Hay muchísimo problema de alcoholismo, pero bestial, yo he visto gente que no se tenía en pie trabajando. Gente que ha ido a comprar el pescado al mercado y ha vuelto borracho como un cuba sin pescado y sin dinero. (Silencio) Bueno es increíble. Ésta de aquí abajo que todos conocemos a las once y media ya es intratable. Hace mucho calor en la cocina, todo el mundo bebe, es muy complicado. El alcohol y las drogas en la hostelería es lo más. Sobre todo la cocaína. La cocaína y el alcohol son los mayores riesgos de la hostelería, porque se trabajan muchas horas, cansas. Imagínate unas relaciones públicas, de un pub o un restaurante, tienes que estar comiéndole la oreja a todo el mundo, tienes que vender, tienes que estar alegre y dar una imagen de (hace aspavientos, abre los brazos en cruz) de ¡fua, gua, guaaa! Como me pasaba a mí un poco con la Taber... como tengas un sitio un poquito así de moda entonces ya, hasta la ropa. Entonces efectivamente ese es el mayor riesgo porque, claro, el tema de la cocaína siempre te da alas, estás menos cansada, es otra historia, y luego claro, eres el rey del mambo con las relaciones, y trabajas mucho, mucho. Hay jefes de la hostelería que pagan parte del sueldo a los empleados en cocaína. Eso me consta. (Silencio) Te puedes cortar, arañar, quemarte, pero eso no, eso no son riesgos.*

La filósofa Amelia Valcárcel dice en *Ética para un mundo global* que el yo es un clavito mínimo donde colgamos las diversas caretas que nos ponemos cada día, es una descripción muy apropiada de la situación que viven muchas trabajadoras del sector servicios. Y nos preguntamos: ¿qué pasa cuando son demasiadas las caretas que hay que colgar de ese clavito mínimo, cuando como en el caso de Griselda, se es dependiente y la careta de la amabilidad hay que ponérsela varias horas al día durante demasiados días? ¿Qué pasa cuando el clavito no aguanta ya el peso de nuestras caretas?, ¿cómo queda entonces el mínimo “cuelgacaretas” que es el yo? Griselda repite: “esa no soy yo”, siente que cuando trabaja está cumpliendo con un rol de amabilidad a veces dolorosa. Reconoce que reprimir la “mala leche” ante la clientela la empuja en ocasiones a desahogar con sus amigos. Griselda percibe

perfectamente lo que es el cansancio de la comparecencia, el cansancio de la sonrisa vendedora. Piensa en el montón de personas que tienes que ver e incluso tratar a lo largo del día, piensa en las que podía llegar a tratar tu abuela o tu madre. Sobre todo si vivimos como Griselda en una gran ciudad como Madrid y además trabajamos también como ella cara al público, el número de personas es altísimo. Esto afecta a nuestra psique, no siempre necesariamente para mal, pero afecta. Codearnos con centenares de gentes extrañas, en el metro, en la calle, en el trabajo, en el supermercado... gente con la que no podemos entablar relación alguna, gente a la que no podemos ni debemos saludar pues locas seríamos. Esta tensión con la que nos enmascaramos, este caparazón que nos ponemos para no relacionarnos con cientos de personas que vemos al día, ¿qué puede llegar a hacer a nuestra personalidad?, ¿y en el caso de tener que interrelacionar amablemente como dependientas con la amabilidad impostada de la que habla Griselda? Es una cuestión inquietante. Acostumbrada a ser amable, simpática y parlanchina por exigencias del guión laboral, cómo saber cuál es nuestra verdadera personalidad, nuestras verdaderas querencias comunicativas y nuestros verdaderos afectos, ¿dónde quedaría eso que llaman autenticidad? Pero, por lo demás, y volviendo a la metáfora, las máscaras que nos ponemos cada día ¿no se estarán incrustando en nuestra piel y estarán ya formando parte de nuestra carne?, pero qué importancia puede tener eso, la búsqueda a estas alturas de una supuesta autenticidad. Generalmente no mucha, y puede ser incluso agradable, pues el hecho de que se nos exijan buenas capacidades relacionales en el trabajo puede ayudar a educar nuestro ego más privado, puede edulcorar nuestros impulsos más taciturnos. Pero también puede llegar a suceder que la amabilidad, la simpatía y el carisma no nos broten cada día como debieran y que entonces forcemos la mascarada a cambio del salario.

Pasamos de la dependienta que era Griselda a la hostelera que es Ronin. Aquí ya el asunto se complica, ya esa gracia constante, ese “valer para el negocio” requiere estimulantes algo más poderosos que el café. Entran en escena las drogas. Tópicamente se puede pensar que es un problema que sólo afecta a la juventud y que es un problema de la cultura de ocio, pues bien, lo cierto es que la cocaína y el alcohol son el excitante y el relajante, respectivamente, más usados en un gremio muy propio de nuestro país: la hostelería. Ronin reconoce que los mayores riesgos laborales de la hostelería son el alcohol y la coca. Es jefa de cocina pero anteriormente ha tenido un pequeño restaurante en el centro de la ciudad, La Taber, y sabe cómo el calor de las cocinas provoca sed de alcohol y cómo el tener que llevar bien el negocio alternando con la clientela exige que muchas veces para ser “el rey del mambo de las relaciones” se llegue a usar cocaína. No es su caso, pero sí sabe de las exigencias del negocio propio, de tener que estar a bien con todo el mundo, de tener que entretener a la clientela, sobre todo en negocios pequeños donde la relación con la misma es más cercana. Aquí el cansancio de la comparecencia, el tener que invertir cientos de risas, comentarios y escuchas a lo largo de la semana, se traduce en un uso y abuso de unas drogas que además ayudan a trabajar más

horas (“trabajas mucho, mucho”). Entonces ya muchos jefes optan directamente por pagar a sus empleadas y empleados con cocaína. Eso le consta a Ronin porque conoce muy bien su medio laboral.

Dicen que el café es una droga del capitalismo que ayuda a la clase trabajadora a espabilarse, pero a veces, dadas ya las exigencias emocionales de nuestros trabajos, se queda corto y hay ya que consumir estimulantes más fuertes y peligrosos. Pero lo cierto es que tanto el café, como el alcohol como la coca ayudan mucho a mantener bien engrasada esta vieja maquinaria del trabajo asalariado.

## 11.2. “Mi trabajo está siempre conmigo, siempre estoy pensando, no cierro la carpeta... esto se traduce en un pedazo de depresión...”

Ronin: *me cuesta muchísimo desconectar, descanso bien una vez que me duermo, pero me cuesta. Me voy para la cama pensando en cosas del curro, conversaciones, cosas. Además esta semana el cocinero, chungo, y vaya semanita que me ha dado, porque yo le tengo que poner las pilas, es amigo mío y para dormir, tela, estoy pensando: “mañana tengo que hablar con él...” porque claro... ponerle las pilas, “oye a ver, tienes que hacer esto, tienes que hacer esto y oye a ver”. Tienes que echarle la bronca por algo, o lo que sea, eso es lo que me ruca, más que el tema de cocina. El manejo de personal, es delicado y a veces para dormir, tela. Es lo que me quita a mí el sueño. Pero bueno me fumo un porrino y yo hago una cosa yo para relajarme y al final duermo. Antes me pasaba que tenía que trabajar una hora más o dos limpiando la cocina, limpiando todo ese rollo... ahora cuando la gente marcha a las dos de la mañana porque limpia la cocina yo a las doce me he marchado. Pero tengo que hacer el menú, ir al Macro, pelearme con los distribuidores, hacer las compras, todo ese rollo, eso me lleva más tiempo fuera del trabajo. Dentro trabajo mucho más cómoda porque básicamente dirijo, no te creas que cocino mucho, pero claro, ahora es otro rollo, es otra historia, más mental. Un poco esto me da tensiones, en general en todo el cuerpo, temas de fisio, que procuro ir, pero... lo único que estoy llevando peor es la relación que pueda tener el resto de la gente conmigo.*

Liber: *la verdad es que trabajo mucho, y muchas veces en vacaciones... pero está siempre contigo no es como un trabajo de estos que das carpetazo, terminó, llega el fin de semana y tienes tiempo libre... Mi trabajo está siempre conmigo, siempre estoy pensando, no cierro la carpeta... Esto se traduce en un pedazo de depresión, uno de los principales problemas que tenía yo cuando hablé con la psicóloga es eso, que decía “es que no cierras nunca el chiringuito”.*

Se abordó el tema de cómo las trabajadoras desconectan en el capítulo del tiempo. Ahora volvemos a tratarlo para fijarnos mejor en cómo la difícil desconexión de nuestro trabajo acaba generando problemas de salud. Ronin se lleva para la cama conversaciones y problemas del trabajo. A ella lo que más le afecta es la gestión de

personal. Llevar la cocina de un restaurante prestigioso del centro de la ciudad es una responsabilidad. Y lo que le quita el sueño es el trato humano, el afrontar retos relacionales. La energía psíquica que se invierte a la hora de tener que llamar la atención a un cocinero, que por lo demás en otro momento reconoce es amigo suyo, es difícilmente calculable. Podemos cuantificar las horas que lleva cocinar un menú, tener la cocina a punto, servir copas o hacer las compras necesarias, pero el desgaste psicológico que supone gestionar un equipo tiene difícil traducción. Cierta cultura empresarial nos ha acostumbrado a hablar de las personas como si de objetos o dinero se tratase, así se habla de gestión de personal o de capital humano, pero sucede que las personas a diferencia de los números son más difíciles de aprehender y reducir, y entonces esa gestión de los seres humanos que son las trabajadoras y trabajadores se torna emocionalmente delicada, a poco que todavía se conserve un ápice de humanismo. Por ello echarle la bronca a un subordinado no es del todo fácil para Ronin, le genera tensiones mentales que le roban el sueño pero que se pueden aplacar no obstante con la ayuda de “un porrito” y otras técnicas de relajación. Una vez más la droga sirve para sobrellevar los quebraderos de cabeza laborales.

Y además de ciertas dificultades para conciliar el sueño que se pueden sobrellevar con el hachís, Ronin tiene tensiones musculares derivadas de su trabajo cada vez más mental. Antes de ser jefa de cocina tenía que estar más horas en su puesto de trabajo preparando la cocina para el día siguiente, ahora sale antes, lo reconoce, pero se lleva en la cabeza, se lleva dentro de sí el trabajo. Ha pasado de hacer un trabajo más mecánico y físico a uno más mental y relacional. Un trabajo, ya dijimos, de gestión en el más amplio sentido. Y cuando la trabajadora guarda dentro de sí ese trabajo que en teoría ha acabado a una hora concreta, cuando la trabajadora es incapaz de desconectar, de dejar de poner a trabajar a su cerebro entonces el trabajo lo permea todo y acaba por reflejarse en tensiones musculares por todo el cuerpo. Ronin acude al fisioterapeuta cada vez que su cuerpo se satura de unas tensiones musculares que son producto de las tensiones mentales laborales sobre todo derivadas de la “gestión” humana, de “las relaciones que pueda tener la gente conmigo”. Y una vez más vemos cómo la trabajadora es consciente de cómo las relaciones humanas, otra especie de cansancio de comparecencia no tanto ante el público sino ante el resto de compañeros y subordinadas, acaba generándole dolores físicos que a veces se solucionan, si hay tiempo, acudiendo a la fisioterapia.

El testimonio de Liber contiene ya un diagnóstico médico. En el anterior capítulo vimos cómo reconoce haber pasado por una anorexia nerviosa. Ahora vemos como además de esa anorexia derivada de la saturación intelectual y de viejas presiones familiares también vinculadas al trabajo, se diagnostica una depresión. Con la ayuda de la psicóloga Liber se ha dado cuenta de que su incapacidad para desconectar de un trabajo tan intelectual como el suyo ha sido uno de los desencadenantes de una depresión que le ha costado bastante superar. Su trabajo está siempre con ella, “no

cierra el chiringuito”, no da “carpetazo”... Parar los músculos del cuerpo es relativamente fácil, pero cesar la actividad mental es a veces imposible. Ya sea por gestionar una cocina, como en el caso de Ronin, ya sea por elaborar una tesis doctoral sobre semántica y neurociencia, en el caso de Liber.

### 11.3. “No quiero coger fama de enferma entre los jefes, que luego cuenta a la hora de contratar”

Noelia: *yo no quiero coger la baja porque sí, que luego no me llaman más, además estoy cubriendo una baja, no voy a coger la baja yo también. Tengo miedo porque aunque vaya a trabajar saben que ando pachucha pero no quiero coger fama de enferma entre los jefes, que luego cuenta a la hora de contratar: “no, esa no, que anda siempre mala y seguro que coge bajas”. Quiero que vean que valgo. Me están poniendo a prueba, yo creo, bueno también me lo dicen las enfermeras: “Ah, Noelia, ¿cómo es que estás limpiando esta habitación, que aquí murió tu hermana hace un mes?, qué cabrones”. Es una prueba para ver si valgo, ahora me llevaron a mortuorios, de oncología a mortuorios, (se respiga) bua, a mí ese sitio me da mucho respeto..., pero es un buen trabajo, pagan bien, son ocho horas y ahora como está el tema del trabajo no lo puedo dejar, aunque me ponga mala. Yo entré en la habitación, en la de mi hermana, y la limpie como si nada, pero... esto, lo de la compañera que estaba todo el día cansada y le detectaron un cáncer de hígado que le dan un mes de vida... (se mesa los cabellos), y hace unos meses me pinché con una jeringuilla, y ahora cada poco tengo que estar haciéndome análisis de sangre por si me sale algo. Y ahora con la penicilina para esta neumonía, es que no me veo capaz de ir mañana a trabajar, aunque sean 100 euros.*

Noelia tiene treintaicuatro años, vive con su hija de diez y trabaja como limpiadora en un hospital. Tuvo la delicadeza de dejarse entrevistar un sábado en el que estaba tomando penicilina a causa de una especie de neumonía que cree haberse contagiado en el trabajo. Su trabajo es menos intelectual que el de otras chicas, es más físico, se le exige cierta fortaleza, rapidez y habilidades manuales, pero el componente emocional al tratarse de un hospital es enorme, sobre todo cuando se trabaja en las plantas de oncología y en mortuorios<sup>35</sup>. Noelia está bastante enferma pero no se atreve a solicitar la baja porque a su vez ella ya está cubriendo una. Pero lo que más llama la atención son sus inseguridades, pese a ser una “buena” trabajadora que acude al puesto de trabajo aunque no se encuentra nada bien,

35. No tenemos tiempo ni espacio para abordar el cada vez más precarizado trabajo de las mujeres en el sector sanitario. Más precarizado porque cada vez más comunidades autónomas privatizan los servicios sanitarios y subcontratan a empresas privadas no sólo la limpieza, como es el caso de Noelia, sino también la asistencia médica. El capítulo “De la atención primaria a la asistencia precaria. Una entrevista con trabajadoras del cuidado en el ámbito público” del *Precarias a la deriva* de Eskalera Karakola aborda esta situación.

Noelia teme adquirir fama de enferma. Ella va a trabajar “pachucha”, pero no quiere que se le note para que la empresa no la considere enfermiza, débil y poco apta para el trabajo. Porque puesta a elegir, la empresa elegirá a la sana. Ésa es la certidumbre y el temor de Noelia. Se siente a prueba, el trabajo le interesa por el sueldo y las ocho horas, y por ello limpia sin rechistar una habitación en la que días antes había muerto su hermana. La tensión psíquica es horrible, está pasando por un calvario emocional, pues además ha tenido un accidente con una aguja y a una compañera le han diagnosticado un cáncer. Pero ella resiste, piensa acudir al día siguiente al trabajo pese a una neumonía provocada a buen seguro por la tensión: “quiero que vean que valgo”. Este duro testimonio, más que por la cuestión del estrés emocional al que se puede llegar a someter a una trabajadora, interesa por la preocupación de Noelia por demostrar que sigue en pie y que tiene la fuerza suficiente como para que la contraten de continuo y no sólo para cubrir bajas. Vuelve a surgir la máscara, ella está mal pero ha de aparentar que está bien, al igual que las trabajadoras de la hostelería han de dar una imagen de alegres, activas y carismáticas. Y aunque a Noelia ni se le pasa por la cabeza consumir coca para estar a la altura en el trabajo, sí reconoce en otro momento que abusa del café bien cargado para transmitir su condición de “no enferma”. La palabra “enferma” viene del latín “in-firmus” que significa “no firme”, y Noelia quiere dejar claro que ella no es una enferma ni en el sentido etimológico de la palabra, ella quiere demostrar que está siempre “firme”, siempre preparada para cumplir con su trabajo aunque sea en mortuorios, algo que le inquieta. En otro momento reconoce que es una trabajadora eficiente y que además tiene experiencia en limpieza de hospitales porque años atrás ya había estado trabajando en ese mismo sitio, pero teme no estar a la altura. El temor ante la crisis y el tener que sacar adelante a su hija ella sola acorralan a Noelia. Le seguí la pista, al día siguiente de la entrevista Noelia no acudió al trabajo. Ya no pudo aparentar salud ante sus jefas, la neumonía la había dejado muy débil. El psicólogo Carl Jung decía: “la enfermedad es la forma que tienen los dioses de comunicarse con nosotros”. Al menos por esta vez Noelia escucha el mensaje que le transmite el cuerpo a través de la neumonía y se permite un descanso. Las consecuencias que pueda tener esto para un futuro contrato ya podemos intuirlos.

#### 11.4. “Los días de regla, el primero igual no, pero los otros dos... pues trabajo igual porque suelo usar la esponjita, así no sangro”

*Noelia: a mí la regla me suele doler, pero con un par de Saldevas se me pasa. A veces si me duele mucho, no sé, un Nolotil.*

*Luz: mucho, mucho no me duele. Pero bueno, tomo una pastillina y voy al curro. (Ríe). Sí, como para pirar por tener la regla está la cosa, cuando iba al insti, todavía, pero en el curro... (Ríe)*

*Eva: ¿la regla? Yo, a mí me suele doler bastante y tomo dos o tres pastillas para el dolor y bueno, así puedo trabajar, no suelo descansar. Antes aprovechaba los días de regla para irme a otra plaza, para que me pillara viajando y no perder muchos días... ahora, ahora lo que hago, que como ya llevo mucho tiempo en este piso, lo que hago es que los días de regla, el primero igual no, pero los otros dos... pues trabajo igual porque suelo usar, ya sabes tú, la esponjita, así no sangro, que si no sería una guarrada en el mismo... ahí mismo ponerte a sangrar... no, es que directamente si lo sabe el cliente no te quiere, yo entonces eso, lo de la esponja, que igual es un poco raro y mira tú, que como dices, se queda ahí atascada... (Ríe) Tú imagínate estar con uno que tenga un buen... un buen rabo, vamos, largo, y que te vaya empujando la esponja para adentro... ¿no? No, no, (ríe) eso nunca lo vi, yo nunca lo vi, siempre sale, sale bien, o si no, ya vigilas tú ese día de hacer otros servicios...*

El resto de las chicas entrevistadas relatan, al igual que Noelia y Luz, que siempre les duele el período pero que con varios analgésicos son capaces de abordar sin mayores problemas la jornada laboral. Sólo hemos puesto dos testimonios por no caer en la repetición. Ninguna puede ni piensa permitirse no acudir al trabajo a pesar de los dolores o la somnolencia. Abordar el tema de la regla y el mundo laboral es ambicioso. Primero habría que averiguar porqué les duele la regla a la mayoría de las entrevistadas pues pese que lo hayamos asumido como un hecho normal los dolores menstruales indican que algo no funciona. La mala alimentación, la somatización de disgustos o del estrés, la medicación, la contaminación, la cultura patriarcal, la falta de ejercicio u otros problemas psicológicos más profundos son causantes de estas reglas dolorosas que asumimos como normales. Nuestras reglas, nuestras vidas. Así sean nuestra vida y nuestro trabajo, así serán nuestras reglas. El tiempo y la reflexión necesarias para poder abordar el problema de raíz son escasos en la vida de las trabajadoras entrevistadas y entonces se arreglan los dolores menstruales a golpe de analgésicos, de tapones del dolor que no son nunca sanación. Pero esta solución rápida permite a las chicas seguir cumpliendo en sus puestos de trabajo. Ningún jefe y realmente muy pocas jefas entenderían que cada mes la trabajadora se tomara uno dos días libres, pues además esto supondría reconocer que como mujeres no somos del todo aptas para el mercado laboral. Es un tópico en las discusiones sobre nuestra valía el preguntarnos: “si estás en el ejército en una prueba de supervivencia en el monte y te viene la regla, ¿cómo vas a comparar tu resistencia con la de un hombre?” El espacio público y con él el mercado laboral está cronológicamente diseñado por y para hombres. Nadie se ha parado a plantearse qué tal vez ese día del mes la trabajadora no rinda tanto y es preferible que se quede en casa porque, en cambio, en otros momentos del ciclo hormonal es mucho más creativa y capaz de adelantar el trabajo de dos días en uno sólo. Además, negar por completo nuestra fisiología y con ello las necesidades de nuestro cuerpo deriva en enfermedades crónicas y graves. Tanto para mujeres como para hombres, pues ya se empieza a hablar de que ellos también tienen sus propios ciclos hormonales, y porque otros ciclos fisiológicos mixtos como son los ritmos circadianos<sup>36</sup> tampoco son respetados.

El testimonio de Eva es modélico para abordar el tema del nulo respeto a los ritmos fisiológicos. El resto de las chicas arreglan sus dolores con medicación, pero en el caso de Eva no sólo hay que calmar los dolores sino esconder también el flujo de sangre. Es un ejemplo de una trabajadora en extremo, es cierto, pero ya dijimos que en la exageración se esconde mucha verdad. Eva reconoce que tanto ella como sus compañeras, por motivos obvios, tienen mucho interés en esconder por completo su regla. Las esponjas a las que se refiere son en realidad esponjas vaginales contraceptivas que añaden a su función la de tampón interno que absorbe desde lo más hondo un sangrado menstrual que de aflorar en el trabajo disminuiría la clientela. Esta práctica es insalubre porque pueden producirse obturaciones e infecciones, aunque Eva no conoce ningún caso. La otra opción es la de dejar salir el sangrado y aprovechar esos días del mes, no para descansar, sino para cambiar de *plaza*, es decir para viajar a otra zona del país donde la chica no esté tan vista porque la novedad es exigida por la clientela. Sucede entonces que las trabajadoras del sexo en España, inmigrantes sin papeles en un gran porcentaje, soportan la doble migración: viajan de sus países a España y luego en España están en constante cambio de provincia. Y los días de regla en vez de servir de descanso sirven entonces para ese doble peregrinar. Las trabajadoras del sexo suelen cuidarse mucho de contraer enfermedades de transmisión sexual, son las primeras interesadas, como es obvio, en que los clientes se pongan preservativo, pero hay muchas variables de su salud, al igual que el resto de trabajadoras, que descuidan por completo: la alimentación, el sueño, el consumo excesivo de estimulantes y la cirugía estética que abordamos en los capítulos correspondientes, y sobre todo, con la práctica de la esponja y la ingesta de analgésicos, el autocuidado en el proceso hormonal y depurativo que es la menstruación.

La regla es vista invariablemente como un fastidio, pero no tanto para ir a la playa, montar a caballo o bailar batucada, como nos hacen ver los anuncios de compresas, sino porque en el trabajo hay que estar al máximo. No es extraño por tanto que la industria farmacéutica intente “liberarnos” de esa “enfermedad” que es la regla<sup>37</sup>

36. Los ritmos circadianos están relacionados con las estaciones y con la luz diaria. Muy resumidamente, podemos decir que a más luz más capacidad de actividad en el ser humano. Por ello, exigir a buena parte de la clase trabajadora más ritmo de trabajo en invierno que en verano va en contra de estos ritmos. Y, evidentemente trabajar por la noche es muy bueno para el rendimiento de vampiros, no de humanos. Por mucho que se pague el plus de turnicidad y nocturnidad el precio en salud que paga la clase trabajadora nunca podrá tener traducción salarial. Y hay que reconocer que si bien hay trabajos que inevitablemente han de hacerse por la noche, muchos de ellos podrían evitarse de vivir bajo un sistema económico más humano. También podrían evitarse las larguísimas guardias en el sector sanitario que obligan a trabajar más de veinticuatro horas seguidas a quienes tienen que cuidar de nuestra salud y por tanto poner más atención. Pero también hay que reconocer que buena parte de quienes trabajan en esta situación, que rompe por completo los ritmos circadianos, aceptan de buen grado por el plus salarial. Por tanto muchas veces los riesgos laborales que asumimos y no queremos reconocer se deben en buena medida a la escasa concienciación de la clase trabajadora y de los sindicatos que se preocupan más por la salud de sus salarios que por la salud de sus cuerpos y sus mentes.

inventando medicamentos milagrosos como la píldora Librel que permite que podamos tener tan sólo tres reglas al año. En el año 2006 la Sociedad Española de Contracepción estableció el siguiente debate: “regla sí o regla no” con motivo de la salida al mercado estadounidense de dicha píldora. La endocrinóloga feminista Carmen Valls defendió el *no* por diversas razones, entre ellas, que desconocemos todavía la total interferencia de los procesos hormonales menstruales en el resto del organismo, de tal manera que eliminar dichos procesos podría desencadenar problemas insospechados<sup>38</sup>. Pero lo que conviene recordar a efectos del mercado laboral, que es lo que nos ocupa, es que la existencia del fármaco Librel, que anula un proceso natural como el de la regla, ha de dar las gracias a las investigaciones que en su día se iniciaron para combatir la aparición de la menarquia (la primera regla) en unas gimnastas de competición todavía niñas que de adquirir la fisiología de mujeres adultas, con su consecuente necesidad de grasas, perderían la flexibilidad y el cuerpo fibroso que las hacían ganar competiciones deportivas. Es de una necesidad de un cuerpo siempre a punto de competición de donde proviene la investigación para abolir la regla y, por ironías del mercado laboral, parece que con la aparición de Librel el resto de mujeres podremos mantener también nuestra particular competición laboral diaria. Empiezan las gimnastas más jóvenes que tienen que asumir enormes presiones para competir y ganar y continuamos el resto de las trabajadoras, pues muchas de nosotras en cuanto salga la píldora al mercado español la tomaremos para evitar rendir menos en el trabajo. Ahora todas las mujeres, todas las trabajadoras podremos prescindir de ese “mal obsoleto” que es la regla, pero las pioneras son las gimnastas tratadas como yeguas de carrera y aquellas prostitutas que no pueden tomarse libres unos días al mes. Estos dos gremios, el de las gimnastas y las prostitutas, son pioneros entre la clase trabajadora en la abolición del proceso natural de la regla por exclusivas presiones laborales. Comienzan las trabajadoras del sexo y de la gimnasia y con el tiempo podremos llegar a seguir las el resto de trabajadoras.

## 11.5. “Yo creo que el psicólogo tenía que estar cubierto por la Seguridad Social”

*Librel: ¿sabes? Porque era como... y no había conseguido escribir nada, era horroroso de verdad, hasta que un día ya pues es que todavía, jo, cuando lo pienso... (se emociona) es que... fui un día a hacer la compra al Carrefour y venía llorando con las bolsas por la calle y dije “esto no es normal”, es que no puede ser, así yo no puedo vivir, sí, sí, pero horroroso, es que hay veces que me tumbaba en el sillón y no me quería levantar. Me costaba tanto esfuerzo vivir que no me*

37. Convertir la menopausia y la regla en enfermedades genera cuantiosas ganancias a la industria farmacéutica, así como numerosos efectos adversos, incluso cancerígenos, a las mujeres. No podemos extendernos sobre este tema, para profundizar es de mucha utilidad la documentación elaborada por el colectivo Mujer y Salud cuya revista puedes consultar mes a mes en [www.mys.matriz.net](http://www.mys.matriz.net)

38. Pueden consultarse sus valiosas investigaciones en [www.mys.matriz.net](http://www.mys.matriz.net) y en [www.caps.pangea.org](http://www.caps.pangea.org)

*compensaba... Yo creo que el psicólogo tenía que estar cubierto por la Seguridad Social porque a mí me ayudó mogollón, la psicóloga, sí, sí, a ver mogollón de cosas que yo tenía asumidas como normales y que ella flipaba cuando se las contaba... “pero cómo dices eso”, yo no creía que tuviese derecho a vivir porque sí, ni que mi vida fuese valiosa porque sí ... (Silencio). Que me lo tenía que ganar continuamente. Porque hay que tener, porque hay que tener, porque hay que tener... yo una vez... que vamos, yo lo siento mucho por mis padres, pero vamos, que una vez que perdí el control en casa, me entró un ataque de ansiedad de éstos que... estaba gritando y llorando en casa “es que esta vida es un puto castigo”... Así mismo, mis padres se desesperaban. (Silencio).*

Gracias al testimonio de Liber llegamos a concretar reclamaciones: la necesidad de una asistencia psicológica a través de la Seguridad Social. Liber reconoce que la psicóloga le fue de gran ayuda, consiguió superar la anorexia nerviosa y la depresión poquito a poco, sin necesidad de fármacos. Y su problema era serio. Con la profundidad y hermosura que caracterizan a sus voz y a sus palabras (oír la entrevista a Liber es conmovedor por lo apasionado de su testimonio y por la seriedad y belleza de su voz), Liber describe su angustia: “Me costaba tanto esfuerzo vivir que no me compensaba”, “no creía que tuviera derecho a vivir porque sí”.

Y en un ataque de ansiedad con sus padres presentes sus palabras se desbocan: “es que esta vida es un puto castigo”. No es preciso comentar más sus vivencias. Tan sólo hay que insistir en que esta situación fue directamente provocada por el excesivo trabajo intelectual y por un triste y viejo lugar común que se le habían incrustado en la mente desde pequeña: “quien no trabaja no come”.

### **Te recomiendo vivamente**

*Nuestros cuerpos nuestras vidas* del Colectivo de Bostón Mujeres para la Salud

*Cuerpo de mujer sabiduría de mujer* de Christiane Northrup

La revista “Mujer y salud” del colectivo español del mismo nombre. Disponible en **[www.mys.matriz.net](http://www.mys.matriz.net)**

*Traficantes de salud* de Miguel Jara

*La mafia médica* de Ghislaine Lanctot

Podría recomendarte muchos más, dada la importancia del tema, pero con estos bastará. Los dos primeros son, como ya dije, biblias del acercamiento feminista a la salud. La revista “Mujer y salud” sigue la misma línea pero con la ventaja de su cercanía, diversidad de voces y disponibilidad en la Red.

Y los dos últimos de periodismo de investigación te mostrarán los intereses económicos que mueven a las instituciones sanitarias.

## **12. La empresa es tu familia y debes mimarla Los recursos humanos invaden la vida privada**

## 12.1. “Querían saber cuándo meaba, cuándo iba al baño, cuándo bebía agua, tenía la sensación de que ese trabajo realmente no era tan importante, era por tener a la gente bien controlada”

Griselda: *en el último curro de teleoperadora en el Corte Inglés, yo ahí viví lo que creía que ya no iba a vivir después de tantos años trabajando, yo ahí... fue una cosa que todavía no entiendo muy bien. Trabajaba cinco horas de telemarketing sin descanso, [...] y para ir al baño yo tenía que levantar la mano porque ahí te están entrando llamadas, todo el tiempo, y resulta que el programa, que era un programa perfecto, que mira que yo he trabajado con muchos programas de ordenador y todos tenían algún fallo tonto, pues éste era un programa super sencillo que estaba muy bien diseñado, pero fíjate qué casualidad, que según decían las coordinadoras, había un pequeño error que era que nosotras no nos podíamos desconectar solas, sino que teníamos que avisar para que nos desconectarán, era (pone voz) un pequeño error informático, no era nada a propósito ni nada, y entonces teníamos que levantar la mano para ir al baño, y cuando levantabas la mano algo apuntaban en su libreta, yo no sé si apuntaban la hora o las veces que vas al baño, pero te apuntaban algo, a mí esto me pareció sospechoso.*

*A parte de esto, eh, te hacían llegar todos los días diez minutos antes para coger agua, coca-cola... Yo en mi caso era agua porque bebía muchísima agua, o café o lo que fuera, porque luego no te podías levantar de tu puesto de trabajo para irte por un café un minuto, no, no imposible, llegas diez minutos antes que luego no te devolvían, ya no es que no te dieran los cinco minutos de descanso sino que te hacían ir todos los días diez minutos antes, es decir, trabajabas una hora a la semana, porque yo iba seis días, gratis. Cuatro horas mensuales, me parece muy fuerte, te pueden pedir eso porque el sistema va lento, coño, pues devuélvemelo en medio... vamos yo sentí ahí un... pues eso, que querían saber cuándo meaba, cuándo iba al baño, cuándo bebía agua, tenía la sensación que ese trabajo realmente no era tan importante, era por tener a la gente bien controlada. A ver, todo esto es un poco exagerado pero yo no sé... no te dejaba hablar con las compañeras entre llamada y llamada, a mí me echaron yo creo que por hablar... me hacían llegar diez minutos antes porque supuestamente tardaba diez minutos, y yo no tardaba diez minutos, llegaba con el tiempo justo y yo estaba conectada a mi hora, no te dejaban hablar, el ambiente era tremendamente tenso, la gente entraba corriendo, salía corriendo, el ambiente era tremendamente tenso...*

*Porque en estos trabajos buscan absorberte el cerebro, es el trabajo como sistema de control. Y yo tengo mi propia mi tesis conspiro-paranoide (Rie): hay trabajos que no les importa tanto tu rendimiento como reprimirte y controlarte. Quieren controlar lo que piensas, lo que dices, lo que haces, cuándo y cómo cagas, bebes, meas y duermes. Ellos deciden cuándo cagas. Llámame loca si quieres... a lo mejor es que mis trabajos basuras me dejan demasiado tiempo para pensar...*



Lo que vamos a abordar en este capítulo puede ocurrirle también a los chicos, no sólo las mujeres pueden sufrir sobre sus mentes y sus carnes las actuales estrategias de recursos humanos. Pero dado que estas presiones psicológicas se aplican sobre todo en el sector servicios, somos las mujeres quienes optamos en mayor medida a sufrirlas a lo largo de nuestra vida laboral. Ellos tienen todavía más acceso a trabajos más tradicionales donde estas técnicas de recursos humanos no son aplicadas.

El testimonio de Griselda hace referencia al mes que estuvo como teleoperadora para El Corte Inglés. Las teleoperadoras merecen un capítulo entero y se han hecho más entrevistas a chicas con este trabajo, pero por cuestiones de espacio ese capítulo tendrá que esperar a una posible ampliación de este estudio. Pero por el momento no pude pasar por alto la lúcida visión, una vez más, de Griselda a la hora de encarar su último trabajo (actualmente está en el paro). Para ella ha sido vejatorio tener que pedir permiso para ir al baño pues sabe que lo del error informático es una excusa. Y no le falta razón porque lo de pedir permiso para ir al baño es bastante habitual en dos de los trabajos a los que más podemos acceder las jóvenes de hoy, *telemarketing* y supermercados; a lo largo de las entrevistas a más teleoperadoras y trabajadoras de supermercados<sup>39</sup> me encontré incesantemente esta práctica infantilizadora. En otros puestos de *telemarketing* a las trabajadoras se les exigía también pedir turno para ir al baño pero sin la excusa del programa informático. En otros casos, sobre todo de supermercados, las cajeras pedían permiso para ir al baño y hasta pasados unos minutos, medias horas y a veces incluso horas, no se les daba su turno. Griselda sospecha que no es tanto por rendimiento sino por dispositivo de control por lo que se les impone esta práctica a las trabajadoras, tiene su propia “tesis conspiro-paranoide: hay trabajos que no les importa tanto tu rendimiento como reprimirte y controlarte. Quieren controlar lo que piensas, lo que dices, lo que haces, cuándo y cómo cagas, bebes, meas y duermes”. Pedir permiso para ir al baño y esperar a que llegue el turno recuerda a la primaria, a aquellos tiempos en los que te estaban educando, en los que querían no que produjeras, sino que te formarás. Eras una niña, pero cuando se tienen 28 años como Griselda resulta más humillante aún. Renato Curcio, un militante italiano que ha escrito una pequeña joya muy fácil de digerir que se llama *La empresa total. Dispositivos totalizantes y recursos de supervivencia en las grandes empresas de distribución*, es de la misma idea que Griselda y considera que estas prácticas controladoras e infantilizadoras son herederas de dispositivos carcelarios, de campos de concentración y de otras instituciones totalitarias. Las personas internadas en estos espacios deben solicitarlo todo, desde comprar alimentos o pasta de diente a tener visitas o llamadas telefónicas, y para ello las presas y presos deben rellenar unos

39. Éste es otro gremio que merece un capítulo en exclusiva, pero como ya dije en el caso de las teleoperadoras, por cuestiones de espacio no podemos incluirlo. Algunos testimonios sí podrías encontrarlos en este capítulo, pues no pude pasar por alto la historia de la panadería del supermercado X (no podemos decir el nombre) que más adelante cuenta Luz.

impresos dirigidos a la dirección “rogando que se les permita...”. Porque son campos de concentración o cárceles, y su cometido, entre otros, es el de abolir la libertad, pero, qué sucede cuando es en el trabajo donde se adoptan estas medidas. Sucede entonces que la trabajadora ve mermada por completo su autonomía, pues decisiones tan soberanas e indispensables como las relacionadas con los actos fisiológicos pasan de ser tomadas por la trabajadora, una mujer adulta, a ser tomadas por la gerencia: “ellos deciden cuando cagas”. Se infantiliza, se controla y se merma la autonomía de la trabajadora con una práctica que a poca dignidad y sensibilidad que se conserve termina por humillar, como le sucede Griselda. Esto, sumado la prohibición de levantarse del asiento (en otro momento de la entrevista nos cuenta que por convenio tiene derecho a cinco minutos de descanso por hora que la empresa les ha robado) y de hablar con sus compañeras hacen del puesto de trabajo una especie de internado, de reformatorio donde las trabajadoras son tratadas como menores de edad de posguerra.

“El ambiente era tremendamente tenso”: ante semejante control de los tiempos, de las palabras y de los cuerpos ejercido por la gerencia es bastante difícil que pueda haber un clima de compañerismo entre las trabajadoras, de tal manera que la empresa controlando y generando tensión, no sólo exprime hasta el último minuto de sus empleadas, sino que sabe crear el clima apropiado para que no se creen lazos entre las trabajadoras, viejas solidaridades obreras que puedan avivar las ansias de dignidad. Todo el mundo va con prisas, por tanto los cinco minutos robados entre hora y hora y las conversaciones entre puesto y puesto son de incalculable valor a la hora de generar lazos humanos, por eso, además de por control del tiempo que es dinero, es importante prohibirlos, no siendo que hablando se entienda la gente.

## 12.2. “Te acaba saliendo sola esa voz de máquina, pero yo cambiaba las voces, yo intentaba jugar porque era horrible”

*Griselda: generaba ansiedad física y mental, tensión en el cuello, en el cuerpo. Yo la última semana estaba así todo el rato (hace movimientos en la silla), no paraba de moverme, es que cinco horas así sin moverse con lo nerviosa que soy yo... yo hacía aspavientos ya, era horrible... y mentalmente dibujaba, intentaba... pero tenías que tener cuidado porque no les gustaba que hicieras nada, escribía, me mandaba notitas con la compañera o intentaba escribir cosas, pero a la vez tenía que estar concentrada...*

*Tenías que decir exactamente una serie de cosas... la voz... te acaba saliendo sola esa voz de máquina, pero yo cambiaba las voces, yo intentaba jugar porque era horrible. La última semana yo cambiaba la voz (pone voces) hola buenas, hola buenas... jugaba un poco porque era horrible durante cinco horas al día repetir lo mismo una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez... Para mí el mayor riesgo, evidentemente, es el psicológico, un nivel de ansiedad muy alto y un nivel de depresión también, una*

*tendencia a la depresión... te mina la autoestima mucho... eso va directamente relacionado con la depresión, buf, buf, muy importante, te obligan, lo que ellos buscan es alguien que no piense por sí mismo, eso y la depresión van juntos. Luego ausencia total de creatividad, es la creatividad fuera, cualquier rasgo de personalidad será eliminado, o sea, en mi grupo, echaron a dos personas, una era yo y otra era otra chica, a ver, yo no digo que los demás no tal.. a ver, pero esta chica y yo con diferencia éramos las más cualificadas para cualquier trabajo, esta chica había hecho psicología... nos echaron a las dos... estaba cantado que nos íbamos ella y yo, estaba cantado, vamos... y bien contentas que no fuimos. Y eso, nos echaron porque todavía nos quedaba algo de... de personalidad, de alma (ríe).*

Seguimos con Griselda para observar mejor los riesgos laborales asociados al control de los tiempos, de las palabras y de los cuerpos que tienen que soportar muchas teleoperadoras. Y Griselda continúa tomando la palabra en este capítulo, pero muy bien podría trasladarse al dedicado a salud. El robo de los cinco minutos y el no poder levantar su trasero de la silla ni para ir al baño o comprar bebida genera tensiones en el cuerpo. Griselda busca mecanismos de evasión y como niña inquieta con ganas de salir al recreo no para de moverse en la silla. Ante el control de los cuerpos, Griselda se revuelve en su puesto, ante el control de la palabra Griselda se revela acudiendo a otra práctica de la infancia como es escribirse notitas con la compañera. Con veintiocho años. Pero si no busca esos cauces de evasión es peor, reconoce que tiene que jugar para combatir la monotonía y la humillación. Cuando habla con la clientela repite mecánicamente las mismas expresiones y omite otras que tiene terminantemente prohibido, siente que su voz se convierte en la de una máquina y por ello tiene que “jugar” poniendo voces (otra vez la infantilización), porque si no “es horrible”. La voz de máquina, el control de las palabras, el tiempo y los cuerpos acaban generándole depresión porque este trabajo, al anular por completo su autonomía y creatividad, daña su autoestima, y Griselda sabe que de las bajas autoestimas se nutre la depresión. Ella y otra compañera, que bajo su criterio eran las menos neutras, las que más personalidad parecían tener, fueron las expulsadas. Ellas no podían anular suficientemente su personalidad como les exigía una gerencia que buscaba, más que un talante amable o carismático como se pide en otros trabajos, un personalidad de máquina, es decir, ausencia total de personalidad. En este caso no es que las trabajadoras sustituyan su identidad por la identificación con la empresa, como veremos más adelante, sino que la sustituyan por la maquinización, por una robotización que produce tensiones corporales y depresiones, según testimonio de Griselda. Se les anula por completo también la creatividad y por ello sufren, otras trabajadoras pondrán a trabajar por completo su creatividad las veinticuatro horas del día y por ello también sufrirán, como vemos en el caso de Liber. Por tanto, la creatividad y personalidad completamente anuladas y la creatividad y personalidad completamente explotadas son igual fuente de trastornos para las trabajadoras. Porque la mente no es un chicle que se pueda estirar y contraer a antojo.

### 12.3. “Hacían como convivencias, en plan “todo por la empresa” y se había hecho un slogan con la canción de Robiee Williams y la cantaban”

*Luz: y cuando curre en el X, nada, cuatro meses... Bueno, a mí lo que más me jodía eran las moviditas que se traían, trabajas pues trabajas, pero eso de andar ahí metiéndose en tu vida... que bueno tenían una revista de los currantes que te pedían fotos de vacaciones, de si tenías una guaja<sup>40</sup> que había hecho la comunión, o si te casabas, o bautizos o cenitas de empresa, la de mi madre... ¡para hacer una revista!... sí, en plan periódico de instituto yanki, como los de Sensación de Vivir, en ese plan, bueno, yo en mi vida lo vi... y lo peor es que a la peña le prestaba por la vida, te lo juro, yo es que la gente... tiene Nocilla en la cabeza o mierda o yo qué se qué coño tienen... Yo a veces curraba en panadería y había una mongola que era la encargada de eso, de panadería, acababa de subir, de ascender, bueno, pues parecía que era ministra o yo que sé... metía miedo, fea como un congrio, pedorra... bueno, pues lo que yo me enteré, que va la muy mongola y me lo dice, es que ella por ser encargada de panadería, por ascender, no cobraba más, cobraba la misma mierda que yo, me lo decía en plan (pone voz): “mira, para que veas, Luz, si yo cobro lo mismo que tú, no vayas a pensar que yo por hacer esto cobro más”... O sea, que se comía el marrón, la responsabilidad de ser la encargada de panadería y sin plus salarial, nada... eso sí, a la tía le prestaba<sup>41</sup> por la vida, se sentía, yo que sé... debía ser tan mierdas toda su vida que para ella ser encargada de panadería era la de Dios... joder, (ríe), y aunque no cobrase más, prestábale tanto que para qué iban a pagarle... Yo te lo juro, con gente así... y bueno ésa, ésa era la primera en enviar fotos para la revista... y cuando salía en alguna... bueno, bueno más orgullosa que la Belén Esteban posando para el Interviú.*

*Griselda: El Corte Inglés, de verdad, es una secta. Tenían banco propio, yo cobraba en El Corte Inglés, y encima es que era una milonga, se supone que tú en cada centro de trabajo tienes un cajero del que puedes sacar dinero, pero en el nuestro, no, para sacar dinero, tenías que entrar en el centro comercial, para llegar al cajero tienes que andar todo el centro... para que compres... porque es que claro, toda la gente que trabaja en los Corte Inglés, conque hagan la compra ellos sustentan el centro, (ríe) es un sitio caro, pero es que claro, tienen tanta gente trabajando para ellos que... con eso y cuatro atracciones más y pagando a plazos... tengo entendido además que a los jefes les suelen casi obligar a comprar ahí, yo no sentí esa presión, pero... el banco propio de voluntario, nada. Yo lo que hice fue sacarme todo el dinero en cuanto cobré y a la siguiente hacer la orden de transferencia permanente, y esa también puede ser una de las razones de que yo no siga currando ahí, puede ser... me decían “te puedes hacer la tarjeta”, y yo, “¿una tarjeta de éstas, viendo lo que hacíamos nosotros como trabajadores con esa gente que tiene tarjetas...?”*

40. Niña en asturiano

41. Gustar en asturiano

Vero: *en Formastur, esa empresa, yo no sé que modelo sigue, pues anda, hacían como convivencias, en plan “todo por la empresa”, de hecho se había hecho un slogan con la canción de Robin William (la tararea) y la cantaban joder... yo nada, ni una semana estuve, había cada trepa, bueno, yo es que flipaba, (pone voz) “es que la empresa necesita de ti”, es que la empresa no puede permitir que tú... y te lo decía una compañera, no una jefa... es que la empresa... y te controlaban y reñían los propios compañeros, no te digo más... hacían convivencias pues como de gala o se disfrazaban, hacían cenas que tú no podías ir de cualquier manera, te suponía llevar un vestido... que bueno, una pasta. Los fines de semana sin contratar, y tenía que ir a abrir unas aulas, y una mongola me decía que era por la empresa, que no era para tanto, que al fin y al cabo la empresa éramos todos... bueno... que me soltó la retahíla... lo que me faltaba, muy mal tía, muy mal de la cabeza, a mí me daba no sé qué... “Todo para la empresa, somos la empresa, lucha por ello porque tú formas parte”... bueno... en esa línea.*

Una vez más con la gracia y la conciencia que la caracterizan, Luz nos aporta un valioso testimonio. La encargada de panadería le reconoce que asume más responsabilidad sin aumento de sueldo. Luz hace un análisis demoledor de su compañera: tiene una vida tan vacía que ser responsable de la panadería, aunque no suponga más sueldo, la enorgullece. Existen muchas personas que vuelcan toda su vida en el trabajo y ésta parece ser una de ellas. Luz resume así el caso: “y aunque no cobrase más, prestábele tanto que para qué iban a pagarle...”. Se siente bien, se siente realizada, se siente tan orgullosa que el salario es lo de menos. Luz insinúa que esta trabajadora estaba tan identificada con la empresa, a través de ese mecanismo sutil de control que es la revista, que enviaba fotos incesantemente y se sentía una especie de minifamosa cuando le publicaban alguna. La broma de Belén Esteban no tiene desperdicio para lo que nos ocupa, las nuevas formas de control en el trabajo. La empresa publica una especie de revista del corazón cuyas protagonistas son sus empleadas, y ver sus comentarios y fotos en ella las hace sentirse importantes y valoradas, de tal manera que parece llegarse a la paradoja de que es más por contrapartidas simbólicas y de mejora de la autoestima que por contrapartidas salariales por lo que trabajadoras como la mencionada por Luz asumen más responsabilidades. La revista fomenta la idea de que la empleada es alguien que interesa y que se interesa por lo que le pasa a la empresa (ampliaciones, fusiones, cambios decorativos) y por lo que le pasa a las compañeras y compañeros en su vida privada, en la faceta más festiva de sus vidas (bodas, bautizos, viajes, bromas...) pero la revista nunca recoge reivindicaciones laborales ni mucho menos relata los sufrimientos de las trabajadoras por ser eso, trabajadoras. La revista anula su identidad de clase, su identidad de asalariadas, y las entrona como pseudofamosas que viven en el maravilloso ecosistema de la empresa. En este caso la empresa invade el espacio privado de las bodas, viajes, comuniones y demás eventos fotografiables<sup>42</sup> de la vida para poder así generar una fidelización emocional en sus trabajadoras.

Volvemos al trabajo en El Corte Inglés de Griselda donde vemos otro mecanismo de control esta vez más económico que psicológico. Si a toda la clase trabajadora se le niega una libertad, la de poder cobrar en mano sin necesidad de intermediación de bancos (recordemos los peligros de los bancos con el sólo ejemplo del corralito argentino o recordemos que ideológicamente aunque estemos en contra del sistema bancario nunca nos podremos sustraer a él, es una institución totalitaria), en este caso se le niega a la trabajadora una libertad de mercado: el derecho a elegir ella misma en qué banco quiere que se le ingrese la nómina. Ella sostiene además que les han puesto el cajero dentro del centro comercial para que al atravesarlo compre algo. Esto, sumado, a la invitación (todavía no es obligación, pero no sería de extrañar teniendo en cuenta que ya las obligan a cobrar en su banco) a que se haga la tarjeta de El Corte Inglés supone un control enorme de los actos de consumo de sus trabajadores. Puede parecer muy moderno, pero es otro clásico de capitalismo, recordemos a las viejas empresas mineras, por ejemplo, que eran también propietarias de unas tiendas de comestibles donde acudían a endeudarse las familias obreras dado que los precios de los alimentos básicos eran altísimos porque de ese modo la empresa conseguía esclavizar (hoy diríamos fidelizar) a sus trabajadores. Trabajaban por tanto para poder ganar un salario que poder gastar en la propia empresa que les paga el salario. Ya vimos cómo Henry Ford llegó a la conclusión de que era mejor que los coches fueran más baratos para que así sus propios obreros fueran los consumidores de los vehículos que ellos mismos fabricaban. Aquellos obreros que no comprasen en la tienda de ultramarinos de la empresa o aquéllos que no le comprasen su coche al señor Ford, eran mal vistos por la gerencia. Al fin y al cabo, como empresaria, una siempre preferirá al trabajador que se deja medio sueldo, si no todo, en los productos propios. Es lógico por tanto que Griselda sospeche que haber dado la orden de transferencia a su banco y no haberse hecho la tarjeta de El Corte Inglés sean dos de las razones que haya valorado la empresa para su expulsión. Un caso más de cómo la empresa para la que trabajamos invade espacios tan personales como son todavía los actos de consumo.

Siguiendo en esta misma línea de nuevas técnicas de recursos humanos que busquen la total identificación de la trabajadora con la empresa, nos encontramos con el testimonio de Vero. A través de la escritura no podemos transmitir el paralenguaje, es decir, los gestos y los tonos de voz que adopta al contarnos esta experiencia. Pero cuando tararea la canción de Robin Williams lo que intenta transmitir es una mezcla de asco con

42. La fotografía, esa forma de cosificar nuestras vivencias y que distribuimos tan alegremente a través de la Red en espacios como *facebook*, puede servir para que la empresa controle nuestra vida. Por ejemplo, a la hora de optar a un puesto de trabajo ya hay muchas empresas que rastrearán nuestra huella en la Red, de tal manera que esa foto de despedida de soltera, esa otra fumando un porro o esa otra con el pañuelo palestino pueden alejarnos de muchos puestos de trabajo. Por otro lado, una vez conseguido el trabajo, ya se han dado casos de despidos basados en las redes de Internet. Podemos decir que no hemos ido a trabajar por enfermedad pero si en el *facebook* colgamos una foto donde estamos de parranda ya le estamos dando pruebas en nuestra contra a la gerencia.

vergüenza ajena. La vergüenza ajena es tal vez lo que mejor defina al sentimiento natural que debería brotar en cualquier trabajadora que se viese ante semejante situación. De no ser así el diagnóstico es grave: total asunción y sumisión ante los inventos de ingeniería social empresarial. Esta ingeniería social pretende que la trabajadora inserte en su alma la pasión por la empresa: “somos un equipo”, “todo por la empresa”, “la empresa es tu familia”. Y si le añadimos una letra pegadiza será más fácil entonces que la trabajadora se vea invadida incluso en su tiempo libre de esa prédica machacona. Son viejas estrategias políticas y religiosas que ahora se aplican a la empresa. Toda secta necesita un himno. Y además necesita de espacios de encuentro, de convivencias, de cenas de gala, de cenas de disfraces donde la trabajadora los fines de semana (libres) vaya dejando un poquito de su afectos y de sus pensamientos al servicio del equipo. Hasta el punto de que si la empresa es la familia ya no quede mucho tiempo para la otra, para la familia de toda la vida. “Lucha por la empresa porque tú formas parte”, viejísimas estrategias de alienación, de anulación de la individualidad en las que los ejércitos y las sectas llevan años de ventaja. Todos estos mecanismos aplicados al trabajo estremecen. Porque anular la individualidad y fomentar los lazos grupales, aunque pueda sonar muy fraterno, es en realidad luciferino cuando el objetivo no es humanista, es decir, cuando el objetivo no sirve para alcanzar el bienestar y la libertad de las personas. Cuando la razón última es la producción de más beneficios o la identificación con un gurú religioso o con una guerra, entonces, hay que insistir en ello, estamos hablando de mecanismos luciferinos donde hoy se empieza con una convivencia para afianzar lazos en el equipo y mañana se acaba dando el chivatazo o echando la bronca a una compañera que no da lo suficiente por la empresa. De hecho, este tipo de prácticas, ya digo desde años utilizadas en la vida militar o religiosa, generan que personas que a título individual pueden considerarse buena gente, por presión grupal, por identificaciones con un proyecto común como es el de la empresa, acaben cometiendo actos miserables que nunca antes hubieran imaginado. Sin ir más lejos los compañeros de Vero la reñían si ella no iba sonriente a trabajar gratis los fines de semana. Una pequeña miseria. En psicología se llama el efecto lucifer. Y ha sido estudiado sobre todo a raíz de la Alemania nazi ante la inquietante pregunta de cómo alemanes y alemanas buenas gentes en su vida cotidiana pudieron llegar a colaborar con el Holocausto. La maldad se construye, y se construye muy fácilmente bajo ciertos sistemas que generan identificaciones extremas. Pues bien, ya hay demasiadas empresas que empiezan a adoptar estas prácticas para disolver solidaridades de clase y fomentar fidelidades a la gerencia. Y no es fácil escapar de estos mecanismos de control psicológico, nada fácil. Después de todo hay muchas mentes brillantes de la psicología y la sociología que diseñan este tipo de estrategias. Es conocimiento científico, ingeniería social puesta al servicio de la explotación humana.

Ya hace unos años que se intenta por todos los medios desdibujar las barreras de clase, las claras identidades de la clase que vive del trabajo y la clase que puede permitirse vivir del trabajo de otras y otros. Es un largo recorrido iniciado sobre todo en los años ochenta, son muchos nombres y apellidos, muchos hitos históricos, económicos, sociológicos y culturales, y entre todos esos pasos caminados por todas

y todos, pasos que nos despojan de nuestra identidad de clase, destacan las jornadas de convivencia, las cenas de Navidad, la pequeña participación en los beneficios, las tormentas de ideas donde se nos pide consejo para mejorar esa empresa que supuestamente es también nuestra. Los entornos lúdicos y sin ataduras donde los trabajadores y trabajadoras, estoy pensando por ejemplo en *google*, pueden jugar, comer, salir y entrar a su antojo son mecanismos que buscan complacer con chucherías a la clase trabajadora para que se entregue por completo a la empresa. Mecanismos que pueden partir de buenas voluntades, de intentos por mejorar la calidad de vida de la plantilla, pero que acaban convirtiéndose en instancias totalizadoras, en engendros laborales que provocan que la empleada ya no sepa distinguir tiempo de trabajo de tiempo de vida y llegue a preferir incluso acudir a su puesto de trabajo que acudir a su vida. Ya no es necesario el látigo.

### **Te recomiendo vivamente**

*La empresa total* de Renato Curcio

*Cabeza de turco de turco* de Günter Wallraff

*Por cuatro duros. Como (no) apañárselas en Estados Unidos* de Barbara Ehrenreich

La empresa total es un estudio sociológico dónde trabajadoras y trabajadores de supermercados italianos narran los sufrimientos psicológicos e incluso físicos derivados de las novedosas y totalitarias técnicas de recursos humanos. Es muy valioso por su concisión y sencillez.

Pionero en el periodismo de investigación, Günter Wallraff se hace pasar durante dos años por Alí, un turco en la Alemania de los años ochenta. “Dejad de experimentar con animales, para eso están los turcos”, esta pintada en una ciudad alemana te hará una idea de las experiencias laborales infrahumanas denunciadas en *Cabeza de turco*.

Y el tercero es otra joya del periodismo de investigación escrito por la poliédrica investigadora feminista Bárbara Ehrenreich que ya en los setenta publicó, junto con Deirdre English, *Brujas, comadronas y enfermeras: historia de las sanadoras*, un hito en los estudios de la historia y la salud con perspectiva feminista. Pues bien, Ehrenreich, que ya no era una jovencita, desde 1998 al 2000 se hizo pasar por una trabajadora estadounidense más. Sirvió mesas, fue asistente doméstica, cuidó a pacientes con Alzheimer y ordenó ropa en unos grandes almacenes. Y apenas podía llegar a fin de mes. Pero eso era lo de menos, lo que puedes comprobar con su lectura es cómo la empresa veja a sus trabajadoras y les viola por completo su vida privada, pues eso es robar el tiempo exigiendo disponibilidad total y trabajar horas extras impagadas e impagables.

Son este tipo de libros, más que los análisis teóricos, los que podrán ayudarte a potenciar tu conciencia.

**13. Violencia de género laboral**  
**El espacio de trabajo se hace opaco como alcoba**



### 13.1. “Tenía que pasar alguien por allí que lo viera por una mirilla, una inspección de trabajo o algo, algo que pudiera poner a ese tío en su sitio”.

Patricia: *el año pasado que estuve en el otro lado, era un infierno. El jefe... El jefe era un psicópata, ojo que valía el tío para el negocio... era super majo, tenía mucha energía, no paraba, tenía mucho aquél con los clientes, andaban todas las mozas babeando por él. A mí al principio me pareció genial, muy trabajador, pero al mes o así... Ya la mujer, una tía guapetona, rubia, potente, ya veía yo que era muy insegura, estaba destrozada, se veía siempre fea, inútil... la había destrozado el capullo. Era violento, agresivo, manipulador... fíjate que yo soy una tía fuerte y para pedir mi día libre, que era mío, ojo, que no me daba nada, tenía que mirar si habían ganado el Sporting y el Barcelona, porque si no... Soy fuerte, tengo conciencia política y de tal... y mira, pensaba: “vamos a ver que tal viene hoy éste para poder entrarle”. Era entrar él en la cocina y nos poníamos tiesas, si venía bien era majísimo pero a veces pasaba días sin dirigirte la palabra y eso era casi peor que cuando gruñía... Y si al Barcelona le ganaba el Bilbao, entonces ya no podía dirigirle la palabra. Yo no soy una mindundi y me pasaba tres días pensando para pedirle el día.*

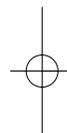
*Públicamente era majísimo siempre de bromas pero cuando había algo que le decía algún cliente que no le cuadraba, le seguía sonriendo (hace mueca imitándolo) pero entraba en la cocina soltando cagamentos y rompiendo cosas. Pasaba miedo, tía, gritaba, insultaba, rompía cosas. De romperme platos ya para servir y tener nosotras que volver a cocinarlos. Ya no aguantaba más, mi madre me lo decía incluso, que me fuera.*

*A mí directamente no me decía nada pero siempre se estaba metiendo con los vascos, con los gays, las lesbianas, era un racista de mierda y hacía comentarios machistas y racistas, sobre todo por mí, para faltarme el respeto. Directamente nunca me dijo que yo fuera una mierda, pero las voces, romper cosas en la cocina que yo había hecho, su tono de voz, las bromitas, el desprecio con que me miraba y hablaba... al principio encantador, ya te digo.*

*Trabajaba acojonada, te va minando y tú luego te sientes una mierda, y es que además las mujeres nos lo creemos, el sentimiento de culpa las mujeres lo tenemos más que otra cosa. Te anulan, te hacen sentir mierda... la novia estaba igual.*

*Me engañó, era un encanto, pero a los cuatro días... Estuve tres meses, casi muero (silencio) Las bromitas, por ejemplo, si quería que yo saliera de la cocina a hablar con algún cliente decía: “Patri, sal un momento que te quito el candado”. Bromas así todo el tiempo, y rompiendo cosas, en público muy majo pero luego en la cocina...*

*Un día me dijo: “¿las croquetas, están de una puta vez?” y yo le dije: “qué croquetas, no me pediste croquetas”. Me dijo muy agresivo si estaba sorda. Pero es que de verdad, te lo juro, que no me las había pedido, así que luego le pregunté a la*



*hermana que también estaba en cocina: “¿tú le oíste pedirme las croquetas?”. Y la hermana no me contestaba, y yo: “que si le oíste” y ella nada, y venga otra vez, “que oye te he hecho una pregunta” y ella no me contestaba. No se atrevía a decirme la verdad, que él no me había pedido las croquetas, porque le tenía miedo. [...]Tenía que pasar alguien por allí que lo viera por una mirilla, una inspección de trabajo o algo, algo que pudiera poner a ese tío en su sitio... pero qué haces, si tras de ti hay cuarenta, si no te gusta te vas y punto. Es lo que hay amiguina, no te compensa armar lío, quién te va a escuchar... ¿Zapatero? ¿Super ZP va a venir a salvarte? (Ríe) No hija, no, no son así las cosas, aunque bien mirado, a mí el ZP me pone un punto, sí, sí que me rescate él en plan con capa y todo... (risas).*

Patricia tiene treinta años y vive compartiendo piso en Oviedo, aunque es de Bilbao. Ha trabajado como buzoneadora, limpiadora, dependienta, en *telemarketing*... Ahora trabaja como cocinera y el período al que se refiere fue cuando estuvo también de cocinera en otro restaurante.

Su testimonio es largo pero muy importante. No se ha cortado nada dada la envergadura de los acontecimientos. Se podría decir que Patricia ha sufrido un caso de *mobbing* o psicoterrorismo laboral, según terminología de psicología del trabajo, pero lo que más llama la atención es que el suyo se parece demasiado a un caso de violencia de género en el seno de la pareja. Ninguneos, controles, chantajes emocionales, control del dinero, romper cosas, celos, broncas, paternalismos... hay muchos estudios que explican cómo se pasa de la luna de miel al infierno. Pues bien, Patricia ha sufrido vejaciones de su jefe que de sufrirse en el ámbito de la pareja llamaríamos violencia de género. Esperar a ver qué humos trae para pedir el día libre, aguantarle bromas hirientes, desprecios y control total de la comunicación, soportarle que rompa objetos violentamente y que desprecie su trabajo a un hombre que, cosa típica, es públicamente majísimo pero “descarga” con las trabajadoras el mal humor que se traga ante la clientela. Situaciones que en un test de prevención de violencia de género darían la máxima puntuación. “Trabajaba acojonada, te va minando y tú luego te sientes una mierda”. Elijamos al azar algún tipo de estudio, guía, o material sobre prevención de violencia de género, aunque yo prefiero llamarlo terrorismo patriarcal o machista, y nos encontraremos un listado de técnicas de maltrato iguales a las que su jefe practica con Patricia. Vayamos por partes. Primero, la llamada “luna de miel”. Al igual que un novio, al principio el jefe de Patricia era muy agradable: “A mí al principio me pareció genial, muy trabajador”, de tal manera que cuando empieza a asomar la agresividad, Patricia o cualquier novia no acaban de creérselo y esperan a ver si cambia y vuelve a ser el de antes. Otro rasgo: virtudes públicas, miserias privadas, es decir, de cara a la galería el maltratador puede ser un tipo simpático, que gusta de quedar bien con todo el mundo pero cuando llega a casa sale el monstruo. En el caso de Patricia la diferencia se establece abismal entre el trato a los clientes y el maltrato a las trabajadoras. Otro rasgo que ya daría muchos puntos en un test de prevención de violencia de género es el de romper objetos de la mujer consiguiendo así

atemorizarla, pues los objetos rotos parecen decir: “la próxima vez puedes ser tú”. Tengamos en cuenta además que en este caso lo que se rompen son platos elaborados por Patricia, con lo cual no sólo se la asusta, sino que se la humilla al destrozar un trabajo que ha llevado su tiempo. Patricia se da cuenta además de que la novia de su jefe, una mujer muy valiosa, tiene la autoestima destrozada, y también reconoce que ella misma, que tiene bastante conciencia de clase y de género, pues ha sido militante en un partido de izquierdas y en asociaciones de feministas y de lesbianas, se pasaba tres días atemorizada para pedirle el día libre que le correspondía. Ella, al igual que la novia, vio mermada su autoestima hasta el extremo de que su madre, que vive en Bilbao y ve ocasionalmente, ya desde la distancia nota el malestar de su hija y le recomienda cambiar de trabajo. Recordemos sus palabras: “Trabajaba acojonada, te va minando y tú luego te sientes una mierda, y es que además las mujeres nos lo creemos, el sentimiento de culpa las mujeres lo tenemos más que otra cosa. Te anulan, te hacen sentir mierda... la novia estaba igual”. Con estas palabras Patricia añade además la perspectiva de género, sabe que en lo de perder la autoestima, por milenarias razones patriarcales que no podemos desarrollar ahora, las mujeres somos las más expertas.

Los miedos y tensiones en la comunicación son otra forma de maltrato que podrás encontrar en cualquier guía de prevención de violencia de género y que también ha sufrido Patricia. Cuando él aparece en la cocina las trabajadoras se ponen tensas como se ponen la mujer y las hijas cuando el papá maltratador abre la puerta de su casa. Los cambios de humor imprevisibles, el marcar él unilateralmente unas reglas de comunicación plagadas de bromas ofensivas, agresividades y chantajes son otras de las tácticas del jefe de Patricia que muchos hombres siguen con sus parejas. Tácticas que las trabajadoras no comprenden muy bien, para eso también él las adopta, para tenerlas en vilo, y acaban por no saber cómo abordarlo pues a veces está días sin dirigirles la palabra y con certeza sólo saben que de perder sus equipos de fútbol más vale no abrir la boca. Es el Rey de la selva y con un solo gruñido tiemblan sus cervatillas. Su hermana ha llegado a tal nivel de sumisión que no se atreve a decirle a Patri que él, el jefe, no ha pedido la croquetas. El temor a llevarle la contraria es otra de las sumisiones aprendidas por las mujeres que han sido víctimas del terrorismo psicológico y físico de sus parejas. Otra forma de controlar a la víctima es a través del dinero, en el caso del entorno laboral esto es más abundante y en los tres meses del caso de Patricia este abuso económico se traduce en que le escamotea sus días libres, que son dinero, y en que, como nos dice una vez apagada la grabadora, al marcharse del trabajo su jefe no le dio el finiquito. El sentimiento de propiedad que tradicionalmente ha sentido el hombre hacia su mujer se repite ahora en el jefe hacia su empleada.

Otro dato más que convierte a Patricia en lo que podríamos llamar una víctima de violencia de género laboral o patronal es que sufrió secuelas psicológicas y tardó un par de meses en recuperarse de los tres meses de trabajo en esa cocina del infierno.

La ventaja de Patricia con respecto a la novia de su jefe es que dejar un trabajo es más fácil que dejar una pareja, y es además bastante difícil que su jefe la busque para asesinarla. Digo que es más fácil dejar un trabajo que a la pareja, pero quizás eso sea decir mucho porque, por ejemplo, Patricia, pese a estar bastante ideologizada, reconoce en otro momento que su autoestima laboral quedó por los suelos, que llegó a sentirse una inútil y a pensar que nunca más iba a encontrar trabajo. Si la chica que ha sufrido maltrato en la pareja se cree fea, inútil, ignorante e incapaz de vivir sin la sombra agigantada de Él, la trabajadora que sufre el mismo acoso en el trabajo piensa que va a tener muy difícil encontrar trabajo, pues el maltratador patronal la ha desvalorizado tanto que piensa que nunca más podrá ganarse la vida.

Por qué aguantó Patricia, por qué no denunció. Porque la legalidad, entre otras cosas, requiere tiempo. Las trabajadoras y trabajadores la mayoría de las veces no tomamos medidas de defensa, ni siquiera acudiendo al sindicato, porque o invertimos nuestro escaso tiempo en buscar otro trabajo nuevo y mantenerlo (y en formarnos y en cuidar de la familia y en desplazamientos) o invertimos tiempo en defender nuestra dignidad. Acaba por dar pereza porque no da tiempo y porque no confiamos en Inspección de Trabajo y mucho menos en los sindicatos. Es así, sobre todo las jóvenes trabajadoras flexibles que muchas veces carecemos de contrato, y que de acudir con nuestros “extraños” casos al sindicato oiremos una y otra vez: “buf, es que tu caso es complicado, es que nosotros (*nosotros*) en ese sector tuyo no tenemos a nadie, es que es muy difícil de demostrar lo que dices, es que para cosa tan pequeña no te merece la pena meterte en líos, es que si fuerais alguna más, pero tú sola... buf, lo veo crudo, etcétera, etcétera, etcétera”. Oirás entonces una y otra vez a ésta, ésa y aquélla trabajadora que “pasa de meterse en líos porque, total, no va a sacar nada y al final van a darle la razón siempre a los mismos”. Ésta es la verdad de nuestros espíritus reivindicativos. Al menos la verdad de la mayoría. Porque además, conviene no olvidarlo, cuando buscas trabajo es muy posible que en la nueva empresa a la que aspiras a entrar llamen por teléfono a tu último trabajo para averiguar de qué pie cojeas. Y no basta con que omitas de tu *curriculum* ese último empleo que acabó en los tribunales, pues sólo tienen que pedirte además tu vida laboral si albergan la sospecha de que les ocultas algo. ¿Y tú con qué excusas te vas a negar a darlo? Y en verdad que tampoco hace falta que averigüen nada con documentos, en mundos laborales más cerrados donde se conoce todo el mundo ya la fama de reivindicativa es suficiente para cerrarte unas cuantas puertas. Pero imagina que aún así Patricia o cualquier otra trabajadora que haya vivido semejante trato se anime a denunciar. Qué les espera entonces: tiempo y más tiempo, ya lo dijimos, y el calvario de demostrar ante jueces y juezas que eso que sufrió en su psique, eso que le hizo su jefe sin dejarle marcas en la piel constituye delito. La trabajadora tendrá que prepararse psicológicamente para pasar por diversas pruebas, entre otras, que la traten de loca, de exagerada, de histérica, de mentirosa... Pasará por calvario semejante al que han tenido que pasar muchas mujeres víctimas

de violencia de género cuando se animaron a denunciar. No es un camino fácil. Hay que demostrar mucho y en demasiados casos los jueces y juezas tenderán a ponerse de parte del agresor. Y Patricia, al fin y al cabo, como trabajadora tampoco ha ido nunca a casa con un ojo morado o ha acabado en urgencias por palizas de su jefe. Es todo más inmaterial y por ello más difícil de demostrar.

Y con estos paralelismos que intento establecer entre la relación de pareja y la relación laboral quiero que hablemos de cómo consideramos a los espacios. Me explico, hace unos años, muy pocos, poco más de diez, la violencia de género o terrorismo machista era considerada violencia doméstica o crimen pasional, cosa de matrimonios, cosa de novios, asuntos privados en los que era mejor no inmiscuirse<sup>43</sup>. Tópicos hoy denunciados por las campañas de sensibilización, tópicos del tipo: “allá ellos”, “en lo que pasa en una pareja es mejor no meterse, si luego a los dos minutos van a estar besándose...” La violencia de género era cosa privada, era casi secreto de alcoba, era como meterse hoy en día con un matrimonio porque practica el sadomasoquismo. Pero afortunadamente ese espacio privado criminal que era muchas veces la pareja pudo abrirse a lo público gracias al trabajo de las feministas. Y el Estado incluso, el Estado con sus mayúsculas, el Estado como espacio público por definición, intervino de manera más sistematizada en el 2004 a través de la Ley Integral contra la Violencia de Género, que tendrá sus más y sus menos, pero supone una ruptura abismal con respecto a unos años noventa, sin ir más lejos, donde la paliza a la vecina difícilmente iba a ser tomada muy en serio ni por la policía, ni por las leyes, ni por la ciudadanía misma. Y así, al tomar el Estado cartas en el asunto, tras años de machacona insistencia feminista, un problema hasta el momento “íntimo” se convirtió en asunto de la *polis*, en cuestión pública. Eso sí, todavía no tanto como para equipararlo al terrorismo aunque ocasione muchas más muertes.

Todo esto quiero dejarlo bien claro para que se vea cómo afortunadamente un espacio privado se convirtió en público para defender la vida y la integridad de las mujeres, y para que establezcamos la oposición con lo que está pasando con los espacios de trabajo que cada vez se convierten más en espacios privados donde el Estado protector o los llamados agentes sociales que son los sindicatos tienen menos capacidad de actuación. La pareja se hace pública y el trabajo se hace privado merced a todas esas dificultades que he enumerado tendría que pasar Patricia si se animase a denunciar. Las vuelvo a repetir: falta de tiempo, falta de confianza en la legislación, falta de confianza en las instituciones judiciales, incompetencia por parte de los sindicatos, difícil demostración de los riesgos laborales psicológicos

43. Todavía recuerdo como cuando yo tenía doce años, hace dieciocho entonces, un hombre dio una paliza a su mujer a la puerta de mi colegio. Todavía recuerdo como muchas madres y profesores decían que “algo habría hecho ella” y que eran “cosas de gentuza”, que no había que meterse, que se notaba bien que ella no era trigo limpio y que él, el pobre, estaba desesperado. Dios, si hasta había sangre por el patio. Y estoy hablando de mediados de los noventa, no de tiempos de Franco.

asumidos por las trabajadoras del sector servicios y baja autoestima laboral inoculada por esas supuestas otras veinte mujeres que aspiran ansiosas como tú a ese puesto de ayudante de cocina.

Y con todo esto, unido a los sucesivos recortes de los derechos laborales que con cara de bobas estamos asumiendo en los últimos años, el espacio de trabajo se convierte en un espacio privado donde el gerente, jefe, empleador, patrón, dueño, empresario, o cómo quieras llamarlo, actúa casi como marido en la cama, como marido de los de antes. Quién vendrá a iluminar y a proteger a esa trabajadora vejada, ¿el sindicato, la inspección de trabajo? si ni la trabajadora misma es muchas veces capaz de reconocer claramente su penosa situación. Si además llegamos a sufrir el síndrome de Estocolmo repitiendo expresiones como: “no, si para encima que me da trabajo, no le voy a hacer esa jugada”. Y se prefiere evitar el conflicto porque en cosas de la pareja es mejor no meterse, que se decía antes, y en cosas de la empresa, se llega a decir ahora, tampoco. Preferimos arreglarlo de tú a tú con el empleador, sin montar demasiado jaleo y con una buena sonrisa no vaya a ser que nos coja manía. Y ese de tú a tú que ahora tanto se estila convierte al trabajo en algo íntimo donde es muy difícil intervenir. Pues las luchas acostumbran a ser colectivas, y la trabajadora, cara a cara con el jefe o con la chica majísima de recurso humanos que te lleva a su terreno, poco puede llegar a conseguir.

Y no vamos a culpabilizar a la víctima, como tan a menudo ocurría y ocurre con la violencia de género cuando se decía eso de que “la culpa es de ellas, algo habrán hecho” o cuando se dice ahora: “desde luego muy tontas son para aguantar eso, eso a mí no me pasaba”. No vamos a culpabilizar a las trabajadoras, pues hemos de reconocer que si las trabajadoras de hoy aguantan hasta la vejación no es por su tontería o porque se lo merezcan por inútiles, sino porque las continuas reformas laborales neoliberales de los últimos años nos van dejando poco a poco desnudas de derechos y eso, unido a la escasa eficacia de los sindicatos (y que no nos falten), y a la pertinaz desideologización orquestada con las fuerzas culturales y mediáticas desde los años ochenta, han ido convirtiendo a las trabajadoras y trabajadores de hoy en víctimas sumisas. Y porque el sindicato es una de las instituciones más masculinizadas que existen y a una mujer joven precaria la miran, con suerte, con paternalismo inútil, es decir, pensando: “pobrecillas, cómo están, pero poco podemos hacer”.

Y a veces como es el caso de Patricia, “Tenía que pasar alguien por allí que lo viera por una mirilla, una inspección de trabajo o algo, algo que pudiera poner a ese tío en su sitio”, clamamos por algún agente externo que nos libere, una inspección de trabajo, un Estado que regule nuestras condiciones y, como llega a decir Patricia en broma, podemos llamar al superhéroe Zapatero para que nos defienda como mujeres y trabajadoras... “Pero no hija, no, no son así las cosas” ella misma lo sabe y, añadimos nosotras, así como la liberación de las mujeres será y ha sido obra exclusiva de sí mismas, nadie nos ha concedido nada, sino que se pelea cada más

mínimo avance, lo mismo sucede con las trabajadoras y trabajadores. Si no somos nosotras mismas las que plantamos cara ningún agente externo nos va a liberar. Entre todas, colectivamente claro está, aunque también desde la autorganización. No cabe esperar a que llueva del cielo reforma laboral alguna que nos proteja o algún dulce inspector de trabajo que alivie nuestra carga. Digo esto porque como avisa ya el sociólogo de la Universidad Complutense de Madrid, Andrés Bilbao en el estudio *El empleo precario. Seguridad de la economía, inseguridad del trabajo*, la principal finalidad del derecho del trabajo es la creación de empleo, casi sin importar las condiciones de ese empleo. Y ya en segundo lugar el derecho del trabajo se ocupará de proteger a la clase trabajadora. En segundo lugar. De este modo la protección de las trabajadoras y trabajadores se mantendrá sólo si no impide la creación de empleo. Esta nueva etapa del derecho del trabajo se inicia más concretamente en 1994 cuando el presidente del Tribunal Constitucional señalaba que el objetivo primordial de derecho del trabajo era “ponerse al servicio y como instrumento para la consecución de un mejor nivel de empleo”. Es decir, que el derecho del trabajo ha de subyugarse a la creación de empleo no importando las condiciones. Esto dista bastante de la anterior visión del derecho laboral como sistema de protección de la clase trabajadora, la parte más débil (en realidad “debilitada”) de las relaciones laborales [1999,26-27]. Así que, pasito a paso, incluida esta concepción del derecho del trabajo, no es extraño que el empleo se acabe convirtiendo en alcoba a la que es muy difícil ponerle la mirilla de la que hablaba Patricia. No sea que estemos vulnerando el honor y el derecho a la privacidad de los empleadores.

**14. Conclusiones**  
**De Fragel Rock a la utopía**  
**El decrecimiento colectivo**



## 14.1. De curris a consumistas de Fragel Rock

### Revisión del hábitat económico europeo

Antes se decía que había que trabajar para levantar el país. Quienes vivieron la posguerra, como la abuela de Liber, tenían muy interiorizada la ética del trabajo que te dice cada mañana que hay que trabajar para levantar España, y no sólo para alimentar a la familia. Hay que arrimar el hombro, saldremos adelante con el sudor de la frente del español y el embarazo constante de la española. Este discurso era el que inspiraba a un buen número de trabajadores y amas de casa bajo el modelo fordista que expliqué en la introducción.

Hoy para salir de la crisis (resultaría carca decir “levantar el país”) se necesita la confianza de los consumidores. Cuántas veces habremos escuchado en los últimos meses a ministras, ministros y periodistas alentar a la multitud consumidora serenándola y pidiéndole actos de fe... Antes se exhortaba al trabajador y a la ama de casa para levantar el país, hoy se exhorta a la consumidora y sobre todo al consumidor. El ahorro ya no es virtud patriótica. El hombre que ahorra ya no es virtuoso, (“virtud” viene de *vir*, varón). Hoy el varón debe dejarse llevar por la concupiscencia del acto de consumo. Elegir perpetuamente en el gran bazar. Las mujeres obviamente debemos hacer lo mismo, aunque nuestros consumos sean más humildes porque tener menos poder adquisitivo. La industria del coche, supuestamente indispensable para salir de la crisis, depende bastante menos de nosotras las mujeres.

Antes éramos *curris*, aquellos animalitos que no paraban de construir mecanos en Fragel Rock, la serie de muñecos de felpa que tanto nos gustaba de niñas. Vamos a servirnos de la nostalgia no sólo para vender tonterías sino también para explicarnos mejor el mundo. Los curris se pasaban todo el día construyendo para levantar edificios que se comían de inmediato los muñecos de felpa más grande que eran los ciudadanos propiamente dichos de Fragel Rock. Curris constantemente trabajando para saciar la voracidad de unos muñecos mayores, eso eran los españolitos y españolitas esclavos de la tecnocracia franquista. Hoy hemos subido a la categoría de ciudadanas y ciudadanos de Fragel, ya no somos *curris*. Ahora el país y el mundo depende de nuestra voracidad, de que consumamos los mecanos que construyen los curris de China, Turquía, Corea... porque, ya lo dijimos varias veces, la nuestra ya no es una economía productiva sino de servicios. Consumimos y no producimos. Pero el dinero, pese a todo, tenemos que seguir ganándolo si queremos comer los mecanos de los *curris* de los países empobrecidos. Y cada vez hay menos dinero en los bolsillos de la clase trabajadora y más deseo de consumo en sus mentes. Por qué menos dinero pues porque desde 1997 al 2007 los beneficios empresariales subieron en España un 73%, mientras que el salario medio cayó un 4%. Empresariado: +73, clase trabajadora: - 4. Gentes que se caen de los andamios como piezas de Tetris, subvenciones a empresarios “coge la pasta y corre”, jornadas extenuantes sin asegurar y por setecientos euros, colmenas llamadas pisos a



precios posgeneracionales (es decir, que los acabarán de pagar las hijas o los nietos), pisos que ya empiezan a embargarse, mujeres maltratadas por la patronal y no sólo por sus parejas, prostitutas de todos los colores y sabores para los más variados gustos, trabajadoras brillantes que tienen que rebajar su *curriculum* para no asustar, jornadas tan intensas que producen depresiones y anorexias, incertidumbre constante, tiempos libres robados por la formación continua, empresas que juegan a ser tu familia, trabajadoras completamente fagocitadas por las nuevas tácticas de recursos humanos que llegan a pensar que la empresa es también suya, limpiadoras con neumonía que temen coger la baja o coger fama de enfermas y perder su trabajo, riesgos laborales emocionales y mentales en definitiva que ningún sindicato parece estar muy dispuesto a asumir... De algún lado tiene que salir ese más setenta y tres y ese menos cuatro a favor de la patronal. No sólo de explotar tierras y gentes en el llamado tercer mundo. Aquí todavía es posible y conveniente la explotación. Sobre todo de las trabajadoras más jóvenes, flexibles y polivalentes que hacen el trabajo de cuatro por el precio de una.

Y pese a toda esta precariedad, consumimos compulsivamente, consumimos pese a los daños que nos produce el trabajo donde conseguimos el dinero. Nos duele tener que imaginarnos un tiempo de ocio sin viaje por Europa, fines de semana de casa rural, sin cenas, sin deportes de pago... sólo Griselda era capaz de vivir su tiempo libre libre también de dinero. Digamos que sólo Griselda y Luz mantienen una relación casta con el dinero, el resto, como denunciaba ésta última, vive muy por encima de sus posibilidades. Comportamiento de la clase trabajadora de los últimos años, pues mis padres, sin ir más lejos, guardaban antes mucha prudencia en el gastar. Y seguro que los tuyos también, y eso que antes había más dinero real, más trabajo fijo. Era como si media España hubiese ganado el sueldo para toda la vida de Nescafé. Pues bien, pese a esos trabajos fijos, la clase trabajadora antes trataba al dinero digamos que de usted y tomaba muchas medidas profilácticas antes de gastarlo. Pervivía todavía cierta visión rural del dinero donde las compras eran más escasas. Se compraba siempre en la misma tienda y las madres se escondían cuando entraban en la tienda de la competencia. O enviaban a las crías para no pasar ellas vergüenza. Pervivía cierto pudor en el gastar. Qué preliminares para gastar mil pesetas, como hacer el amor llenando la habitación de velas, incienso y champán. Pero en la última década la clase trabajadora, o más bien precariado, nos hemos magreado con el dinero promiscuamente, como en un Carnaval de Río. Todas y todos ahí, a ritmo de Carlinhos Brawn dejándonos manosear lujuriosamente por banqueros y constructores. Todavía duran la borrachera y la batucada, pero quedan cada vez menos billetes y la precariedad laboral, con la crisis, va en aumento. Pero no podemos reducir en exceso nuestro nivel de consumo porque entonces perderemos los trabajos y las amistades. Necesitamos consumir máquinas, ya lo dije, para poder trabajar, y necesitamos consumir servicios para poder socializar. Es decir, que consumimos tecnología para cumplir en la vida laboral (coche, móvil, portátil, Internet, etc) y consumimos hostelería y más tecnología para cumplir en la vida social.

## 14.2. La salud es política

### La asistencia psicológica y el papel iluminador de la clase médica

Hay una crisis de sentido, no por la muerte de Dios, que dicen algunos filósofos, sino porque cada vez más gente pasa más horas en trabajos que no tienen eso, sentido. Ni por el salario ni por la utilidad pública. Las crisis espirituales que tanto asustan a los religiosos le deben mucho al sinsentido de nuestros trabajos. Y no tanto a las siniestras maniobras de la izquierda. El colega de Griselda que trabajó revisando que las cajas de los Play Movil estuviesen bien colocadas, al final de su jornada, ¿se siente bien?, ¿siente que ha invertido su valiosa energía vital en algo hermoso, útil socialmente?, ¿puede una persona, millones de personas, dedicar un tercio o más de su vida a trabajos nefastos o inútiles sin que eso acabe pasando factura a nuestra humanidad?, ¿qué dolores en el alma puede sentir a la larga, quietamente quien vigila Play Movils frente a quien por ejemplo elabora pan que va a ser sustento humano? Repito las palabras de Griselda: “Dios, no tiene sentido, nos reímos, pero es jodido, muy jodido. Eso tiene que ser malo para el karma, seguro”. La clase trabajadora no es un rebaño que pueda contentarse con vacuidades, a la larga el sinsentido se paga. De una manera u otra porque la salud no es una cuestión de azar. No es por casualidad sino por causalidad que sufrimos lo que sufrimos. La consulta médica está llena de casos de clase y género. La trabajadora, el trabajador corporaliza, somatiza, materializa su sufrimiento de diez horas diarias en el trabajo, y si éste es un sinsentido eso acaba pasando factura más aún. Y si además el trabajo pende de un hilo porque el empresario gana más especulando que produciendo, pues peor.

Por otro lado, si la mayor parte de las trabajadoras de hoy ponen sus capacidades mentales y emocionales a funcionar en trabajos de cada vez más responsabilidad y menos contrapartida salarial, resulta más que evidente que han de tener cubierta una asistencia psicológica de cierta calidad, y no solamente la asistencia física como sucede ahora. Recordemos que esto era lo que reclamaba Liber, una de las trabajadoras entrevistadas que más ha sufrido en carne y mente las consecuencias de un trabajo mental excesivo. El cognitariado sufre igual o mayor cantidad de riesgos laborales que el proletariado, sólo que estos riesgos han de ser subsanados y prevenidos con la psicología y no con la traumatología, por poner un ejemplo bien físico del obrero de la construcción que rompe una pierna. Y hasta el momento el malestar de las trabajadoras del sector servicios, de quienes manejamos pacientes, clientes, alumnas e informaciones que nos acaban por robar, tarde o temprano, la paz mental, está siendo masivamente despachado a través de drogas, de drogas ilegales como ya vimos que nos contaba Ronin de la hostelería, y de drogas legales como los tranquilizantes, los somníferos y los antidepresivos. Veintiocho millones de cajas de antidepresivos y tranquilizantes se recetaron en España en el 2008. El 85% para mujeres, de donde se deduce que ésta es una tierra de expertas en *transiliums, prozacs, orfidoles, seroxats, tranquilimacines...* Averiguar porqué nosotras consumimos más drogas de este tipo que los hombres requiere exhaustividad, pero

aventuremos algunas hipótesis: nosotras solemos acudir más a la consulta médica y somos por definición patriarcal más inestables mentalmente que los hombres. Somos la loca de la casa por antonomasia, según la tradición, y no porque haya malas condiciones laborales y vitales que nos generen esa inapetencia, esa bulimia, esa tristeza, ese insomnio, esa úlcera, esa debilidad... No es la perra realidad, laboral en este caso, la que nos enferma, sino que somos nosotras solitas según una visión sesgadamente patriarcal las que “nos ponemos de los nervios”. Antaño decían que nos volvíamos locas por el útero, porque era con él que pensábamos las mujeres y por eso a miles de nuestras ancestras se les acabó por estirpar dicho órgano, por ver si así serenaban sus histerias, que según la ciencia de aquel entonces nada tenían que ver con las degradantes condiciones simbólicas y materiales en que se hacía vivir a mujeres de toda clase. Hoy como ayer, a la hora de diagnosticar, empezamos la casa por el tejado y se dice que una tiene depresión porque no segrega suficiente serotonina, como aquel médico ridiculizado por Molière que decía que el opio provocaba el sueño porque tenía la *virtus dormitiva* o como si explicáramos que somos altas argumentando que eso es debido a que tenemos mucha estatura. Hoy ya se reconoce que las mujeres pensamos con el cerebro, no con el útero, algo hemos avanzado, y entonces nuestro problema viene de nuestros neurotransmisores o incluso de nuestros genes. Y se nos receta la pastilla oportuna sin preguntarnos si no será por un mal trabajo o incluso por un caso de violencia de género por lo que nos estamos deprimiendo y están fallando nuestros neurotransmisores. Cuántos casos de depresión se zanan recetando un antidepresivo sin llegarse nunca a saber que la mujer vive con un maltratador, o lo que es más difícil de averiguar y sucede más a menudo de lo que pensamos, trabaja para un maltratador, como le sucedió a Patricia. De qué sirve recetar un antidepresivo si la paciente acude ocho o diez horas diarias a un trabajo que le destruye la autoestima como vimos que le pasaba también a Griselda, de qué sirve si sabido es que la baja autoestima está íntimamente relacionada con la depresión. La clave está en no ir nunca a la raíz, cuando lo que exige la salud es precisamente lo contrario, *radicalidad*, sumergirse en las raíces de nuestros males. Las mujeres tomamos drogas para tirar del carro de la familia, del Estado, de la empresa, de la vida, para tirar de todo sin autoestima, sin aplausos, sin *coach* que nos anime y mime como vimos que reclamaba una Blanca que tanto se había ocupado de la carrera de su chico. Parece que una se deprime porque sí, pero lo más justo sería cambiar el verbo, una no se deprime, sino que la oprimen. Cambiar la voz pasiva por la activa, cambiar el verbo *deprimir* por el *oprimir*. Y éste ya es un paso importante, porque saber ubicar al enemigo fuera de nosotras y no sólo en nuestro cerebro, como tanto se estila en los últimos años, es condición indispensable para avanzar en el camino de la salud y la plenitud.

Por otra parte, por seguir explicando este consumo voraz nuestro de peligrosas drogas legales, no está de más recordar que además los hombres acuden más a otras sustancias para serenar sus problemas, pues al salir del trabajo más hombres que mujeres se refugian en el alcohol y en otras drogas ilegales. Nosotras también

acudimos a esos escapes, ya lo vimos, pero la tasa de alcoholismo y de consumo de cocaína y hachís es mayor en ellos. Ellos se relajan y se activan más con el alcohol y la coca y nosotras en cambio acudimos más a las drogas de farmacia.

El malestar psicológico es muy inespecífico. Muchas de nosotras somos capaces de hablar horas y horas de nuestro cuerpo, de los dolores de rodilla, de las migrañas, de las fibromialgias... pero somos incapaces de hablar del alma, de definir nuestro estado mental, nuestros niveles de felicidad, nuestro nudo en la garganta. Somos incapaces de verbalizar nuestra psique, carecemos de palabras para afrontar nuestro ser más íntimo. Y si no somos capaces nosotras mismas a solas de reconocer la causa externa de nuestro malestar para poder así tomar medidas, hemos de conformarnos entonces con la medicación, pues por el momento no tenemos derecho a consulta psicológica en la Sanidad Pública que nos ayude a afrontar esos problemas que no sabemos reconocer. Si queremos atención psicológica y no sólo fármacos, hemos de pagarla y esperar a ver los resultados porque, a diferencia de las pastillas, las terapias psicológicas exigen más tiempo; y tampoco tenemos muy claro si podemos permitirnos el lujo de esperar para mejorar y seguir rindiendo, el trabajo no entiende de enfermedades, ya lo vimos con Noelia. Es más rápido *medicalizar*, palabra que hace referencia a cómo la industria farmacéutica a través de las y los profesionales de la salud llena nuestros estómagos de unos medicamentos que demasiadas veces no hacen sino agravar nuestros problemas, pues no sólo no sanan sino que añaden más enfermedades, los llamados eufemísticamente “efectos secundarios” o iatrogenia, a la inicial. Recetarnos una y otra vez somníferos, antidepresivos o calmantes a las mujeres es engañarnos y envenenarnos. Cada vez hay más voces en contra de esta visión de la medicina que reduce a sus profesionales a “escribidores” de recetas. Sobre esto me permito la cita de un médico: “No es sólo el trabajador el que se autoengaña al medicalizar su conflicto, eludiendo todo compromiso de abierta lucha por otras condiciones laborales más favorables y dignas. También el médico que aborda en primera instancia estos achaques de los trabajadores está comprometido en el tema de fondo. Si el galeno en cuestión mira desde una perspectiva meramente corporal o somática (unidimensional en una palabra) las molestias que el trabajador le comenta en consulta, cometerá un grave error de apreciación en su praxis médica, puesto que no investiga debidamente la etiología de los síntomas que el paciente le describe; el acto médico quedará alicorto, limitándose a la prescripción de fármacos paliativos que taponan los síntomas más molestos para el paciente, pero quedará el conflicto sin resolver” [Sánchez Vallejo 2008, 24]. Ésta es la voz de un médico, pero ya hemos insistido en esta misma idea a lo largo del estudio, hemos visto cómo las chicas entrevistadas taponaban sus problemas con pastillas, con cafés, con atracones de azúcar... Juan Sánchez Vallejo, así se llama el médico en cuestión, es en la actualidad un médico de familia en Iruña (Navarra) y también ha sido psiquiatra y activo sindicalista. Tiene un libro muy clarito en el que llega a reclamar a sus colegas de profesión que se impliquen más en la mejora de las condiciones laborales de sus

pacientes al menos haciéndoles ver el origen de sus males. Arrojando luz, no taponando con recetas. El libro se titula *Con el sudor de tu mente. El estrés laboral o cuando la plusvalía se cobra como propina la salud mental del trabajador* con ese título no requiere más presentación. Es una joya por su claridad, profundidad, lucidez y compromiso militante. Una de sus tesis principales, que ya expuse hace unos párrafos, es que la salud no es una cuestión de suerte y que es por causalidad y no por casualidad que nos enfermamos de lo que nos enfermamos. *Causalidad*, de causas. Medicalizar el conflicto laboral es autoengaño. ¿Y por qué se produce ese autoengaño? porque es muy huidizo el malestar psicológico derivado del trabajo, si nosotras mismas somos incapaces de establecer la relación entre esa úlcera, esa depresión o esa fibromialgia y el trabajo, ya lo dijimos, cómo vamos a esperar que el médico o la médica, que apenas nos asiste cinco minutos, sepa establecerlo. No hay tiempo, pero muchas veces tampoco hay voluntad. Quien cuida de la salud de sus pacientes ha de reivindicar por las mejoras del mundo del trabajo, pues es más allá de la consulta donde se gesta la enfermedad y es más allá de la consulta donde hay que pelear por la salud. Evidentemente Sánchez Vicente no pide que toda la clase médica se movilizara con el puño alzado, pero sí pide al menos más concienciación, más escucha y menos medicalización, es decir, pide que no se engañe a las pacientes con drogas cuando es la mezquina realidad laboral la que está provocando la enfermedad<sup>44</sup>. Nuestra médica o médico debe, y cito ya directamente al médico Sánchez Vallejo: “situar al trabajador ante el origen de su malestar, ayudándole a analizar las consecuencias de lo nocivo de su ambiente laboral. Debe, en resumidas cuentas, sacarle del error de pensar que lo que le ocurre le ha sobrevenido “por casualidad”, o por mala suerte, o por razones de una supuesta frágil constitución biológica. No; la salud no es una cuestión de tener más o menos suerte en la vida, aunque así se nos quiere hacer pensar desde algunas ideologías reaccionarias. La salud es sencillamente un derecho, y aunque también intervenga ocasionalmente en su conservación alguna circunstancia puntual relacionada con el azar, está demostrado que cuando se ponen los medios para conservarla y estimularla se llegan a conseguir cotas muy respetables de ese estado de bienestar físico, psíquico y ambiental, que es como la OMS ha venido definiendo la salud integral” [25]. Imaginemos a médicas y médicos humanistas que nos hablen claro, a médicas y médicos comprometidos por la calidad de nuestros alimentos, de nuestros trabajos, de nuestros entornos. Médicas y médicos activistas, ecologistas, militantes por los derechos de la clase trabajadora, médicas feministas que sepan que parte de los problemas de sus pacientes tienen un origen de género. Si toda la

44. Concretamente esto reivindica Vallejo: “Con una explicación didáctica sencilla seguro que conseguiremos que estos pacientes eludan el autengaño, y sigan pensando que sus achaques tienen explicaciones ajenas a lo laboral. No se trataría por tanto de pedir al médico que ponga las peras al cuarto a los empresarios, ni se erijan redentores laborales de sus pacientes, sino de algo mucho más simple y eficaz: dar luces (sobre elementos clínicos o sintomatológicos) a los que vienen a oscuras. No creo que sea pedir demasiado” [127].

clase médica entendiera la salud como algo integral que se mima y se batalla más allá de la consulta... Existen ya personal sanitario de este tipo, pero necesitamos más. Lo personal es político, decía la consigna feminista, la salud, también.

Y cuando el precariado-feminariado trabaja sin muchas expectativas de futuro, constantemente concursando, con derechos laborales cada vez más mermados y poniendo su inteligencia y sus emociones sobre el asador, los problemas de salud muy pronto llegan. Problemas hoy por hoy difíciles de explicitar por avaricia patronal, miopía sindical y por machismo (lo nuestro es todo imaginario y de nervios) y que por ello debemos mostrar, gritar y transparentar una y otra vez las trabajadoras del presente y del futuro. En resumen: es imprescindible ya una asistencia psicológica de calidad y gratuita, la clase médica ha de cumplir un papel más iluminador y menos recetador y hace falta que las jóvenes trabajadoras nos acostumbremos a establecer claras relaciones de causa efecto entre trabajo y salud. Salud emocional y mental, también. Que aunque tengamos carrera y trabajemos bien atechaditas y a nuestra abuela le parezca un privilegio con respecto a los rigores climatológicos y físicos del campo, por dejar claro el contraste entre viejas y nuevas economías, nosotras, las jóvenes polivalentes, sobradamente preparadas y endeudadas afrontamos tantos riesgos o más en nuestros higiénicos, mentales y emocionales puestos de trabajo. Porque, recuerdo las palabras de Liber, “a las carencias te adaptas pero al sufrimiento psicológico interno...”

Estos malestares del trabajo detectados en el estudio no son todavía políticos, pero podrían con el tiempo llegar a serlo. Lo personal es político, la salud es política, y lo laboral, por si lo habíamos olvidado, también. Que parece que los centros de trabajo se han convertido en los últimos años en espacios cada vez más privados, en espacios donde manda el patrón y no manda marinera alguna solitaria, aunque tenga convenio colectivo. Recuerda si no lo que le sucedió a Patricia en un espacio laboral al que parecía imposible que entrara justicia alguna no siendo en forma de superhéroe. El paralelismo que establecí tras escuchar la voz de Patricia entre el *mobbing* y la violencia de género, o entre el jefe y el marido, nos conduce a otra reflexión clave, nos conduce a reconocer cómo en los últimos años las empresas se han convertido en una suerte de espacios privados en los que es muy difícil que entere la legislación laboral. Andrés Bilbao llega a la conclusión, tras analizar las vivencias de diversas trabajadoras y trabajadores, de que la empresa no aparece como un espacio público en el que rige la legalidad, sino como un ámbito privado regido por la voluntad de la gerencia. La empresa es un espacio privado donde vale más que no se metan personas ajenas dado que es mejor no enemistarse con la persona que da trabajo. Por qué, porque sus entrevistadas han interiorizado también el discurso patronal del “tras de ti hay cuarenta, si no te gusta te vas y punto” que vimos pronunciar a Patricia. Y por ello la trabajadora aguanta y aguanta. Sabe que está siendo vejada pero el miedo al paro y a las facturas puede con su dignidad. Concretamente una de las participantes en las mesas elaboradas por Bilbao llega a decir: “También yo pienso que traga más la mujer

que el hombre. Porque al fin y al cabo las mujeres estamos trabajando y somos secundarias” [1999,83]. Este tipo de certidumbres íntimas que todavía guardan muchas mujeres emparenta con el análisis de la concienciada Patricia: “y es que además las mujeres nos lo creemos, el sentimiento de culpa las mujeres lo tenemos más que otra cosa”. Pues bien, ahora matizamos, parece entonces que ese sentimiento de culpa, si hablamos del trabajo, viene dado por esa sensación nuestra todavía de que trabajar asalariadamente no es del todo nuestra misión en la vida, que primero primero es el trabajo de los hombres, y luego nosotras ya veremos. Por tanto, puesto que parece que todavía nos hacen un favor cuando nos contratan, cuando todavía parece, según la entrevistada por Bilbao, que nuestro sueldo sigue siendo una “ayuda” y no la base de la economía familiar y aún estatal, pues entonces, dado que todavía nos sentimos accesorias en el mundo del trabajo, es bastante normal que nuestra autoestima laboral, nuestro orgullo obrero, si me permites el anacronismo, sea más frágil. Pero ya lo dije, cuando las mujeres toman conciencia de su clase y de su género, doble camino de análisis y de militancia, doble esfuerzo por tanto, acaban encendiendo mucho más su mecha revolucionaria. Si la Historia se nos hubiese explicado de manera más objetiva sabríamos que fueron las mujeres las que iniciaron la Revolución Francesa y la Revolución Rusa y son mujeres en su mayoría las que mantienen, por poner un ejemplo actual, los movimientos indigenistas de todo el mundo.

Y como mujeres trabajadoras las mejores orejas para oír nuestras miserias del trabajo son las de las compañeras que están como nosotras, y no precisamente las orejas de representantes sindicales. Hoy por hoy, en tanto que mujeres, en tanto que jóvenes y en tanto que precarias que vamos y venimos de un trabajo a otro, a ver cómo le hacemos a eso del sindicalismo, de los delegados sindicales, de los convenios colectivos, de las cuotas incluso. A ver cómo los sindicatos mayoritarios, fuertemente masculinizados, subvencionados y fagocitados por los requerimientos estatales-capitalistas<sup>45</sup>, a ver, digo, cómo le hacen para resolver las miserias del trabajo del precariado-feminariado. Así que como digo, las mejores orejas son las de las mismas trabajadoras, y no tampoco las de la psicólogas de recursos humanos que a veces pretenden hacernos creer que nos van a ayudar a solventar nuestras

45. Los escribo unidos por guión porque aunque en teoría el capitalismo debilita al Estado, en la práctica, en la realidad sucede lo contrario, no deja de asignarle funciones, trabajos más o menos sucios, como la educación de la clase trabajadora a gusto de sus requerimientos, el control de las fronteras humanas y la permisividad en las fronteras de capitales, el control policial, la proclamación de guerras que le permite vender bien caras sus armas, el control de los cuerpos a través de leyes sanitarias que le permite vender bien caras sus medicamentos, etcétera, etcétera, etcétera. Por mucho que se hable de la descentralización o del vaciamiento del poder del Estado, lo cierto es que su injerencia en la vida de las gentes cada vez es más totalitaria aunque astuta. Pensemos en los controles a los pequeños productores y productoras, en la multiplicación de todo tipo de controles de identidad y de movimiento, de todo tipo de controles burocráticos, de la cada vez más cuantiosa promulgación de leyes, de la tecnología médica que ya permite hablar a algunos pensadores y pensadoras de la *biopolítica* (control por parte de las élites de la información genética de todo tipo de seres vivos, incluidos humanos)...

crisis existenciales<sup>46</sup>. La emancipación de las mujeres será sólo obra de ellas mismas, se lleva diciendo durante décadas, pues bien, la emancipación de las trabajadoras será sólo obra de ellas mismas, como también se lleva diciendo desde el siglo XIX. Ningún maná estatal caerá del cielo para protegernos de las perversiones patronales. Porque si hasta el momento hemos tenido cubiertas ciertas garantías sociales, no ha sido por la bondad de la clase política, sino por las muchas luchas y huelgas que la clase trabajadora de otros tiempos cargó sobre sus espaldas. Otro dato histórico permanentemente obliterado de unos libros de textos o de una prensa que todavía fomentan una visión de la Historia y del presente como asunto de élites, más o menos bondadosas, más o menos socialdemócratas, que “conceden” magnánimamente derechos a la clase trabajadora.

Pero es tan difícil organizarse y luchar hoy contra esta precariedad nuestra laboral que se traduce en precariedad existencial... Si tuvimos que dedicarle un capítulo al tiempo es porque éste es cada vez más escaso, no me cansaré de repetirlo, gracias a las disponibilidad continua que se le exige cada vez más a las trabajadoras, gracias a la formación continua y gracias a los costosos desplazamientos diarios que además dejan una profunda huella ecológica. Y si el tiempo es escaso y es oro es bastante normal que la mayoría no acabe de verle la rentabilidad a eso del “organízate y lucha” de los carteles del primero de mayo. “Es lo que hay”, decimos, pero esta situación laboral no es la ley de la gravedad, inevitable, eterna y ubicua en toda la Tierra. Este sistema económico que apesta es cultural, o como se suele decir, es contingente y no necesario. El sistema es como es porque lo hacemos cada día, lo hacemos las personas y no una ley divina o física. Es sólo humano y por ello perfectamente mudable. Se puede dirigir la mirada a las mujeres y notar en ellas que son rebeldes. Se puede unir al pesimismo de la inteligencia, que nos ayuda a visibilizar las miserias del trabajo como hemos hecho en el estudio, el optimismo de la voluntad, como recomendaba Gramsci. Podemos seguir pensando en la utopía

46. De cómo los departamentos de recursos humanos pretenden hacerse pasar por una especie de consejeros espirituales o amigos del trabajador no hemos tratado mucho a lo largo de las entrevistas, pero sólo apunto que ya en los años noventa un combativo delegado sindical de una fábrica francesa de Peugeot relata al sociólogo Michel Pialoux cómo uno de sus compañeros le echaba en cara al sindicato CGT que no se había preocupado por él en el duro momento de su divorcio, mientras que los “consejeros de taller” de la Peugeot sí le habían dado su apoyo. Los consejeros de taller alientan a los trabajadores con problemas personales a que acudan a ellos y se llega al extremo de que algunos, por recibir estas migajas de sustento moral, se identifican aún más con la empresa y hacen piña en contra de los trabajadores todavía reivindicativos. La Peugeot es pionera en este tipo de estrategias psicológicas desideologizadoras de la clase trabajadora. El testimonio completo podrás consultarlo en el capítulo de significativo nombre “El desasosiego del delegado” de la obra colectiva *La Miseria del mundo* dirigida por el comprometido sociólogo francés Pierre Bourdieu. Ésta es una de sus obras más accesibles, y dado su amplio contenido de entrevistas a gentes de todo tipo, resulta una lectura muy recomendable para toda trabajador precaria. Afróntala como una novela realista y la disfrutarás sin mayores complicaciones. En nuestro estudio, similar al caso de la Peugeot, vimos a la chica del supermercado que tanto disfrutaba trabajando para una empresa que la hacía protagonista de una especie de revista del corazón para las empleadas.

como algo siempre aplazable, podemos seguir pensando que el verbo rebelarse rige siempre en pasado o en futuro, nunca en presente, pero la revolución es ahora. ¿Qué significa esto? Incorporo las palabras del irlandés John Holloway:

La *revolución ahora* quiere decir pensar la muerte del capitalismo [patriarcal, añadimos nosotras] no en términos de una puñalada en el corazón, sino más bien en términos de la muerte de un millón de picaduras de abeja, o un millón de pinchazos a un globo inflado, o, mejor, un millón de hendijas, tajos, fisuras, brechas. Puesto que el fin no es un golpe al corazón, no tiene sentido pensar que hay que esperar hasta que se den las condiciones objetivas. Siempre y en cualquier tiempo es necesario rasgar la textura de la dominación capitalista, rechazar, empujar en contra-y-más-allá. La revolución es ahora: un proceso acumulativo, ciertamente, un proceso de brechas expandiéndose y juntándose [2006, 58].

No podemos pecar de triunfalistas, pero me gusta imaginar las actitudes vitales de Luz y Griselda, las dos mujeres frugales muy escépticas con los cantos de sirena del mercado laboral como las picaduras de abeja que dice Holloway. Consumiendo poco, intentando vivir lo máximo posible al margen del dinero para poder vivir así lo máximo posible al margen del trabajo.

### 14.3. Conclusiones espirituales. Conclusiones hippies. El decrecimiento colectivo.

Me permitiré una licencia. Más allá de los libros y de la investigación de campo, yo, como mujer joven y trabajadora también tengo varias certidumbres que quiero compartir. Se trata de un saber propio, de mi experiencia personal, de verbo hecho carne tan legítimo en una investigación como citar a siete autoridades sobre la materia. El primer año de doctorado, y estaba haciendo dos, tal era la carga docente que tenía sobre mis espaldas y tan grande el estímulo de algunas de las asignaturas, sobre todo las del Doctorado de Estudios de la Mujer de la Universidad de Oviedo, que sufrí con todas las de la ley un estado de ansiedad digno de consulta psicológica. Pitidos en los oídos, insomnio, nerviosismo, lloros, problemas en la piel, digestiones difíciles, angustia, nudo en la garganta, ingestas compulsivas, vómitos... A mí, parafraseando a Liber, me enervaba tanto vivir que me desbocaba. Una amiga me pagó el psicólogo y pronto salí del bache. Ah, las amigas... Esto me pasó una vez, solamente una vez, nunca más volví ni volveré a pasar por un episodio de ese tipo por sobre esfuerzo intelectual o laboral. Y no se trata tampoco de acudir cada dos por tres a la consulta psicológica, se trata de poner en el centro de nuestras vidas el autocuidado. Duermo un montón de horas, cuido mi alimentación, tengo mucho contacto con la Naturaleza, mi pareja es maravillosa, porque si no, por mera inercia, no sería mi pareja, soy feminista, y no estoy obsesionada por mi carrera. Es un buen combinado. Mi tiempo de descanso es sagrado, así como mi hogar. Por ejemplo, aunque me es muy útil para trabajar, en mi casa no entra Internet, para mí tener un *google* sería como tener un agujero en el salón, un *aleph* como el del cuento de Borges por donde se me iría el tiempo que es vida.

Mantengo así una higiene mental, higiene más importante si me apuras que la física. Nunca más volví a trabajar fines de semana y establecí que, en la medida de lo posible, primero eran las devociones y luego las obligaciones. Tengo que reconocer que de las dos tesis doctorales iniciadas no he acabado ninguna, tengo las dos a la mitad. Pero en estos años me lo he pasado en grande. Trabajando para traer un jornal a casa, como se suele decir, pero trabajando lo justo.

Para aclarar más esto me voy a dar el lujo de introducir el testimonio de un chico, Jesús, conferenciante, médico y militante. Tiene treintatres años. Su testimonio va contra ese miedo nuestro al paro, a no estar a la altura, a los jefes, a los alquileres, a las deudas, a las hipotecas...:

Jesús: *Por eso os digo: no andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta, ¿No valéis vosotros más que ellas? (...) Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe [mujeres de poca fe]? No andéis pues preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y toda esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo (Mat. 6 25-34).* Corchetes míos.

Citar la Biblia como trabajo de campo, no es muy ortodoxo, al fin y al cabo no he sido yo quien ha entrevistado a Jesús, sino un tal Mateo. Tampoco es muy feminista. Pero calma tan bien esos miedos nuestros inculcados desde la infancia como el “quien no trabaja no come” que le decían a Liber...

Sería precioso además tener una madre o un padre como Deepak Chopra, el *todólogo*<sup>47</sup> indio que escribe libros de autoayuda y de medicina cuántica. Revisando uno de ellos, *Las siete leyes espirituales del éxito*, por ver si encontraba algo de esa ideología tan actual de la autopromoción, de esa literatura de moda de autoexplotación del tipo “cuida tu marca que eres tú”, me encontré con algo completamente opuesto y con las siguientes conmovedoras palabras que Chopra escribió para sus hijos:

47. Llamo *todólogas* a esas personas tan valiosas que lo mismo te cuidan un jardín, te plantan ajos, te crían una niña, te coordinan una plataforma ciudadana, te escriben poesía o te divulgan ciencia. Cada vez hay más personas de este tipo, mayoritariamente mujeres, eso sí. Vimos que este tipo de mentes *todológicas* son muy apreciadas por su polivalencia en la economía posfordista, la clave está en que dichos cerebros deben mantener su autonomía y cierta independencia de las leyes del mercado si no quieren poner su integral inteligencia al servicio de proyectos de dudosa bondad.

*No quiero que os preocupéis nunca, jamás de ganáros la vida. Si sois incapaces de ganáros la vida cuando seáis mayores, yo me haré cargo de vosotros, de modo que no os preocupéis de eso. No quiero que os centréis en rendir mucho en la escuela. No quiero que os centréis en sacar las mejores notas ni en ir a las mejores universidades. Lo que quiero de verdad es que os centréis en preguntaros a vosotros mismos cómo podéis servir a la humanidad, y en preguntaros a vosotros mismos cuáles son vuestros talentos singulares. Porque tenéis un talento singular que no tiene nadie más, y tenéis una manera especial de expresar ese talento y nadie más la tiene [2001, 110].*

Cierto es que los libros de autoayuda suelen pasar por alto la realidad más económica, la pertinaz materialidad de la existencia, y cierto es que no es muy habitual introducir temas de espiritualidad en un estudio sobre el mundo del trabajo, lo sé, pero el texto que Deepak Chopra le regaló a sus hijos me parece conmovedor, sobre todo al principio cuando les asegura que nada han de temer en el futuro. Si lo comparamos con la presión familiar a la que se vio sometida Liber o la presión a la que nos vemos sometidas todas a través de medios de comunicación, colegas, políticos, empresarios y demás productores de miedos, resulta revolucionario por su balsámica inconsciencia. Si nos hubiéramos criado en esa confianza, cuántos traumas, lágrimas y oscuridades de la infancia que todavía arrastramos nos hubiéramos ahorrado. Cuánto más difíciles de manipular a través del miedo seríamos las trabajadoras y votantes. Y por cierto, los hijos de Chopra ya hacen mucho que volaron del nido y viven maravillosamente bien. Porque es natural, pero no por miedos interiorizados durante la infancia. Así que como conclusión espiritual o psicológica: a relajarse, mujeres. A dejar de confundir la vida plena con la vida ocupada y urgente. Con las palabras de Jesús y Chopra podemos inspirarnos para hacer más la india, para sustituir a la *superwoman* por la *hippie*. Que se puede y compensa porque es más divertido y sano.

Si no convertimos la información en conocimiento somos meras máquinas, y si no convertimos ese conocimiento en sabiduría vital entonces nos falta un paso importante en nuestra evolución. Yo personalmente ya no me fío mucho de intelectuales infelices. Prefiero la alegre sabiduría. Ciertos libros que aquí te he recomendado me ayudaron, pues yo también era o intentaba ser una *superwoman*. El ideario que me permitió este cambio de mentalidad lo puedo resumir con esta parábola atribuida al sabio griego Diógenes. Estando éste un día plácidamente al sol comiendo lentejas, un sofista (filósofo de carrera triunfante) se le acercó y le dijo: “Ay Diógenes, si hubieras aprendido a adular al rey ahora no tendrías que comer lentejas”. Y Diógenes le dijo: “Ay sofista, si hubieras aprendido a comer lentejas ahora no tendrías que adular al rey”. Este cuento me lo enseñó mi pareja, una persona camino de ser sabia que carece de *carrera*. Este cuento fue para mí como un *electroshoc*. Y ni que decir tiene que aprendiendo frugalidad, aprendiendo a “comer lentejas” cuidamos también de esta casa nuestra que es la Tierra y cuidamos de las criaturas vecinas.

Se trata de decrecer económicamente y consumir lo menos posible para que, como vimos a Luz y Griselda, el trabajo nos esclavice lo menos posible. Claro que a las mujeres nos ha costado mucho acceder al mercado laboral como para relajarnos y perder lo avanzado. Es comprensible que muchas de nosotras queramos demostrar una y otra vez, sin permitirnos escuchar al cuerpo, lo mucho que valemos. Es complejo, ni un paso atrás en el camino de la conquista del espacio público, pero ni un paso adelante que nos exija perder la salud. Decrecer no es la paz estúpida que abotarga a la persona a la que se referían Leire y Blanca, obligadas por el desempleo a ser amas de casa. Entendámonos: decrecer no es lo mismo que retirarse en estampida para el hogar, porque cuando hablo de decrecer me refiero sobre todo a los hombres. Pues o paramos todos y todas o nosotras continuamos, y por cierto, que aguantamos más. Así, hasta que nos dé un ataque al corazón colectivo por funcionar tantos años con la lengua afuera. Pero a todos y a todas, porque nosotras, atrás, ni para coger impulso. Así que, si bien hay un cierto feminismo venido del Norte de Europa que recomienda reducir las jornadas para mantenernos lo más alejadas posibles del mercado capitalista, toda cautela es poca cuando sabemos que reducir jornadas puede implicar intensificarlas, es decir, conseguir que las trabajadoras hagan en media jornada el trabajo de una completa (no sería la primera vez) y cuando sabemos perfectamente que a la reducción de jornada pocos hombres se acogen. Recuerda la preguntas lanzadas al viento con que se cerró el capítulo de las amas de casa.

No podemos vivir nuestro presente, porque es nuestro, con sonrisa bobalicona agradeciendo al progreso lo bien que estamos. No podemos permitirnos reivindicar una y otra vez la llamada “memoria histórica”, no podemos seguir clamando por las injusticias del pasado sin saber detectar la opresión del presente. Escaso homenaje haremos a nuestras ancestras y ancestros si proyectamos sobre el presente miradas complacientes. Y por supuesto que no vamos idealizar el pasado, sólo faltaba, sabemos más o menos de la duras condiciones del trabajo de antes. Y no se trata tampoco de ser aguafiestas, pues como dijo muy emotivamente en su despedida Maica, compañera de la Federación Mujeres Jóvenes: “mi madre a mi edad ya había tenido varios hijos y ya sabía lo que era el maltrato, yo hoy lo mismo escribo un artículo, que hablo con la prensa, que voy a una mani con las compañeras”. Es un alivio, pero no es suficiente porque todos los mitos de las realizaciones personales son peligrosos, antaño a través de la maternidad y hoy a través del trabajo, las mujeres debemos distinguir dónde acaba la realización personal laboral y dónde empieza la alienación, delgada línea que en los tiempos de la economía posfordista es fácil de sobrepasar. Y esto, como vimos, puede ser peligroso para nuestra salud mental y física. Nacen nuevas formas de explotación bajo la era del optimismo social de la flexibilidad y la movilidad, y por tanto han de nacer nuevas formas de sindicalismo que cuenten como pilar con el pensamiento y la acción feminista. A nuevas explotaciones nuevas resistencias, resistencias feministas. No puedo hacer propuestas para movilizar lo móvil. Tal vez algunas metáforas y unas cuantas

recomendaciones militantes e intelectuales puedan ayudar: el ecofeminismo que problematiza la raíz del sistema, que hace una crítica a los modos de producción y a la economía monetarizada<sup>48</sup>, el oponer el *cuidadano* a ciudadanía como proponen las Escalera Karakola, las economías del decrecimiento con economistas como Serge Latouche, la feminista finlandesa Hilikka Pietilä o el grupo KRISIS, los movimientos irreverentes y lúcidos como los *Parados felices*, las universidades nómadas y populares<sup>49</sup>, el atreverse a practicar el sabotaje intelectual cuando se investiga en precario... todo ello puede servir de aperitivo para proponer cambios a quietud, que no a pasividad porque, vuelvo a repetirlo, el decrecimiento ha de ser colectivo y no debe nunca teñirse de una mística de la feminidad que recluya a las mujeres en el hogar. Se trata de movilizarse en la era móvil, de movilizarse colectivamente, hombres y mujeres, para dejar de crecer, engullir y trabajar. Y decrecer no significa crecimiento negativo, sino frenar el expolio de recursos naturales y personales porque tanto la Tierra como la clase trabajadora somos finitas y nos agotamos. Decrecer es reinventar una economía cuyo centro sea el bienestar de las personas, no el enriquecimiento de la minoría, una economía que evite la catástrofe ecológica y la catástrofe humana cotidiana que algunas ya sufren.

Las alternativas son tan variadas como un baile de máscaras, pero de máscaras que hemos decidido ponernos nosotras para vivir y jugar, no por exigencia del guión capitalista, no por exigencias de la variable economía posfordista. Y las alternativas han empezado ya, no hace falta esperar al futuro para encontrarlas.

---

48. Ciertas idealizaciones de la flexibilidad, de la supuesta capacidad emancipatoria que la tecnología puede aportar a los seres humanos suenan como mínimo a diletantismo artístico, a caprichos solo accesible para una minoría del planeta. Hay quienes consideran que la tecnología habrá de liberar a los seres humanos de las constricciones de la naturaleza, y que por ello lo *posthumano* es deseable y emancipador, como si la emancipación consistiese en reconstruir nuestros cuerpos y en reinventarnos a nosotras mismas a golpe de bisturí e implantes biónicos y como si fuese posible para una mayoría de las mujeres, sometida a privatizaciones de aguas, de tierras, de semillas y a guerras interminables, poder acudir a semejante emancipación. Frente a la miopía tecnófila y etnocéntrica, la miopía que cree que la tecnología y la ciencia acabarán con los males del mundo, hay un feminismo, el ecofeminismo, capaz de problematizar un sistema económico neoliberal que está arrasando con la vida de mujeres, hombres y seres vivos, y que es capaz de ir a la raíz de los sometimientos. Si nos preguntásemos cuál es la huella ecológica dejada por las cognitivas de las sociedades opulentas, huella ecológica que arrasa también vidas humanas, no sólo especies animales y vegetales, la respuesta sería sonrojante. Pensemos si no en el coltan, la aleación utilizada en todos nuestros portátiles y móviles que se extrae con mano de obra infantil, con guerra de por medio incluida, en el Congo.

49. Me estoy refiriendo a la Universidad Popular de las Madres de la Plaza de Mayo ([www.madres.org/Universidad.htm](http://www.madres.org/Universidad.htm)) a la Universidad Nómada en Madrid ([www.sindominio.net/unomada](http://www.sindominio.net/unomada)) o la Universidad Trashumante en Argentina ([www.trashumante.com.ar](http://www.trashumante.com.ar)).

## Despedida

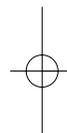
Sólo anhelaba generar inquietud, suscitar más lucidez entre nosotras, las jóvenes precarias. Me conformo con haber fortalecido en algo tu conciencia de género y de clase. Sólo un poco. No espero despertar conciencias, pues si no hay ya algo vivo, difícilmente un libro resucite muertas. Porque son ellas mismas, las trabajadoras entrevistadas, las que saben la cantidad de carne que están poniendo sobre el asador. Y esa lucidez es esperanzadora. Hay momentos en los que la autoconciencia puede ser revolucionaria. Si se da en el momento adecuado y con la suficiente intensidad, la lucidez, sobre todo de las mujeres, actúa como el Sol que en los solsticios se cuele en las pirámides dibujando sinuosas figuras.

Rosario Hernández Catalán, *Tuilla*, junio del 2009.

## **15. Bibliografía**



- ▶ Alauf, Mateo y Pierre Rolle, «¿Clase sin obreros? ¿Obreros sin clase?». En Lahire, B, Rolle, Saunier, Stroobants, Alauf y Postone, *Lo que el trabajo esconde*, Traficantes de sueños, Madrid, pp.231-249, 2005, (2001).
- ▶ Almeida Tielve, Soledad, Sara Lucía Díaz Martín y M<sup>a</sup> Ángeles Rodríguez Benito, *Mujer joven busca... un empleo digno*, Federación Mujeres Jóvenes de España, Madrid, 2008.
- ▶ Antunes, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, Herramienta, Buenos Aires, 2005.
- ▶ Bauman, Zygmunt, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2005, (1998). *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2007.
- ▶ Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2000, (1949).
- ▶ Bertaux, Daniel, *Los relatos de vida*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2005, (1997).
- ▶ Bilbao, Andrés, *El empleo precario*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1999.
- ▶ Bonet, J, Balasch, M. Alfama, E., Callèn, B., Montenegro, M. y Ribera M. (Colectivo FIC: Fractalidades en Investigación Crítica) «I+P: Investigación/Formación y precariedad», en <http://seneca.uab.es/fic>, 2007
- ▶ Bosch Meda, Jordi, *El problema de la vivienda en España desde una perspectiva de género*, Fundación Alternativas, 2006.
- ▶ Bourdieu, Pierre, (*dir.*), *La miseria del mundo*, Akal, Madrid, 1999, (1993). *Cuestiones de sociología*, Akal, Madrid, 2008, (1984).
- ▶ Castillo, Juan José, *La soledad del trabajador globalizado*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008.
- ▶ Chopra, Deepak, *Las siete leyes espirituales del éxito*, Edaf, Madrid, 2001, (1994).
- ▶ Dema Moreno, Sandra, «Entre la tradición y la modernidad: las parejas españoles de doble ingreso», *Papers*, n<sup>o</sup>77, 2005, pp. 135-155. Disponible en Internet.
- ▶ Escalera Karakola, *Precarias a la deriva. Por los circuitos de la precariedad femenina*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004. Disponible en [www.sindominio.net/karakola](http://www.sindominio.net/karakola)
- ▶ Ehrenreich Barbara, *Por cuatro duros. Como (no) apañárselas en Estados Unidos*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2003, (2001)



- ▶ Falcón, Lidia, *Las nuevas españolas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- ▶ Fernández Durán, Ramón, *El tsunami urbanizador español y mundial*, Virus, Barcelona, 2006.
- ▶ Friedan, Betty, *La mística de la feminidad*, Júcar, Madrid, 1974, (1963).
- ▶ García, J, Lago, Meseguer y Riesco (2005), «Una introducción al trabajo como relación social». En Lahire, B, Rolle, Saunier, Stroobants, Alauf y Postone, *Lo que el trabajo esconde*, Traficantes de sueños, Madrid, pp.19-99, 2005.
- ▶ Haraway, Donna (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- ▶ Hernández Catalán, Rosario (2006), *La participación social de las mujeres jóvenes*, Informe producido en el seno del programa Calíope (programa de Calidad e Igualdad en las Políticas Públicas de Empleo).60 páginas. Inédito
  - , «Cognitariado femenino en España: cuando el verbo hace a la carne», *XI Forum for Iberian Studies: Queer, queerer, queerest: evolving gender identities in Portugal and Spain*, Exeter Collage, Universidad de Oxford, 2007. Inédito.
  - , «La maternidad que se nos avecina a las europeas», Actas del Primer Seminario Internacional grupo DEMETER, *Historia, Mujeres y género. Madres para el Occidente, construcciones culturales sobre la maternidad*, Universidad de Oviedo, tomo II, pp.50-69, 2008
  - , «Hijas de *Patrix* siempre flexibles: posfordismo y dolor de cuerpo y alma», *Círculo Hermenéutico*. Revista del Seminario de Estética y Semiótica, Dpto. Filosofía, Oviedo, nº 8, pp. 30-48, 2008. Disponible en Internet.
  - , «Mujer y vivienda. Análisis de la problemática específica», Jornadas Marinaleda versus Marina D´Or. Formas alternativas de Emancipación, septiembre de 2008, Federación Mujeres Jóvenes de España (en prensa). Disponible en [www.mujeresjovenes.org](http://www.mujeresjovenes.org)
- ▶ Hirtt, Nico, *Los nuevos amos de la escuela*, Minor, Madrid, 2003.
- ▶ Holloway, John, *Contra y más allá del capital*, Monte Ávila Editores, Caracas, 2006.
- ▶ Köhler, Holm-Detlev y Vanessa Martín, *Una mirada a la juventud de las Comarcas Mineras asturianas*, Estudio del Conseyu de la Mucedá del Principáu d'Asturies, Área de Sociología de la Universidad de Oviedo, 2006. Disponible en *Internet*.
- ▶ Klein, Naomi, *No logo. El poder de las marcas*, Paidós, Barcelona, 2004, (1999).
- ▶ Latouche, Serge, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona, 2009.
- ▶ Martín Carretero, Carolina, *Informe Emmeline. Las mujeres jóvenes y la participación*, Asociación Mujeres Jóvenes, Madrid, 2001.
- ▶ Mumford, Lewis, *Técnica y civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, (1934).
- ▶ Negri, Antonio y Michael Hardt, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002.  
-, *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Debate, Barcelona, 2004.
- ▶ Novo Vázquez, Amparo (coord.), Cecilia Díaz Méndez, Isabel García Espejo, Fernando Sánchez Bravo-Villasante, José Luis García Fernández, *Estilos de vida de la juventud asturiana*, Instituto Asturiano de la Juventud, Oviedo, 2006.
- ▶ Pecharromán, Arantza, M<sup>a</sup> Carmen Barros, Rosario Hdez. Catalán, Maite Fdez. Urquiza, y Adriana Fdez, *Mujeres de portada. Estudio de revistas femeninas juveniles con perspectiva de género*, Asociación Mujeres Jóvenes de Asturias, Instituto Asturiano de la Mujer, Oviedo, 2006. Disponible en [www.mujoas.org](http://www.mujoas.org)
- ▶ Rodríguez, Emmanuel, *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en la metrópoli de la abundancia*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003.
- ▶ Sánchez Vallejo, Juan, *Con el sudor de tu mente*, Iralka, Donostia, 2006.
- ▶ Sau, Victoria, *Diccionario ideológico feminista*, Editorial Icaria, Barcelona, 1990.
- ▶ Stroobants, Marcele, «La mutación al servicio del sistema productivo». En Lahire, B, Rolle, Saunier, Stroobants, Alauf y Postone, *Lo que el trabajo esconde*, Traficantes de sueños, Madrid, pp.173-192, 2005, (1994).
- ▶ Valcárcel, Amelia, *Ética para un mundo global*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.
- ▶ Vidal, Pau (coord.) Ana Villa, María Sureda, Marina Albinyana y Laura Vidal, *El movimiento asociativo juvenil: escuela de ciudadanía*, Consejo de la Juventud de España, Madrid, 2006.
- ▶ Virno, Paolo, *Cuando el verbo se hace carne*, Traficantes de sueños Madrid., 2005  
-, (2003), *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003.
- ▶ Wallraff, Günter, *Cabeza de turco*, Circulo de Lectores, Barcelona, 1987, (1985).
- ▶ Waring, Marilyn, *Si las mujeres contaran*, Vindicación Feminista, Madrid, 1994.
- ▶ Zimbardo, Philip, *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*, Paidós, Barcelona, 2008.